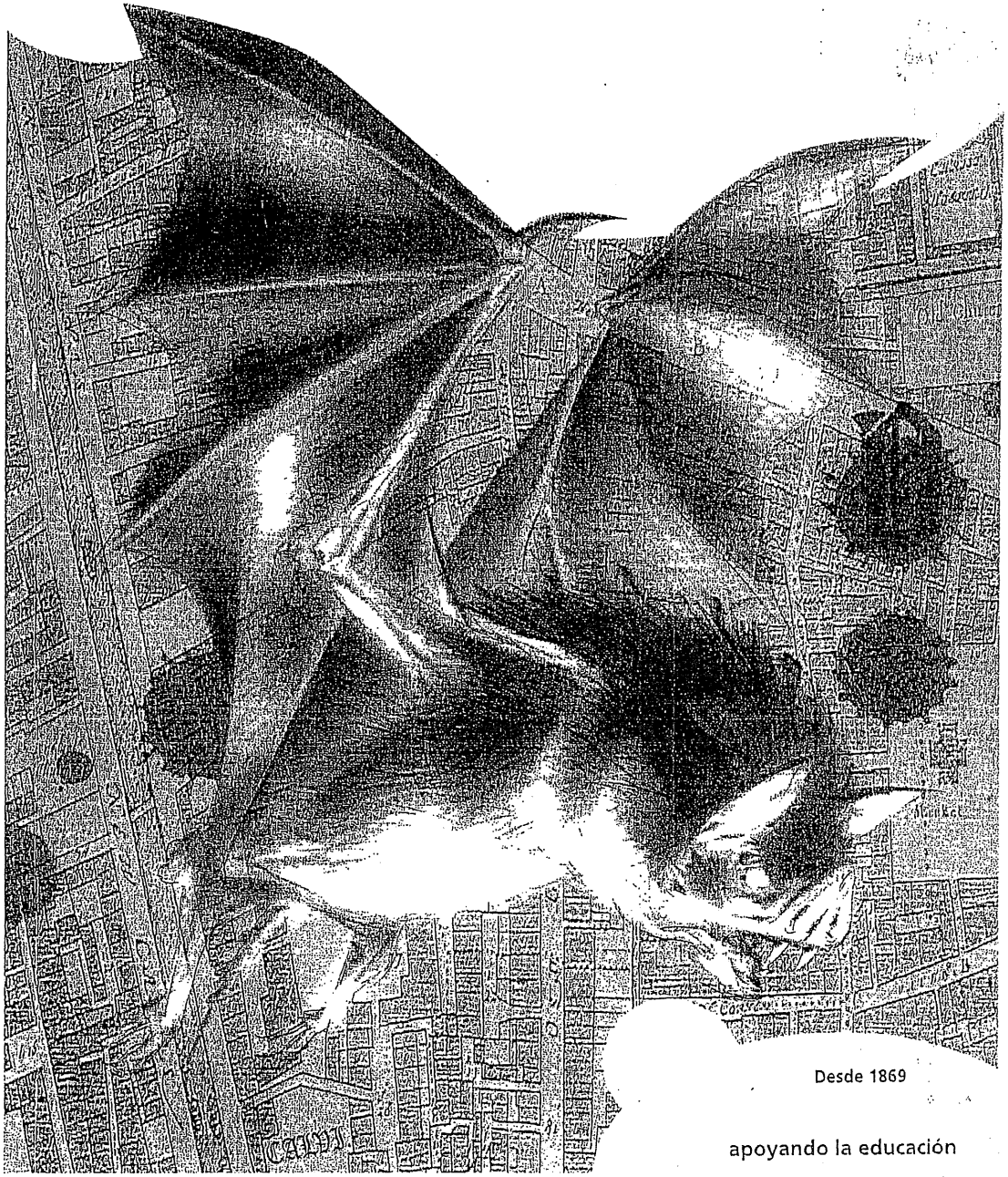
Azulejos

BRAM STOKER

Drácula



Desde 1869

apoyando la educación

Esta obra fue realizada por el equipo de Ángel Estrada y Cía. S. A. bajo la **coordinación general** de Pedro Saccaggio.

Director de colección: Alejandro Palermo.
Introducción, notas y actividades: Aníbal Fenoglio.
Corrección: Ediciones Pluma Alta.
Realización gráfica: Verónica Carman.
Documentación gráfica: María Alejandra Rossi.
Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo Carreras.
Jefe de Preprensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

Stoker, Bram
Drácula / Bram Stoker; dirigido por Alejandro Palermo; seleccionado por Aníbal Fenoglio - 1ª ed. - Buenos Aires: Estrada, 2007.
272 p., 19 x 14 cm (Azulejos; 47)

ISBN 978-950-01-1082-2

1. Material Auxiliar de Enseñanza. I. Palermo, Alejandro, dir. II. Fenoglio, Aníbal, selec. III. Título
CDD 371.33

Colección Azulejos 47

© Ángel Estrada y Cía. S. A., 2007.
Bolívar 462, Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.estrada.com.ar
E-mail: azulejos@estrada.com.ar
Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Libro de edición argentina.
Impreso en el Uruguay.
ISBN 978-950-01-1082-2

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

BRAM STOKER

Drácula

Índice

El autor 7
Un personaje histórico 8
La época victoriana 10
La novela gótica 11
Cuadro cronológico 12

Drácula 15

Actividades
Actividades de comprensión de lectura 262
Actividades de producción de escritura 266
Actividades de relación con otras disciplinas 268

Sobre el responsable de esta edición

ANÍBAL DARÍO FENOGLIO es profesor de Castellano, Literatura y Latín egresado del Instituto Nacional Superior del Profesorado "Dr. Joaquín V. González". Se desempeña como docente de Lengua y Literatura en el tercer ciclo de la EGB y en el nivel Polimodal.

Es coautor de los libros *Lengua 4, 5 y 6* correspondientes a la serie Andamios de la Editorial Estrada. También realizó la selección y adaptación de pasajes para la edición de la *Ilíada* y la compilación *Cuentos policiales argentinos*, ambas en la colección Azulejos de esta misma editorial.

Actualmente trabaja en la escritura de una tesis sobre el género policial en la Argentina, para finalizar su adscripción en la cátedra de Teoría Literaria del Instituto Nacional Superior del Profesorado "Dr. Joaquín V. González".

El autor

El escritor Abraham (Bram) Stoker nació en Dublín, Irlanda, el 8 de noviembre de 1847. Su padre era funcionario, y su madre, una ferviente defensora de los derechos de la mujer.

Debido a su precaria salud, Abraham pasó sus primeros siete años en cama, con la única compañía de su madre, quien le contaba cuentos de fantasmas o historias de la plaga que había devastado a su país en 1832. Aunque no pudo asistir a la escuela pública, contaba con profesores privados que lo formaron durante este período. En 1864 ingresó en el Trinity College.

En 1870 se graduó en Matemáticas y Ciencias. Poco tiempo después comenzó a trabajar como funcionario administrativo. Sin embargo, una gran pasión por el teatro (heredada de su padre) lo llevó a colaborar como crítico teatral en la revista *Dublin Evening Mail*.

Publicó sus primeros relatos de terror en la revista *Shamrock*. Uno de estos relatos, "La cadena del destino" (1875), ya tenía como protagonista a un fantasma demoníaco.

En 1878 viajó a Londres, acompañando al actor Henry Irving, quien lo había contratado como representante y secretario del Lyceum Theatre. Este nuevo proyecto le permitió abandonar su carrera administrativa y dedicarse de lleno a su verdadera pasión: la escritura.

Ese mismo año se casó con Florence Balcombe. Con el tiempo, Florence se convertiría en una de las personalidades más influyentes en el mundo artístico de la época.

En 1890 Stoker publicó su primera novela, *El desfiladero de la serpiente*, a la que seguirían otros libros. Pero su creación más importante, por el alcance y reconocimiento que obtuvo, fue *Drácula*. Esta novela apareció en Londres, en 1897, y su lanzamiento estuvo acompañado por una adaptación teatral, dirigida por Irving y representada en el *Lyceum*.

Después de *Drácula*, Stoker publicó otras novelas de carácter fantástico. Además, se dedicó a escribir novelas románticas, libros de memorias y ensayos. Sus obras agotaron varias ediciones y se llegó a vender un millón de ejemplares de sus libros.

Murió el 20 de abril de 1912, víctima de la sífilis.

Un personaje histórico

En 1880, Bram Stoker asistió en Londres a las conferencias de un profesor húngaro, especialista en historia de los Balcanes, llamado Arminius Vambery. En esas conferencias conoció la existencia de Vlad Tepes ("el Empalador"), también llamado Drácula, quien reinó en Valaquia (la actual Transilvania), a intervalos, entre 1448 y 1476. Vlad había nacido en 1430 y era un *vaivoda*, título que se les daba a los príncipes y soberanos de Valaquia, Moldavia y Transilvania por sus méritos en las guerras.

El personaje del conde Drácula está basado en este personaje histórico que, si bien no era un vampiro, fue un gobernante extremadamente cruel y perverso.

Su padre, Vlad II, era conocido como Vlad Dracul ("el Dragón") debido a que, en 1431, el emperador romano lo había investido con la Orden del Dragón, una organización dedicada a luchar contra los turcos infieles. Cuando su hijo, también llamado Vlad, lo sucedió, a la edad de veinticinco años, recibió el apodo de Drácula, diminutivo de Dracul, es decir, "el hijo del Dragón". Pero, en las lenguas de esa región, la palabra "Dracul" tiene, además, otro significado: *Diablo*. El hecho de que la estirpe de Drácula se halle asociada al vampirismo puede deberse a que la palabra "demonio" y "vampiro" son intercambiables en muchos idiomas; por ejemplo, en el rumano.

Cuando Vlad Drácula tenía trece años, él y su familia fueron capturados por el sultán turco Murad. Para salvar la vida y el trono, Vlad padre juró fidelidad a Murad y, como garantía de ello, aceptó dejar a sus dos hijos, Drácula y Radu, en manos del sultán. Tras la partida de su padre, el joven Drácula fue enviado en barco hasta el castillo de Egrigoz, en el Asia Menor. Allí le llegó la noticia de que su padre había violado la promesa hecha al sultán y había declarado nuevamente la guerra a los turcos. Sin embargo, Murad decidió no responder a esta traición matando a Drácula; en lugar de ello, utilizó al muchacho para negociar en sus relaciones diplomáticas. En 1447, Vlad padre fue asesinado, y su hermano Mircea, enterrado con vida. En 1448, Vlad Drácula obtuvo el principado de Valaquia gracias al apoyo de los turcos, con quienes tuvo una compleja relación de alianzas, luchas y traiciones.

Su gobierno estuvo caracterizado por la malicia y la crueldad, que utilizó tanto en la lucha contra el avance de los turcos como en la represión de su propio pueblo. La perversidad de sus actos elevó su figura al plano mitológico, y la sola mención de su nombre bastaba para provocar terror en el entorno de su época. El apodo Tepes ("empalador") responde a su costumbre de empalar vivas a sus víctimas, en largas estacas, para dejarlas morir allí lentamente. Raymond T. McNally y Radu Florescu describen así el horrendo castigo en *Drácula: la verdadera historia*: "Había momentos en que Drácula daba instrucciones especiales a sus torturadores para que las estacas no fueran demasiado agudas —o sea, que fueran redondeadas—, pues él no quería que las heridas abiertas mataran a sus víctimas en el momento. Esta tortura duraba varias horas, y a veces días... Casi siempre, las víctimas eran ubicadas formando círculos concéntricos, y en las afueras de las ciudades, donde podían ser vistas por todos".

Pero el empalamiento no era el único método de tortura utilizado por Vlad Tepes. También solía matar a sus enemigos cortándoles partes del cuerpo o desollándolos vivos, para después exponerlos en público. Su sadismo no tenía límites: se calcula que alrededor de 50.000 personas fueron víctimas de sus atrocidades... No resulta extraño, pues, que Stoker haya encontrado en esta figura histórica un símbolo del horror y una personificación inequívoca del mal.

Acerca de la muerte de Vlad Drácula, circulan dos versiones. Una de ellas sostiene que, durante una batalla, él se alejó de su campamento disfrazado de turco para espiar a los enemigos y fue muerto por sus propios hombres, quienes no reconocieron a su jefe en su estratégico disfraz. Otra versión afirma que sus enemigos lo enfrentaron y lo asesinaron, como venganza por antiguas rivalidades. Lo cierto es que Drácula murió a los 65 años de edad. Fue decapitado y se envió su cabeza al sultán de Constantinopla. En esta ciudad la cabeza fue exhibida como una prueba irrefutable de que el Empalador por fin estaba muerto.

El nombre de Drácula ha sido inmortalizado por Stoker en su personaje del vampiro, que, desde hace más de cien años, sigue causando el terror de todos aquellos que se atreven a conocerlo.

La época victoriana

Bram Stoker vivió y escribió durante la época victoriana. Se denomina así el período en que la reina Victoria I gobernó Gran Bretaña, desde 1837 hasta 1901. Durante este extenso reinado, Inglaterra se convirtió en una potencia mundial hegemónica. Sin embargo, el aparente esplendor no terminó con las diferencias político-económicas, ni con las crisis sociales internas y las continuas fricciones con las potencias exteriores.

A medida que transcurrían los años, los conflictos sociales se acentuaron: las diferencias de clases eran muy grandes, aunque este hecho tratara de ocultarse bajo el barniz de un ingenuo optimismo burgués. Las clases altas mantenían una vida de lujo y riquezas, en tanto que la condición de los trabajadores y las clases menos pudientes seguía decayendo, a pesar de que se promulgaron leyes en favor de los obreros y de que se amplió el acceso de los niños a la educación.

La época victoriana se caracterizó por su rigidez moral. Todo "buen inglés" debía mostrar ante sus compatriotas una conducta recta y honesta; aunque, en muchos casos, esas virtudes no fueran más que una mera apariencia. La doctrina victoriana estaba sostenida en tres principios básicos: autoridad, respeto y religiosidad; todos ellos entendidos como una forma de control y regulación social. En este marco de represión moral y "buenas costumbres", la vida privada, o bien era una extensión de la rigidez imperante en la vida pública, o bien debía permanecer en secreto.

El progreso industrial, el avance tecnológico y una fe ciega en los preceptos de la ciencia prometían un próspero futuro y una esperanza de bienestar. Sin embargo, los sueños de cambio se vieron rápidamente frustrados cuando la sociedad comenzó a darse cuenta de que hacía falta mucho más que el optimismo basado en las apariencias para poder erradicar la miseria de la humanidad.

El creciente sentimiento de frustración sería tristemente confirmado, pocos años después, con el inicio de la Primera Guerra Mundial (1914).

La novela gótica

La novela gótica, que surge en Inglaterra a fines del siglo XVIII, se halla estrechamente relacionada con el mundo del terror. En general, los relatos del género gótico están ambientados en espacios lúgubres y aterradores: castillos, mansiones o laberínticas abadías de arquitectura medieval; todos estos lugares poseen habitaciones embrujadas, pasadizos secretos y escaleras ocultas.

Son relatos poblados de personajes sobrenaturales y monstruosos, que ejecutan sus crímenes en la impunidad que les otorgan la noche, la neblina y las tormentas. Por eso, en este tipo de ficciones es muy importante la descripción minuciosa de los ambientes en los que se desarrolla la acción.

Uno de los espacios más característicos es el "claustro gótico": una habitación clausurada donde suele ocultarse el enigma o el monstruo amenazante.

En este mundo de terror, el bien y el mal son fácilmente reconocibles: el primero está representado por la claridad, la pureza y el cristianismo. Por el contrario, el mal aparece generalmente emparentado con lo oscuro, con lo extraño y con la muerte. Los contrastes entre la luz y la sombra, o entre el día y la noche, que aparecen en estos textos constituyen una representación simbólica de este enfrentamiento moral.

No es casual que el conjunto de temores sobrenaturales que se conjugan en la novela gótica haya surgido en un momento histórico en el que la razón, la ciencia y la tecnología se afianzaban en el mundo. Porque, más allá de sus aciertos, esos avances no lograban dar respuesta a algunas de las preguntas más profundas del ser humano: ¿existe la vida después de la muerte?, ¿existe el alma?, ¿qué es "la realidad"?, ¿cuáles son sus límites?

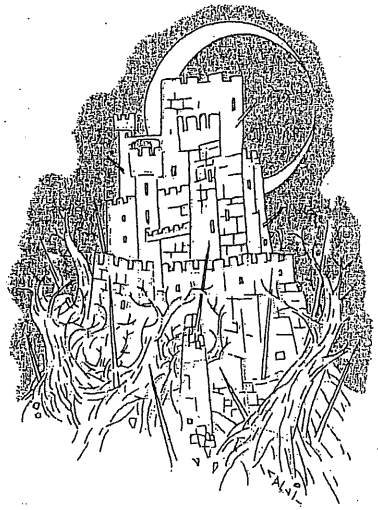
En general, se considera que *Drácula* es una novela gótica, aunque fue escrita a finales del siglo XIX. Sus personajes, sus ambientes y la historia que narra muestran muchas vinculaciones con este tipo de literatura. Algunas de las obras más representativas de la novela gótica son *El castillo de Otranto* (1764), de Horace Walpole, *El monje* (1796), de M. G. Lewis, y *Frankenstein* (1818), de Mary Shelley.

Cuadro cronológico

El autor	El mundo
1847. El 8 de noviembre nace Abraham Stoker en Dublín, Irlanda. Durante siete años debe permanecer en cama debido a su precaria salud.	*1837. Comienzo del reinado de Victoria I en Inglaterra.*
	1848. Revoluciones de liberales y obreros en Europa. En París se proclama la República. Elección de Luis Napoleón. Karl Marx redacta El manifiesto comunista.
	1859. Charles Darwin publica El origen de las especies. *Darwin*
1864. Ingresa en el Trinity College. Recuperado de salud, comienza a destacarse en varios deportes y se convierte en un estudiante popular. Conoce al escritor Sheridan Le Fanu, cuya influencia será determinante en su vida.	*1863. Abolición de la esclavitud en el sur de los Estados Unidos.*
1870. Se gradúa en Matemáticas y Ciencias. Poco después comienza una carrera administrativa y escribe en periódicos y revistas.	*1870. Guerra francoprusiana. Cae Napoleón II y se proclama la Tercera República francesa.*
	1872. Publicación de El gaucho Martín Fierro, *de José Hernández.*
	1873. Crisis económica mundial. Los países industrializados buscan nuevos mercados en Asia y África.
1875. Publica el relato "La cadena del destino" en la revista *Shamrock.*	*1876. Alexander Graham Bell inventa el teléfono.*
	1877. En los Estados Unidos la población negra obtiene el derecho al voto. Thomas Alva Edison inventa el fonógrafo.
1878. Viaja a Londres. Se casa con Florence Balcombe.	
1879. Publica una serie de relatos bajo el título de *Las obligaciones de los escribanos en los Tribunales de Primera Instancia de Irlanda.*	*1879. Thomas Alva Edison inventa la lámpara incandescente.* *Edison*

El autor	El mundo
1880. Asiste a las conferencias del profesor Arminius Vambery, especialista en la historia de los Balcanes. Allí conoce unos documentos donde se habla de Drácula.	*1886. Robert Louis Stevenson publica* El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde. *Stevenson*
	1887. Arthur Conan Doyle publica Estudio en rojo, *primera novela en la que aparece el detective Sherlock Holmes.*
1888. Ingresa en la "Orden Hermética Británica de la Aurora Dorada", una sociedad secreta. Allí tiene oportunidad de profundizar en los temas esotéricos que siempre le habían interesado.	*1888. Jack, el destripador, siembra el terror con sus asesinatos durante tres meses en el este de Londres.*
1890. Se publica su primera novela, *El desfiladero de la serpiente.*	*1891. Oscar Wilde publica* El retrato de Dorian Gray. *Wilde*
1894. Publica el cuento "Crooked sands".	*1896. Guglielmo Marconi logra la primera transmisión de radio.*
1897. Publica *Drácula,* cuyo lanzamiento estuvo acompañado por una representación teatral. La novela se convierte en un éxito inmediato.	*1901. Muere Victoria I, reina de Inglaterra.* *Victoria I*
1903. Publica la novela *La joya de las siete estrellas.*	
1905. Muere el actor Henry Irving, su jefe y amigo.	*1905. Comienzo de la revolución rusa. Albert Einstein da a conocer su teoría de la relatividad.* *Einstein*
1907. Publica *Recuerdos personales de Henry Irving.*	
1909. Publica *La dama del sudario.*	
1911. Publica *La madriguera del gusano blanco.*	
1912. Muere, a los 64 años.	*1912. Hundimiento del Titanic.*
	1914. Comienzo de la Primera Guerra Mundial.

Drácula



A mi querido amigo Hommy-Beg

El modo en que han sido ordenados estos papeles es algo que quedará en claro al leerlos. Se eliminó todo lo superfluo, con el fin de presentar esta historia –casi en desacuerdo con las posibilidades de las creencias de nuestros días– como simple verdad. No hay aquí ninguna referencia a cosas pasadas en las que la memoria podría equivocarse, dado que todas las anotaciones reunidas son rigurosamente contemporáneas de los hechos, y reflejan el punto de vista de quienes los consignaron, tal como ellos los conocieron.

Capítulo 1

Diario de Jonathan Harker (escrito en taquigrafía)

Bistrita[1]*, 3 de mayo*

Salí de Munich a las 8:35 de la noche del 1º de mayo y llegué a Viena a la mañana siguiente, temprano; en cuanto a Budapest, parece un lugar maravilloso, según lo que pude ver desde el tren y por la breve caminata que di por sus calles. No quise alejarme de la estación, ya que, como habíamos llegado tarde, saldríamos lo más cerca posible de la hora fijada. Tuve la impresión de estar pasando del oeste al este. Por el más occidental de los puentes sobre el Danubio –aquí muy ancho y profundo– llegamos a los lugares que en otra época dominaban los turcos.

Era noche cerrada cuando llegamos a Klausenburgo[2], en cuyo hotel Royale pasé la noche.

Cuando estuve en Londres, aproveché para visitar el Museo Británico y estudiar los libros y mapas que se referían a Transilvania[3]; pensé que un conocimiento previo del

1 Localidad de la actual Rumania. A finales del siglo pasado formaba parte de Transilvania.

2 Capital del distrito de Cluj, en el centro de Transilvania, conocida actualmente como Cluj-Napoca.

3 Actualmente, en la región de Rumania central. Antiguamente formó parte de la Dacia romana hasta que, en el siglo XI, se anexionó a Hungría. En la época en que transcurre la acción de la novela, era una provincia húngara. Como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, pasó a depender de Rumania.

país siempre sería útil para tratar con un noble de la región. Averigüé que el distrito mencionado por él se encontraba en el extremo oriental del país, justamente en la frontera de tres estados: Transilvania, Moldavia[4] y Bucovina[5], en el centro de los montes Cárpatos[6]; una de las partes más salvajes y menos conocidas de Europa. No pude encontrar ningún dato sobre la exacta ubicación del castillo de Drácula, pues los mapas en este país suelen ser imprecisos; pero Bistrita, el pueblo mencionado por el conde Drácula, era un lugar bastante conocido. Voy a incluir algunas de mis notas, pues pueden refrescarme la memoria cuando le relate mis viajes a Mina.

En la población de Transilvania hay cuatro nacionalidades distintas: en el sur, sajones y valacos; en el oeste, magiares (o húngaros); y en el este y el norte, *szeklers*. Estos aseguran descender de Atila y los hunos. Parecería que todas las supersticiones del mundo confluyen en la herradura de los Cárpatos, como si fuese el centro de un remolino imaginativo; entonces, mi estancia puede ser muy interesante. (Debo preguntarle al conde sobre esas supersticiones.)

Viajábamos a través de un país en que abundaba la belleza.

En todas las estaciones había mucha gente, con toda clase de atuendos. Algunos de ellos eran iguales a los de los campesinos de mi país o a los de Francia y Alemania: chaquetas cortas y sombreros redondos.

[4] Antiguo principado que, actualmente, se encuentra dividido entre Rumania y Moldavia.

[5] Región natural de Europa oriental, políticamente dividida entre Rumania y Ucrania, situada en las estribaciones de los montes Cárpatos. En la época en que se desarrolla la novela, Bucovina pertenecía al principado de Moldavia.

[6] Principal sistema montañoso de Europa central y oriental, con 1450 km de extensión en forma de gran semicírculo, que se extiende desde Bratislava, la capital de Eslovaquia, hasta el cañón conocido como la Puerta de Hierro, en Rumania.

Pero algunos individuos eran muy pintorescos.

Los más extraños eran los eslovacos[7], que parecían más toscos que el resto. Se cubrían con amplios sombreros y vestían camisas blancas y pantalones holgados y sucios, metidos en botas altas; usaban enormes cinturones de cuero; lucían largos cabellos y gruesos bigotes negros. No parecían simpáticos. Sin embargo, se dice que son inofensivos y tímidos.

Estaba anocheciendo cuando llegamos a Bistrita, antigua localidad muy interesante. Como está casi en la frontera (el desfiladero[8] de Borgo) con Bucovina, ha tenido una existencia agitada y pueden verse señales de ella.

El conde Drácula me había indicado que fuese al hotel Golden Krone, el cual, para mi gran satisfacción, era bastante antiguo. Yo quería conocer todo lo posible de las costumbres del país. Evidentemente me esperaban, pues en la puerta me encontré frente a una mujer entrada en años, de rostro alegre, vestida como una campesina. Se inclinó y dijo:

—¿El señor inglés?

—Sí —le respondí—: Jonathan Harker.

Sonrió y le dijo algo a un anciano de camisa blanca, que la había seguido hasta la puerta. El hombre se fue y regresó inmediatamente con una carta:

> Mi querido amigo: bienvenido a los Cárpatos. Lo estoy esperando ansiosamente. Duerma bien esta noche. Mañana a las tres saldrá la diligencia para Bucovina; ya tiene un lugar reservado. En el desfiladero de Borgo mi carruaje lo estará esperando y lo traerá a mi casa. Espero que su viaje desde Londres haya transcurrido sin tropiezos, y que disfrute de su estancia en mi bello país.
>
> Su amigo,
>
> DRÁCULA

[7] Pueblo eslavo que habita en el este de Moravia y al norte de Hungría.

[8] Paso estrecho entre montañas.

4 de mayo

Supe que mi posadero había recibido una carta del conde, ordenándole que asegurara el mejor lugar del coche para mí; pero, al pedir detalles, se mostró reticente y pretendió no entender mi alemán.

Esto no podía ser cierto, porque hasta esos momentos lo había entendido perfectamente. El anciano y su mujer se miraron con temor. Él murmuró que el dinero le había sido enviado en una carta, y que era todo lo que sabía. Le pregunté si conocía al conde Drácula y si podía decirme algo de su castillo; él y su mujer se persignaron, contestaron que no sabían nada y se negaron a decir más.

Estando tan cerca la hora de la partida, no tuve tiempo de preguntarle a nadie más, pero todo me parecía muy misterioso e inquietante. Unos instantes antes de que saliera, la anciana subió hasta mi cuarto y dijo con voz trémula:

—¿Tiene usted realmente que ir allá?

Estaba tan nerviosa que parecía haber perdido el poco alemán que sabía, y lo mezcló con otro idioma del cual no entendí una palabra. Cuando le dije que debía irme de inmediato pues tenía compromisos importantes, preguntó otra vez:

—¿Sabe usted qué día es hoy?

—Cuatro de mayo.

Ella movió la cabeza:

—¡Oh, sí! Eso ya lo sé. Pero, ¿sabe usted qué día es hoy?

Le respondí que no la entendía.

—Es la víspera del día de San Jorge —agregó—. ¿No sabe usted que hoy por la noche, cuando el reloj marque las doce, todas las cosas demoníacas del mundo se harán visibles y ejercerán todo su poder? ¿Sabe usted adónde va y a lo que va?

Se hallaba desesperada; yo traté de calmarla, pero sin lograrlo. Finalmente cayó de rodillas y me imploró que no fuera; que por lo menos esperara uno o dos días antes de partir.

Todo aquello era bastante ridículo, pero yo no me sentía tranquilo. Sin embargo, tenía un negocio que arreglar y no podía permitir que nada se interpusiera. Traté de levantarla y le dije, tan seriamente como pude, que le agradecía; pero que tenía la obligación de partir.

Entonces se levantó y se secó los ojos. Luego, se quitó un crucifijo del cuello y me lo ofreció. Yo no sabía qué hacer, pues, como fiel de la Iglesia Anglicana, veo semejantes cosas como símbolos de idolatría. Sin embargo, me pareció descortés rechazárselo a una anciana con tan buenos propósitos y en tal estado mental. Supongo que ella advirtió la duda en mi rostro, pues me puso el crucifijo en el cuello y dijo:

—Por amor a su madre.

Estoy escribiendo mientras espero el coche, que está retrasado; el crucifijo todavía cuelga de mi cuello. No sé si se debe al miedo de la anciana o a las múltiples tradiciones fantasmales de este lugar, o al mismo crucifijo, pero lo cierto es que no me siento muy tranquilo. Si este diario llega a manos de Mina antes que yo, que al menos le sirva de despedida. ¡Aquí viene mi coche!

5 de mayo. El castillo

La oscuridad de la noche ha pasado y el sol está muy alto.

Cuando llegué al coche, el conductor todavía no se había ubicado y conversaba con la dueña de la posada. Evidentemente hablaban de mí, pues de vez en cuando se volvían para mirarme; algunas de las personas que estaban sentadas en un banco se acercaron para escuchar. Luego me miraron, como compadeciéndome.

Oí muchas palabras que se repetían: palabras desconocidas, pues había muchas nacionalidades en el grupo. Las busqué en mi diccionario poligloto. No me produjeron ninguna alegría, pues entre ellas estaban *ordog* (Satanás), *pokol* (infierno), *stregoica* (bruja), *vrolok* y *vlkoslak* (la primera en

eslovaco, la segunda en serbio, ambas designan algo que es hombre lobo o vampiro). (Recordar: debo preguntarle al conde acerca de estas supersticiones.)

Cuando partimos, las personas de la puerta de la posada se santiguaron y me hicieron ademanes con dos dedos. Le pedí a un pasajero que me dijera qué significaba aquello; me explicó que era el hechizo contra el mal de ojo. En el patio interior de la posada quedaron los pintorescos personajes, todos persignándose.

Pronto olvidé los fantasmales temores ante la belleza del paisaje. Frente a nosotros se extendía el campo con sus bosques y sus colinas aquí y allá, sobre las que se levantaban casas campesinas, que miraban hacia la carretera. Ésta se desplazaba entre las verdes colinas de lo que aquí llaman "Tierra Media". A pesar de que el camino era áspero, íbamos a gran velocidad, como si voláramos. Era evidente que el conductor no quería perder tiempo para llegar al desfiladero de Borgo. Uno de mis compañeros me señaló la elevada cima de una montaña cubierta de nieve, que, a medida que avanzábamos, parecía estar frente a nosotros.

—¡Mire! ¡*ilsten szek*! "¡El trono de Dios!" —me dijo, y se persignó.

Mientras tanto, el sol caía detrás de nosotros y las sombras del atardecer comenzaron a rodearnos. El ocaso parecía demorarse en la cumbre de la montaña. Al borde del camino había muchas cruces, y, cada vez que pasábamos delante de alguna, mis compañeros de viaje se santiguaban.

Ciertas colinas eran tan empinadas que, a pesar de la prisa de nuestro conductor, los caballos solo podían avanzar muy lentamente. Yo quise descender del coche y caminar al lado de ellos, tal como hacemos en mi país, pero el cochero no lo permitió.

—No, no —me dijo—, no debe usted caminar aquí. Los perros son muy feroces— y luego añadió lo que parecía ser una broma macabra, pues miró a su alrededor para captar las sonrisas afirmativas de los demás—: Ya tendrá usted suficiente que hacer antes de irse a dormir.

Ficha nº 3.

Después el camino se hizo más horizontal y parecía que volábamos sobre él. Entonces, las montañas parecieron acercarse a nosotros desde ambos lados, como si quisiesen estrangularnos, y nos encontramos a la entrada del desfiladero de Borgo. Uno por uno, todos los pasajeros me ofrecieron regalos, insistiendo de una manera tan sincera que no había modo de negarse a recibirlos. Los regalos eran de muy diversas y extrañas clases, pero cada uno me lo entregó con muy buena voluntad, con palabras amables y con una bendición, esa curiosa mezcla de movimientos temerosos que ya había visto en Bistrita: la señal de la cruz y el hechizo contra el mal de ojo.

Inmediatamente me puse a buscar el vehículo que debía llevarme hasta la residencia del conde. Pero todo estaba oscuro. La única luz provenía de los parpadeantes rayos de luz de nuestras propias lámparas. Los pasajeros se reclinaron con un suspiro de alegría, que parecía burlarse de mi desilusión. Ya estaba pensando qué podía hacer en tal situación cuando el cochero, mirando su reloj, dijo a los otros algo que apenas pude oír. Creo que fue algo así como "Una hora antes de tiempo". Entonces se volvió a mí y me dijo en un alemán peor que el mío:

—No hay ningún carruaje aquí. Nadie espera al señor. Será mejor que ahora vaya a Bucovina y regrese mañana o pasado mañana; mejor pasado mañana.

Los caballos comenzaron a piafar[9] y a relinchar, y a encabritarse tan salvajemente, que el cochero tuvo que sujetar-

[9] Dicho del caballo: alzar ya una mano, ya otra, dejándolas caer con fuerza y rapidez casi en el mismo sitio de donde las levantó.

los. Pude ver lo que ellos habían visto: unos caballos espléndidos, negros como el carbón. Estaban conducidos por un hombre alto, con una larga barba grisácea y un gran sombrero negro, que parecía ocultar su rostro de nosotros. Solo pude ver el destello de un par de ojos muy brillantes, que parecían rojos al resplandor de la lámpara.

—Llegó usted muy temprano hoy, mi amigo— le dijo al cochero.

Este replicó, tartamudeando:

—El señor inglés tenía prisa.

El extraño contestó:

—Supongo entonces que por eso usted deseaba que él siguiera hasta Bucovina. No puede engañarme, mi amigo. Sé demasiado, y mis caballos son veloces.

Y al hablar sonrió, y, cuando la luz de la lámpara cayó sobre su fina y dura boca, de labios muy rojos, los agudos dientes le brillaron blancos como el marfil. Uno de mis compañeros le susurró a otro aquella frase de la *Leonora*, de Bürger[10]:

—*Denn die Todten reiten schnell* (Pues los muertos viajan velozmente).

El extraño conductor escuchó, sin duda, las palabras, pues alzó la mirada con una centelleante sonrisa. El pasajero escondió el rostro, hizo la señal con los dos dedos y se persignó.

—Entréguenme el equipaje del señor —dijo el extraño.

Le dieron mis maletas con excesiva prontitud y él las metió en su calesa[11]. Luego, el extraño conductor me ayudó a subir, tomándome del brazo con una mano que parecía de acero. La fuerza de ese hombre debía ser prodigiosa. Sin decir palabra agitó las riendas.

Entonces el otro cochero fustigó su látigo y gritó, y los caballos arrancaron con rumbo a Bucovina. Al perderse en la oscuridad sentí un escalofrío, y un sentimiento de soledad se apoderó de mí. Pero mi nuevo cochero me cubrió los hombros con una capa y puso una manta sobre mis rodillas. Luego me habló en excelente alemán:

—La noche está fría, señor mío, y mi señor el conde me pidió que lo cuidara bien. Debajo del asiento hay una botella de *slivovitz*, un licor regional hecho de ciruelas, en caso de que usted guste...

Me sentí un poco extrañado y no menos asustado. Creo que, si hubiese habido otra alternativa, yo la habría aceptado en vez de proseguir aquel misterioso viaje nocturno. Me pareció que dábamos vuelta una y otra vez sobre el mismo lugar; así, pues, tomé nota de un punto de referencia y confirmé mis sospechas. Me hubiese gustado preguntarle al cochero qué significaba aquello, pero realmente tuve miedo. Al cabo de un rato, sin embargo, sentí curiosidad por saber cuánto tiempo había pasado, encendí un fósforo, y miré mi reloj: faltaban pocos minutos para la medianoche. Esto me produjo un sobresalto, pues la superstición general acerca de la medianoche había aumentado debido a mis recientes experiencias.

Entonces un perro comenzó a aullar en alguna casa campesina alejada del camino. Era un aullido lúgubre, como si tuviese miedo. Su llamado lo contestó otro perro, y otro, y otro, hasta que comenzó un aterrador concierto de aullidos que parecían llegar de todos los puntos del país. Sin embargo, a los pocos minutos mis oídos se habían acostumbrado a los aullidos, y los caballos se habían calmado tanto, que el cochero pudo descender y pararse frente a ellos. Los acarició y les susurró algo en las orejas, tal como he oído que hacen

10 Gottfried August Bürger (1747-1794), poeta alemán que se destacó por sus baladas tradicionales. Su obra más importante es la balada *Leonora* (1773). En esta narración, un fantasma se hace pasar por el amante muerto de Leonora y se la lleva a un siniestro recorrido nocturno a través de lúgubres paisajes. Finalmente, Leonora descubre que ese caballero es en realidad la Muerte.

11 Carruaje de dos o cuatro ruedas.

los domadores de caballos. El cochero tomó asiento y nos pusimos nuevamente en marcha. Esta vez, después de llegar al otro lado del desfiladero, tomó de pronto por una estrecha senda que se doblaba bruscamente a la derecha.

Oíamos el viento que se levantaba, pues gemía y silbaba a través de las rocas, y las ramas de los árboles chocaban entre sí al pasar nosotros por el camino. El frío fue haciéndose cada vez más intenso y comenzó a caer una nieve fina, en forma de polvo, de tal manera que, poco más tarde, a nuestro alrededor todo estaba cubierto por un manto blanco. El aullido de los lobos parecía cada vez más cercano, como si se fuesen aproximando por todos lados. Me sentí terriblemente angustiado y los caballos compartieron mi miedo. Sin embargo, el cochero no parecía tener ningún temor; continuamente volvía la cabeza a izquierda y derecha, pero yo no podía ver nada a través de la oscuridad.

De pronto, lejos, a la izquierda, divisé el débil resplandor de una llama azul. El cochero lo vio al mismo tiempo, detuvo los caballos y, saltando a tierra, desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, y mucho menos debido a que los aullidos de los lobos parecían acercarse; pero, mientras dudaba, el cochero reapareció y, sin decir palabra, tomó asiento y reanudamos nuestro viaje. Creo que debo haberme quedado dormido o soñé repetidas veces con el incidente, pues este se repitió. Ahora, al recordarlo, me parece que fue una especie de pesadilla.

Una vez la llama apareció tan cerca del camino que hasta en la oscuridad que nos rodeaba pude observar los movimientos del cochero. Se dirigió rápidamente a donde estaba la llama azul y colocó algunas piedras en una forma significativa. En una ocasión fui víctima de un extraño efecto óptico: estando él parado entre la llama y yo, no pareció obstruirla, porque continué viendo su fantasmal luminosidad. Esto me asombró, pero, como solo fue un efecto momentáneo, supuse que mis ojos me habían engañado debido al esfuerzo que hacía en la penumbra. Luego continuamos viajando velozmente a través de la oscuridad, con los aullidos de los lobos rodeándonos, como si nos siguieran en círculos envolventes.

Finalmente el cochero volvió a detenerse y se alejó más que las otras veces. Entonces, entre unas nubes negras, apareció la luna detrás de la dentada cresta de una roca. Y a su luz pude ver alrededor de nosotros un círculo de lobos, con dientes blancos y lenguas rojas.

De pronto, los lobos comenzaron a aullar como si la luz de la luna produjera un efecto peculiar en ellos. Yo le grité al cochero que regresara, pues me pareció que nuestra última alternativa era tratar de abrirnos paso a través del círculo. Para ayudarlo a regresar grité y golpeé a un lado de la calesa, esperando que el ruido espantara a los lobos. Cómo llegó es cosa que no sé; pero oí su voz alzarse en un tono de mando imperioso y, mirando hacia el lugar de donde provenía, lo vi parado en medio del camino. Agitó los largos brazos como si tratase de apartar un obstáculo invisible y los lobos se retiraron. Justamente en esos momentos una nube negra pasó frente a la luna, de modo que volvimos a sumirnos en la más completa oscuridad.

Cuando mis ojos se acostumbraron, vi que el conductor estaba subiendo a la calesa y que los lobos habían desaparecido.

Continuamos ascendiendo la mayor parte del tiempo. Repentinamente tuve conciencia de que el conductor estaba deteniendo a los caballos en el patio interior de un inmenso castillo en parte ruinoso, de cuyas altas ventanas negras no salía un solo rayo de luz, y cuyas quebradas murallas mostraban una línea dentada que se destacaba contra el cielo iluminado por la luz de la luna.

Capítulo 2

Diario de Jonathan Harker (continuación)

5 de mayo

Debí quedarme dormido, porque, si hubiese estado despierto, habría notado que nos acercábamos a tan extraordinario lugar. En la oscuridad, el patio parecía ser de considerable tamaño y, como de él partían varios corredores negros de grandes arcos, quizá parecía más grande de lo que era en realidad. Todavía no he tenido la oportunidad de verlo a la luz del día.

¿A qué clase de lugar había llegado, y entre qué clase de gente me encontraba?

¿En qué clase de lúgubre aventura me había embarcado? ¿Era aquel un incidente normal en la vida de un abogado a quien habían enviado a explicar a un extranjero la compra de una propiedad en Londres? Comencé a frotarme los ojos y a pellizcarme, para ver si estaba despierto. Todo me parecía una horrible pesadilla, y esperaba despertar de pronto en mi casa. Pero mi cuerpo respondía a la prueba del pellizco y mis ojos no se dejaban engañar. Era indudable que estaba despierto y en los Cárpatos. Todo lo que podía hacer era tener paciencia y esperar que se hiciera de día.

En cuanto llegué a esta conclusión, escuché pesados pasos que se acercaban detrás de la gran puerta, y vi a través de las rendijas el brillo de una luz que se aproximaba. Se oyó el ruido de cadenas que golpeaban y el chirrido de gruesos cerrojos que se corrían. Una llave giró e hizo el ruido que produce el largo desuso. La inmensa puerta se abrió hacia adentro.

Ante mí apareció un hombre alto, ya viejo, por completo afeitado a excepción de un largo bigote blanco, y vestido enteramente de negro, sin ninguna nota de color. Tenía en la mano una antigua lámpara de plata en la que ardía una llama sin ningún tipo de tubo de cristal que la protegiera. Esa llama lanzaba largas y ondulantes sombras al parpadear impulsada por la corriente que entraba por la puerta abierta. El anciano me indicó que entrase con un gesto cortés y me habló en un excelente inglés, aunque con una entonación extraña:

—Bienvenido a mi casa. ¡Entre con libertad y por su propia voluntad!

Cuando traspasé el umbral, dio un paso hacia adelante y, extendiendo la mano, sujetó la mía con una fuerza que me hizo retroceder, sensación que no disminuyó por el hecho de que estaba fría como el hielo y parecía más la mano de un muerto que de un hombre vivo.

—Bienvenido a mi casa —repitió—. Entre libremente. ¡Y deje en ella un poco de la felicidad que trae consigo!

La fuerza del apretón de mano era tan parecida a la del cochero, cuyo rostro no había podido ver, que por un momento dudé de si no se trataba de la misma persona. Para asegurarme, le pregunté:

—¿El conde Drácula?

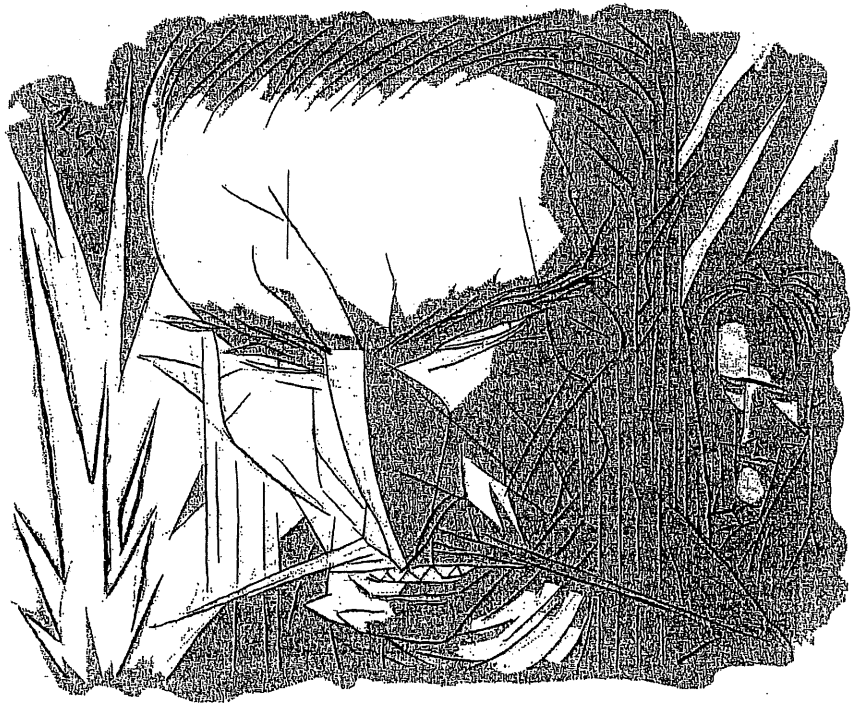
Se inclinó cortésmente en señal de asentimiento y respondió:

—Sí, yo soy Drácula. Le doy mi bienvenida a mi casa, señor Harker. Pase, el aire de la noche está frío y seguramente usted necesita comer y descansar.

Insistió en llevar mis cosas. Subimos por unas extensas escaleras de caracol y recorrimos un largo pasadizo. Al lle-

gar al final abrió una pesada puerta y me alegró ver un cuarto muy bien iluminado, en el que estaba servida la mesa para la cena, y en cuya chimenea un gran fuego de leños lanzaba brillantes llamas.

El conde se detuvo, puso mis maletas en el suelo, cerró la puerta y, cruzando el cuarto, abrió otra puerta que daba a un pequeño cuarto octogonal alumbrado con una simple lámpara, y aparentemente sin ventanas. Pasando a través de este, abrió otra puerta y me hizo señas para que entrase. Era una vista agradable, pues allí había un amplio dormitorio muy bien alumbrado y calentado con el fuego de otro hogar, que acababa de ser encendido, pues los leños de encima todavía estaban húmedos y lanzaban un fragor hueco a través de la amplia chimenea. El conde dejó mi equipaje adentro y se retiró, diciendo antes de cerrar la puerta:



—Necesitará, después de su viaje, refrescarse un poco y arreglar sus cosas. Espero que encuentre todo lo que desee. Cuando termine venga al otro cuarto, donde encontrará su cena preparada.

La luz y el calor de la cortés bienvenida parecieron disipar todos mis temores y dudas. Entonces, ya en mi estado normal, descubrí que estaba medio muerto de hambre, de modo que me arreglé lo más rápidamente posible y entré en la otra habitación.

La cena estaba servida. Mi anfitrión se hallaba de pie al lado del fuego, reclinado contra la chimenea de piedra. Hizo un gracioso movimiento con la mano y, señalando la mesa, dijo:

—Le ruego que se siente y cene como mejor le plazca. Espero que me excuse por no acompañarlo; pero yo ya comí y no suelo beber nada a estas horas.

Le entregué la carta sellada que el señor Hawkins me había encomendado. Él la abrió y la leyó con rostro serio. Luego, con una encantadora sonrisa, me la dio para que yo la leyera. Por lo menos un pasaje de ella me llenó de satisfacción:

> Lamento que un ataque de gota[12], enfermedad de la cual estoy siempre sufriendo, me haga absolutamente imposible efectuar cualquier viaje por algún tiempo. Pero me alegra decirle que puedo enviarle un sustituto eficiente, una persona en la cual tengo la más completa confianza. Es un hombre joven, lleno de energía y de talento, y conoce a fondo su profesión. Es discreto y silencioso, y ha crecido a mi servicio. Estará preparado para atenderlo cuando usted guste durante su estancia en esa ciudad, y tomará instrucciones de usted en todos los asuntos.

[12] Enfermedad que causa una hinchazón muy dolorosa en algunas articulaciones y que suele complicarse con infecciones viscerales.

Después de comer fumé un cigarrillo que me ofreció el conde. Entonces tuve la oportunidad de ver su fisonomía.

La cara era fuerte, muy fuerte, aguileña, con un puente muy marcado sobre la fina nariz y las ventanas de ella peculiarmente arqueadas; la frente alta y despejada, con cabellos escasos alrededor de las sienes, pero abundantes en otras partes. Las cejas eran muy espesas y casi se tocaban en el entrecejo. La boca, por lo que podía ver de ella bajo el tupido bigote, era fina y tenía una apariencia más bien cruel, con unos dientes blancos peculiarmente agudos; estos se asomaban sobre los labios, que mostraban una singular vitalidad en un hombre de su edad. Sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas en la parte superior; el mentón, amplio y fuerte; y las mejillas, firmes, aunque delgadas. La tez era de una palidez extraordinaria.

Entre tanto, había observado el dorso de sus manos mientras descansaban sobre sus rodillas, y a la luz del fuego me habían parecido bastante blancas y delicadas; pero, viéndolas más de cerca, noté que eran bastante toscas, con dedos cortos y gruesos. Las uñas eran largas y finas, y estaban afiladas. Cuando el conde se inclinó hacia mí y una de sus manos me tocó, no pude reprimir un escalofrío. Tal vez fue su fétido aliento, pero lo cierto es que una terrible sensación de náusea se apoderó de mí. El conde se dio cuenta y retrocedió. Y con una sonrisa tétrica me permitió ver mejor sus prominentes dientes.

Los dos permanecimos silenciosos unos instantes. A través de la ventana vi los primeros débiles fulgores de la aurora. Una extraña quietud parecía envolver todo; pero, al escuchar más atentamente, pude oír, como si proviniera del valle situado más abajo, el aullido de muchos lobos. Los ojos del conde destellaron, y dijo:

—Escúchelos. Los hijos de la noche. ¡Qué música la que entonan!

Luego se incorporó y dijo:

—Pero la verdad es que usted debe estar cansado. Su alcoba está preparada, y mañana podrá dormir tanto como desee. Estaré ausente hasta el atardecer, así que duerma bien, ¡y dulces sueños!

Con una amable inclinación, me abrió la puerta que comunicaba con el cuarto octogonal para que yo entrase en mi dormitorio.

Estoy desconcertado. Dudo, temo, pienso cosas extrañas que no me atrevo a confesar a mí mismo. ¡Que Dios me proteja, aunque solo sea por amor a mis seres queridos!

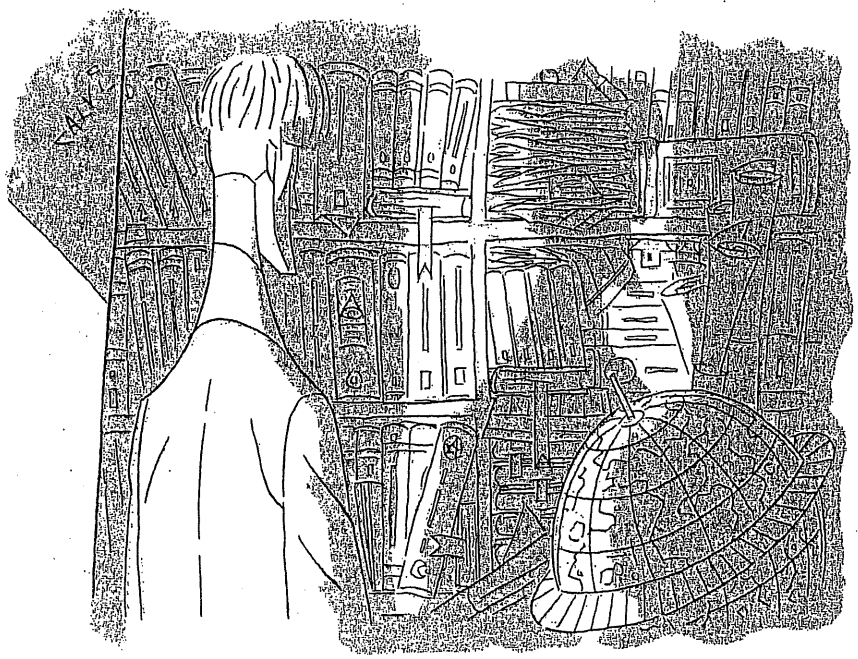
7 de mayo

Dormí hasta muy tarde y me desperté espontáneamente entrado el día. Después de vestirme, entré en el cuarto donde había cenado y encontré servido un desayuno frío. Sobre la mesa había una tarjeta que decía:

> Tengo que ausentarme un tiempo.
> No me espere.
> D.

Ciertamente en la casa noto algunas deficiencias muy extrañas. Por ejemplo, en ninguna de las habitaciones hay espejos. Ni siquiera en mi tocador, por lo que me vi obligado a utilizar el pequeño espejo de mi maleta. Todavía no he visto criados por ningún lado, ni he oído ningún otro ruido cerca del castillo, excepto el aullido de los lobos.

Cuando terminé de comer busqué algo que leer, pero no quise deambular por el castillo sin pedirle permiso al conde. En el cuarto no pude encontrar absolutamente nada, ni libros ni periódicos ni nada impreso, así que abrí otra puerta del cuarto y encontré una especie de biblioteca. Traté de abrir la puerta que estaba en el lado opuesto, pero la hallé cerrada con llave.



En la biblioteca hallé, para mi gran alegría, una gran cantidad de libros en inglés, estantes enteros llenos de ellos, y volúmenes de periódicos y revistas encuadernados. Una mesa en el centro estaba llena de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno de ellos era de fecha muy reciente. Los libros eran de las más variadas clases: historia, geografía, política, economía, botánica, biología, derecho, y todos trataban sobre Inglaterra y la vida y las costumbres inglesas.

Mientras estaba viendo los libros, la puerta se abrió y entró el conde.

—Me agrada que haya encontrado su camino hasta mi casa, pues estoy seguro de que aquí habrá muchas cosas que le interesarán. Estos compañeros —dijo, y puso la mano sobre unos libros— han sido muy buenos amigos míos, y desde hace algunos años, desde que tuve la idea de ir a Londres, me han dado muchas, muchas horas de placer. Por ellos he

aprendido a conocer a su gran Inglaterra; y conocerla es amarla. Deseo vehementemente caminar por las calles de Londres, en medio del torbellino y la prisa de la humanidad, compartir su vida, sus cambios y su muerte: todo lo que la hace ser lo que es. Pero, ¡ay!, hasta ahora solo conozco su lengua por los libros. Amigo mío, confío en que usted me enseñará a hablar.

—Pero, señor conde —le dije—, ¡usted sabe y habla muy bien el inglés!

Hizo una grave reverencia.

—Le doy las gracias, mi amigo, por su benévola estimación; sin embargo, temo que me encuentro apenas en el comienzo del camino por el que voy a viajar. Verdad es que conozco la gramática y el vocabulario, pero todavía no me expreso con fluidez. Es decir, yo sé que si hablara en su Londres nadie dejaría de notar que soy extranjero. Eso no es suficiente para mí. Aquí soy un noble, soy un boyardo[13]; la gente común me conoce y yo soy su señor. Pero un extranjero, en una tierra extranjera, no es nadie; los hombres no lo conocen, y no conocer es no importar. Usted no viene a mí solo como agente de mi amigo Peter Hawkins, de Exeter[14], a brindarme los detalles de mi nueva propiedad en Londres. Yo espero que usted se quede conmigo algún tiempo, para que mediante nuestras conversaciones yo pueda aprender el acento[15] inglés. Siento mucho haber tenido que ausentarme durante tanto tiempo hoy, pero espero que usted perdone a alguien que tiene entre manos tantos asuntos importantes.

[13] Originariamente, miembro de la nobleza rusa. En Rumania este apelativo se empleaba para designar a un señor ilustre.

[14] Ciudad en el sudoeste de Inglaterra, a orillas del río Exeter. Es un centro comercial, de comunicaciones y transporte, unido al canal de la Mancha mediante un canal artificial.

[15] Conjunto de particularidades fonéticas, rítmicas y melódicas que caracterizan el habla de una región.

Por supuesto que asentí a todo. Luego le pregunté si podía entrar en esa biblioteca cuando quisiese.

—Claro que sí. Puede usted ir a donde quiera en el castillo, excepto a los recintos en que las puertas están cerradas con llave, donde por supuesto usted no querrá ir. Hay razones para que todas las cosas sean como son y, si usted viera con mis ojos y supiera como yo veo y supiera lo que sé, posiblemente entendería mejor.

Yo le aseguré que así sería, y él continuó:

—Estamos en Transilvania; y Transilvania no es Inglaterra. Nuestra manera de ser no es como su manera de ser, y habrá para usted muchas cosas extrañas.

Esto dio pie a una larga conversación. Entonces, a medida que pasaba el tiempo y yo iba entrando en más confianza, le pregunté acerca de algunos de los sucesos extraños de la noche anterior, como, por ejemplo, por qué el cochero iba a los lugares donde veía la llama azul. Entonces me explicó que era creencia común que cierta noche del año (de hecho, la noche pasada, cuando los malos espíritus, según se cree, tienen ilimitados poderes) aparece una llama azul en los lugares donde hay escondido algún tesoro.

—¿Pero cómo es posible —pregunté— que haya pasado tanto tiempo sin ser descubierto el tesoro, habiendo una señal tan certera para descubrirlo y bastando que el hombre se tome solo el trabajo de mirar?

El conde sonrió, con sus caninos largos y agudos:

—¡Porque el campesino es, en el fondo de su corazón, cobarde e imbécil! Esas llamas solo aparecen una noche; y esa noche ningún hombre de esta tierra se atreve siquiera a espiar por su puerta. Y, mi querido señor, aunque lo hiciera, no sabría qué hacer. Le aseguro que ni siquiera el campesino que usted me dijo que marcó los lugares de la llama sabrá dónde buscar durante el día.

Más tarde examinamos a fondo el asunto de la compra de la propiedad en Purfleet[16]. Para eso le leí las notas que había redactado en aquel tiempo:

> La propiedad se llama Carfax. La casa es muy grande y yo diría que de los tiempos medievales, pues una de sus partes es de piedra sumamente gruesa, con solo unas pocas ventanas muy altas y provistas de pesadas rejas de hierro. Parece parte de un castillo, y está muy cerca de una vieja iglesia. No pude entrar en ella, pues no tenía la llave de la puerta que conducía a su interior desde la casa, pero he tomado con mi cámara fotos desde varios puntos. La casa ha sido agregada, pero de una manera muy rara, y solo puedo adivinar aproximadamente la extensión de tierra que cubre, que debe ser mucha. Solo hay muy pocas casas cercanas; una de ellas es muy grande y ha sido recientemente ampliada y acondicionada para servir de hospicio privado de dementes. Sin embargo, no es visible desde los jardines.

El conde dijo:

—Me alegra que sea grande y vieja. Provengo de una antigua familia, y vivir en una casa nueva me mataría.

En seguida se excusó por tener que dejarme.

Comencé a hojear algunos de los libros. Uno era un atlas, abierto en Inglaterra, como si el mapa hubiese sido muy consultado. Encontré ciertos lugares marcados con pequeños círculos. Uno estaba cerca de Londres, en el lado este, señalando su nueva propiedad. Los otros dos círculos estaban en Exeter y Whitby, en la costa de Yorkshire[17].

16 Pequeño pueblo situado en el este de la costa de Inglaterra, en el condado de North Yorkshire.

17 Condado del norte de Inglaterra.

8 de mayo

Cuando comencé a escribir este diario temí ser demasiado confuso; pero ahora me complace haber entrado en detalles desde un principio, pues hay algo tan extraño acerca de este lugar y de todas las cosas que suceden, que no puedo sino sentirme inquieto. Desearía estar lejos de aquí, o jamás haber venido. Si hubiese alguien con quien pudiera hablar, creo que lo soportaría, pero no hay nadie. Solo tengo al conde para hablar, y él... Temo ser la única alma viviente del lugar.

Explicaré en qué situación me encuentro, o creo encontrarme.

Dormí apenas unas horas. Al comprender que no volvería a conciliar el sueño, me levanté. Colgué mi espejo en la ventana y me dispuse a afeitarme. De pronto, sentí una mano sobre mi hombro, y oí la voz del conde diciéndome:

—Buenos días.

Me sorprendió no haberlo visto, ya que la imagen del espejo cubría la totalidad del cuarto detrás de mí. Con el sobresalto me corté superficialmente, pero en ese momento no lo noté. Contesté el saludo y me volví al espejo para ver si me había equivocado. Esta vez no podía haber ningún error, pues el hombre estaba allí y yo debería poder verlo por sobre mi hombro. ¡Pero no había ninguna imagen de él en el espejo! Todo el cuarto detrás de mí estaba reflejado, pero no había en él señal de ningún hombre, a excepción de mí mismo.

En ese instante vi que la herida sangraba un poco y que un hilito de sangre bajaba por mi mentón. Cuando el conde la vio, sus ojos brillaron con una especie de furia demoníaca y repentinamente se lanzó sobre mi garganta. Yo retrocedí y su mano tocó la cadena que sostenía el crucifijo. Esto provocó un cambio instantáneo en él. Su furor se disipó con tanta rapidez que apenas pude creer que realmente se hubiera producido.

—Tenga cuidado —dijo—, tenga cuidado de no cortarse. En este país es más peligroso de lo que usted cree.

Tomó el espejo:

—Este es el maldito objeto causante del daño. Nefasta baratija de la vanidad humana. ¡Fuera de aquí!

Abrió la ventana y lanzó por ella el espejo. Luego se retiró sin decir palabra.

Cuando entré en el comedor el desayuno estaba preparado. Es extraño que todavía no lo haya visto comer. Después del desayuno realicé una pequeña exploración por el castillo. Subí las escaleras y encontré un cuarto que miraba hacia el sur. La vista era magnífica, y desde donde yo me encontraba tenía toda la oportunidad para apreciarla. El castillo se encuentra en el mismo borde de un terrible precipicio. ¡Una piedra cayendo desde la ventana puede descender más de trescientos metros sin tocar nada! Tan lejos como el ojo alcanza a divisar, solo se ve un mar de verdes copas de árboles, con alguna grieta donde hay un abismo. Aquí y allá se ven hilos de plata de los ríos que corren por profundos desfiladeros a través del bosque.

Pero no estoy con ánimo para describir tanta belleza, porque, después de contemplar un rato el paisaje, exploré un poco más y solo hallé puertas. Por todos lados puertas, puertas, puertas, todas cerradas y con llave. A excepción de las ventanas, no hay ningún lugar, por el cual se pueda salir.

¡El castillo es una auténtica prisión, y yo soy un prisionero!

Capítulo 3

Diario de Jonathan Harker (continuación)

Cuando me di cuenta de que era un prisionero, una especie de locura febril se apoderó de mí. Subí y bajé las escaleras, intentando abrir todas las puertas y mirando a través de cada ventana. Ahora, después de unas horas, pienso en ello y me imagino que debo haber estado loco. Cuando me convencí de mi impotencia, me senté tranquilamente, tan tranquilamente como jamás lo he hecho en mi vida, y comencé a pensar qué era lo mejor que podía hacer. De una cosa estoy seguro: no tiene sentido dar a conocer mis ideas al conde. Él sabe perfectamente que estoy atrapado. Mi único plan posible consiste en guardar en secreto mi descubrimiento y mis temores para mí mismo, y mantener mis ojos abiertos.

Apenas había llegado a esta conclusión, oí que la gran puerta de abajo se cerraba y supe que el conde había regresado. No llegó de inmediato a la biblioteca, por lo que yo cautelosamente regresé a mi cuarto y lo encontré arreglándome la cama. Esto era raro, pero confirmó lo que yo ya sospechaba: en el castillo no hay ningún sirviente. Esto me asustó, pues, si es así, significa que puede controlar a los lobos, tal como lo hizo, por el solo hecho de levantar la mano en silencio.

¿Por qué toda la gente en Bistrita y en el coche sentía tanto temor por mí? ¿Qué significado le daban al crucifijo?

¡Bendita sea aquella buena mujer que me colgó el crucifijo en el cuello! Es extraño que un objeto que han enseñado a considerar idólatra[18] pueda ser de ayuda en momentos de soledad e inquietud.

Debo averiguar todo lo que pueda sobre el conde Drácula, pues eso me puede ayudar a comprender. Esta noche es posible que hable sobre sí mismo, si consigo llevar la conversación en esa dirección. Sin embargo, debo ser muy cuidadoso para no despertar sus sospechas.

Medianoche

He tenido una larga conversación con el conde. Le hice unas cuantas preguntas acerca de la historia de Transilvania, y él respondió en forma maravillosa. Al referirse a hechos y personajes, y especialmente a batallas, habló como si hubiese estado presente en todas ellas. Dijo una cosa que trataré de describir lo más exactamente posible, ya que relata, a su manera, la historia de su estirpe:

—Nosotros los *szeklers* tenemos derecho a sentirnos orgullosos, pues por nuestras venas circula la sangre de muchas razas valerosas que pelearon como leones por su soberanía. ¿Puede ser extraño que nosotros seamos una raza conquistadora; que seamos orgullosos; que, cuando los magiares, los lombardos[19], los ávaros[20], los búlgaros o los turcos se lanzaron por millares sobre nuestras fronteras, nosotros los hayamos rechazado? ¿Es extraño que cuando la oleada de

18 Vinculado a los ídolos o divinidades paganas. En este caso, se utiliza en sentido peyorativo.

19 Pueblo germánico que invadió y conquistó el norte y el centro de Italia entre los años 568 y 572. La dinastía lombarda fue destronada por Carlomagno en 774.

20 Pueblo mongol, que hacia el 461 conquistó a una tribu turca, con la que formó una confederación en las estepas del Volga, en la actual Rusia. Entre 795 y 796 fueron devastados por Carlomagno y, posteriormente, prácticamente exterminados por los moravos. Los sobrevivientes fueron absorbidos por los eslavos.

los húngaros se extendió hacia el este, recurrieran a sus parientes, los *szeklers*, y durante siglos nos confiaran la vigilancia de la frontera con Turquía? ¿Quién fue sino uno de mi propia estirpe el que bajo el nombre de Vaivoda[21] cruzó el Danubio y batió a los turcos en su propia tierra? ¡Por supuesto que fue un Drácula! ¿Acaso no fue aquel mismo Drácula quien posteriormente cruzó el gran río con sus tropas para invadir Turquía, volviendo una y otra vez pese a ser rechazado, porque sabía que, aunque regresara solo del ensangrentado campo de batalla donde habían muerto los suyos, al fin triunfaría? ¡Bah! Ah, joven amigo, los *szeklers* (y los Drácula como la sangre de su corazón, su cerebro y sus espadas) pueden enorgullecerse de una tradición que ningún otro noble jamás podrá igualar.

12 de mayo

Anoche el conde comenzó a hacerme preguntas sobre cuestiones legales y sobre el modo de abordar ciertos asuntos. Una vez que quedó totalmente informado, se levantó repentinamente y dijo:

—¿Ha escrito alguna carta a nuestro amigo el señor Peter Hawkins o a cualquier otra persona?

No sin cierta amargura le contesté que no, ya que hasta entonces no había tenido oportunidad de enviar cartas a nadie.

—Entonces escriba ahora, mi joven amigo —puso su pesada mano sobre mi hombro—, escriba a nuestro amigo y a quien quiera; y dígale, si le parece, que se quedará conmigo durante un mes más.

—¿Desea usted que yo me quede tanto tiempo? —le pregunté, estremeciéndome ante la sola idea.

21 Título equivalente al título de príncipe, que se les daba a los soberanos de Valaquia, Moldavia y Transilvania. No era un cargo hereditario, sino que se obtenía por méritos de guerra.

—Es lo que deseo, y no admitiré negativas. Cuando su jefe se comprometió a enviarme alguien en su nombre, quedó bien entendido que yo dispondría de él a mi entera conveniencia. Yo no he escatimado nada

¿Qué podía hacer yo sino aceptar? Era en beneficio del señor Hawkins, no mío, y yo tenía que pensar en él, no en mí. Además, un no sé qué en la mirada y en la actitud de Drácula me hizo recordar que me encontraba prisionero y que, aunque no lo quisiera, no tenía otra opción. El conde vio su victoria y su dominio en la angustia de mi rostro.

—Le suplico —dijo—, mi buen amigo, que no hable de otras cosas sino de negocios en sus cartas. Indudablemente les agradará saber que usted se encuentra bien y que está ansioso de regresar a casa con ellos, ¿no es así?

Comprendí que debía tener mucho cuidado con lo que escribiera, ya que él podría leerlo. Por lo tanto, decidí enviar solamente notas formales y escribir en secreto al señor Hawkins y a Mina, pues a ella le podía escribir en taquigrafía, lo cual seguramente confundiría al conde si leía la carta. Cuando terminé de escribir las dos cartas, me senté a leer un libro mientras el conde redactaba varias notas, consultando de vez en cuando algunos volúmenes. Luego tomó mis dos cartas, las puso con las suyas y guardó los útiles de escribir. Cuando cerró la puerta, miré los sobres que estaban sobre la mesa.

Una de las cartas estaba dirigida a Samuel F. Billington, The Crescent, nº. 7, Whitby. Otra al señor Leutner, Varna[22]. La tercera era para Coutts & Co., Londres, y la cuarta para los señores Klopstock & Billreuth, banqueros de Budapest. La segunda y la cuarta estaban abiertas. Estaba a punto de leerlas cuando noté que el picaporte de la puerta se movía. Me dejé

22 Ciudad y puerto del este de Bulgaria, junto al mar Negro.

caer sobre mi asiento, con el tiempo justo para colocar las cartas como habían estado y para reiniciar la lectura de mi libro, antes de que el conde entrara trayendo otra carta en la mano. Tomó todas las cartas de la mesa y las selló con cuidado. Luego, volviéndose hacia mí, dijo:

—Espero que me disculpe, pero esta noche tengo mucho trabajo. Encontrará aquí todas las cosas que necesite.

Ya en la puerta, agregó:

—Permítame que le dé un consejo, mi joven y querido amigo..., o, mejor dicho, permítame que le haga una seria advertencia: si abandona estas habitaciones no podrá dormir en ninguna otra parte del castillo. Es muy antiguo y está cargado de recuerdos. Si en algún momento lo vence el sueño, vuelva inmediatamente a su cama o a estas habitaciones, pues aquí podrá descansar sin peligro. Pero si no tiene cuidado, entonces...

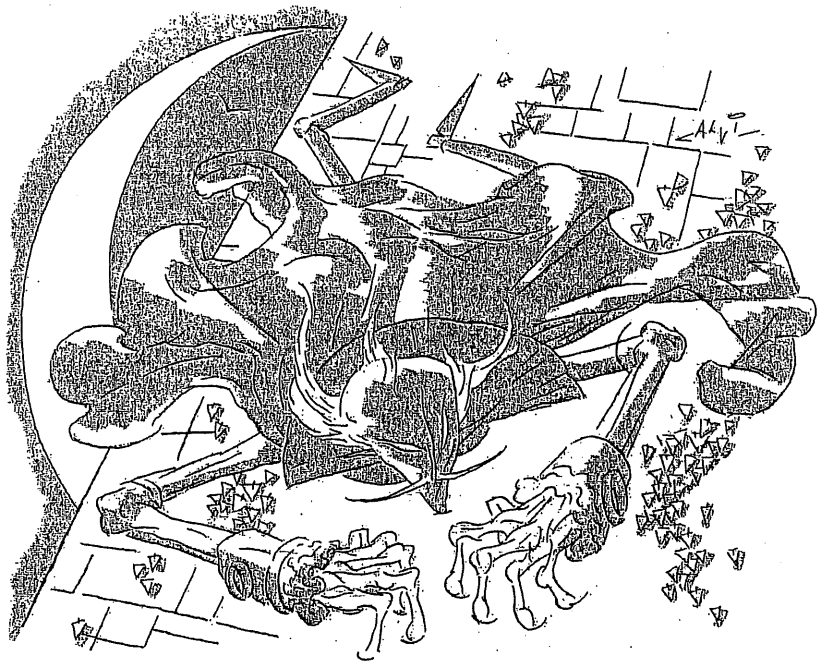
Terminó la frase haciendo un gesto con las manos como si se las lavara. ¿Era posible que siquiera una pesadilla pudiera ser más terrible que la red sobrenatural y horrible, de tenebrosidad y misterio, que parecía estarse cerrando a mi alrededor?

Más tarde

Confirmo las últimas palabras escritas, y ahora no me cabe la menor duda. No tengo por qué temer si duermo en cualquier parte donde no esté él. He colocado el crucifijo sobre la cabecera de mi cama y ahí se quedará: espero así no tener más pesadillas mientras descanso.

Cuando se marchó, me dirigí a mi cuarto. Después de un rato, como no oía ningún ruido, salí al corredor y subí por la escalera de piedra hasta un lugar desde donde podía mirar hacia el sur. Al asomarme por la ventana me llamó la atención algo que se movía un piso más abajo, un poco a mi izquierda, donde imagino, por el orden de las habitaciones, que estarían las ventanas del cuarto del conde. Retrocedí un poco y miré hacia afuera con cuidado.

Lo que vi fue la cabeza del conde saliendo por la ventana. No le vi la cara, pero supe que era él por el cuello y el movimiento de su espalda y sus brazos. De cualquier modo, no podía confundir aquellas manos, las cuales había estudiado en tantas oportunidades. Me estremecí de terror cuando vi que el conde salía lentamente por la ventana y empezaba a reptar, cabeza abajo, por el muro del castillo hacia el espantoso abismo con la capa extendida como unas grandes alas. Al principio no daba crédito a mis ojos. Pensé que se trataba de un truco de la luz de la luna, algún extraño juego de luces y sombras. Pero continué mirando y no podía ser ningún engaño. Vi cómo los dedos de las manos y de los pies se sujetaban de los vértices de las piedras, desgastadas por el paso de los años, utilizando así las desigualdades para descender a gran velocidad, igual que un lagarto se desliza a lo largo de un muro.



¿Qué clase de hombre es este, o qué clase de criatura con apariencia de hombre? Siento que el terror de este horrible lugar me está dominando; tengo miedo, mucho miedo, de que no haya escape posible para mí. Estoy rodeado de tales terrores que ni siquiera me atrevo a pensar en ellos...

Más tarde: 16 de mayo por la mañana

Hoy, cuando me fui a dormir, recordé la advertencia del conde y, sin embargo, sentí la tentación de desobedecerla. Decidí no volver a aquellas deprimentes habitaciones y quedarme a dormir en un ala del castillo situada a la derecha de los cuartos que ya conocía. Pertenecía, sin duda, a una parte que había sido habitada en el pasado: aquí donde, antaño, las damas se habían sentado y habían cantado mientras vivían dulces vidas y sus pechos se entristecían pensando en los hombres alejados por las guerras. Los muebles ofrecían mayor comodidad que los que hasta entonces había visto. Acerqué un sofá grande hasta una esquina, desde donde, acostado, podía contemplar una hermosa vista del este y el sur. Y sin pensar en el polvo ni preocuparme por él, me instalé para dormir.

Supongo que debí quedarme dormido, eso espero.

Pero me temo que todo lo que siguió fue extraordinariamente real, tan real, que ahora, sentado a plena luz del sol de la mañana, no puedo pensar de ninguna manera que todo fuera un sueño.

No estaba solo. La habitación seguía igual, nada había cambiado en ella desde que entré. Frente a mí, bañadas por la luz de la luna, había tres jóvenes mujeres, mejor dicho tres damas, como lo indicaban sus vestidos y sus portes. Al verlas creí estar soñando, pues, aunque la luz de la luna estaba detrás de ellas, no proyectaban ninguna sombra sobre el suelo. Se me acercaron y me miraron unos instantes y comenzaron a murmurar entre ellas. Dos eran de pelo oscuro y tenían

largas narices aguileñas, como el conde, y grandes y penetrantes ojos negros, que casi parecían rojos en contraste con la pálida luna. La otra era rubia, increíblemente rubia, con larga melena ondulada y ojos como pálidos zafiros[23]. Me pareció que de alguna manera yo conocía su cara, como si la hubiera visto en alguna pesadilla.

Las tres tenían dientes blancos y relucientes, que brillaban como perlas contra el rubí de sus labios voluptuosos. Algo había en ellas que hizo sentirme inquieto, un miedo a la vez nostálgico y mortal. Experimenté en mi corazón un deseo malévolo, perverso y ardiente de que me besaran con esos labios rojos. No está bien que yo anote esto, ya que podría apenar a Mina si algún día lo leyera. Pero es la verdad. La mujer rubia sacudió provocadoramente la cabeza, incitada por las otras dos. Una de ellas dijo:

—¡Adelante! Tú vas primero y nosotras te seguimos. Tienes el derecho de comenzar.

Me daba miedo abrir por completo los ojos, pero podía ver perfectamente a través de las pestañas. La muchacha se arrodilló y se inclinó sobre mí. Había una voluptuosidad deliberada que era a la vez maravillosa y repulsiva. Mientras doblaba su cuello y se relamía como un animal, pude ver la humedad brillando en sus labios escarlatas y la lengua roja entre los blancos y agudos dientes. Su cabeza descendió y descendió. Sus labios pasaron a lo largo de mi boca y mi mentón, y parecieron posarse sobre mi garganta. Entonces noté sobre mi cuello su aliento cálido. Sentí un estremecimiento en la piel y esperé..., esperé con el corazón palpitante.

Pero, en ese instante, otra sensación me recorrió tan rápida como un relámpago. Fui consciente de la presencia del conde y del arrebato de cólera que lo dominaba. Abrí los ojos

[23] Piedras preciosas de color azul.

involuntariamente y vi que su mano sujetaba el delicado cuello de la mujer rubia, y la hacía retroceder con la fuerza de un gigante. Con una voz que, aunque baja y casi susurrante, pareció cortar el aire, exclamó:

—¿Cómo se atreve cualquiera de ustedes a tocarlo? ¿Cómo se atreven a poner sus ojos sobre él cuando yo lo he prohibido? ¡Atrás, les digo a todas! ¡Este hombre me pertenece! Cuídense de meterse con él, o tendrán que vérselas conmigo.

La rubia se volvió para responderle, con una risa siniestra:

—¡Tú jamás has amado! ¡Tú jamás has amado!

—Sí, yo también puedo amar; ustedes mismas lo han comprobado en el pasado. Les prometo que cuando haya terminado con él las dejaré besarlo tanto como quieran. ¡Ahora retírense!

—¿No tendremos nada esta noche? —preguntó una de ellas, con una risa contenida, mientras señalaba una bolsa que él había tirado al suelo y que se movía como si hubiese algo vivo allí.

El conde asintió con la cabeza.

Una de las mujeres se abalanzó sobre la bolsa y la abrió. Si mis oídos no me engañaron, se oyó un suspiro y un lloriqueo, como el de un niño medio asfixiado. Las mujeres rodearon la bolsa, mientras yo permanecía petrificado de miedo. Pero, al mirar otra vez, ya habían desaparecido, y con ellas la misteriosa bolsa. No había ninguna puerta cerca, y no es posible que hayan pasado sobre mí sin que yo lo hubiera notado. Al parecer, debieron fundirse simplemente con los rayos de la luna, pasando a través de la ventana.

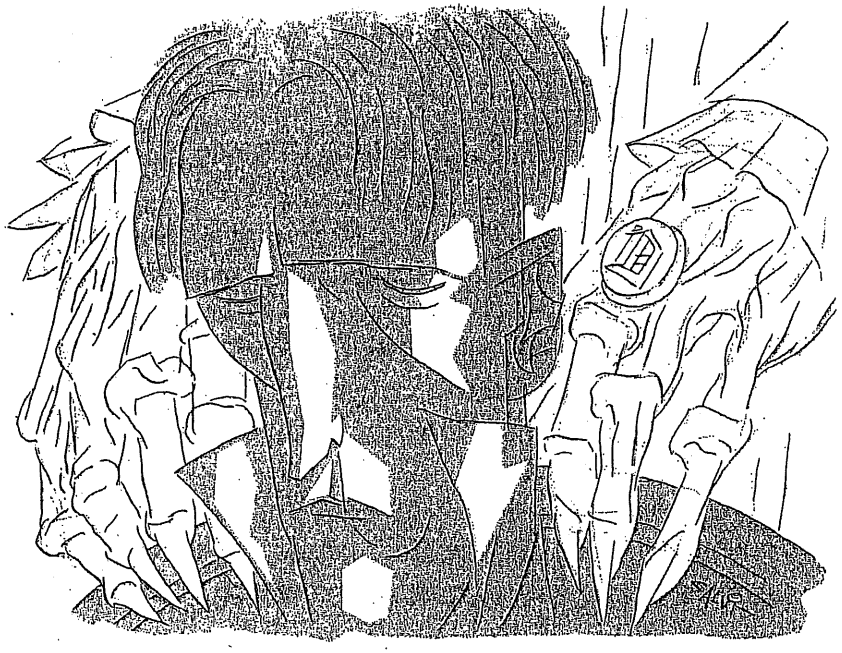
Entonces me venció el horror y me hundí en la inconsciencia.

Capítulo 4

Diario de Jonathan Harker (continuación)

19 de mayo

Es seguro que estoy en las redes. Anoche el conde me pidió, en el más suave de los tonos, que escribiera tres cartas: una diciendo que mi trabajo aquí ya casi había terminado y que saldría para casa dentro de unos días; otra diciendo que salía a la mañana siguiente del día en que escribía la carta; y una tercera afirmando que había dejado el castillo y había llegado a Bistrita. De buena gana hubiese protestado, pero sentí que en el actual estado de cosas sería una locura tener un altercado con el conde. Me encuentro absolutamente en su poder y negarme hubiera sido despertar sus sospechas y excitar su cólera. Él sabe que yo sé demasiado y que no debo seguir viviendo, pues sería peligroso para él. Mi única posibilidad radica en mantener mi situación actual. Tal vez ocurra algo que me dé una ocasión de escapar. Me explicó que los correos eran pocos e inseguros, y que escribir ahora seguramente les daría tranquilidad a mis amigos. También me aseguró que enviaría las últimas cartas, las cuales serían detenidas en Bistrita hasta el tiempo oportuno en caso de que el azar permitiera que yo prolongara mi estancia. Por lo tanto, fingí estar de acuerdo con sus puntos de vista y le pregunté qué fecha debía poner en las cartas. Él calculó un minuto y luego dijo:



—La primera debe ser del 12 de junio, la segunda del 19 de junio y la tercera del 29 de junio.

Ahora sé cuánto tiempo me queda de vida. ¡Dios me ampare!

28 de mayo

Existe una posibilidad de escaparme, o al menos de enviar un par de palabras a casa. Un grupo de cíngaros[24] ha venido al castillo y están acampando en el patio interior. Son típicos de esta región, aunque están emparentados con los demás gitanos de todo el mundo. Hay miles de ellos en Hungría y Transilvania; viven casi siempre al margen de la ley. Generalmente se vinculan a algún noble y adoptan su apellido. Son temerarios y no tienen religión, aunque son muy supersticiosos.

[24] Gitanos.

Escribiré algunas cartas a mi casa y trataré de convencerlos para que las pongan en el correo. Ya les he hablado a través de la ventana para darme a conocer.

He escrito las cartas. La de Mina en taquigrafía, y simplemente le pido al señor Hawkins que se comunique con ella. A ella le he explicado mi situación, pero sin los horrores que solo puedo suponer.

Les he dado las cartas. Las lancé a través de los barrotes de mi ventana, con una moneda de oro, e hice las señas que pude para indicar que debían ponerlas en el correo.

Cuando el conde llegó, se sentó a mi lado y me dijo con suavidad al tiempo que abría dos cartas:

—Los gitanos me han dado éstas, de las cuales, aunque no sé de dónde provienen, por supuesto me ocuparé. ¡Veamos! —debe haberla mirado antes—: una es de usted, dirigida a mi amigo Peter Hawkins; la otra... ¡la otra es una cosa vil!, ¡un insulto a la amistad y a la hospitalidad! No está firmada, de manera que no puede importarnos.

Con gran calma, colocó la carta sobre la llama de la lámpara hasta que se consumió.

—La carta para Hawkins, ya que es suya, por supuesto que la enviaré. Sus cartas son sagradas para mí. Perdone usted, mi amigo, que sin saberlo haya roto el sello. ¿No quiere usted meterla en otro sobre?

Me extendió la carta, y con una reverencia cortés me dio un sobre nuevo. Escribí nuevamente la dirección y se lo devolví en silencio. Cuando salió del cuarto oí que la llave giraba suavemente. Un minuto después traté de abrir la puerta: estaba cerrada con llave.

17 de junio

Esta mañana, sentado en el borde de mi cama, oí afuera el sonido de látigos y el golpeteo de cascos de caballos a lo largo del sendero de piedra que hay detrás del patio. Me di-

rigí rápidamente a la ventana y vi que entraban en el patio dos diligencias, cada una de ellas tirada por ocho caballos. Las conducían eslovacos, a quienes reconocí por sus amplios sombreros y sus enormes cinturones.

Entonces, desde la ventana les grité. Me miraron estúpidamente y me señalaron con el dedo. En ese momento apareció el jefe de los gitanos y, al verlos señalar hacia mi ventana, les dijo algo y comenzaron a reír. Las diligencias llevaban grandes cajones cuadrados, con manijas de cuerda gruesa. Evidentemente estaban vacíos por la manera fácil con que los eslovacos las descargaron y por el ruido hueco que hacían al arrastrarlos por el suelo. Una vez descargados y agrupados en montón en una esquina del patio, los eslovacos recibieron dinero del gitano y cada uno se fue a su correspondiente carruaje.

24 de junio, antes del amanecer

Anoche el conde me dejó muy temprano y se encerró en su cuarto. En cuanto me atreví, corrí subiendo por la escalera de caracol y miré por la ventana que da hacia el sur. Pensé que debía vigilar al conde, pues algo estaba sucediendo. Los gitanos están acampados en algún lugar del castillo y están realizando algún trabajo. Lo sé porque de vez en cuando oigo a lo lejos un ruido como de picos y palas. Sea lo que fuere, debe tratarse de algo malo.

Había estado espiando algo menos de media hora cuando vi que algo salía de la ventana del conde. Era Drácula. Me sorprendió descubrir que se había puesto el traje que yo había usado durante mi viaje; de su hombro colgaba la terrible bolsa que yo había visto que las mujeres se habían llevado. ¡No podía haber duda acerca de sus propósitos!, ¡y, por añadidura, con mi ropa! Esta es, entonces, su nueva treta diabólica: hará que otros me vean, de manera que por un lado quede la evidencia de que he sido visto en las aldeas

poniendo mis cartas en el correo; y, por el otro lado, que cualquier maldad que él haga sea atribuida por la gente a mi persona.

Unas horas más tarde oí algo que se movía en el cuarto del conde, como un agudo gemido sofocado rápidamente. Luego todo quedó en silencio, en un profundo silencio que me hizo estremecer. Con el corazón latiéndome desaforadamente, traté de abrir la puerta. Pero me encontraba encerrado con llave. No podía hacer nada. Simplemente me senté y me puse a llorar.

Entonces oí un ruido en el patio: el agonizante grito de una mujer. Corrí a la ventana y espié entre los barrotes. Ahí afuera había una mujer con el pelo desgreñado, agarrándose las manos sobre su corazón como víctima de una gran desgracia. Estaba encorvada contra la esquina del patio. Cuando vio mi cara en la ventana se lanzó hacia adelante, y gritó con voz amenazadora:

—¡Monstruo! ¡Devuélveme a mi hijo!

Cayó de rodillas y, alzando los brazos, gritó las mismas palabras en un tono que me oprimió el corazón. Luego se mesó el pelo, se golpeó el pecho y se abandonó a todas las violencias de una emoción desorbitada. Finalmente, corrió, y, aunque yo no la veía, podía oír cómo golpeaba con las manos la puerta del castillo.

En algún lugar elevado, probablemente en la torre, oí la voz del conde que llamaba a alguien con un susurro duro y metálico. A lo lejos, los aullidos de los lobos parecieron responder a su llamado. Unos minutos después, una jauría entró en el patio, como las aguas de un embalse al ser liberadas.

La mujer dejó de gritar y al poco tiempo solamente se oyeron los aullidos de los lobos. Poco después salieron en tropel relamiéndose los hocicos.

No sentí lástima por la mujer, pues sabía qué le había sucedido a su hijo, y era mejor que estuviese muerta. ¿Qué ha-

ré? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo escapar de esta horripilante noche de terror?

25 de junio, por la mañana

Siempre ha sido durante la noche cuando he sido amenazado o me he encontrado en peligro o con miedo. Todavía no he visto al conde a la luz del día. ¿Será posible que él duerma cuando los otros están despiertos, y que esté despierto cuando todos duermen? ¡Si solo pudiera llegar a su cuarto! Pero no hay camino posible. La puerta siempre está cerrada: no hay manera de llegar a él.

Sin embargo, no es así. Hay un camino, si uno se atreve a tomarlo. Es por donde ha pasado su cuerpo. Yo mismo lo he visto reptar desde su ventana. ¿Por qué no puedo imitarlo para entrar por allí? Las probabilidades son muy escasas, pero la necesidad me obliga a correr todos los riesgos.

Me arriesgaré. Lo peor que me puede suceder es la muerte: pero la muerte de un hombre no es la muerte de un ternero. Y el temido "más allá" todavía puede ofrecerme oportunidades. ¡Que Dios me ayude en mi empresa! Adiós, Mina, si fracaso. Adiós, mi fiel amigo y segundo padre. Adiós a todos y, como última cosa... ¡adiós, Mina!

Mismo día, más tarde

He hecho el esfuerzo y, con ayuda de Dios, he regresado a salvo a mi cuarto. Mientras me quedaba valor fui directamente a la ventana del lado sur y salí inmediatamente por la estrecha cornisa de piedra que rodea el castillo. Conozco bien la ventana del conde, y me dirigí hacia ella sin dudar. En un santiamén me encontré tratando de levantar la persiana. Cuando me deslicé a través de ella fui presa de una terrible agitación. Luego busqué al conde, pero, con sorpresa y alegría, descubrí que ¡el cuarto estaba vacío!

Apenas estaba amueblado con cosas raras, que parecían

no haber sido usadas nunca; los muebles eran de estilo parecido a los que había en los cuartos situados al sur, y estaban cubiertos de polvo.

En un rincón de la habitación había una puerta. Milagrosamente, estaba abierta y me condujo a través de un pasadizo de piedra hacia una escalera de caracol, que bajaba muy empinada. Descendí con mucho cuidado, pues los peldaños estaban a oscuras. En el fondo había un pasadizo sombrío, semejante a un túnel, a través del cual se percibía el mortal y enfermizo olor de la tierra recién removida. A medida que avanzaba, el olor se hacía más intenso y más cercano. Finalmente, abrí una puerta que estaba entornada y me encontré en una capilla en ruinas, que evidentemente se usaba como cementerio. El techo estaba agrietado y unos escalones conducían a las bóvedas. El suelo había sido recientemente excavado y la tierra puesta en los grandes cajones de madera que habían transportado los eslovacos. No había nadie. Hice un minucioso registro de cada centímetro de terreno. Bajé a las bóvedas, donde la tenue luz luchaba con las sombras. Al hacerlo mi alma se llenó de horror. En dos de las bóvedas no vi nada, solo fragmentos de ataúdes y montones de polvo. En la tercera hice un terrible descubrimiento.

¡Allí, en una de los cajones, de los cincuenta que había en total, sobre un montón de tierra recién excavada, yacía el conde! No sabría decir si estaba muerto o dormido: tenía los ojos abiertos y petrificados, pero sin la vidriosidad de la muerte. Sus mejillas conservaban el calor de la vida a pesar de su extrema palidez. Sus labios estaban rojos como nunca. Pero no había ninguna señal de movimiento, ni pulso, ni respiración, ni el latido del corazón. Pensé que podía tener las llaves en su poder, pero, cuando fui a registrarlo, vi que sus ojos muertos, aunque estaban apagados y no se percataban de mi presencia, tenían tal expresión de odio, que de-

cidí huir de allí. De regreso en mi cuarto, me tiré jadeante sobre la cama y traté de pensar...

29 de junio

Hoy me despertó para decirme, mientras me miraba con la expresión más torva que puede uno imaginar:

—Mañana, mi amigo, tendremos que separarnos. Usted regresará a su bella Inglaterra, yo a un trabajo que puede tener un fin tal que nunca nos encontremos otra vez. Su carta a casa ha sido despachada. Mi carruaje vendrá a buscarlo y lo llevará hasta el desfiladero de Borgo, para encontrarse ahí con la diligencia que va de Bucovina a Bistrita. De todos modos, espero volver a verlo en el castillo de Drácula.

Sospeché de sus palabras y decidí poner a prueba su sinceridad:

—¿Por qué no puedo irme hoy por la noche?

—Porque, querido señor, mi cochero y los caballos han salido en una misión.

—Pero yo caminaría de buena gana. Lo que deseo es salir de aquí cuanto antes.

Él sonrió, de un modo tan suave, delicado y diabólico, que inmediatamente supe que había algún truco detrás de su amabilidad:

—¿Y su equipaje?

—No importa. Puedo enviar a recogerlo después.

El conde se puso de pie y dijo, con dulce cortesía:

—Venga conmigo, mi querido y joven amigo. No debe permanecer ni una sola hora más en mi casa en contra de su voluntad, aunque su marcha me apene tanto como su repentino deseo de irse. ¡Vamos!

Los aullidos de los lobos nos llegaron desde cerca. Fue casi como si brotaran al alzar él su mano, igual que la música de una gran orquesta sigue la batuta de su director. Tras una breve pausa, continuó avanzando, en su manera majestuosa, hacia la puerta. Corrió los enormes cerrojos y destrabó las pesadas cadenas.

Ante mi asombro, vi que estaba sin llave.

Al abrirse la puerta, aumentaron los aullidos de los lobos: pude ver las rojas quijadas y los agudos dientes y las garras. Me di cuenta de que era inútil luchar en aquellos momentos contra el conde. No podía hacer nada mientras él tuviera bajo su mando a semejantes aliados.

—¡Cierre la puerta! —grité—. ¡Esperaré hasta mañana!

Me cubrí el rostro con las manos para ocultar las lágrimas de decepción.

Ya en mi cuarto y a punto de acostarme, creí oír unos murmullos al otro lado de mi puerta. Me acerqué en silencio y presté atención. Oí la voz del conde:

—¡Atrás, atrás, a su lugar! Todavía no les ha llegado la hora. ¡Esperen! ¡Tengan paciencia! Mañana por la noche será de ustedes.

Hubo un ligero y dulce murmullo de risas. En un arrebato de furia abrí la puerta de golpe y vi a aquellas tres terribles mujeres lamiéndose los labios. Al verme lanzaron una horrible carcajada y salieron corriendo.

Regresé a mi cuarto y caí de rodillas. ¿Está entonces tan cerca el final? ¡Mañana! ¡Mañana! Señor, ¡ayúdanos a mí y a todos los míos!

30 de junio, por la mañana

Estas pueden ser las últimas palabras que escribo en mi diario. Tuve un deseo salvaje de obtener la llave a cualquier precio y decidí inmediatamente deslizarme por la pared y llegar otra vez al cuarto del conde.

Estaba vacío, y eso era lo que yo esperaba. Crucé la otra puerta, descendí por la escalera de caracol y recorrí el oscuro pasadizo hasta la capilla. Ya sabía yo muy bien dónde encontrar al monstruo que buscaba.

El cajón estaba en el mismo lugar, contra la pared, pero con la tapa puesta. Tenía que llegar al cuerpo para buscar la llave, de modo que levanté la tapa y la apoyé contra la pared. Entonces vi algo que me aterrorizó. Ahí yacía el conde, pero rejuvenecido, pues su pelo blanco y sus bigotes habían cambiado a un gris oscuro y las mejillas estaban más llenas. La boca estaba más roja que nunca, y por las comisuras le chorreaban unas gotas de sangre fresca hasta la barbilla y el cuello.

Sentí un terrible deseo de salvar al mundo de semejante monstruo. No tenía a mano arma alguna, pero tomé la pala de los obreros y, levantándola bien alto, golpeé con el filo su odiosa cara. La cabeza se volvió y los ojos se fijaron en mí con todo su horrendo brillo. Su mirada casi me paralizó. Solo le había rozado el rostro, provocándole un corte profundo en la frente. La pala se cayó de mis manos y lo último que vi fue su rostro hinchado, manchado de sangre y fijo, con una mueca de malicia que hubiese sido digna del infierno.

Quise dirigirme nuevamente hacia la bóveda, donde tal vez podría encontrar la nueva entrada. Pero un brusco soplo de viento penetró en el cuarto y la puerta que conducía a la escalera de caracol se cerró de un golpe tan fuerte que levantó el polvo de los marcos. Cuando corrí a abrir la puerta, la encontré herméticamente cerrada. De nuevo era prisionero y la red de mi destino parecía irse cerrando cada vez más.

Mientras escribo, en el pasadizo debajo de mí se oyen el ruido de muchos pies y el ruido de cosas pesadas. Indudablemente son los cajones con su cargamento de tierra. También se oye un martillo: es el cajón del conde, que están cerrando. Ahora puedo oír nuevamente los pies que avanzan a lo largo del corredor.

Se cierra la puerta, las cadenas chocan entre sí al ser colocadas, se oye el chirrido de la llave en la cerradura. Puedo incluso oír cuando la llave se retira.

Oigo abajo, en el patio y a lo largo del rocoso sendero, el traqueteo de las pesadas ruedas, el chasquido de los látigos y el coro de los gitanos que se alejan.

Estoy solo en el castillo con esas horribles mujeres. ¡Bah! Mina también es mujer, y no tiene nada en común con ellas. ¡Estas son demonios del infierno!

No permaneceré aquí solo con ellas. Trataré de escalar la pared del castillo y llegar más lejos que la otra vez. Me llevaré algunas monedas de oro, por si más adelante me hicieran falta. Tal vez encuentre alguna manera de salir de este horrendo lugar.

Y entonces ¡me iré rápido a casa! ¡Rápido al más veloz y más cercano de los trenes! ¡Lejos de este maldito lugar, de esta maldita tierra donde el demonio y sus hijos todavía viven con los humanos!

Aunque el precipicio es alto y escarpado, prefiero la misericordia de Dios a la de estos monstruos. Allá abajo un hombre puede descansar..., descansar como un hombre. ¡Adiós a todos! ¡Adiós, Mina!

Capítulo 5

Carta de la señorita Mina Murray
a la señorita Lucy Westenra

9 de mayo
Queridísima Lucy:

Perdona mi tardanza en escribirte, pero he estado verdaderamente sobrecargada de trabajo. La vida de una maestra auxiliar es a veces angustiosa. Me muero de ganas de estar contigo, a orillas del mar, donde podamos hablar con libertad y construir nuestros castillos en el aire. Últimamente he estado trabajando mucho. Quiero alcanzar el nivel cultural de Jonathan y he estado practicando muy activamente la taquigrafía. Cuando nos casemos, si logro escribir bien con este método, podré ayudarlo. A veces nos escribimos en taquigrafía. Está llevando un diario taquigráfico de sus viajes por el extranjero. Acabo de recibir un par de líneas de Jonathan desde Transilvania. Está bien y regresará más o menos dentro de una semana.

Estoy muy ansiosa por escuchar sus noticias. ¡Debe ser tan bonito visitar países extraños! A veces me pregunto si nosotros (Jonathan y yo) alguna vez los veremos juntos. Acaba de sonar la campana de las diez. Adiós.

Te quiere,

MINA

P.D.: Cuéntame todas las novedades cuando me escribas. No me has dicho nada durante mucho tiempo. He oído rumores, y especialmente sobre un hombre alto, guapo, de pelo rizado (???).

Carta de Lucy Westenra a Mina Murray

Calle de Chatham, 17
Miércoles
Queridísima Mina:

Debo decir que me acusas injustamente de escribirte poco. Te he escrito dos veces desde que nos separamos y tu última carta fue la segunda. Además, no tengo nada que decirte. En cuanto al hombre alto, de pelo rizado, supongo que era el que estaba conmigo en el último concierto popular. Evidentemente, alguien ha estado contando chismes. Era el señor Holmwood. Viene a menudo a vernos, y se lleva muy bien con mamá: tienen muchas cosas en común de que hablar. Hace algún tiempo encontramos un hombre que sería adecuado para ti si no estuvieras comprometida con Jonathan. Es un partido excelente: buen mozo, rico y de buena familia. Es médico y muy listo. ¡Imagínatelo! Tiene veintinueve años y es propietario y director de un inmenso hospicio para dementes. El señor Holmwood me lo presentó y vino aquí a vernos. Ahora nos visita a menudo. Tiene el hábito de mirar a uno directamente a la cara como si tratara de leerle los pensamientos. Trató de hacer esto muchas veces conmigo, pero yo me jacto de que esta vez se ha encontrado con un hueso duro de roer.

Mina, nosotras nos hemos dicho todos nuestros secretos desde que éramos niñas. Hemos compartido nuestras camas y hemos comido juntas, hemos reído y llorado juntas también. Y ahora, que he tomado la palabra, me gustaría contarte más. ¡Oh, Mina! ¿No pudiste adivinar? Lo amo ¡Amo a Arthur! ¡Ya está, te lo dije! Vaya, eso me hace bien. Desearía

estar contigo, querida, sentada al lado del fuego, tal como solíamos hacerlo. Entonces trataría de decirte lo que siento.

Mándame noticias tuyas inmediatamente y dime todo lo que pienses acerca de esto. Mina, debo terminar. Buenas noches.

Bendíceme en tus oraciones y reza por mi felicidad.

LUCY

P.D.: No necesito decirte que es un secreto. Otra vez, buenas noches.

Carta de Lucy Westenra a Mina Murray

24 de mayo

Mi queridísima Mina:

Gracias, gracias y gracias otra vez por tu dulce carta. ¡Fue tan agradable poder sentir tu simpatía!

Querida mía, llueve sobre mojado. ¡Cuánta razón tienen los viejos refranes! Aquí me tienes, voy a cumplir veinte años en septiembre y hasta ahora nadie me había pedido en matrimonio, al menos con palabras verdaderas. Y, sin embargo, hoy he tenido... ¡Imagínatelo! ¡*Tres* proposiciones en un día! ¿No es terrible?

Bien, debo hablarte acerca de los tres, pero tú debes mantenerlo en secreto, sin decírselo a nadie, excepto, por supuesto, a Jonathan. Tú se lo dirás a él, porque yo, si estuviera en tu lugar, se lo diría seguramente a Arthur.

Bien, querida, el número uno llegó justamente antes del almuerzo. Ya te he hablado de él: el doctor John Seward, el hombre del hospicio para dementes, con un fuerte mentón y una buena frente. Me dijo que me amaba, a pesar de conocerme tan poco, y que su vida sería maravillosa conmigo a su lado. Estaba a punto de decirme lo infeliz que sería si yo

no lo quisiera también a él, pero cuando me vio llorando me dijo que él era un bruto y que no quería agregar más penas a las que ya tenía. Entonces hizo una pausa y me preguntó si podía llegar a amarlo con el tiempo y, cuando yo moví la cabeza negativamente, le temblaron las manos. Luego, con alguna vacilación, me preguntó si yo ya amaba a otro. Me dijo todo de una manera muy bonita, alegando que no quería obligarme a confesar algo que yo no quisiera. Y entonces, Mina, sentí que era mi obligación decirle que ya había alguien. Solo le dije eso. Él se puso de pie y tomó mis manos entre las suyas. Dijo que esperaba que yo fuese feliz y que, si alguna vez yo necesitaba un amigo, debía contarlo a él entre uno de los mejores. ¡Oh, mi querida Mina!, no puedo evitar llorar: debes perdonar que esta carta vaya manchada. Es muy lindo que alguien te proponga matrimonio y todas esas cosas, pero no es una cosa alegre cuando tú ves a un pobre hombre, que sabes que te ama honestamente, alejarse todo descorazonado y sabiendo tú que te estás alejando para siempre de su vida. Mi querida, por ahora debo parar aquí, me siento tan mal... ¡Aunque estoy tan feliz!

Por la tarde

Arthur se acaba de ir y me siento mucho más animada que cuando dejé de escribirte, de manera que puedo seguir contándote lo que pasó durante el día. Bien, querida, el número dos llegó después del almuerzo. Es un tipo muy bueno, un norteamericano de Texas. Se ve tan joven y tan fresco que parece imposible que haya estado en tantos lugares y haya tenido tantas aventuras.

Bien, el señor Morris se sentó a mi lado y, aunque parecía muy alegre, lo noté bastante nervioso. Tomó una de mis manos entre las suyas y dijo de la manera más cariñosa:

—Señorita Lucy, sé que no soy digno de atarle los cordones de los zapatos, pero supongo que si usted espera

hasta encontrar un hombre que lo sea, ello no ocurrirá nunca. ¿No le agradaría irnos juntos por el largo camino?

La verdad, parecía de tan buen humor, que rechazarlo no me resultó ni la mitad de difícil de lo que había sido con el pobre doctor Seward. Así es que dije, tan frívolamente como pude, que yo no sabía nada acerca de ningún largo camino. Entonces él dijo que había hablado de manera muy ligera, y que esperaba que, si había cometido un error al hacerlo así, en una ocasión tan seria y trascendental para él, yo lo perdonara. Verdaderamente estuvo muy serio cuando dijo esto, y también yo me sentí un poco seria (Mina, pensarás que soy una coqueta horrorosa), aunque asimismo sentí una especie de regocijo triunfante por ese número dos en un día. Y entonces, querida, antes de que yo pudiese decir una palabra, estalló en un torrente de palabras amorosas, poniendo su corazón y su alma a mis pies. Se veía tan sincero en todo lo que decía que yo nunca volveré a pensar que un hombre debe ser siempre juguetón, y nunca serio, solo porque a veces se comporte alegremente.

Supongo que vio algo en mi rostro que lo puso en guardia, pues repentinamente se interrumpió y dijo:

—Lucy, usted es una muchacha sincera, lo sé. No estaría aquí hablando con usted como lo estoy haciendo ahora si no la considerara así. Dígame, ¿hay algún otro hombre que le interese? Si lo hay, jamás volveré a tocar ni siquiera una hebra de su cabello, pero seré, si usted me lo permite, un amigo muy leal.

—Sí; hay alguien a quien amo, aunque él todavía no me ha dicho que me quiere —le dije.

Estuve bien al hablarle tan francamente, pues una luz pareció iluminarle el rostro y, extendiendo las dos manos, tomó las mías, o quizá fui yo quien las puso en las de él, y dijo muy emocionado:

—Muchachita, a partir de ahora seremos grandes amigos. Gracias por su sinceridad, y adiós.

Salió del cuarto sin volver la vista, sin derramar una lágrima, sin temblar ni hacer una pausa. Y yo estoy llorando como un bebé. Querida, esto me ha perturbado y siento que no puedo escribir más.

Te quiere siempre,

LUCY

P.D.: ¡Oh! Acerca del número tres..., no necesito decirte nada acerca del número tres, ¿no es cierto? Además, ¡fue todo tan confuso! Pareció que solo había transcurrido un instante desde que entró en el cuarto hasta que sus brazos me rodearon, y me besó. Estoy muy, muy contenta, y no sé qué he hecho para merecerlo. Solo debo tratar en el futuro de mostrar que no soy desagradecida a Dios por todas sus bondades, al enviarme un amor así, un marido y un amigo.

Adiós.

Diario del doctor Seward (grabado en fonógrafo[25])

25 de mayo

Desde mi fracaso de ayer siento una especie de vacío. Nada en el mundo parece ser lo suficientemente importante. Como sabía que la única cura para estas cosas era el trabajo, me dediqué a mis pacientes. Escogí a uno que me ha proporcionado un estudio de mucho interés. Es tan raro que estoy determinado a entenderlo tanto como pueda. Me parece que hoy me acerqué más que nunca al corazón de su misterio.

[25] Instrumento electromecánico inventado por Thomas Edison en 1877. Servía para reproducir sonidos desde un disco de vinilo donde se ha grabado un surco en espiral con pequeños realces en ambas caras. Los realces guardan registros musicales o de cualquier otro tipo. Es un antecedente del moderno grabador.

Lo interrogué más detalladamente que otras veces, con el propósito de averiguar en qué consiste su alucinación.

R. M. Renfield, edad 59. Temperamento sanguíneo[26]; gran fortaleza física; excitable mórbidamente[27]; períodos de decaimiento que terminan en alguna idea fija, la cual no he podido descifrar. Supongo que el temperamento sanguíneo mismo y la influencia perturbadora terminan en un desenlace mentalmente negativo; un hombre posiblemente peligroso, si es egoísta.

Carta de Quincey P. Morris al honorable Arthur Holmwood

25 de mayo

Mi querido Arthur:

Hemos contado historias sentados al lado de una fogata en las praderas. Nos hemos aliviado las heridas mutuamente bebiendo a orillas del lago Titicaca. Todavía quedan nuevas historias que contar, y más heridas que sanar, y otro brindis que hacer. ¿Podrá ser mañana por la noche en la fogata de mi campamento? No dudo al preguntártelo, pues sé que cierta dama está invitada a cierta cena, y tú estás libre. Solo habrá otro convidado: nuestro viejo compinche en Corea, Jack Seward. Él también va a venir, y los dos deseamos mezclar nuestras lágrimas en torno de la copa de vino, y luego hacer un brindis de todo corazón por el hombre más feliz de este ancho mundo, que ha ganado el corazón más noble que ha hecho Dios, y es el que más merece ganárselo. Te prometemos una calurosa bienvenida, un saludo afectuoso y un

[26] Según la teoría de los humores existen cuatro temperamentos: el bilioso, el flemático, el atrabiliario y el sanguíneo. Este último posee un carácter impulsivo y violento.

[27] De manera enfermiza.

brindis tan sincero como tu propia mano derecha. Ambos juramos (en honor de cierto par de ojos) irte a dejar a casa si bebes demasiado. ¡Te espero!

Tu sincero amigo de siempre,

QUINCEY P. MORRIS

Telegrama de Arthur Holmwood a Quincey P. Morris

26 de mayo

Cuenten conmigo en todo momento. Llevo unos mensajes que les harán zumbar los oídos.

ART

Capítulo 6

Diario de Mina Murray

Whitby, 24 de julio

Lucy fue a recibirme a la estación; estaba más encantadora y bonita que nunca. De allí nos dirigimos a la casa de Crescent, en donde se alojan su madre y ella.

Es un lugar muy bonito. El pequeño Esk corre a través de un profundo valle, que se amplía a medida que uno se acerca al puerto. Lo atraviesa un gran viaducto, a través del cual el paisaje parece estar algo más lejos de lo que en realidad está. El valle es de un verde bellísimo y es tan empinado que, cuando uno se encuentra en la parte alta de cualquier lado, se ve a través de él, a menos que uno esté lo suficientemente cerca como para ver hacia abajo. Exactamente encima del pueblo están las ruinas de la abadía de Whitby. ¡Me pregunto en dónde está Jonathan y si estará pensando en mí! ¡Cómo me gustaría que estuviera aquí conmigo!

Diario del doctor Seward

5 de junio

El caso Renfield se hace más interesante a medida que logro entender al hombre. Tiene ciertamente algunas características muy desarrolladas: egoísmo, discreción y determi-

nación. La cualidad que lo redime es su amor hacia los animales, aunque realmente muestra cambios tan extraños que a veces imagino que se trata de una crueldad anormal. Juega con toda clase de animales. Justamente ahora su pasatiempo es cazar moscas. En la actualidad tiene ya tal cantidad que he tenido una discusión con él. Para mi asombro, no tuvo ningún estallido de furia, sino que tomó el asunto con calma. Reflexionó un momento y dijo:

—¿Me puede dar tres días? Al cabo de ellos las dejaré libres.

Le dije que, por supuesto, le daba ese tiempo. Debo vigilarlo.

18 de junio

Ahora ha puesto su atención en las arañas y tiene unos cuantos ejemplares muy grandes metidos en una caja. Se pasa todo el día alimentándolas con sus moscas, por lo que el número de estas ha disminuido sensiblemente.

1º de julio

Las arañas se están convirtiendo ahora en una molestia tan grande como las moscas. Hoy le dije que debe deshacerse de ellas. Se puso muy triste, por lo que le dije que por lo menos debía deshacerse de algunas. Aceptó esta propuesta, y le di otra vez tres días para que efectuara la reducción. Entonces hizo algo que me dio mucho asco: cuando un horrible moscardón, hinchado con desperdicios de comida, zumbó dentro del cuarto, lo capturó y lo sostuvo un momento entre índice y pulgar. Antes de que yo pudiera advertir lo que iba a hacer, se lo echó a la boca y se lo comió. Evidentemente tiene un arduo problema mental.

8 de julio

Hay cierto método en su locura, y la idea que me había formado en principio se está confirmando. Me mantuve alejado de mi amigo durante algunos días, de manera que pudiera notar si se producían cambios. Las cosas permanecen como antes, excepto que ha abandonado algunos de sus animalitos y se ha conseguido uno nuevo. Atrapó un gorrión y lo ha domesticado parcialmente.

19 de julio

Estamos progresando. Mi amigo tiene ahora una numerosa colonia de gorriones, y sus moscas y arañas casi han desaparecido. Corrió hacia mí y me dijo que quería pedirme un gran favor, un favor muy, muy grande. Y mientras me hablaba me hizo zalamerías como si fuera un perro. Le pregunté qué

quería y me dijo, con una voz que se le quebraba en sollozos:

—Un gatito, para que yo pueda jugar con él y domesticarlo. ¡Además podré alimentarlo... y alimentarlo... y alimentarlo!

Esta petición no me tomó de sorpresa, pues había notado cómo sus animalitos iban creciendo en tamaño y vivacidad. Pero no me pareció agradable que su bonita familia de gorriones fuera a desaparecer de la misma manera que las moscas y las arañas.

Le dije que no y añadí que por el momento no sería posible, pero que vería lo que podía hacer. Su rostro se ensombreció y pude ver una advertencia de peligro en él. Este hombre es un homicida en potencia. Pondré a prueba su obsesión y veré qué resulta de todo esto: entonces sabré más.

20 de julio

Visité muy temprano a Renfield, antes de que el guardián iniciara su ronda. Lo encontré levantado, tarareando. Al no ver sus pájaros, le pregunté dónde estaban. Me contestó, sin mirarme, que todos se habían escapado. Había unas cuantas plumas en el cuarto y en su almohada pude ver unas gotas de sangre. No dije nada, pero ordené al guardián que me avisara si observaba algo raro.

11 a.m.

El guardián acaba de decirme que Renfield está muy enfermo y que ha vomitado muchas plumas.

—Creo, doctor, que se ha comido todos los pájaros, ¡y que se los ha comido crudos!

11 p.m.

Esta noche le di a Renfield un sedante fuerte, para hacerlo dormir. Le eché una ojeada a la libreta en que anota sus pensamientos. ¡Se ha confirmado mi teoría! Mi maniático

homicida es de una clase peculiar. Tendré que inventar una nueva clasificación para él y llamarlo maniático zoófago[28]. Desea absorber tantas vidas como pueda, y se ha impuesto la tarea de lograr esto de una manera acumulativa. Le dio muchas moscas a cada araña, y muchas arañas a cada pájaro, luego quería un gato para que se comiera muchos pájaros. ¿Cuál hubiera sido su siguiente paso? Casi hubiera valido la pena completar el experimento.

En cuanto a mí..., me parece que fue ayer cuando toda mi vida terminó con mi nueva esperanza para verdaderamente comenzar de cero. ¡Oh, Lucy, Lucy!, no puedo estar enojado contigo, ni tampoco puedo estar enojado con mi amigo, cuya felicidad es la tuya. Solo me queda seguir adelante sin esperanzas y trabajar... ¡Trabajar, trabajar!

Diario de Mina Murray

26 de julio

Estoy ansiosa y preocupada. Escribir en mi diario me tranquiliza. Es como susurrarse a uno mismo y escuchar al mismo tiempo. Además, los símbolos taquigráficos tienen algo especial que los diferencia de la simple escritura. Me preocupan Lucy y Jonathan. No había tenido noticias de Jonathan durante algún tiempo y estaba muy preocupada. Pero ayer el querido señor Hawkins, que siempre es tan amable, me envió una carta de él. Yo le había escrito preguntándole si había tenido noticias de Jonathan y él me respondió que la carta que me enviaba la acababa de recibir. Es solo una línea fechada en el castillo de Drácula, en la que dice que en esos momentos está iniciando el viaje de regreso a casa. No parece una carta de Jonathan. No las entiendo, y eso me inquieta. Y luego, también Lucy, aunque se encuentra bien, últimamente ha vuelto a caer en su antiguo sonambulismo[29]. Su madre me ha hablado de ello, y hemos decidido que yo cierre con llave la puerta de nuestro cuarto todas las noches.

El señor Holmwood (él es el honorable[30] Arthur Holmwood, único hijo de lord[31] Godalming) va a venir aquí por una breve visita, tan pronto como pueda dejar el pueblo. Pues su padre no está tan bien y yo creo que la querida Lucy está contando los minutos hasta que llegue. Ella quiere llevarlo al banco del cementerio de la iglesia que se halla sobre el acantilado, desde donde puede admirarse toda la belleza de Whitby. Me atrevo a decir que es la espera lo que la pone impaciente: se sentirá bien cuando él llegue.

3 de agosto

Ha pasado otra semana y no he tenido noticias de Jonathan. Ni siquiera las ha tenido el señor Hawkins, de quien he recibido una carta. Espero que no esté enfermo. De ser así, me hubiera escrito. He leído su última carta y hay algo en ella que no me satisface. No parece ser de él y, sin embargo, está escrita con su letra. Sobre esto último no hay error posible. La última semana Lucy ya no ha caminado tanto en sueños, pero hay una extraña concentración en ella que no comprendo. Hasta cuando duerme parece estar observándome. Intenta abrir la puerta del dormitorio, pero, al encontrarla cerrada, recorre la habitación buscando la llave.

28 Que se alimenta de animales vivos.

29 Trastorno del sueño. Quien lo padece realiza dormido actos de los que no tiene conciencia, ni mientras los realiza, ni una vez que se despierta.

30 Tratamiento que se otorga a ciertos nobles ingleses.

31 Título que usan, antepuesto al nombre, los hombres de la nobleza inglesa.

Capítulo 7

Recorte del *Dailygraph*, 8 de agosto (pegado en el diario de Mina Murray)

De un corresponsal

Whitby.— Una de las tormentas más fuertes y repentinas que se recuerdan acaba de pasar por aquí, dejando extraños resultados. El tiempo había sido un tanto caluroso, pero de ninguna manera excepcional para el mes de agosto. El día fue muy agradable hasta la tarde, cuando algunas de las personas que frecuentan el cementerio del acantilado este, contemplando desde aquel promontorio la extensión del mar visible hacia el norte y hacia el este, llamaron la atención sobre un grupo de "colas de caballo[31]" muy altas en el cielo hacia el noroeste. El guardacostas efectuó inmediatamente el informe y predijo, sin dudar, una tormenta repentina. Numerosas personas se reunieron en dicho acantilado para gozar de la belleza de la puesta de sol. Las naves de vapor, que suelen navegar cerca de la orilla, se hallaban mar adentro, y solo se veían muy pocos barcos de pesca. El único velero visible era una goleta que parecía dirigirse hacia el oeste.

La testarudez o la ignorancia de sus tripulantes fue un tema exhaustivamente comentado mientras permaneció a la vista. Dado el peligro de la situación, se hicieron esfuerzos

[31] Nubes altas que anuncian una tempestad.

para enviarles señales de que arriaran las velas. Antes de que cerrara la noche, se vio al navío con sus velas ondeando mientras navegaba con gran tranquilidad sobre las encrespadas olas del mar.

Poco antes de las diez de la noche la quietud del viento se hizo casi total. El silencio era tan absoluto que podían oírse el balido de una oveja tierra adentro o el ladrido de un perro en el pueblo. Un poco después de medianoche vino desde el mar un ruido que pronto se convirtió en rugido. Entonces se desató la tempestad.

Con rapidez increíble la naturaleza cambió bruscamente. Olas de crestas blancas golpearon la arena de las playas y se lanzaron contra los acantilados, otras se quebraron sobre los muelles y barrieron con su espuma los focos de los faros que se levantaban en los extremos de los muelles. Fue necesario desalojar a los curiosos, para que no aumentaran las desgracias. Además, la niebla marina comenzó a invadir la tierra, y nubes blancas avanzaron de manera fantasmal, tan húmedas, vaporosas y frías que uno pensaba que los espíritus de aquellos perdidos en el mar estaban tocando a sus hermanos de tierra con las viscosas manos de la muerte. Por instantes la niebla se aclaraba y se podía ver el mar a alguna distancia, en medio de relámpagos y truenos que hacían temblar al cielo.

En la cima del acantilado, hacia el este, había un nuevo reflector preparado para entrar en acción. Los trabajadores encargados de él lo pusieron en posición y, cuando la niebla bajaba, barrían con su luz la superficie del mar. Cada vez que un bote llegaba a salvo al puerto había un grito de júbilo de la muchedumbre congregada en la orilla. Al poco tiempo, el reflector descubrió a alguna distancia una goleta con todas sus velas desplegadas, aparentemente el mismo navío que había sido avistado antes. Los curiosos se estremecieron al darse cuenta del terrible peligro que corría la nave.

Luego llegó otra ráfaga de niebla marina, más espesa que todas las anteriores. Una masa de neblina húmeda que pareció envolver a todas las cosas como un sudario[32] gris. Los rayos del reflector se mantuvieron fijos en la boca del puerto, donde todos esperaban el choque conteniendo la respiración. En ese momento, un escalofrío recorrió a todos los presentes: amarrado al timón se hallaba el cadáver de un hombre, con la cabeza caída, que se balanceaba hacia uno y otro lado con cada movimiento del barco. Tenía las manos atadas al timón y entre ellas llevaba una cadena de la que colgaba un crucifijo. No se veía nada más sobre cubierta. El pavor embargó a todos al ver que el barco, como por milagro, había encontrado el puerto... ¡guiado solamente por las manos de un hombre muerto! Por último, la goleta encalló en el banco de arena de la esquina sudeste del muelle, al pie del acantilado este, conocido localmente como Tate Hill.

En la próxima edición daremos más detalles de este barco que tan milagrosamente logró llegar a puerto en medio del temporal.

9 de agosto

Las consecuencias de la inesperada llegada del barco desierto son casi más asombrosas que el hecho mismo. Resulta que la goleta es rusa, venía de Varna y se llama Deméter[33]. Iba cargada con arena fina y unos cajones grandes de madera llenos de tierra. Esta carga estaba consignada a un abogado de Whitby, el señor S. F. Billington, de The Crescent, nº 7, quien esta mañana fue a bordo y tomó posesión formal de los bienes.

32 Sábana en la que se envuelve un cadáver.

33 En la mitología griega, diosa de los granos y de las cosechas, hija de los titanes Cronos y Rea.

Se ha despertado gran interés por un perro que saltó a tierra cuando el barco encalló y que, más tarde, no ha sido posible encontrar en ningún lado. Tal vez haya corrido a refugiarse en los pantanos. Algunos temen esta posibilidad pues después podría convertirse en un peligro, ya que, evidentemente, se trata de un animal feroz. Esta mañana fue hallado muerto un mastín[34] perteneciente a un comerciante cercano al muelle de Tate Hill. El mastín tenía la garganta y el vientre desgarrados.

Más tarde

El inspector del Ministerio de Comercio me ha permitido echar una mirada al diario de navegación del Deméter, que llega hasta hace tres días. Parece como si una especie de manía se hubiese apoderado del capitán antes de llegar mar adentro y que fuera agravándose durante la travesía.

Diario de navegación del Deméter (de Varna a Whitby)

18 de julio

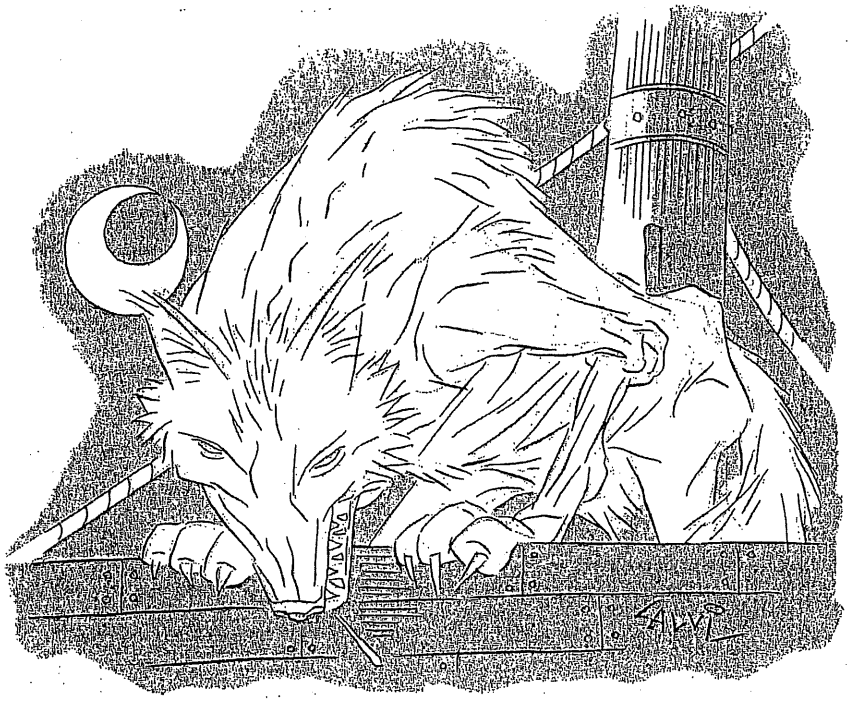
Pasan cosas muy extrañas, de las que mantendré una detallada información hasta que lleguemos a tierra.

El 6 de julio terminamos de embarcar el cargamento: arena y los cajones con tierra. Por la tarde zarpamos. Viento del este, fresco. Tripulación: cinco tripulantes, dos oficiales, el cocinero y yo (capitán).

El 13 de julio pasamos el cabo Matapán[35]. La tripulación se encuentra insatisfecha por algo. Parece asustada, pero no dice por qué.

34 Perro grande de presa.

35 Ubicado en el sur de Grecia, sobre el mar Jónico.



El 14 de julio estuve un tanto ansioso por la tripulación. Todos son hombres de confianza y han navegado conmigo otras veces. El piloto tampoco pudo averiguar qué sucede. Solo le dijeron que había algo y se persignaron. El piloto perdió los estribos con uno de ellos ese día y le dio un puñetazo. Esperaba una pelea feroz, pero todo está tranquilo.

El 16 de julio, por la mañana, el primer oficial me informó que uno de los tripulantes, Petrovsky, ha desaparecido.

El 17 de julio, otro de los tripulantes, Olgaren, se presentó en mi cabina y de manera confidencial y temerosa me dijo que, según pensaba, había un hombre extraño a bordo. En su guardia se había refugiado, debido a la lluvia, bajo la cámara de cubierta, cuando vio a un hombre alto y delgado, que no se parecía a ningún miembro de la tripulación. Este

hombre subió la escalera de la cámara y caminó sobre cubierta, para luego desaparecer. Un miedo supersticioso se apoderó de Olgaren y temo que ese pánico pueda contagiarse a los demás. Para tranquilizarlo, hoy haré que registren todo el barco cuidadosamente, de proa a popa.

24 de julio

Parece que pesa una maldición sobre este barco. Ya teníamos un hombre menos, y, al entrar en la bahía de Vizcaya con un tiempo de los diablos, otro tripulante ha desaparecido anoche, sin dejar rastro. Como el primero, dejó su guardia y no se lo volvió a ver. Otra vez cunde el pánico entre los hombres.

29 de julio

Otra tragedia. Esta noche tuvimos guardia sencilla, ya que la tripulación está muy cansada para hacerla doble. Cuando el centinela de la mañana subió a cubierta solamente encontró al piloto. Registramos a fondo, pero no hallamos a nadie. Ahora estamos sin el segundo oficial y con la tripulación en gran pánico. El primer oficial y yo acordamos ir siempre armados de ahora en adelante, y estar muy atentos.

30 de julio

Última noche. Todos estamos contentos, nos acercamos a Inglaterra. Tiempo magnífico, todas las velas desplegadas. Me retiré por agotamiento y dormí profundamente. Fui despertado por el primer oficial: me dijo que ambos hombres, el de guardia y el piloto, habían desaparecido. Solo quedan a bordo dos marineros, además del primer oficial y yo.

2 de agosto, medianoche

Me desperté después de pocos minutos porque había oído un grito, al parecer al otro lado de mi puerta. No podía

ver nada por la neblina. Corrí a cubierta y me choqué con el primer oficial. Me dijo que oyó el grito y corrió, pero no había señales del hombre que estaba de guardia. Otro menos. ¡Señor, ayúdanos! Ahora tendríamos que estar en el mar del Norte, pero solo Dios puede guiarnos en esta niebla, que parece moverse con nosotros... y Dios parece que nos ha abandonado.

3 de agosto

A medianoche fui a relevar al marinero que estaba en el timón. Pero cuando llegué no encontré a nadie. No me atreví a dejar solo el timón, por lo que llamé a gritos al primer oficial. Subió corriendo a cubierta en ropa interior. Traía los ojos desorbitados y el rostro pálido, como si hubiera perdido la razón. Me susurró con voz ronca, colocando su boca cerca de mi oído, como si temiese que el mismo aire lo oyera: "Está aquí; ahora lo sé. Al hacer guardia anoche lo vi: un hombre alto y delgado y sepulcralmente blanco. Estaba en la proa, mirando hacia afuera. Me acerqué a él en silencio y le hundí mi cuchillo... Pero este lo atravesó como si allí solo hubiera aire". Sacó su cuchillo y asestó violentas puñaladas en el aire. Luego continuó: "Pero, como está aquí, lo encontraré. Está en la bodega, quizás en uno de esos cajones... Usted sujete el timón". Está completamente loco, y no tiene sentido que trate de detenerlo. Aquí me quedo, cuido del timón y escribo estas notas. Solo puedo confiar en Dios y esperar que se disipe la niebla. Si no puedo dirigirme a ningún puerto a causa de este viento, arriaré las velas y enviaré señales de auxilio...

Cuando estaba comenzando a pensar que el primer oficial podría regresar más tranquilo, subió por la escotilla un grito que me heló la sangre. Apareció sobre cubierta completamente enloquecido, con los ojos girando y el rostro convulso por el miedo. "¡Sálveme, sálveme!", gritó, y luego miró a su alrededor. Su horror se volvió desesperación: "Sería mejor que usted también viniera, capitán, antes de que sea demasiado tarde. Está aquí. Ahora conozco el secreto. ¡El mar me salvará de él, y es todo lo que queda!". Antes de que yo pudiera decir una palabra, o pudiera detenerlo, se arrojó al mar. Supongo que ahora conozco el secreto. Fue este loco el que eliminó a los hombres uno por uno y ahora él mismo los ha seguido. ¡Dios me ayude! ¿Cómo voy a poder dar parte de todos estos horrores cuando llegue a puerto? ¡Cuando llegue a puerto! ¿Y cuándo será eso?

4 de agosto

Continúa esta niebla que ni siquiera el sol puede atravesar. Soy el capitán y no puedo abandonar mi barco. Detendré como sea a este demonio o monstruo: cuando las fuerzas comiencen a fallarme ataré mis manos al timón y junto con ellas ataré algo que *eso* no se atreverá a tocar. Cada vez me siento más débil y la noche está por llegar. Con esto que escribo, todos los hombres sabrán que he sido fiel a mi juramento. Que Dios, la Virgen Santísima y los santos ayuden a una pobre alma ignorante que trata de cumplir con su deber...

El veredicto no especificó ni el autor ni las circunstancias del crimen. No hay evidencias para aducir. Y nadie puede decir fehacientemente[36] si fue el capitán quien cometió los asesinatos, o no. El pueblo sostiene casi unánimemente que el hombre ha sido un héroe y se lo va a sepultar con todos los honores. Se ha dispuesto que sea enterrado en el cementerio de la iglesia, sobre el acantilado.

No se han encontrado rastros del perro. Mañana será el funeral. Así termina este nuevo "misterio del mar".

[36] Con certeza y sin duda.

Capítulo 8

Diario de Mina Murray

11 de agosto, 3 a.m.

Estoy demasiado agitada para poder dormir. Hemos tenido una aventura terrible, una experiencia muy dolorosa.

Me desperté con una horrible sensación de miedo en todo el cuerpo, con un sentimiento de vacío a mi alrededor. El cuarto estaba a oscuras. Me acerqué a la cama de Lucy y la busqué a tientas: estaba vacía. Encendí un fósforo y descubrí que ella no se hallaba en el cuarto. La puerta estaba cerrada, pero no con llave como yo la había dejado. Se me ocurrió que las ropas que ella llevara me podrían dar la pista de sus intenciones. La bata[37] significaría la casa; un vestido, la calle. Pero tanto la bata como los vestidos permanecían en su lugar. "Dios mío", me dije, "no puede estar lejos, ya que solo lleva su camisón de dormir". Bajé corriendo las escaleras y miré en la sala. ¡No estaba allí! Entonces busqué en los otros cuartos de la casa. Finalmente llegué a la puerta del corredor y la encontré abierta. No había tiempo para pensar en lo que pudiera ocurrir. Un miedo vago, invencible, oscureció todos los detalles. Tomé un chal[38] grande y pesado, y corrí hacia

[37] Vestido largo y holgado, cómodo para estar en casa.

[38] Prenda que se ponen las mujeres sobre los hombros como adorno o para abrigarse.

afuera. El reloj estaba dando la una cuando estaba en The Crescent, y no había ni un alma a la vista. Corrí a lo largo de la Terraza Norte, pero no pude ver señales de la blanca figura que esperaba encontrar. Al borde de West Cliff, miré a través del puerto hacia el muelle, con la esperanza o el temor de ver a Lucy en nuestro asiento favorito. Había luna llena y brillante, y rápidas nubes negras. Por unos instantes no pude ver nada, pues la sombra de una nube oscurecía la iglesia de Santa María y todo su alrededor. Luego, al pasar la nube, pude ver las ruinas de la abadía, la iglesia y el cementerio. Allí, en nuestro asiento, la luna iluminó una figura reclinada, blanca como la nieve. Me pareció que algo oscuro estaba detrás del asiento. No sabría decir si era un hombre o una bestia. Bajé corriendo los escalones hasta el muelle y atravesé el mercado de pescado hasta el puente, el único camino posible. El pueblo parecía muerto, pues no había absolutamente nadie. Me alegré de que así fuera: preferible que ningún testigo viera en qué condición se encontraba la pobre Lucy. El tiempo y la distancia parecían infinitos, me temblaban las rodillas y la respiración se me hizo fatigosa mientras subía las interminables gradas de la abadía. Me parecía que llevaba plomo en los pies, como si mis coyunturas estuvieran enmohecidas[39].

Cuando casi había llegado arriba pude ver el asiento y la blanca figura. Indudablemente había algo, largo y negro, inclinándose sobre la blanca figura medio reclinada. Llena de miedo, grité "¡Lucy! ¡Lucy!", y algo levantó una cabeza. Pude ver un rostro blanco de ojos rojos y relucientes. Lucy no me respondió y yo corrí hacia la entrada del cementerio. La iglesia se interpuso entre el banco y yo, y por un minuto la perdí de vista.

[39] Inutilizadas, como una máquina cubierta de moho.

Cuando la divisé nuevamente, la nube ya había pasado. La luna iluminaba el lugar tan brillantemente, que pude ver a Lucy medio reclinada, con la cabeza descansando sobre el respaldo del asiento. Estaba completamente sola.

Me incliné sobre ella y vi que aún dormía. Sus labios estaban abiertos; respiraba, no con la suavidad habitual, sino con jadeos.

Trató de subir el cuello del camisón, como si sintiera frío. Sin embargo, siguió dormida. Gradualmente su sueño se volvía más inquieto, entre gemidos y suspiros. Pensé que debía llevarla a casa de inmediato. La zarandeé con fuerza, hasta que finalmente abrió los ojos y despertó. No se sorprendió de verme, ya que no se dio cuenta en seguida de dónde nos encontrábamos. Tembló un poco y me abrazó. Cuando le dije que regresáramos a casa, se levantó sin decir palabra y me obedeció como una niña.

En cuanto llegamos, nos lavamos los pies y, después de rezar juntas, la llevé a su cama. Antes de quedarse dormida, me suplicó que no dijese una palabra a nadie, ni siquiera a su madre, de lo que había pasado aquella noche.

Al principio dudé de hacer la promesa. Pero luego, pensando en la salud de su madre y en cómo la afectaría la noticia de semejante acontecimiento, pensé que lo mejor era cumplir lo que me pedía. Espero haber obrado bien.

Mismo día, por la tarde

Todo marcha bien. Lucy durmió hasta que yo la desperté. La aventura de la noche no parece haberle causado ningún daño. Al contrario, la ha beneficiado, pues está mucho mejor esta mañana que en las últimas semanas. Noté que mi torpeza la había herido. Seguramente, y sin querer, le pellizqué la piel con el alfiler de gancho, pues tiene dos pequeños puntos rojos en el cuello, y sobre el camisón hay unas gotas de sangre. Cuando me disculpé, Lucy rió y dijo que ni siquiera lo había sentido. Afortunadamente son orificios muy pequeños y no le quedará ninguna cicatriz.

13 de agosto

Otra vez desperté por la noche y encontré a Lucy sentada en su cama, dormida, señalando hacia la ventana. Me levanté sigilosamente, corrí la cortina y miré hacia afuera. La luna brillaba esplendorosamente. El suave efecto de la luz sobre el mar y el cielo era de una belleza indescriptible. Entre la luna y yo aleteaba un gran murciélago, que iba y venía describiendo extensos círculos. En un par de ocasiones se acercó bastante, pero, tal vez asustándose al verme, se alejó en dirección al puerto y a la abadía. Cuando regresé de la ventana, Lucy se había acostado de nuevo y dormía. No volvió a moverse en toda la noche.

15 de agosto

Durante el desayuno tuvimos una grata sorpresa. El padre de Arthur está mejorando y quiere que el casamiento se efectúe lo más pronto posible. Lucy se halla radiante de felicidad. Su madre, en cambio, está alegre y triste a la vez. Más tarde me dijo la causa. Me confesó que pronto morirá: así le ha dicho su médico. No le contará nada a Lucy y me hizo prometer guardar el secreto. Tiene el corazón muy débil: en cualquier momento, incluso ahora, una impresión repentina podría producirle la muerte. ¡Ah! Hicimos bien en no contarle lo ocurrido aquella noche de sonambulismo de Lucy.

17 de agosto

Hace dos días que no toco el diario. No he tenido ganas de hacerlo. Una especie de oscuro destino parece caer sobre nuestra felicidad. No hay noticias de Jonathan y Lucy parece cada vez más débil, mientras la vida de su madre se está acercando al desenlace final. No comprendo por qué Lucy

se está consumiendo de esa manera. Come con apetito, duerme bien y está todo el día al aire libre. Sin embargo, sus mejillas pierden el color y cada día se halla más lánguida. Por las noches la oigo jadear como si le faltara el aire. Siempre tengo la llave de la puerta atada a mi muñeca durante la noche, pero ella se levanta y camina de un lado a otro del cuarto y se sienta al borde de la ventana. Anoche la encontré reclinándose hacia afuera y cuando traté de despertarla no pude: estaba desmayada. Espero que su enfermedad no se deba a ese desgraciado pinchazo de alfiler. Observé su garganta y las pequeñas heridas no parecen haber sanado. Incluso están más anchas que antes y sus bordes aparecen blanquecinos. A menos que sanen en uno o dos días, será mejor que las vea el médico.

Carta de Samuel F. Billington e hijo, en Whitby, a los señores Carter, Paterson y Cía., en Londres

17 de agosto

Estimados señores:

Con la presente remitimos factura de la mercancía enviada por los Grandes Ferrocarriles del Norte. Las mismas han de ser entregadas en Carfax, cerca de Purfleet, inmediatamente después de recibirse en la estación de King's Cross. Actualmente la casa está vacía, pero les enviamos también las llaves, todas ellas rotuladas.

Sírvanse depositar los cajones, cincuenta en total, en el edificio parcialmente derruido que forma parte de la casa y que está marcado con "A" en el plano que les enviamos. Su agente reconocerá fácilmente el lugar, ya que es la antigua capilla de la mansión. Las mercancías salen por tren a las 9:30 de la noche y llegarán a King's Cross mañana por la tarde a las 4:30. Al irse deberán dejar las llaves en el corredor principal de la casa, donde el propietario pueda recogerlas en cuanto abra la puerta de entrada con su duplicado.

Reciban el atento saludo de

SAMUEL F. BILLINGTON E HIJO

Diario de Mina Murray

19 de agosto

¡Alegría, alegría, alegría! Aunque no completa. Finalmente noticias de Jonathan. El pobrecito ha estado enfermo, y por eso no había escrito. Ahora que lo sé, no me asusta pensar en ello. El señor Hawkins me entregó la carta y él también me escribió. ¡Oh! ¡Qué amable! Voy a salir mañana por la mañana e iré con Jonathan para cuidarlo si es necesario y traerlo a casa. El señor Hawkins dice que no estaría mal si nos pudiéramos casar allá. Mi viaje ya está preparado y mi

equipaje listo. Solo me llevaré una muda de ropa. Lucy se llevará mi baúl a Londres y lo guardará hasta que yo le pida que me lo envíe, porque pudiera ser que... Ya no debo escribir. Debo guardármelo todo para decírselo a Jonathan, mi marido. La carta que él ha visto y tocado me confortará hasta que nos encontremos.

Carta de la hermana Agatha, Hospital de San José y Santa María, de Budapest, a la señorita Willhelmina[40] Murray

12 de agosto

Estimada señorita:

Le escribo por deseos del señor Jonathan Harker, ya que él mismo no está lo suficientemente fuerte para hacerlo, aunque va mejorando gracias a Dios, a san José y a la Virgen María. Hace casi seis semanas que nos hicimos cargo de él, aquejado de unas violentas fiebres cerebrales. Le envía a usted su amor y me ruega que le diga que, por este mismo correo, le escribo al señor Peter Hawkins, en Exeter, para decirle, con el más profundo respeto, que está muy afligido por su retraso, y que su trabajo ha sido completamente terminado. El señor Harker tendrá que permanecer todavía unas semanas descansando en nuestro hospital en las montañas, pero luego regresará. Desea que yo diga que no tiene suficiente dinero consigo y que le gustaría pagar su estancia aquí, para que otros que necesiten no se queden sin recibir ayuda.

Considéreme usted siempre a sus órdenes, con mi afecto y bendiciones,

HERMANA AGATHA

[40] Nombre verdadero, que corresponde al afectuoso Mina.

P.D. Aprovecho que mi paciente está dormido para ponerla al tanto de los acontecimientos. El señor Harker me ha hablado mucho de usted y me ha dicho que pronto será su esposa. ¡Todas las bendiciones para ustedes dos! Él ha sufrido una terrible impresión, así dice nuestro médico, y en sus delirios desvariaba hablando de cosas terribles como lobos, veneno, sangre, fantasmas, demonios, y otras más que no me atrevo a decir.

Deberíamos haber escrito hace mucho tiempo, pero no sabíamos nada de sus amigos y él no decía nada que pudiéramos entenderle. Llegó en el tren de Klausenburgo y el jefe de estación contó que entró corriendo en la estación pidiendo a gritos un pasaje para regresar a su país.

Esté usted segura de que lo estamos cuidando bien. Se ha ganado nuestros corazones por su dulzura y suavidad. Cada día se encuentra mejor. Pero cuide bien de él. Ruego a Dios, a san José y a santa María que les concedan a los dos muchísimos años de felicidad.

Diario del doctor Seward

19 de agosto

Extraños y repentinos cambios en Renfield anoche. Cerca de las ocho comenzó a ponerse inquieto y a olfatear por todos lados, como un perro cuando anda de caza. Mi ayudante se quedó asombrado y, conociendo mi interés, lo animó para que hablara. Su respuesta fue: "No quiero hablar con usted: usted ya no cuenta ahora. El Amo está cerca"

A las nueve fui a verlo. Su actitud conmigo fue la misma que con mi ayudante. Me parece que se trata de una manía religiosa y que no tardará en creerse Dios. Esta noche estoy bastante cansado y abatido. No puedo dejar de pensar en Lucy, y en lo diferentes que podrían haber sido las

cosas. Si no me duermo en seguida, recurriré a un sedante. Debo tener cuidado de no habituarme a él. ¡No, no tomaré nada esta noche! Pienso en Lucy, y no la deshonraré mezclándola con otros asuntos. Si así tiene que ser, pasaré la noche en vela...

Más tarde

Estoy contento de haber tomado esa resolución. Había estado dando vueltas en la cama y el reloj había dado dos veces la hora, cuando el guardia de turno vino a decirme que Renfield se había escapado por la ventana de su habitación.

Salí en seguida a buscarlo y lo encontré en la puerta de la capilla de la finca. Aparentemente estaba hablando con alguien. Me di cuenta de que no veía lo que ocurría a su alrededor y me atreví a acercarme más. Sobre todo porque mis hombres lo estaban rodeando

—Estoy aquí para cumplir tus órdenes, amo —le oí decir—. Soy Tu esclavo, y Tú me recompensarás, porque Te seré fiel. Te he adorado desde hace tiempo y desde lejos. Ahora que estás cerca, espero Tus órdenes, y Tú no me olvidarás, ¿verdad, mi querido Amo?, cuando repartas tus favores.

Cuando lo tuvimos rodeado, peleó como un tigre. Yo nunca había visto a un loco presa de semejante furia. Y espero no volver a verlo. Es una suerte que hayamos averiguado a tiempo sus intenciones y su fuerza. Le hemos colocado un chaleco de fuerza y encadenado a la pared de su celda. Sus gritos son horribles, pero los silencios todavía peores. Hace unos momentos le oí decir:

—Tendré paciencia, Amo. ¡Ya viene..., viene..., viene!

Capítulo 9

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra

Budapest, 24 de agosto

Mi querida Lucy:

Sé que estarás muy ansiosa por saber lo que ha sucedido desde que nos separamos en la estación del ferrocarril en Whitby. Bien, querida, llegué sin contratiempos a Hull[41] y tomé el barco para Hamburgo, y luego allí el tren a Budapest. Apenas puedo recordar el viaje, pero sabía que iba hacia Jonathan y que, como seguramente tendría que servir de enfermera, lo mejor era dormir todo lo que pudiera... Encontré a mi amado muy delgado, pálido y débil.

La hermana Agatha me dijo que desvariaba sobre cosas horribles. Le pedí que me dijese de qué se trataba, pero se persignó y me respondió que nunca diría nada, pues los delirios de los enfermos eran secretos de Dios.

Cuando Jonathan despertó, me pidió su abrigo. De un bolsillo sacó un cuaderno y, poniendo la mano sobre su tapa, me dijo:

—Querida Wilhelmina —supe que deseaba hablarme con toda seriedad, pues nunca volvió a decirme mi nombre verdadero desde que me pidió que nos casáramos—, tú co-

41 Puerto inglés. En el tiempo en que transcurre la acción, era muy importante.

noces mis ideas sobre la confianza que tiene que haber entre marido y mujer: no debe existir entre ellos ningún secreto. He sufrido una gran conmoción y, cuando trato de recordar, siento que mi cabeza da vueltas y no sé si todo fue real o fue sueño. Sabes que he tenido una fiebre cerebral y que eso es estar loco. El secreto está en estas páginas y yo no deseo saberlo. Quiero recomenzar mi vida en este momento, con nuestro matrimonio ¿Deseas, Willhelmina, compartir mi ignorancia? Aquí está el libro. Tómalo y guárdalo, léelo si quieres, pero nunca me reveles su contenido, a menos, claro está, que se me imponga algún grave deber que me obligue a revivir las amargas horas que en él se registran, dormido o despierto, cuerdo o loco.

Agotado, se recostó. Puse el libro debajo de su almohada y lo besé.

Sor[42] Agatha me ha dicho que ya han ido a buscar al capellán de la Iglesia Anglicana. Nos casaremos dentro de una hora, o cuando despierte Jonathan...

Lucy, ya pasó todo. Cuando Jonathan despertó, todo estaba preparado. Se sentó en la cama, rodeado de almohadas. Respondió "Sí, quiero" con firmeza. Yo apenas podía hablar, tanta era mi emoción.

Debo hablarte de mi regalo de bodas...

Cuando el capellán y las hermanas me dejaron a solas con mi esposo (¡ay, Lucy!, ¡es la primera vez que he escrito *mi esposo*!), saqué el libro de debajo de su almohada, lo envolví en un papel blanco, lo até con una cinta celeste que llevaba alrededor de mi cuello y, empleando mi anillo de casamiento, lo sellé sobre el nudo con lacre.

Entonces lo besé y se lo mostré a mi marido. Le dije que así lo guardaría: sería la señal exterior y visible de que confiábamos el uno en el otro y de que nunca lo abriría, a menos que fuera por su propio bien o para cumplir un deber ineludible.

[42] Hermana. Tratamiento que se antepone al nombre de las monjas.

Ahora debo dejarte, pues Jonathan está despertando. ¡Debo atender a mi marido!

Quien siempre te quiere,

MINA HARKER

Carta de Lucy Westenra a Mina Harker

Whitby, 30 de agosto

Mi queridísima Mina:

Muchos besos. Ojalá estés pronto en tu hogar con tu marido. Te agradará saber que ya no camino dormida. Me siento bien, alegre y llena de vida. Arthur está aquí y dice que estoy aumentando de peso. Damos largos paseos, cabalgamos, remamos, jugamos al tenis y pescamos juntos. Lo quiero más que nunca. También él me dice que me quiere aún más que antes: lo dudo, porque al principio me dijo que no podía quererme más de lo que me quería ya. Pero estas son tonterías. Ahí está, llamándome, así es que nada más por hoy.

LUCY

P. D. Mamá te envía recuerdos. Parece estar bastante mejor la pobrecita.

Otra P. D. Nos casaremos el 28 de septiembre.

Carta de Arthur Holmwood al doctor Seward

Hotel Albemarle, 31 de agosto

Mi querido Jack:

Quiero que me hagas un favor. Lucy está enferma. Es de-

cir, no tiene ninguna enfermedad especial, pero su aspecto es espantoso y está empeorando cada día. Le he preguntado si hay alguna causa. No me atrevo a preguntarle a su madre porque, en su actual estado de salud, sería fatal preocuparla de esa manera. La señora Westenra me ha confiado que su destino ya está sellado (enfermedad del corazón), aunque la pobre Lucy todavía no lo sabe. Estoy seguro de que algo está ejerciendo influencia en la mente de mi amada novia. Le dije que te pediría a ti que la vieras y, aunque al principio puso algunos reparos (yo sé por qué, viejo amigo), finalmente dio su consentimiento. Sé que será una tarea dolorosa para ti. Pero es por su bien y yo no debo dudar en pedírtelo, ni tú en actuar. Puedes venir a almorzar a Hillingham mañana a las dos para que la señora Westenra no sospeche nada. Después del almuerzo Lucy va a buscar una oportunidad para estar a solas contigo. Yo vendré a la hora del té y podremos irnos juntos. ¡No faltes!

ARTHUR

Telegrama de Arthur Holmwood a Seward

1º de septiembre

Me llaman de casa. Mi padre ha empeorado. Te escribiré. Envíame detalles por correo nocturno a Ring. Telegrafía si es necesario.

Carta del doctor Seward a Arthur Holmwood

2 de septiembre

Mi querido y viejo amigo:

Respecto a la salud de la señorita Westenra, me apresuro a decirte que, en mi opinión, no hay ningún trastorno

funcional ni enfermedad que yo conozca. Al mismo tiempo, de ninguna manera puedo considerarme satisfecho de su semblante: está muy diferente de la última vez que la vi. Lo mejor será que te diga exactamente lo que sucedió, dejándote en libertad para que saques tus propias conclusiones. Luego te diré lo que he hecho y lo que me propongo hacer.

Cuando la señora Westenra se retiró a descansar, Lucy se quedó conmigo. Fuimos a su salita y hasta que llegamos ahí su reserva no se modificó, pues los sirvientes iban y venían.

Sin embargo, tan pronto se cerró la puerta, la máscara cayó de su rostro y se hundió en un sillón dando un gran suspiro y escondiendo sus ojos con la mano.

Yo le recordé que las confidencias a un médico eran sagradas, pero que tú estabas verdaderamente muy preocupado por ella. Captó inmediatamente el significado de mis palabras, y contestó:

—Dígale a Arthur lo que crea conveniente. ¡Yo no me preocupo por mí, sino por él!

Por lo tanto, tengo libertad de hablar.

Fácilmente pude darme cuenta de que le hace falta un poco de sangre, pero no advertí los síntomas típicos de la anemia. Por una casualidad tuve la oportunidad de analizar su sangre, pues, al abrir una ventana, ella se cortó ligeramente la mano con un vidrio que se rompió. Fue un corte sin importancia, no te preocupes.

El análisis muestra condiciones normales y, además, señala un buen estado de salud. He llegado a la conclusión de que debe ser algo mental. Ella se queja de sufrir dificultades al respirar y de tener pesadillas que la asustan, pero de las cuales no se puede acordar. Dice que de niña solía caminar dormida y que, estando en Whitby, volvió a hacerlo. Me contó que una noche caminó hasta el acantilado este, donde la encontró la señorita Mina. Pero me asegura que esta

costumbre ahora ha desaparecido. He quedado con dudas, por lo que le he escrito a mi viejo amigo y maestro, el profesor Van Helsing, de Amsterdam, que es una de las personas del mundo que más conoce sobre enfermedades raras. Yo sé que Van Helsing hará cualquier cosa por mí. Sea cual fuere su conclusión, debemos acatar sus decisiones. A veces puede parecer un hombre arbitrario, pero esto se debe a que él sabe de este tema más que ninguna otra persona. Es un filósofo y uno de los científicos más avanzados de nuestra época. Tiene una mente brillante. Además posee nervios de acero, temperamento frío, resolución indomable y absoluto autocontrol. Es tolerante y de corazón bondadoso y leal. Te cuento esto para que sepas por qué tengo tanta confianza en él. Le he pedido que venga inmediatamente.

Tu amigo,

JOHN SEWARD

Carta de Abraham Helsing, doctor en Medicina, Filosofía y Letras, etc., al doctor Seward

3 de septiembre

Mi buen amigo:

En cuanto recibí su carta he salido para allá. Resérveme una habitación en el Great Eastern Hotel, para estar cerca de la señorita. Procure, además, que podamos verla mañana mismo, ya que probablemente tendré que regresar esa noche. Pero, si hay necesidad, volveré en tres días y estaré más tiempo. Hasta entonces, mi buen amigo.

VAN HELSING

Carta del doctor Seward al honorable Arthur Holmwood

3 de septiembre

Querido Art:

Vino Van Helsing y ya se ha marchado. Fuimos juntos a Hillingham; gracias a la discreción de Lucy, su madre había salido a cenar. Por eso pudimos quedarnos solos con ella. Van Helsing le hizo un examen muy minucioso.

Me temo que está muy preocupado, pues me dijo que debía reflexionar. Cuando le hablé de nuestra amistad y de cómo tú me habías confiado el asunto, dijo: "Debe usted decirle todo lo que piensa. Dígale lo que pienso yo, si es que usted lo puede adivinar. No, no estoy bromeando. Esta no es broma, sino un asunto de vida o muerte, y tal vez algo más".

Le pregunté qué quería decir. Esto sucedió cuando ya habíamos regresado a la ciudad, frente a una taza de té, antes de iniciar su regreso a Amsterdam. No me dio ningún otro dato. Pero me pidió que todos los días le envíe un telegrama informando la evolución de la paciente. No debes enojarte conmigo, Art, porque su reticencia significa que su cerebro está trabajando por el bien de ella. Me entregará su informe mañana, si tiene tiempo para hacerlo. En todo caso, recibiré una carta.

Comprendo tu sentido del deber hacia tu padre. Haces bien en estar a su lado. Si es preciso, te enviaré un mensaje para que vengas de inmediato junto a Lucy. De modo que no te entristezcas de más, a menos que recibas noticias mías.

JOHN SEWARD

**Telegrama de Seward, en Londres,
a Van Helsing, en Amsterdam**

4 de septiembre

Paciente todavía mejor hoy.

**Telegrama de Seward, en Londres,
a Van Helsing, en Amsterdam**

5 de septiembre

Paciente muy mejorada. Buen apetito. Duerme bien. Buen humor. Color regresa.

**Telegrama de Seward, en Londres,
a Van Helsing, en Amsterdam**

6 de septiembre

Terrible cambio para mal. Venga en seguida. No pierda un minuto. No enviaré telegrama a Holmwood hasta verlo a usted.

Capítulo 10

**Carta del doctor Seward
al honorable Arthur Holmwood**

6 de septiembre

Mi querido Art:

Mis noticias no son muy buenas. Esta mañana Lucy ha empeorado un poquito. La señora Westenra está cada vez más preocupada y me ha consultado sobre Lucy. Aproveché la oportunidad y le dije que mi antiguo maestro, Van Helsing, el especialista, iba a pasar conmigo unos días y que yo la pondría a su cuidado. Por eso ahora podemos entrar y salir sin alarmarla, pues una emoción fuerte podría significarle la muerte. Y esto, en el estado actual de Lucy, podría ser desastroso para ella. Si hay alguna necesidad, te escribiré. Si no tienes noticias mías, puedes estar seguro de que estoy a la expectativa. Tengo prisa. Adiós.

Tu amigo de siempre,

JOHN SEWARD

Diario del doctor Seward

7 de septiembre

Lo primero que Van Helsing me dijo cuando nos encontramos en la calle Liverpool fue:

—¿Ha dicho usted algo a su amigo, el novio de ella?

—No. Quería esperar hasta verlo a usted antes.

—Muy bien, muy bien, mi amigo —me dijo—. Mejor será que no lo sepa todavía. Tal vez nunca llegue a saberlo. Eso espero. Pero, si es necesario, lo sabrá todo. Y, mi viejo amigo John, permítame que se lo advierta: usted trata con locos. Todos los hombres están más o menos locos; y, así como usted trata discretamente con sus locos, así trate discretamente con los locos del... resto del mundo. Usted y yo nos guardaremos lo que sabemos...

Y al decir esto me tocó en el corazón y en la frente, y luego él se tocó a sí mismo de igual manera.

—Por mi parte tengo algunas ideas. Más tarde se las expondré a usted.

Van Helsing y yo subimos hasta el cuarto de Lucy. Si ayer me había impresionado, hoy quedé horrorizado. Estaba terriblemente pálida. El rojo parecía haberse borrado hasta de sus labios y sus encías, y le resaltaban los huesos del rostro. Era penoso verla u oírla respirar. El gesto de Van Helsing se volvió rígido como el mármol y juntó las cejas por encima de la nariz. Lucy yacía inmóvil y no tenía fuerzas para hablar. Van Helsing me hizo una seña y salimos del cuarto. Al cerrar la puerta me dijo:

—¡Dios mío! ¡Esto es terrible! No hay tiempo que perder. Se morirá por falta de sangre para mantener activo el corazón. Debemos hacerle inmediatamente una transfusión[43]. ¿Usted o yo?

—Maestro, yo soy más joven y más fuerte; debo ser yo.

—Entonces, rápido. Yo traeré mi maletín. Ya estoy preparado.

[43] Los primeros intentos de transfusión sanguínea fueron realizados por el médico italiano Giovanni Colle, en 1628; pero hasta fines del siglo XIX cualquier transfusión podía resultar riesgosa. El descubrimiento de los diferentes grupos sanguíneos, en 1900, posibilitó la aparición del primer sistema seguro de transfusión.

Lo acompañé escaleras abajo, hasta el corredor. La sirvienta acababa de abrir la puerta y Arthur estaba entrando. Corrió hacia mí:

—Jack, estaba muy afligido por lo que, en entrelíneas, leí de tu carta. Mi padre está mejor, y entonces me vine para ver las cosas por mí mismo. ¿No es este caballero el doctor Van Helsing? Doctor, le estoy muy agradecido por haber venido.

Al principio el profesor lo miró algo enojado por la interrupción. Pero, al advertir la fortaleza de Arthur, sus ojos se alegraron.

—Joven —le dijo—, ha llegado usted a tiempo. Usted es el novio de nuestra paciente, ¿verdad? Está mal. Muy, muy mal. No, hijo, no se ponga así —agregó, viendo que mi amigo palidecía y se sentaba en una silla casi desmayado—. Usted la va a ayudar a ella. Usted puede hacer mucho para que viva, y su valor es su mejor ayuda.

—¿Qué puedo hacer? Dígamelo y lo haré. Mi vida es de ella, y yo daría hasta la última gota de mi sangre por ayudarla.

El profesor tenía un agudo sentido del humor:

—Mi joven amigo, no le pido tanto; por lo menos no la última.

—¿Qué debo hacer?

—Venga —le dijo Van Helsing—. La joven señorita lo necesita o morirá. Mi amigo John y yo hemos estamos a punto de realizar una transfusión: pasar la sangre de las venas llenas de uno a las venas vacías de otro que la está necesitando. John iba a donar su sangre, pero ahora usted está aquí. Usted es más fuerte que nosotros, que nos desgastamos mucho en el mundo del pensamiento. Nuestros nervios no están tan tranquilos ni nuestra sangre es tan rica como la suya.

—Si usted supiera —dijo Arthur— qué felizmente moriría yo por ella, entonces entendería...

—¡Bien, muchacho! —dijo Van Helsing—. En un futuro

no muy lejano estará contento de haber hecho todo lo posible por ayudar a quien ama.

Entramos en el cuarto de Lucy. Por indicación del maestro, Arthur permaneció fuera. Lucy volvió la cabeza hacia nosotros y nos miró, pero no dijo nada. Nos habló con la mirada, eso fue todo.

Van Helsing sacó algunas cosas de su maletín y las colocó sobre una mesita. Luego preparó un narcótico y, acercándose a la cama, dijo alegremente:

—Bien, señorita, aquí está su medicina. Tómesela toda como una niña buena. Yo la levantaré para que pueda tragar con facilidad. Así.

El narcótico hizo efecto y Lucy se sumió en un profundo sueño. Cuando el profesor estuvo conforme, llamó a Arthur y le pidió que se quitara el saco. Luego agregó:

—Puede besarla mientras yo traigo la mesa. ¡Amigo John, ayúdeme!

A medida que se efectuaba la transfusión, la vida parecía regresar a las mejillas de Lucy y, a través de la creciente palidez de Arthur, parecía brillar la alegría de su rostro.

Al finalizar me di cuenta de hasta qué punto se había debilitado Arthur. Van Helsing arregló la almohada bajo la cabeza de la paciente. Al hacer eso, la angosta cinta de terciopelo que ella siempre usaba alrededor del cuello, sujeta con un broche de diamante que su novio le había regalado, se deslizó un poco hacia arriba y mostró una marca roja en la garganta. Arthur no la notó, pero yo oí el silbido con que Van Helsing solía manifestar su emoción. Se volvió hacia mí:

—Ahora, baje con nuestro valiente novio, dele un poco de vino y que descanse un rato. No debe quedarse aquí. ¡Un momento! Presumo, señor, que usted está ansioso por conocer el resultado. La operación ha sido un éxito. Usted le ha salvado la vida esta vez y puede irse a su casa a descansar tranquilamente, pues ya se ha hecho todo lo que tenía que

hacerse. Yo le contaré todo, a usted y a ella, cuando estén bien. Adiós.

Cuando Arthur se marchó, regresé al cuarto. Lucy estaba durmiendo. Al lado de su cama Van Helsing la miraba con mucha atención. La cinta de terciopelo cubría la marca roja. Le pregunté al profesor:

—¿Qué piensa usted de esa señal en su garganta?

—Y usted, ¿qué piensa?

—Bueno, no me explico qué pueda ser.

Mi maestro se puso en pie.

—Debo regresar a Amsterdam hoy por la noche —dijo—. Allí hay libros y documentos que deseo consultar. Usted vigílela toda la noche, vea que coma bien y que nada la moleste. Usted no debe dormir en toda la noche. Regresaré tan pronto como sea posible, y entonces podremos comenzar.

—¿*Podremos comenzar*? —dije yo—. ¿Qué quiere usted decir con eso?

—¡Ya lo veremos! —respondió mi maestro, y salió precipitadamente.

Al instante asomó la cabeza por la puerta y dijo, levantando un dedo en señal de advertencia:

—Recuérdelo: ella está a su cargo. ¡Si usted la deja y le sucede algo malo, no podrá dormir en paz en el futuro!

Diario del doctor Seward (continuación)

8 de septiembre

Estuve toda la noche sentado al lado de Lucy. No se movió ni una vez, sino que durmió con un sueño tranquilo, reparador.

Por la mañana temprano llegó su sirvienta. La dejé a su cuidado y regresé a casa, pues estaba preocupado por mu-

chas cosas. Envié un telegrama a Van Helsing y a Arthur, comunicándoles el excelente resultado de la transfusión. Mi propio trabajo, con sus contratiempos, me mantuvo ocupado durante todo el día. Ya había oscurecido cuando pregunté por mi paciente zoófago. El informe fue bueno: había estado tranquilo durante el último día y la última noche.

Mientras cenaba, me llegó un telegrama de Van Helsing, desde Amsterdam, sugiriéndome que me dirigiera a Hillingham por la noche, ya que quizá sería conveniente estar cerca. Me informó que él saldría en el tren de la noche y que me alcanzaría temprano por la mañana.

9 de septiembre

Estaba bastante cansado cuando llegué a Hillingham. Durante dos noches apenas había dormido y mi cerebro estaba comenzando a fatigarse mucho. Lucy estaba levantada y de buen ánimo.

Al saludarme, me dijo:

—Esta noche no hace falta que se quede conmigo. Está usted agotado. Yo ya estoy bastante bien: de hecho, me siento perfectamente. Y, si alguien va a cuidar a alguien, entonces yo seré quien lo cuide a usted.

No tuve ánimos para discutir, sino que me fui a cenar.

Lucy subió conmigo y, estimulado por su encantadora presencia, comí con bastante apetito y me bebí un par de vasos de excelente oporto. Entonces Lucy me condujo arriba y me mostró un cuarto contiguo al de ella, donde estaba encendido un agradable fuego.

—Ahora —dijo— usted debe quedarse aquí. Dejaré abierta esta puerta. Puede acostarse en el sofá, pues sé que un médico no descansaría en una cama mientras hay un paciente al lado. Si quisiera cualquier cosa gritaré y usted podrá venir al instante.

No pude sino asentir, pues estaba muerto de cansancio y no habría podido mantenerme sentado aunque lo hubiese intentado. Así es que me acosté en el sofá y me olvidé completamente de todo.

10 de septiembre

Sentí la mano del profesor sobre mi cabeza y me desperté de golpe. Esa es una de las cosas que aprendemos en un hospicio.

—¿Y cómo está nuestra paciente?

—Bien, cuando la dejé o, mejor dicho, cuando ella me dejó a mí —le respondí.

—Venga, veamos.

Y juntos entramos en el cuarto contiguo.

La persiana estaba cerrada y fui a abrirla con mucho cuidado, mientras Van Helsing se aproximaba a la cama. Mientras la luz de la mañana inundaba el cuarto, oí el leve silbido del profesor y el miedo me heló la sangre. Al acercarme exclamó:

—*¡Gott in Himmel*[44]*!*

Alzó la mano y señaló hacia la cama; su rostro de hierro estaba alterado y ceniciento. Mis rodillas temblaban.

Sobre la cama, en aparente desmayo, yacía Lucy, más pálida que nunca. Hasta los labios estaban blancos y las encías se escondían detrás de los dientes, como suele ocurrir con los cadáveres después de una prolongada enfermedad.

—¡Pronto! —me dijo Van Helsing—. Traiga coñac.

Bajé corriendo al comedor y regresé con la botella. Él le humedeció los labios y juntos le frotamos las palmas y las muñecas. Luego le auscultó el corazón y, después de unos momentos de angustiante espera, dijo:

[44] En alemán: "¡Dios de los cielos!".

—No es demasiado tarde. Todavía late, aunque muy débilmente. Todo nuestro trabajo se ha perdido. Debemos comenzar otra vez. No está Arthur ahora. Tengo que pedirle a usted que done su sangre, amigo John.

Y, a medida que hablaba, metía la mano en el maletín y sacaba los instrumentos para la transfusión.

Luego Lucy durmió hasta bien entrado el día, y cuando despertó estaba bastante bien y fuerte, aunque no tanto como el día anterior. Van Helsing salió a dar un paseo y me dejó a cargo de ella, con instrucciones estrictas de no abandonarla ni por un momento. Oí su voz en el corredor, preguntando cuál era el camino para la oficina de telégrafos más cercana.

Lucy se despertó y conversó conmigo alegremente. Parecía no darse cuenta de lo que había sucedido. Yo traté de mantenerla entretenida. Cuando su madre subió a verla, no pareció notar ningún cambio y solo me dijo, agradecida:

—¡Le debemos tanto a usted, doctor Seward, por todo lo que ha hecho! Pero ahora debe tener cuidado de no trabajar en exceso. Está usted bastante pálido. Necesita una mujer que le sirva de enfermera y que lo cuide un poco; ¡eso es lo que usted necesita!

Lucy se ruborizó, aunque solo momentáneamente, pues sus venas desgastadas no pudieron soportar el súbito flujo de sangre a la cabeza. La reacción llegó como una excesiva palidez al volver ella sus ojos hacia mí. Yo sonreí, moví la cabeza y me llevé el dedo a los labios. Exhalando un suspiro, se hundió nuevamente entre sus almohadas.

Van Helsing regresó al cabo de unas horas:

—Ahora váyase a su casa, y coma mucho y beba bastante. Repóngase. Esta noche me quedaré yo a hacerle compañía a la señorita Lucy.

En el corredor, dos de las sirvientas me preguntaron si alguna de ellas podría quedarse por la noche con la señorita

Lucy. Me rogaron que las dejara, y, cuando les dije que era una orden del doctor Van Helsing que fuese él o yo quienes veláramos, me pidieron que intercediera ante el "caballero extranjero". Me sentí muy conmovido por aquella actitud. Regresé a tiempo para comer. Hice mis visitas y todos mis pacientes estaban bien.

11 de septiembre

Esta tarde fui a Hillingham. Encontré a Van Helsing de excelente humor y a Lucy mucho mejor. Poco después, el correo trajo un paquete muy grande para el profesor. Lo abrió y me mostró un gran ramo de flores blancas.

—Estas son para usted, señorita Lucy —dijo.

—¿Para mí? ¡Oh, doctor Van Helsing!

—Sí, querida, pero no para que juegue con ellas. Esto es medicinal, no sabe usted hasta qué punto. Pondré algunas en su ventana y con el resto haré una bonita guirnalda para que la cuelgue alrededor de su cuello. De esta forma, usted dormirá tranquila.

Mientras hablaba, Lucy había estado examinando las flores. Luego las arrojó, sonriendo:

—Profesor, creo que usted me está haciendo una broma. Estas flores no son más que ajo común.

Para sorpresa mía, Van Helsing se puso de pie y, apretando los dientes, dijo con toda seriedad:

—¡Déjese de frivolidades conmigo, señorita! ¡No hay ningún juego en esto! Hay un propósito en lo que hago y le ruego que no me contradiga. Cuídese.

Al ver que Lucy se había asustado, continuó en tono más suave:

—¡Oh, señorita, mi querida, no tenga miedo de mí! Yo hago esto por su bien. Estas flores tan comunes serán muy beneficiosas para usted. Vea, yo mismo las coloco en su cuarto y confecciono la guirnalda que usted debe llevar. Ahora

quédese tranquila un rato. Venga conmigo, amigo John, y ayúdeme a distribuir por el cuarto los ajos, que vienen desde muy lejos, desde Haarlem[45], donde mi amigo Vanderpool los hace crecer en sus invernaderos durante todo el año. Tuve que telegrafiar ayer, o no hubieran estado hoy aquí.

Por último, el profesor colocó la guirnalda de ajos alrededor del cuello de Lucy. La última recomendación fue:

—Tenga cuidado de no quitársela. Y, aunque el cuarto huela mal, no abra hoy por la noche la ventana ni la puerta.

—Lo prometo —dijo Lucy—, y gracias a ustedes dos por sus bondades conmigo.

Mientras nos alejábamos de la casa en mi coche, Van Helsing dijo:

—Hoy en la noche puedo y quiero dormir en paz: dos noches de viaje, mucha lectura durante el día intermedio, mucha ansiedad al día siguiente y una noche en vela, sin pegar los ojos. Mañana temprano pase a buscarme y vendremos juntos a ver a nuestra bonita señorita, que estará mucho más fuerte gracias a mi "conjuro". ¡Ja, ja, ja!

Parecía tan optimista que yo, recordando mi confianza de dos noches antes y los penosos resultados, sentí un vago temor.

45. Ciudad del oeste de los Países Bajos, capital de la provincia de Holanda Septentrional, a orillas del río Spaarne y del mar del Norte, cerca de Amsterdam.

Capítulo 11

Diario del doctor Seward

13 de septiembre

Van Helsing y yo llegamos a Hillingham a las ocho en punto. Era una mañana agradable. Cuando entramos en la casa, encontramos a la señora Westenra que salía de la sala. Nos saludó cordialmente, y dijo:

—Se alegrarán de saber que Lucy está mejor. Todavía duerme. La vi en su cuarto, pero no entré para no molestarla.

El profesor sonrió. Se frotó las manos:

—¡Ajá! Ya sabía yo que mi diagnóstico era acertado. El tratamiento está dando buenos resultados.

—No se atribuya usted todo el mérito, doctor —respondió la señora—. La mejoría de Lucy se debe en parte a mí.

—¿Qué quiere usted decir, señora? —preguntó el profesor.

—Bueno, anoche estaba tan preocupada por Lucy, que fui a su cuarto. Dormía tan profundamente, que mi llegada no la despertó. Pero el aire del cuarto estaba terriblemente viciado. Por todos lados había montones de esas flores malolientes, y ella tenía muchas alrededor del cuello. Temí que ese pesado olor le causara daño. Por eso me las llevé y abrí la ventana para dejar entrar aire fresco. Estoy segura de que la encontrarán mejor.

Se despidió de nosotros. Mientras la señora hablaba, vi que la cara del profesor se volvía del color de la ceniza. Me llevó al comedor y cerró la puerta tras él.

Por primera vez en mi vida vi abatido a Van Helsing. Se llevó las manos a la cabeza con desesperación y se dio puñetazos de impotencia en las palmas. Por último, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar ruidosamente.

De pronto se levantó de un salto:

—Venga, venga. Debemos ver qué ha ocurrido y actuar. Aunque ellos hayan actuado, no nos detendremos: lucharemos contra ellos.

Subimos al cuarto de Lucy. El profesor tenía una mirada de profunda tristeza e infinita piedad.

—Tal como lo esperaba —murmuró.

Sin decir palabra puso sobre la mesa los instrumentos para realizar otra transfusión. Empecé a quitarme el saco, pero él me detuvo con un gesto:

—No —dijo—. Hoy yo seré el donante. Usted ya está débil.

Otra vez la operación hizo volver el color a las mejillas pálidas.

Poco después, el profesor le advirtió a la señora Westenra que no debía quitar nada del cuarto de Lucy sin consultarlo: las flores tenían un valor medicinal y respirar su aroma era parte del sistema de curación.

Diario de Lucy Westenra

17 de septiembre

Cuatro días y noches de paz. Me estoy poniendo otra vez tan fuerte que apenas me reconozco. Es como si hubiera pasado a través de una larga pesadilla y acabara de despertar para ver los rayos del sol y sentir el aire fresco de la mañana. Desde que el doctor Van Helsing está conmigo, esas pesadillas parecen haber terminado. Los ruidos que solían asustarme, el aleteo contra las ventanas, las voces distantes que parecían cercanas, los ásperos sonidos que venían de no sé dónde y me ordenaban hacer no sé qué, todo ha cesado. Ahora me acuesto sin ningún temor. Ni siquiera trato de mantenerme despierta. Me he acostumbrado al ajo. Todos los días llega desde Haarlem un paquete. Esta noche se irá el doctor Van Helsing, ya que tiene que estar un día en Amsterdam. Ya no tengo miedo de quedarme dormida, aunque las ramas o los murciélagos, o lo que fuere, aleteen furiosamente contra los cristales de mi ventana.

Recorte de *The Pall Mall Gazette*, 18 de septiembre

EL LOBO QUE ESCAPÓ.
PELIGROSA AVENTURA DE NUESTRO REPORTERO

Entrevista con el guardián del Jardín Zoológico

Después de muchos esfuerzos, y usando repetidamente las palabras *Gaceta de Pall Mall* como una especie de talismán[46], encontré al guardián de la sección de los lobos del Jardín Zoológico. Thomas Bilder vive en una de las cabañas detrás del recinto de los elefantes. Estaba a punto de sentarse a tomar el té. Thomas y su esposa son gente hospitalaria y sin niños. El guardián no quiso entrar en lo que llamó "negocios" hasta que hubimos terminado el té y quedado satisfechos. Entonces, encendió su pipa y dijo:

—Ya sé a qué viene: es por ese lobo que se escapó.

—Exactamente. Quiero que usted me dé su punto de vis-

46 Amuleto, objeto al que se atribuyen poderes mágicos.

ta. Solo dígame cómo sucedieron los hechos. Y, cuando los conozca, le pediré su opinión sobre la causa y cómo piensa que va a terminar el asunto.

—Muy bien, jefe. La historia es más o menos así:

El lobo que llamábamos Bersicker era uno de los tres lobos grises que vinieron de Noruega y que compramos hace cuatro años. Era un lobo manso, tranquilo, que nunca causó mayores molestias. Estoy sorprendido de que se haya escapado.

Bien, señor, ayer, unas dos horas después de la comida, oí por primera vez un alboroto. Al oír gruñidos y aullidos vine inmediatamente a ver. Y ahí estaba Bersicker arañando los barrotes, como si quisiera salir. Cerca de él solo había un hombre, un tipo alto, delgado, con nariz aguileña y barba en punta. Tenía una mirada dura y fría, y los ojos rojos. A mí me cayó mal en seguida, porque parecía que los lobos estaban irritados con él.

Tenía guantes blancos; señaló a los animales:

—Guardián, estos lobos parecen estar irritados por algo.

—Tal vez es por usted —le dije, pues no me agradaban los aires que se daba.

No se enojó, como había esperado que lo hiciera, sino que sonrió con una especie de sonrisa insolente, de afilados dientes blancos.

—¡Oh, no, no creo que yo les guste! —me dijo.

—¡Oh, sí!, yo creo que les gustaría —respondí, imitándolo—. Siempre les gustan uno o dos huesos para limpiarse los dientes después de la hora del té. Y usted tiene una bolsa llena de ellos.

Lo raro fue que, cuando los animales nos vieron hablando, se echaron al suelo. Y, al acercarme a Bersicker, me permitió que le acariciara las orejas como siempre. Entonces se acercó también el hombre, ¡y también extendió su mano y acarició las orejas del lobo!

—Tenga cuidado —le dije—. Bersicker es rápido.

—No se preocupe —contestó—. Estoy acostumbrado a ellos.

—¿También usted es del oficio? —le pregunté.

—No —respondió—, no soy precisamente del oficio, pero he amansado a varios de ellos.

Y, tras decir esto, se fue. Bersicker lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Luego se fue a echar en un rincón de la jaula y permaneció ahí durante toda la noche. Bueno, anoche, tan pronto salió la luna, los lobos comenzaron a aullar otra vez. Pero no había nadie a quien le pudieran aullar, con excepción de alguien que evidentemente estaba llamando a un perro en algún lugar, tras los jardines de la calle del Zoológico. Una o dos veces miré que todo estuviera en orden, y lo estaba. Luego los aullidos cesaron. Un poco antes de las doce de la noche realicé la última ronda antes de acostarme y, ¡que me parta un rayo!, cuando llegué a la jaula del viejo Bersicker, vi los barrotes quebrados y doblados. La jaula estaba vacía. Y eso es todo lo que sé.

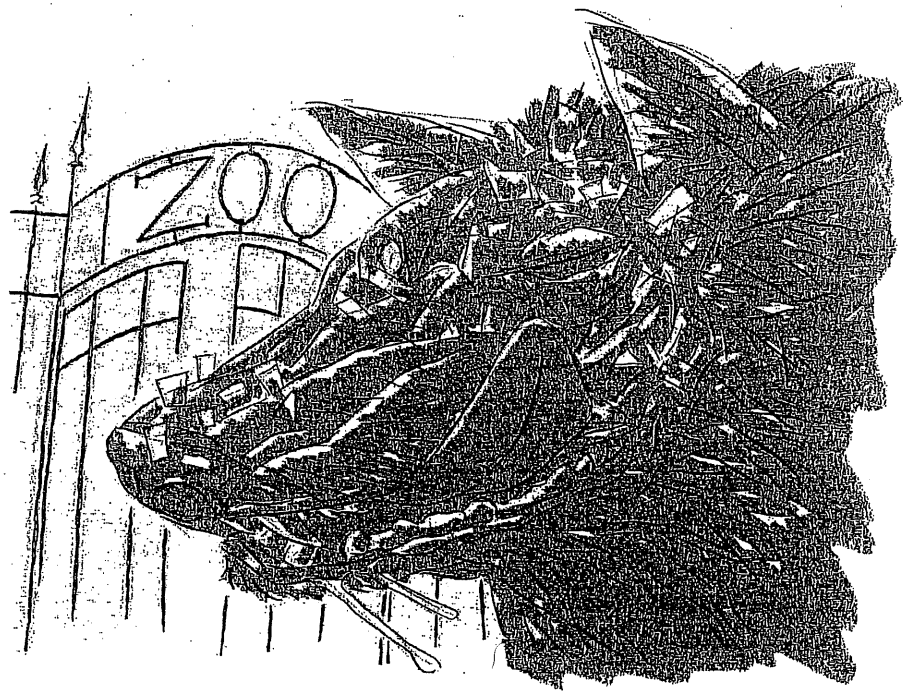
—Bien, señor Bilder, ¿y cómo puede usted explicarse la huida del lobo?

—Mi opinión es que el lobo ese está escondido en alguna parte. El jardinero dice que lo vio corriendo hacia el norte más velozmente que lo que lo haría un caballo. Pero no creo, pues los lobos no corren más que los perros, ya que no están hechos para eso. Los lobos son muy bonitos en los libros de cuentos. Y yo diría que, cuando se reúnen en jaurías y empiezan a acosar a quien está más asustado que ellos, pueden cortar en pedazos lo que sea. Pero en la vida real un lobo es solo una criatura inferior, ni la mitad de inteligente que un buen perro. Y no tiene la cuarta parte de su capacidad de lucha. Si no puede conseguir comida es muy posible que salga a buscarla y pudiera ser que por casualidad fuera a dar a una carnicería. Si no sucede eso y alguna niñera se descuida, dejando a su niño en su cochecito, bien, entonces no estaría sorprendido si el censo diera un niño menos. Eso es todo.

Entonces algo se asomó por la ventana y el rostro del señor Bilder mostró gran sorpresa.

—¡Dios me bendiga! —exclamó—. ¡Pero si es el viejo Bersicker que vuelve por sí mismo!

La escena fue una mezcla de comedia y tragedia. El maligno lobo, que durante un día y medio había paralizado a Londres y había hecho que todos los niños del pueblo temblaran, estaba allí arrepentido, y era recibido y acariciado como una especie de hijo pródigo[47]. Bilder lo examinó por todos lados con tierna atención y dijo:



47 Alusión a la parábola bíblica del hijo pródigo (Lucas 15,11-32). En sentido general se utiliza para referirse a aquellos que se van de un lugar y luego vuelven arrepentidos.

—¡Vaya, ya sabía que el pobre animal se iba a meter en algún lío! Tiene la cabeza cortada y llena de vidrios rotos. Seguramente quiso saltar sobre algún muro. Mucha gente pone pedazos de botellas sobre las paredes. Estos son los resultados. Ven conmigo, Bersicker.

Se llevó al lobo y lo encerró en una jaula, dejándole un buen pedazo de carne. Luego se fue a hacer el informe.

Yo también me marché a hacer el informe de la única y exclusiva información que se da hoy referente a la extraña fuga del Zoológico.

Diario del doctor Seward

17 de septiembre

Después de cenar, me encontraba en mi estudio poniendo al día mis informes. De pronto, la puerta se abrió de golpe y Renfield entró como un torbellino, con el rostro deformado por la ansiedad. Sin decir palabra se abalanzó sobre mí. En su mano había un cuchillo de cocina. Traté de mantener la mesa entre nosotros, pero fue demasiado rápido y fuerte para mí. Sin que yo pudiera organizar mi defensa, me había lanzado la primera cuchillada, cortándome profundamente la muñeca izquierda. Pero, antes de que pudiera lanzarme otra, le asesté un puñetazo y cayó de espaldas al suelo. La muñeca me sangraba abundantemente y había formado un pequeño charco sobre la alfombra. Mis ayudantes entraron corriendo. Vimos que Renfield estaba haciendo algo repugnante: con el vientre en el suelo, lamía como un perro la sangre caída de mi muñeca. Lo sujetamos con facilidad. Para mi sorpresa, se dejó llevar con docilidad por los ayudantes, diciendo una y otra vez: "¡La sangre es vida!".

Estoy muy irritado y cansado. Necesito descansar, únicamente descansar. Afortunadamente, Van Helsing no me

ha llamado, por lo que no debe haber novedades. Por suerte, no podría resistir esta noche sin dormir.

Telegrama de Van Helsing a Seward, en Carfax (enviado a Carfax, Sussex; al no figurar ningún condado, fue entregado, con retraso, veintidós horas después)

17 de septiembre

No deje de estar hoy por la noche en Hillingham. No hace falta que vigile todo el tiempo. Entre con frecuencia y compruebe que las flores estén en su sitio. No deje de hacerlo. Me reuniré con usted lo antes posible.

Diario del doctor Seward

18 de septiembre

Acabo de tomar el tren para Londres. La llegada del telegrama de Van Helsing me llenó de ansiedad. Una noche entera perdida, y por amarga experiencia sé lo que puede suceder en una noche ¿Qué puede haber sucedido?

Nota dejada por Lucy Westenra

17 de septiembre, noche.

Escribo esto para que sea leído, de manera que nadie pueda verse en problemas por mi causa. Siento que estoy muriendo de debilidad y apenas tengo fuerza para escribir, pero debo hacerlo, aunque muera en el intento.

Me acosté como siempre, cuidando de que las flores estuvieran colocadas como lo había ordenado el doctor Van Helsing, y pronto me quedé dormida.

Me despertaron los mismos golpecitos en la ventana que oí la noche en que caminé sonámbula hasta el acantilado de Whitby. Intenté dormirme nuevamente, pero no pude. Entonces volvió el miedo de antes y decidí permanecer despierta. Perversamente, el sueño trató de regresar cuando yo ya no quería dormir, de modo que, como temía estar sola, abrí mi puerta y grité: "¿Hay alguien allí?". No obtuve respuesta. Entonces, afuera, en los arbustos, oí una especie de aullido de perro, pero más fiero y más profundo. Me dirigí a la ventana y miré hacia afuera, mas no alcancé a distinguir nada, excepto un gran murciélago, que evidentemente había estado pegando con sus alas contra la ventana. Regresé de nuevo a la cama, pero con la determinación de no dormirme. Entonces se abrió la puerta y se asomó mi madre. Al ver que yo no estaba dormida, entró y se sentó a mi lado. Me dijo, muy dulce y suavemente:

—Estaba intranquila por ti, querida, y entré a ver si te hallabas bien.

Temí que, sentada allí, pudiera resfriarse, y le pedí que durmiera conmigo. Se acostó a mi lado y me abrazó. De pronto se oyó un estrépito en la ventana, cayó al suelo un montón de vidrios rotos y apareció la cabeza de un enorme lobo gris. Mi madre lanzó un grito y se incorporó en la cama, arrancándome la guirnalda de flores que llevaba alrededor de mi cuello. Durante unos segundos se mantuvo sentada, señalando al lobo. Luego se desplomó, como herida por un rayo, y su cabeza me golpeó en la frente, dejándome aturdida por unos momentos. Me pareció ver que millares de partículas entraban volando a través del cristal roto, formando un remolino. Traté de moverme, pero había una especie de hechizo sobre mí. Además, el cuerpo de mi madre, cada vez más frío, pesaba sobre mí y me inmovilizaba. Perdí el conocimiento... y no recuerdo más.

No debió pasar mucho tiempo hasta que recobré los sen-

tidos. Los ruidos debieron despertar también a las sirvientas, porque oí sus pasos detrás de la puerta. Las llamé y entraron. Levantaron a mi madre, para que yo pudiera incorporarme, y luego la acostaron en la cama. Estaban tan asustadas y nerviosas que les ordené ir al comedor a tomar un vaso de vino. La puerta se abrió de golpe unos instantes y luego se cerró otra vez. Las sirvientas gritaron y se fueron al comedor.

Pasó un tiempo y me sorprendió que no regresaran. Las llamé y no obtuve respuesta, por lo que bajé al comedor a buscarlas.

Mi corazón se encogió cuando vi lo sucedido. Las cuatro yacían inconscientes en el suelo, respirando pesadamente. La botella de jerez, medio vacía, estaba sobre la mesa, pero por toda la habitación había un olor agrio. La botella olía a láudano[48].

¿Qué puedo hacer? Estoy de regreso en el cuarto, con mamá. No puedo abandonarla y estoy sola. Alguien ha narcotizado a las sirvientas. ¡Estoy sola con la muerte! No me atrevo a salir, pues oigo el aullido del lobo a través de la ventana rota. Esconderé este papel en mi pecho, donde lo encontrarán cuando vengan a amortajarme. ¡Mi querida madre se ha ido! Ya es tiempo de que yo también me vaya.

Adiós, querido Arthur, no creo que logre sobrevivir esta noche. ¡Que Dios te proteja, querido, y que me ayude a mí también!

Lucy cuenta que un lobo entra por la ventana (rompe vidrios con su cabeza, la madre se asusta y se desmaya
Lucy se siente morir

48 Preparado fármacéutico compuesto de opio, azafrán y vino blanco, que se empleaba como calmante y somnífero.

Capítulo 12

Diario del doctor Seward

18 de septiembre

Me dirigí de inmediato a Hillingham, y llegué temprano. Dejé el coche en el portón y corrí por la avenida. Golpeé la puerta y nadie contestó. ¿Era esta desolación otro eslabón en la cadena de desgracias que nos cercaba? ¿Había llegado demasiado tarde y la muerte se me había adelantado? Sabía que, si Lucy se encontraba en peligro, el tiempo era fundamental. Observé la casa buscando otra entrada.

Cada ventana y cada puerta estaban bajo llave. Entonces oí el galope de un caballo que se acercaba y que se detenía ante el portón. Unos segundos después encontré a Van Helsing.

—¿Cómo está ella? —preguntó—. ¿Llegamos demasiado tarde? ¿No recibió usted mi telegrama?

Le respondí que no había recibido su telegrama hasta temprano por la mañana y que nadie me había atendido en la casa.

—Entonces —dijo— temo que hayamos llegado demasiado tarde. Si no hay ninguna puerta abierta, fabricaremos alguna entrada.

En la parte posterior de la casa estaba la cocina. Con un cuchillo empujamos el cerrojo y abrimos la ventana. Entramos. No había nadie en la cocina ni en los cuartos de servi-

cio. Miramos en todas las habitaciones, y en el comedor hallamos a las cuatro sirvientas tiradas en el suelo. No estaban muertas, pues su ruidosa respiración y el olor a láudano no dejaban ninguna duda.

—Podemos atenderlas más tarde —dijo Van Helsing.

Subimos a la habitación de Lucy. Nos detuvimos frente a la puerta y nos pusimos a escuchar, pero no oímos nada. Entonces abrimos la puerta y entramos.

Sobre la cama yacían Lucy y su madre, esta cubierta con una sábana blanca. Pero uno de sus bordes, levantados por el viento, dejaba ver su cara demacrada por una expresión de horror. ¡Así había muerto la pobre mujer! Lucy estaba pálida. No tenía las flores de ajo en el cuello, que mostraba las heridas que habíamos visto antes, aunque ahora parecían mucho más blancas.

El profesor se inclinó sobre la cama con la cabeza muy cerca del pecho de Lucy:

—¡Todavía no es demasiado tarde! —gritó—. ¡Rápido, rápido! ¡Traiga coñac!

Como en la ocasión anterior, le frotó los labios y las encías, las muñecas y las palmas de las manos.

—Por ahora es lo único que podemos hacer. Usted vaya y atienda a las sirvientas. Esta pobre criatura está casi tan fría como la que yace a su lado. Necesitará que le brindemos calor.

En el comedor encontré poca dificultad para despertar a tres de las mujeres. La cuarta era muy jovencita y el narcótico la había afectado con más fuerza, por lo que la transporté hasta el sofá y la dejé dormir. Luego regresé a la habitación de Lucy.

Entonces alguien llamó a la puerta del corredor. Una de las sirvientas fue a atender. Luego regresó y nos dijo que un caballero había llegado con un mensaje del señor Holmwood. Le pedí que le dijera que debía esperar, pues por ahora no podíamos ver a nadie. Y luego me olvidé de aquel hombre. Lucy acababa de despertar: ¡habíamos ganado una batalla más! La llevamos a otra habitación y la metimos en la cama.

Van Helsing le dijo a una de las sirvientas que se quedara con ella y que no le quitara los ojos de encima hasta que nosotros regresáramos. Luego me hizo una seña para que saliéramos del cuarto.

Al llegar al vestíbulo, noté en el profesor su mirada de perplejidad. Evidentemente algo le torturaba la mente.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó—. ¿A quién recurrir? Debemos hacer otra transfusión en seguida o la vida de esa muchacha no va a durar una hora. Usted está agotado y yo también. No confío en esas mujeres, aun cuando tuviesen el valor de aceptar. ¿Dónde vamos a encontrar a alguien dispuesto a ofrecer su sangre?

—¿Hay algún inconveniente en que sea yo?

Esa voz me llenó de alegría: era Quincey Morris.

—¿Qué te trajo aquí? —le pregunté, al estrecharnos las manos.

—Supongo que la causa es Art.

Me entregó un telegrama:

> No he tenido noticias de Seward durante tres días y estoy terriblemente ansioso. No puedo ir. Mi padre en el mismo estado. Envíame noticias de la salud de Lucy. No tardes.
>
> HOLMWOOD

—Creo que he llegado a tiempo. Solo tienes que decirme qué debo hacer.

Una vez más efectuamos la operación.

Cuando terminamos, encontré a Van Helsing con unas hojas de papel en las manos. Las había leído y ahora estaba

reflexionando sobre su contenido. Tenía una mirada de satisfacción, como la de quien ha resuelto una duda.

Me entregó los papeles y dijo:

—Se cayeron del pecho de Lucy cuando la llevábamos.

Después de leerlos, me quedé mirando al profesor:

—¿Qué significa todo esto? ¿A qué clase de peligro nos estamos enfrentando?

En el corredor encontré a Quincey Morris escribiendo un telegrama para Arthur. Le contaba que la señora Westenra había muerto y que Lucy se hallaba enferma, pero que ya estaba mejorando.

19 de septiembre

La luz del día mostró los estragos causados en Lucy. Apenas si podía mover la cabeza y los pocos alimentos que pudo ingerir no parecieron hacerle mayor provecho.

Al dormir, la boca abierta mostraba las pálidas encías retiradas de los dientes, que se veían más largos y agudos que de costumbre. Por la tarde preguntó por Arthur y nosotros le telegrafiamos. Quincey fue a la estación a buscarlo.

Cuando llegó, eran casi las seis de la tarde. El sol se estaba ocultando y la luz rojiza que entraba por la ventana le daba un poco de color a las pálidas mejillas de Lucy. Al verla, Arthur se emocionó y ninguno de nosotros pudo hablar. Pero su presencia actuó como un estímulo: Lucy se reanimó un poco y habló de lo que había hecho desde nuestra llegada.

Es la una de la mañana. Arthur y Van Helsing están sentados con ella. Yo los relevaré dentro de un cuarto de hora. Mientras tanto, estoy registrando esto en el fonógrafo de Lucy.

Tratarán de descansar hasta las seis. Me temo que mañana no tendremos que vigilarla más: la impresión ha sido demasiado grande y no creo que la pobre niña pueda recuperarse. Dios nos ayude a todos.

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra (sin abrir)

17 de septiembre

Mi querida Lucy:

Me parece que han pasado siglos desde que tuve noticias de ti, o más bien desde que te escribí. Cuando llegamos a Exeter nos estaba esperando un coche con el señor Hawkins, a pesar de sufrir un ataque de gota. Nos llevó a su casa, donde había habitaciones para nosotros, todas agradables y cómodas. Tuvimos una velada muy, muy feliz. Aquí estamos, pues, instalados en esta bella y antigua casa.

No necesito decirte lo ocupada que estoy, arreglando cosas y cumpliendo tareas del hogar. Jonathan y el señor Haw-

kins pasan ocupados todo el día, pues, ahora que Jonathan es su socio, Hawkins quiere interiorizarlo sobre sus clientes.

¿Cómo sigue tu querida madre? Yo desearía ir a la ciudad durante uno o dos días para verte, querida, pero no me atrevo todavía, con tanto trabajo sobre mis espaldas. Además, Jonathan aún necesita que lo cuiden. ¿Cuándo y dónde vas a casarte? ¿Quién va a celebrar la boda? ¿Qué vas a ponerte? ¿Va a haber muchos invitados? Cuéntame todo lo que puedas, querida. Cuéntame todo acerca de todo, porque no hay nada que a ti te interese y a mí no. Adiós, mi querida Lucy, te deseo lo mejor.

Tuya,

MINA HARKER

Informe de Patrick Hennessey, M. D.: M. R. C. S. L. K. Q. C. P. I.[49], etc., para John Seward. M. D.

20 de septiembre

Estimado señor:

De acuerdo con sus deseos, adjunto un informe sobre el estado del paciente que dejó a mi cargo... Renfield ha intentado fugarse otra vez.

Esta tarde, un carruaje con dos hombres llegó a la casa vacía cuyos terrenos limitan con los nuestros, la misma casa a la que, como recordará, nuestro paciente huyó en otras ocasiones. Los hombres se detuvieron ante el portón para preguntarle al portero por él. Al pasar bajo la ventana de Renfield, el demente comenzó a insultarlo de mil maneras. Quise averiguar la causa de su enojo, ya que normalmente se porta muy bien. Para mi asombro, lo encontré bastante tranquilo y cordial. Traté de hacerlo hablar sobre el incidente, pero él me preguntó de qué estaba hablando e intentó hacerme creer que había olvidado completamente el asunto. Era, sin embargo, otro aspecto de su astucia, pues media hora después volví a tener noticias suyas. Ahora se había escapado por la ventana y corría por la avenida. Llamé a los ayudantes para que me siguieran y corrí tras él. Por el camino bajaba el mismo carruaje que había pasado frente a nosotros, cargado con cajones de madera. Los hombres, sofocados, se estaban limpiando la frente, como si acabaran de hacer un violento esfuerzo. Antes de que pudiera alcanzarlo, el demente se abalanzó sobre ellos y, tras derribar a uno, comenzó a golpearle la cabeza contra el suelo. Si en esos momentos no lo hubiera sujetado, lo habría matado allí mismo. El otro hombre saltó del carruaje y lo golpeó con el mango del látigo. Fue un golpe terrible, pero él no pareció sentirlo, pues se trabó en lucha con nosotros tres, tirándonos para uno y otro lado como si fuésemos gatitos. Cuando comenzamos a dominarlo y los ayudantes le estaban poniendo el chaleco de fuerza, empezó a gritar: "Yo lo impediré. ¡No podrán robarme! ¡No voy a dejar que me maten poco a poco! ¡Pelearé por mi amo y señor!". Y toda clase de incoherencias y desvaríos. Tuvieron bastante dificultad para llevarlo al hospicio y meterlo en la celda acolchada. Uno de los ayudantes, Hardy, se rompió un dedo.

Al principio, los cocheros nos amenazaron con demandarnos. Pero luego me di cuenta de que sus intenciones eran sacarnos algo de dinero. Anoté sus nombres y direcciones, por si llegáramos a necesitarlos. Son los siguientes: Jack Smollet, de Dudding's Rents, King George's Road, Great Walworth, y Thomas Snelling, de Peter Farley's Row, Guide Court, Bethnal Green. Ambos son empleados de Harris

[49] Sigla por: Doctor of Medicine, Member of the Royal College of Surgery; Licenciate of the King's and Queen's College of Physicians, Ireland (Doctor en Medicina, Miembro de Colegio Real de Cirujanos; Licenciado del Colegio de Médicos del Rey y la Reina, de Irlanda).

e Hijos, Compañía de Mudanzas y Embarques, Orange Master's Yard, Soho[50].

Le informaré de cualquier asunto de interés que ocurra aquí y le telegrafiaré inmediatamente si surge algo importante.

Mis saludos, su atento servidor,

PATRICK HENNESSEY

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra (sin abrir)

18 de septiembre

Mi queridísima Lucy:

Hemos sufrido un terrible golpe. El señor Hawkins murió repentinamente. Jonathan está desolado. Se siente triste, muy triste, por el querido viejo que lo ha ayudado tanto en su vida y que ahora, al final, lo ha tratado como si fuera su propio hijo. Le ha dejado una fortuna que, para gente de nuestro modesto origen, es una gran riqueza. Jonathan siente que la gran responsabilidad recaída sobre él lo pone nervioso. Empieza a dudar de sí mismo.

Perdóname, querida, que te moleste con mis problemas en medio de tu felicidad, pero necesito contárselo a alguien. Me aterra llegar a Londres, pero debemos hacerlo pasado mañana, pues el pobre señor Hawkins dejó dispuesto en su testamento que deseaba ser enterrado en la tumba de su padre. Trataré de pasar a verte, querida, aunque solo sea unos minutos. Perdona nuevamente que te cause aflicciones. Siempre tuya,

MINA HARKER

50 Barrio de Londres. Great Walworth está al sur; Benthal Green, al este, y Soho, en el centro.

Diario del doctor Seward

20 de septiembre

Solo mi determinación y la costumbre me permiten hacer estas grabaciones hoy por la noche. Me siento tan desgraciado, tan abatido, tan harto de este mundo y de todo lo que hay en él, incluida la vida misma, que no me importaría escuchar en este mismo momento el aleteo del ángel de la muerte. Y han estado presentes esas tenebrosas alas últimamente: la madre de Lucy y el padre de Arthur, y ahora... Pero prosigamos.

A las seis de la mañana, Van Helsing vino a relevarme en el cuidado de Lucy. Arthur se había dormido y lo dejamos así. Cuando el profesor vio el rostro de Lucy, susurró:

—Suba la persiana, ¡necesito luz!

Luego examinó cuidadosamente a Lucy. Quitó las flores y el pañuelo de seda de su garganta. Al hacerlo retrocedió y exclamó:

—¡*Mein Gott*[51]...!

Yo me incliné y miré. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Las heridas de la garganta habían desaparecido por completo.

Durante casi cinco minutos Van Helsing la estuvo mirando, más preocupado que nunca. Luego se volvió hacia mí y me dijo:

—Se está muriendo. Ya no le queda mucho tiempo. Habrá mucha diferencia, créamelo, si muere consciente o si muere mientras duerme. Despierte al pobre muchacho para que venga a despedirse.

Fui al comedor y desperté a Arthur. Le dije que Lucy todavía dormía y agregué, tan suavemente como pude, que

51 En alemán: "¡Dios mío!".

Van Helsing y yo temíamos que el fin estaba cerca. Se cubrió el rostro con las manos y se arrodilló al lado del sofá, donde permaneció rezando. Yo lo tomé de la mano y lo levanté.

—Ven —le dije, mi querido viejo amigo—. Reúne todo tu valor: hazlo por ella.

Cuando entramos en el cuarto, Lucy abrió los ojos y musitó:

—¡Arthur! ¡Oh, mi amor, estoy tan contenta de que hayas venido!

Él se detuvo para besarla, pero Van Helsing le dijo:

—No, ¡todavía no! Sosténgale la mano, le dará más consuelo.

Arthur le tomó la mano y se arrodilló. Lucy cerró los ojos y se sumió en profundo sueño.

Luego fueron produciéndose cambios. Su respiración se volvió estertorosa[52], abrió la boca y las pálidas encías retraídas hicieron que los dientes parecieran más largos y agudos que nunca. Abrió los ojos de una manera vaga y dura a la vez, sonámbula, como inconsciente. Con voz suave y voluptuosa, dijo:

—¡Arthur! ¡Oh, mi amor, estoy tan feliz de que hayas venido! ¡Bésame!

Arthur se inclinó para besarla. Pero Van Helsing se precipitó sobre el novio y, sujetándolo por el cuello con ambas manos, lo apartó con una fuerza que yo nunca creí pudiera poseer.

—¡No haga eso, por lo que más quiera! —le dijo—. ¡No lo haga, por amor a su alma y a la de ella!

Arthur quedó tan sorprendido que no supo qué hacer ni qué decir.

Van Helsing le dijo:

52 Respiración ronca y dificultosa, propia de la agonía.

—Venga, hijo, tome la mano de ella y bésela en la frente, pero solo una vez.

Se unieron sus ojos en vez de sus labios... y así se despidieron.

—Ya todo terminó —dijo Van Helsing—. ¡Ha muerto!

Tomé a Arthur del brazo y lo conduje a la sala. Regresé al cuarto y encontré a Van Helsing mirando a la pobre Lucy. Su aspecto había cambiado. La muerte le había devuelto parte de su belleza, pues las cejas y las mejillas habían recobrado sus líneas y los labios habían perdido su palidez. Era como si la sangre, innecesaria ya para su corazón, hubiera acudido a su rostro para dulcificar el rigor de la muerte.

Me acerqué a Van Helsing y le dije:

—¡Ah!, ¡pobre muchacha! Al fin hay paz para ella. ¡Es el final!

—No —dijo el profesor—. ¡Desgraciadamente no es así! ¡Es solo el comienzo!

Lucy muere

Capítulo 13

Diario del doctor Seward
(continuación)

Se dispuso que el funeral se celebrara al día siguiente para que Lucy y su madre pudieran ser enterradas juntas.

Antes de retirarnos fuimos a ver a Lucy. Había muchas y bellas flores blancas que hacían menos cruel el espectáculo de la muerte. El extremo de la mortaja se hallaba colocado sobre la cara. El profesor lo retiró suavemente y ambos nos sorprendimos de la belleza que se presentó ante nosotros. Toda la hermosura de Lucy estaba allí y las horas transcurridas, en lugar de dejar deterioros, le habían devuelto la belleza de la vida. No parecía un cadáver.

Van Helsing se quitó del cuello un pequeño crucifijo de oro y lo colocó sobre la boca de la muerta. Volvió a poner la mortaja en su lugar y salimos de la habitación.

Me estaba desvistiendo en mi cuarto cuando, tras unos golpecitos de advertencia, entró y dijo:

—Mañana quiero que usted me traiga, antes del anochecer, un juego de bisturíes de disección.

—¿Debemos hacer una autopsia? —le pregunté.

—Sí y no. Quiero operar, pero no como usted piensa. Se lo digo ahora, pero ni una palabra a otro. Quiero cortarle la cabeza y sacarle el corazón. ¡Vaya! ¿Se escandaliza usted, siendo un cirujano? Disculpe, querido amigo, sé que usted la amaba. Pero no lo he olvidado, pues soy yo el que va a

operar y no será necesario que usted me ayude. Me gustaría hacerlo hoy por la noche, pero por Arthur no lo haré. Él estará libre después de los funerales de su padre mañana y querrá verla. Al día siguiente, cuando ella esté en el ataúd, vendremos usted y yo mientras todos duermen. Destornillaremos la tapa y efectuaremos nuestra operación. Nadie debe enterarse.

—Pero, ¿por qué? La muchacha está muerta. ¿Por qué mutilar innecesariamente su pobre cuerpo?

Puso la mano sobre mi hombro y dijo después, con infinita ternura:

—Amigo John, me compadezco de su pobre corazón sufriente. Si pudiera, yo mismo tomaría la carga que usted lleva. Pero hay cosas que usted ignora, y que sin embargo conocerá y me bendecirá por saberlas.

Más tarde...

Debo haber dormido larga y profundamente, pues era pleno día cuando Van Helsing me despertó al entrar en mi cuarto.

—No necesita molestarse por los bisturíes —dijo—. No vamos a necesitarlos.

—¿Por qué no?

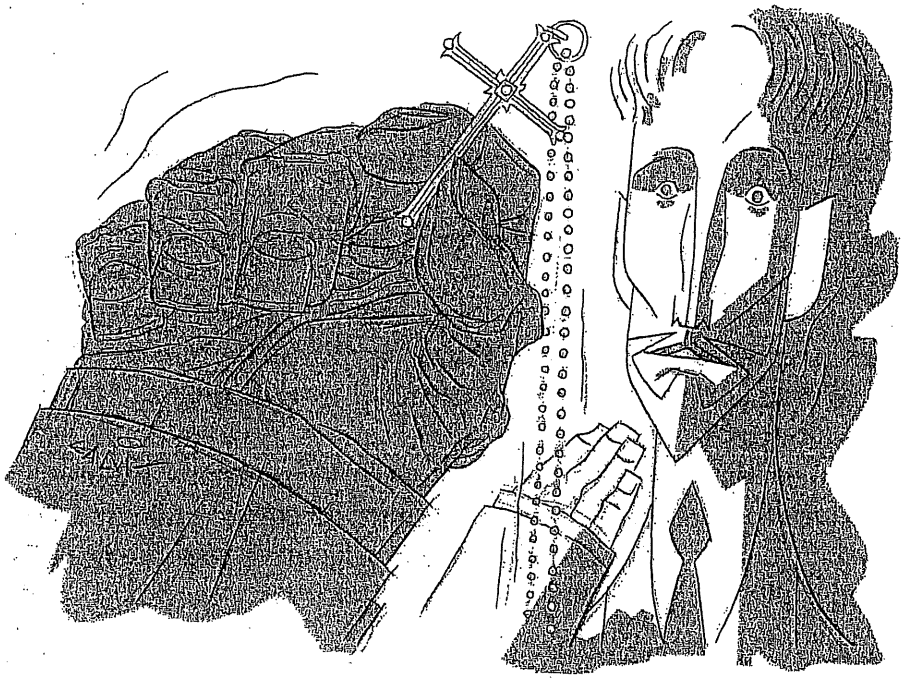
—Porque es demasiado tarde... o demasiado pronto. ¡Vea! —añadió, sosteniendo en su mano el pequeño crucifijo dorado—. Esto fue robado durante la noche.

—¿Cómo, robado? —me asombré—. Si usted lo tiene ahora...

—Porque lo he recobrado de la desventurada que lo robó, que robó tanto a los muertos como a los vivos. Sin duda tendrá su castigo, aunque no seré yo quien se lo imponga. La pobre no sabía qué hacía. Ahora, debemos esperar.

Se alejó, dejándome con un nuevo misterio que descifrar.

Cuando llegó Arthur, intentamos evitar, en la medida de lo posible, que tuviera una impresión mayor.



¡Pobre hombre! Estaba triste y destrozado. Su hombría de acero parecía haber disminuido por las emociones. Conmigo se mostró afectuoso y cortés con Van Helsing, pero noté alguna reticencia. El profesor la notó también y me hizo señas para que lo llevara arriba.

Así lo hice y lo dejé ante la puerta de la habitación. Sabía que él desearía estar solo con ella: sin embargo, me condujo adentro, diciendo:

—Tú también la amabas, viejo amigo. Ella me lo contó todo y no había nadie más cercano a su corazón que tú. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por ella. Todavía no puedo creer que...

De pronto se derrumbó y, apoyando su cabeza en mi pecho, gritó:

—¡Oh, Jack! ¿Qué haré? Es como si de repente la vida hubiera perdido todo su interés y no me quedara ningún motivo para vivir.

Traté de consolarlo. Permanecí en silencio hasta que dejó de llorar. Luego le dije:

—Vamos, entremos a verla.

Caminamos hasta la cama y yo le retiré la mortaja de la cara. ¡Dios! Qué bella estaba. Cada hora parecía ir acrecentando su hermosura. De algún modo aquello me asombró y me asustó. Arthur se estremeció, presa de las dudas. Tras larga pausa, me dijo, exhalando un suspiro:

—Jack, ¿está realmente muerta?

Yo le aseguré que, desgraciadamente, era así.

Cenamos todos juntos. Van Helsing guardó silencio durante toda la cena, pero, cuando encendimos nuestros cigarrillos, dijo:

—Milord[53]...

Arthur lo interrumpió:

—No, no, eso no, ¡por amor de Dios! Todavía no. Perdóneme, señor, no quise ofenderlo. Es que mi pérdida es muy reciente.

El profesor respondió:

—Usé ese título porque estaba en duda. En realidad, me cuesta mucho llamarlo así, porque he llegado a tomarle cariño..., sí, mi querido muchacho, mucho cariño; para mí usted solo será Arthur.

Arthur estrechó la mano del anciano:

—Llámeme como guste. Y espero tener siempre el título de amigo. Y no encuentro palabras para agradecerle todas sus bondades hacia mi pobre Lucy. Yo sé que ella comprendió sus bondades incluso mejor que yo. Sé que alguna vez fui descortés con usted cuando actuó de modo extraño, ¿lo recuerda? —el profesor asintió—. Bueno, le pido disculpas, nunca quise ofenderlo.

[53] *My lord* ("mi señor"). Tratamiento que se les da a los nobles en Inglaterra. En este caso, se lo nombra así a Arthur debido a que su padre acaba de fallecer y él ha heredado su título de nobleza.

Mi maestro contestó:

—Sé que fue terrible para usted confiar en mí entonces, pues para confiar se necesita comprender. Supongo que usted todavía no confía en mí. Y eso es porque aún no comprende. Y puede haber ocasiones en que yo quiera que usted confíe en mí cuando no pueda, o no deba, y todavía no llegue a comprender. Pero llegará el tiempo en que su confianza en mí será total y usted comprenderá. Entonces, me bendecirá por su propio bien, por el bien de los demás y por el bien de aquella a quien juró proteger.

—Confío plenamente en usted. Sé que tiene corazón noble y, además, es amigo de Jack, que a su vez fue amigo de ella. Haga lo que juzgue conveniente.

El profesor se aclaró la garganta y dijo:

—¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—¿Sabe usted que la señora Westenra le dejó todas sus propiedades?

—No. ¡Pobre señora! Nunca pensé en ello.

—Y, como todo es suyo, tiene usted el derecho de hacer con ello lo que le plazca. Le pido que me dé su autorización para leer todos los papeles y cartas de la señorita Lucy. Créame, no es mera curiosidad. Yo tengo un motivo que, puede usted estar seguro, ella habría aprobado. Aquí los tengo. Los tomé antes de que supiéramos que todo era de usted, para que ninguna mano extraña los tocara, para que ningún ojo extraño los leyera. Yo los guardaré, si me lo permite. No se perderá ni una palabra y le prometo que en tiempo oportuno se los devolveré. Es pedirle demasiado, pero lo hará por Lucy, ¿no es así?

—Doctor Van Helsing, puede usted hacer lo que desee. Al decir esto estoy haciendo lo que mi Lucy habría aprobado. No lo molestaré con preguntas hasta que llegue la hora.

—Y tiene usted razón —respondió el profesor—. Sin duda nos espera mucho sufrimiento. Pero no todo será sufrimiento, ni este dolor será el último. Nosotros y usted, y usted más que nadie, mi querido amigo, tendremos que pasar horas amargas antes de llegar a las dulces. Pero debemos ser valientes y cumplir con nuestro deber. ¡Así todo saldrá bien!

Diario de Mina Harker

22 de septiembre

En tren hacia Exeter, Jonathan durmió todo el trayecto.

Regresamos a la ciudad muy tranquilos y tomamos un autobús hasta la esquina de Hyde Park[54]. Jonathan pensó que me interesaría ir un momento al Row[55] y nos sentamos allí un rato. Luego caminamos en dirección a Piccadilly[56]. Jonathan me llevaba de la mano, tal como solía hacerlo antes de que yo trabajara en la escuela. Yo estaba mirando a una muchacha muy bella que estaba sentada en un carruaje frente a Giuliano's[57], cuando Jonathan me apretó la mano tan fuerte que me hizo daño, al tiempo que exclamaba:

—¡Dios mío!

Estaba muy pálido y sus ojos parecían salirse de las órbitas. Mientras tanto, con una mezcla de terror y asombro, miraba fijamente a un hombre alto y delgado, de nariz aguileña y barba en punta, que también observaba a la mucha-

54 El mayor espacio abierto de Londres, que conduce a los distritos de Knightsbridge y Kensington, que son áreas residenciales muy lujosas.

55 En la época victoriana era un lugar, dentro de Hyde Park, donde se exhibían las grandes cortesanas.

56 Calle de Londres.

57 Joyería de Londres, fundada por el orfebre italiano Carlo Giuliano (1814-1880) y sus dos hijos.

cha. Le pregunté por qué estaba perturbado y me respondió, pensando evidentemente que yo sabía tanto como él:

—¿No ves quién es?

—No, querido —dije yo—; no lo conozco, ¿quién es?

Su respuesta me produjo un estremecimiento, ya que la dijo como si no supiera que era a mí, su Mina, a quien le hablaba:

—¡Es él mismo en persona!

Un hombre salió de la tienda con un paquete y se lo dio a la dama. El hombre misterioso mantuvo sus ojos fijos en ella y, cuando el carruaje se alejó por Piccadilly, él siguió en la misma dirección y llamó a un coche de alquiler.

Jonathan dijo como para sí:

—Creo que es el conde, pero ha rejuvenecido mucho. ¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío, si así fuera! ¡De haberlo sabido antes!

Estaba tan nervioso que temí hacerle preguntas. Caminamos un poco más y nos sentamos un rato en el Green Park[58]. Durante unos minutos Jonathan estuvo mirando el vacío, luego cerró los ojos y se quedó dormido con la cabeza apoyada en mi hombro.

Como a los veinte minutos despertó, y me dijo, bastante alegre:

—¡Mina, me he quedado dormido! ¡Oh, perdóname! Ven, nos tomaremos una taza de té en cualquier parte.

Evidentemente había olvidado al extraño forastero, de la misma manera que durante su enfermedad había olvidado lo que este episodio le había recordado nuevamente. No me gustan estos ataques de amnesia. Pero no quiero preguntarle nada, porque tal vez le haga daño. Sin embargo, debo averiguar qué pasó en su viaje al extranjero. Tal vez debo abrir aquel paquete y saber qué contiene. ¡Oh, Jonathan, si hago mal, tú me perdonarás, lo sé. ¡Pero es por tu propio bien!

58 Parque de Londres, cerca de Picadilly.

Más tarde

Fue un regreso triste al hogar. Acaba de llegar un telegrama de un tal Van Helsing, que ignoro quién pueda ser:

> Lamento comunicarle fallecimiento señora Westenra hace cinco días, y Lucy anteayer. Ambas fueron enterradas hoy.

¡Oh, cuántas desgracias y dolores en tan pocas palabras! ¡Pobre señora Westenra! ¡Pobre Lucy! ¡Se han ido; se han ido para no regresar jamás! ¡Y pobre, pobre Arthur! ¡Que Dios nos ayude a sobrellevar nuestros pesares!

The Westminster Gazette, 25 de septiembre

UN MISTERIO DE HAMPSTEAD

El vecindario de Hampstead[59] está siendo acosado por sucesos similares a los que fueron conocidos por títulos tales como "El horror de Kensington", o "La asesina del puñal", o "La mujer de negro". Durante los últimos dos o tres días han ocurrido varios casos de niños extraviados después de irse a jugar al Heath[60]. En todos estos casos, los niños eran demasiado pequeños para dar una explicación comprensible de lo sucedido, pero todos coinciden en decir que han estado con una "bella señora". Siempre se ha notado su ausencia en las últimas horas de la tarde, y en dos ocasiones no se encontró a los niños hasta la mañana siguiente. Todos los que se perdieron durante la noche sufrieron una ligera herida en la garganta, que parece hecha por una rata o un perro pequeño. La policía ha recibido instrucciones para que mantenga

59 Antigua aldea rural que, con el tiempo, se convirtió en una zona residencial de moda.

60 Bosque ubicado dentro de Londres.

una cuidadosa vigilancia en Hampstead Heath y sus alrededores. Todas las miradas apuntan a los perros vagabundos.

The Westminster Gazette, 25 de septiembre

Extra especial
EL HORROR DE HAMPSTEAD: OTRO NIÑO HERIDO
La "bella señora"

Acabamos de recibir noticias de que otro niño, que se extravió la noche pasada, fue encontrado esta mañana, a última hora, en unos matorrales en la parte de Hampstead conocida como Shooter's Hill, que es, tal vez, la menos frecuentada. Tenía las mismas diminutas heridas en la garganta notadas en otros casos. Estaba terriblemente débil y parecía extenuado. También él contó la misma historia de que lo había llevado hasta allí la "bella señora".

En Hampstead una "bella señora" atrae a niños en un bosque. Tienen heridas en sus cuellos

Mina transcribe el diario de Jonathan en máquina de escribir

Capítulo 14

Diario de Mina Harker

24 de septiembre

No tuve ánimos de escribir anoche. Ese terrible relato de Jonathan me sobresaltó. ¡Pobre querido mío!, cómo debe haber sufrido. ¿Tuvo primero la fiebre cerebral y luego escribió todas esas cosas terribles, o había otra causa para todo ello? Supongo que nunca lo sabré, pues no me atrevo a preguntárselo... ¡Y, sin embargo, ese hombre que vio ayer! Parecía estar bastante seguro de él...

Ese terrible conde iba a venir a Londres... Si eso fuera cierto y viniera a Londres, donde viven tantos millones de personas... Es posible que haya un deber sagrado que cumplir. Yo estaré preparada. Tomaré mi máquina de escribir y comenzaré a transcribir el diario de mi marido, por si fuera necesario que otros lo leyeran.

Carta de Van Helsing a la señora Harker (confidencial)

24 de septiembre

Querida señora:

Le ruego que perdone por escribirle, ya que soy un amigo tan lejano, y por haberle enviado las malas noticias de la

muerte de la señorita Lucy Westenra. Por la bondad de lord Godalming, tengo poder para leer sus papeles, pues estoy profundamente interesado en ciertos asuntos vitalmente importantes. En ellos encuentro algunas cartas de usted que muestran lo amigas que eran y cómo se querían. ¿Me concedería usted una entrevista? Puede usted confiar en mí. Soy amigo del doctor John Seward y de lord Godalming (ese era el Arthur de la señorita Lucy). Por ahora debo guardar estricta reserva. Yo acudiría a Exeter a verla en cuanto usted me autorice y me indique cuándo y dónde. Quedo a su disposición, respetuosamente,

VAN HELSING

Telegrama de la señora Harker al doctor Van Helsing

25 de septiembre

Venga hoy en tren diez y cuarto, si puede alcanzarlo.
Puedo recibirlo en cualquier momento que usted llegue.

WILLHELMINA HARKER

Diario de Mina Harker

25 de septiembre. Por la tarde.

Acaba de marcharse Van Helsing. ¡Oh, qué encuentro más extraño! ¡Mi cabeza todavía da vueltas! Me siento como si estuviera en un sueño. ¿Puede ser todo posible, o al menos una parte? Si yo no hubiese leído primero el diario de Jonathan, jamás habría aceptado ni siquiera una posibilidad...

El doctor Van Helsing parece ser una excelente persona. Cuando regrese mañana, le preguntaré acerca de Jonathan. Y, entonces, quiera Dios que toda esta tristeza y ansiedad nos

conduzca a un desenlace feliz para todos. Le entregué el diario mecanografiado de Jonathan para que lo lea y me comente qué piensa. Tal vez podamos llegar a alguna conclusión.

Carta (en mano) de Van Helsing a la señora Harker

25 de septiembre, 6 de la tarde

Querida señora Mina:

He leído el sorprendente diario de su marido. Puede desechar cualquier duda. Por extraño y terrible que parezca, ¡es todo verdad! Yo podría apostar mi vida a ello.

Tendré muchas preguntas que hacerle sobre otras cosas. Estoy muy contento de haber podido verla hoy, pues he aprendido tanto que otra vez estoy deslumbrado... Deslumbrado más que nunca, y debo pensar.

Su fiel servidor,

ABRAHAM VAN HELSING

Diario de Jonathan Harker

26 de septiembre

Yo creí que nunca volvería a escribir en este diario, pero ha llegado la hora. Cuando llegué a casa anoche, Mina ya había preparado la cena y al terminar me contó sobre la visita de Van Helsing. Me dijo que le había entregado copias mecanografiadas de los dos diarios y que había estado muy preocupada por mí.

Si Van Helsing es realmente como dice Mina, resulta el hombre indicado para desenmascarar al conde. Estuvimos despiertos hasta muy tarde y hablamos sobre todo. Mina se está vistiendo y yo iré dentro de unos minutos al hotel a buscar al doctor.

Más tarde

Creo que el profesor se asombró de verme. Cuando entré en la habitación y me presenté, me tomó por un hombro, volvió mi cabeza hacia la luz y dijo, después de un atento examen:

—Pero la señora Mina me dijo que usted estaba enfermo y bajo una fuerte impresión.

—Estaba enfermo y bajo una fuerte impresión: pero usted ya me curó.

—¿Y cómo?

—Mediante su carta a Mina. Yo sentía incertidumbre y todo me parecía irreal. No sabía en qué confiar. Doctor, usted no sabe lo que es dudar de todo, incluso de uno mismo. No, usted no lo sabe, usted no podría saberlo con esas cejas que tiene.

Aquello pareció complacerle y se echó a reír.

—Y ahora —dijo—, ¿puedo pedirle un favor más? Tengo que llevar a cabo una gran tarea y necesito información. ¿Puede decirme qué pasó antes de irse usted a Transilvania?

Más tarde puede ser que le pida más información de otra índole, pero por ahora con esto bastará.

—Dígame, doctor —le dije—, ¿lo que usted tiene que hacer está relacionado con el conde?

—Así es.

—Entonces estoy con usted en cuerpo y alma. Como va a partir en el tren de las 10:30 no tendrá tiempo para leerlos, pero le traeré los papeles. Puede leerlos en el tren durante el viaje.

Después del desayuno lo acompañé a la estación. Cuando nos estábamos despidiendo, dijo:

—Si yo se lo pidiese, ¿podría venir a la ciudad y traer a la señora Mina?

—Ambos llegaremos cuando usted nos lo pida.

Yo le había comprado los periódicos locales de la mañana y los periódicos de Londres de la noche anterior. Mientras hablábamos por la ventanilla del coche, esperando que el tren partiera, comenzó a hojearlos. Sus ojos parecieron repentinamente captar algo en uno de ellos: la *Gaceta de Westminster*. Se puso pálido y leyó algo murmurando para sí mismo:

—*¡Mein Gott! ¡Mein Gott!* ¡Tan pronto! ¡Tan pronto!

Diario del doctor Seward

26 de septiembre

Acabo de recibir una carta de Arthur escrita el domingo. Por lo que dice me parece que lo está soportando todo muy bien. Quincey Morris está con él y eso le ayuda mucho.

En cuanto a mí, me he puesto a trabajar con el mismo entusiasmo de antes, por lo que bien hubiera podido decir que la herida causada por la desaparición de la pobre Lucy había comenzado a cicatrizar. Sin embargo, todo se ha vuelto a abrir y solo Dios sabe cómo va a terminar.

Van Helsing fue ayer a Exeter y se quedó allí por la noche. Regresó hoy y entró en mi habitación muy agitado a eso de las cinco y media, poniendo en mis manos la *The Westminster Gazette* de anoche.

—¿Qué piensa usted de eso? —y señaló unos párrafos acerca de unos niños que habían sido atraídos con engaños en Hampstead.

La noticia no me decía gran cosa, hasta que llegué a donde describía pequeñas heridas en las gargantas de los niños. Una idea me pasó por la mente y alcé la vista.

—¿Bien? —dijo él.

—Son como las de la pobre Lucy.

Nunca, ni siquiera en medio de nuestra desesperación por Lucy, lo había visto tan serio.

—No puedo aventurar opiniones —le dije—. No sé qué pensar y no tengo ningún dato sobre el que fundar una conjetura.

—¿Quiere decirme, amigo John, que usted no tiene ninguna sospecha sobre la causa de la muerte de Lucy, después de todas las pistas dadas no solo por los hechos sino también por mí?

—Creo que murió a consecuencia de una gran pérdida o desgaste de sangre.

—¿Y cómo se perdió o gastó la sangre?

Moví la cabeza. El maestro se sentó a mi lado.

—Usted es un hombre listo, amigo John, pero tiene también demasiados prejuicios. No deja usted que sus ojos vean y que sus oídos escuchen, y lo que está más allá de su vida cotidiana no le interesa. ¿No piensa usted que hay cosas que no puede comprender y que, sin embargo, existen? ¿Que algunas personas pueden ver cosas que otras no? Pero hay cosas antiguas y nuevas que los ojos del hombre no pueden captar. Porque ellos creen, o piensan creer, en cosas que otros hombres les han dicho. Ese es el error de nuestra ciencia: querer explicarlo todo. Y, si no puede explicarlo, dice que no hay nada que explicar. Pero usted ve que cada día surgen nuevas creencias, que se consideran a sí mismas nuevas y que, sin embargo, son viejas. Supongo que usted no cree en la transferencia corporal. ¿No? Ni en la materialización. ¿No? Ni en los cuerpos astrales. ¿No? Ni en la lectura del pensamiento. ¿No? Ni en el hipnotismo...

—Sí —dije yo—. Charcot[61] ha probado esto último con bastante fundamento.

Mi maestro sonrió:

—Entonces explíqueme, pues soy un estudioso del cerebro, cómo es que acepta usted el hipnotismo y rechaza la lectura del pensamiento. Permítame decirle, mi amigo, que hay actualmente cosas en las ciencias físicas que hubieran sido consideradas impías por el mismo hombre que descubrió la electricidad, quien a su vez no hace mucho tiempo habría sido quemado por hechicero. Siempre hay misterios en la vida. ¿Por qué vivió Matusalén novecientos años y el *Old Parr*[62] ciento sesenta y nueve, y sin embargo la pobre Lucy, con la sangre de cuatro hombres corriéndole en las venas, no pudo vivir ni un día? Pues, si hubiera vivido un día más, la habríamos podido salvar. ¿Conoce usted todos los misterios de la vida y de la muerte? ¿Puede usted decirme por qué en los campos existen murciélagos que durante la noche abren heridas en vacas y caballos para chuparles y secarles las venas? ¿Cómo en algunas islas de los mares occidentales hay murciélagos que cuelgan todo el día de los árboles y que, cuando los marinos duermen sobre cubierta porque hace ca-

[61] Jean-Martin Charcot (1825-1893) fue un neurólogo y patólogo francés cuyos estudios sobre el hipnotismo tuvieron mucha repercusión en el desarrollo moderno de la psicopatología. Fue maestro de Sigmund Freud.

[62] Personaje inglés muy famoso por su longevidad. Según la tradición vivió casi 190 años, desde 1448, aproximadamente, hasta 1635.

lor, vuelan sobre ellos, y entonces en la mañana se encuentran sus cadáveres, tan blancos como el de la señorita Lucy?

—¡Santo Dios, profesor! —dije, poniéndome de pie—. ¿Quiere usted decirme que Lucy fue mordida por un murciélago de esos y que algo así está aquí en Londres, en el siglo XIX?

Movió la mano, pidiéndome silencio, y continuó:

—¿Puede usted decirme por qué una tortuga vive mucho más tiempo que muchas generaciones de hombres? ¿Por qué el elefante sigue viviendo mientras pasan dinastías? ¿Puede usted decirme cómo el faquir de la India puede dejarse morir, enterrar y sellar su tumba plantando sobre ella maíz, y que el maíz madure y se corte y desgrane y se siembre y madure y se corte otra vez, y que entonces los hombres vengan y retiren el sello sin romper y que ahí se encuentre el faquir, pero no muerto, sino que se levanta y camina entre ellos como antes?

Cada vez me sentía más desconcertado. Tenía la impresión de que me estaba dando alguna lección, como tiempo atrás en Ámsterdam. Así que le dije:

—Maestro, permítame que sea otra vez su discípulo. Dígame su tesis, para que yo pueda aplicar sus conocimientos a su exposición.

—De acuerdo —me dijo él—. Mi tesis es esta: quiero que usted crea.

—¿Que crea en qué?

—Qué crea en cosas que no pueden ser. Debemos tener la mente abierta y no permitir que una verdad pequeña interrumpa el torrente de las grandes verdades, tal como una piedra puede hacer descarrilar a un tren. Primero obtenemos la pequeña verdad. ¡Bien! La guardamos y la apreciamos. Pero al mismo tiempo no debemos permitir que ella se crea toda la verdad del universo.

—Entonces, usted no quiere que ninguna convicción previa me impida conocer algo muy extraño que posiblemente contradiga esas convicciones. ¿Interpreto bien su lección?

—¡Ah! Usted todavía es mi alumno favorito. Vale la pena enseñarle. Ahora que está deseoso de entender, ha dado el primer paso. ¿Sigue pensando que esos pequeños agujeros en las gargantas de los niños fueron hechos por lo mismo que hizo los orificios en la señorita Lucy?

—Así lo supongo.

Se puso de pie y dijo solemnemente:

—Pues se equivoca. ¡Ay, ojalá fuese así! ¡Pero no lo es! Es mucho peor, mucho, pero mucho peor.

—En nombre de Dios, profesor Van Helsing, ¿qué es lo que usted quiere decir?

Se dejó caer en una silla y puso los codos sobre la mesa cubriéndose el rostro con las manos al hablar:

—¡Fueron hechos por la señorita Lucy!

Van Helsing cuenta a Mina que Lucy es la que chupa la sangre a los niños

Capítulo 15

Diario del doctor Seward
(continuación)

Por un momento me dominó la ira. Di un fuerte golpe sobre la mesa y me puse de pie:

—Doctor Van Helsing, ¿está usted loco?

Levantó la cabeza y me miró: la ternura de su rostro me calmó de inmediato.

—¡Ojalá lo estuviera! —dijo—. La locura sería más fácil de soportar comparada con verdades como esta. ¡Oh, mi amigo!, ¿por qué piensa que yo di un rodeo tan grande? ¿Por qué tomé tanto tiempo para decirle una cosa tan simple? ¿Es acaso porque lo odio? ¿Es porque deseaba causarle daño?

—Perdóneme.

—Mi amigo —continuó—, fue porque yo deseaba ser cuidadoso en darle la noticia, porque sé que usted amó a esa niña tan dulce. Hoy por la noche se lo probaré. ¿Se atreve a venir conmigo?

Al ver que dudaba, me dijo:

—Le diré cuál es mi propuesta. Hoy pasaremos la noche en el cementerio. Esta es la llave del panteón.

La noche era muy oscura y las pocas lámparas prendidas hacían más densa la oscuridad en cuanto nos alejábamos de su alcance. Escalamos la pared del cementerio. Con alguna dificultad encontramos el panteón familiar de los Westenra. El profesor sacó la llave, abrió la puerta y me hizo una seña para que pasara primero. Me siguió inmediatamente y cerró la puerta con cuidado. Buscó en su maletín, extrajo una caja de fósforos y una vela, e iluminó el lugar.

Sostuvo en alto la vela para leer las inscripciones de los féretros. Finalmente, dimos con el ataúd de Lucy. Buscó nuevamente en su maletín y sacó un destornillador.

—¿Qué va a hacer? —le pregunté.

—Voy a abrir el féretro. Entonces se convencerá.

Sin perder tiempo comenzó a quitar los tornillos y levantó la tapa. Yo esperaba el olor de la descomposición del cadáver que llevaba siete días allí, de modo que retrocedí. El profesor me indicó con la mano que mirara el interior.

El féretro estaba vacío. ¿Qué había ocurrido con el cadáver de Lucy? ¿Un profanador de tumbas? Evidentemente debía esperar, pues Van Helsing me miró y no dijo una palabra.

Salimos. Guardó la llave en el bolsillo y me ordenó que vigilara un lado del cementerio mientras él vigilaba el otro. Me aposté bajo un árbol y vi su figura hasta que las lápidas y los árboles lo ocultaron.

Fue una guardia muy solitaria. Un reloj distante dio las doce y luego la una y luego las dos. Yo tiritaba de frío; estaba enojado con el profesor por llevarme a semejante tarea y conmigo mismo por haber acudido.

De repente, me pareció ver una franja blanca moviéndose entre dos árboles, en el extremo más alejado de la tumba. Al mismo tiempo, una masa oscura, procedente del lado que el profesor vigilaba, se dirigía hacia ella a toda prisa. Como los árboles me tapaban, no pude ver dónde estaban las figuras. Oí el crujido de pasos sobre las hojas en el mismo lugar donde había visto anteriormente a la figura blanca y, al llegar allí, encontré al profesor sosteniendo en sus brazos a un niño pequeño.

Señalándolo, me dijo:

—¿Se convence ahora?

—Sí, es un niño... Pero ¿quién lo trajo aquí? ¿Está herido?

—Ya lo veremos —dijo.

Y ambos buscamos la salida del cementerio.

27 de septiembre

Eran las dos de la tarde cuando se nos presentó la oportunidad de realizar un nuevo intento. Detrás de un grupo de árboles vimos cómo el sepulturero cerraba la reja al irse. Sabíamos que estaríamos a salvo hasta la mañana en caso de que lo deseáramos. Pero el profesor me dijo que no necesitaríamos más que una hora. Realizamos la misma operación que la noche anterior. Cuando llegamos al panteón, Van Helsing se dirigió al ataúd de Lucy y yo lo seguí con temor. Cuando lo abrió, un escalofrío de sorpresa y espanto me recorrió el cuerpo.

Allí yacía Lucy, tal como la habíamos visto la noche antes del funeral.

—¿Qué clase de truco es este? —exclamé.

—¿Está usted convencido ahora? —contestó, mientras le levantaba los labios y me mostraba los blancos dientes—. Vea —continuó—, están incluso más agudos que antes. Con este y este —y le tocó los colmillos— pudo morder a los niños. ¿Lo cree ahora, amigo John?

Para esto no tenía respuesta y guardé silencio. Van Helsing continuó:

—Aquí hay algo diferente de todo lo conocido: una vida doble que no es normal. Lucy fue mordida por el vampiro cuando estaba en un trance, caminando dormida, ya que en ese estado era como mejor podía sacarle una mayor cantidad de sangre. Y, como murió en trance, es una *no muerta* en trance. Eso es lo que la diferencia de los demás. Generalmente, cuando los *no muertos* duermen en casa —y al hablar hizo un amplio ademán con los brazos para designar lo que para un

vampiro era "casa"—, su rostro muestra lo que son. Sin embargo, por más dulce que fuera su rostro antes de convertirse en *no muerta*, ella volverá a la nada como los demás muertos normales. Vea: no hay nada aparentemente maligno aquí, y es muy desagradable que yo tenga que matarla mientras duerme.

El profesor, evidentemente, notó un cambio en mi expresión, pues dijo casi con alegría:

—¡Ah! ¿Cree usted ahora?

Respondí:

—No me presione demasiado. Estoy dispuesto a aceptarlo. ¿Cómo va a hacer usted este trabajo macabro?

—Le cortaré la cabeza y le llenaré la boca con ajo, y luego le atravesaré el corazón con una estaca.

Me estremecí ante la idea de mutilar el cuerpo de la mujer que había amado. Sin embargo, el sentimiento no fue tan fuerte como lo hubiera esperado. De hecho, comenzaba a sentir repulsión ante la presencia de aquel ser, de aquella... *no muerta*

Van Helsing parecía absorto en sus meditaciones. Finalmente, cerró su maletín y dijo:

—Lo he estado pensando, y me he decidido por lo que considero lo mejor. Si yo actuara simplemente siguiendo mi inclinación, haría en este momento lo que debe hacerse. Pero otras cosas seguirán, y cosas que son mil veces más difíciles y que todavía no conocemos. Esto es simple. Ella todavía no ha matado a nadie, aunque eso es cosa de tiempo. Actuar ahora sería quitar el peligro de ella para siempre. Pero luego podemos necesitar a Arthur. Y, en ese caso, ¿cómo le diremos esto? Si usted, que vio todo lo que vio y, aun así, y a pesar de eso, no da crédito a sus propios sentidos... ¿cómo entonces puedo esperar que Arthur, quien desconoce todas estas cosas, crea en mí? Puede llegar a pensar que, debido a un error, esta mujer ha sido enterrada viva, o que, en la más grande

de todas las equivocaciones, la hemos matado nosotros. Alegará que fuimos nosotros los equivocados y que nuestras ideas fueron las que la mataron. Entonces, se quedará muy triste para siempre, porque nunca podrá estar seguro de nada, y eso es lo peor de todo. Y algunas veces pensará que aquella a quien amaba fue enterrada viva, y eso pintará sus sueños con los horrores que ella debe haber sufrido; y otra vez pensará que acaso nosotros tengamos razón, y que, después de todo, su amada era una *no muerta*. Estoy decidido. Vamos. Usted regrese a su casa y vea que todo esté bien. Yo pasaré esta noche aquí en el cementerio. Mañana vaya a recogerme al hotel Berkeley a las diez de la noche. Avisaré a Arthur para que venga también y lo mismo a ese joven de los Estados Unidos que donó su sangre.

Cerramos con llave la tumba y nos fuimos de regreso a Piccadilly.

29 de septiembre, por la mañana...

Anoche, poco antes de las diez, Arthur y Quincey entraron en la habitación de Van Helsing. Este nos dijo todo lo que deseaba que hiciéramos. Se dirigió especialmente a Arthur, como si todas nuestras voluntades estuvieran concentradas en la suya.

—Deseo que me den su autorización para hacer esta noche lo que creo conveniente. Sé que les pediré demasiado. Y, solamente cuando sepan qué me propongo hacer, comprenderán cuánto. Por consiguiente, me veo obligado a pedirles que confíen en mí. Más tarde, aunque se enfaden conmigo y continúen enojados durante cierto tiempo (una posibilidad que no he pasado por alto), no podrán culparse por mi decisión.

Todos estuvieron de acuerdo y confiaron en la franqueza y honestidad del profesor.

—Deseo —dijo este— que vengan ustedes conmigo, en absoluto secreto, al cementerio de la iglesia de Kingstead.

El rostro de Arthur se ensombreció:

—¿Donde está sepultada la pobre Lucy?

El profesor asintió.

—¿Y una vez allí...? —preguntó Arthur.

—¡Entraremos en la tumba!

Arthur se puso de pie:

—Profesor, ¿está usted hablando en serio, o se trata de alguna broma monstruosa? Excúseme, ya veo que lo dice en serio.

Volvió a sentarse, pero permaneció en una postura rígida. Luego preguntó:

—¿Y una vez en la tumba?

—Abriremos el ataúd.

—¡Eso es demasiado! —exclamó, poniéndose de pie y lleno de ira—. Estoy dispuesto a ser paciente en todo cuanto sea razonable; pero, en este caso..., la profanación de una tumba... de la que...

La indignación no le permitió seguir. El profesor lo miró con pena.

—Si pudiera evitarle a usted un dolor semejante, amigo mío —dijo—, Dios sabe que lo haría. Pero esta noche deberemos caminar sobre espinas. De lo contrario, más tarde y para siempre, aquella a quien ama... ¡caminará por senderos de fuego!

Al cabo de una pausa, Van Helsing agregó, haciendo un gran esfuerzo para ser claro:

—La señorita Lucy está muerta, ¿no es así? ¡Sí! Por consiguiente, no es posible hacerle daño. Pero..., si no está muerta...

Arthur dio un salto.

—¡Santo Dios! —gritó—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Ha habido algún error? ¿La hemos enterrado viva?

—No he dicho que estuviera viva, amigo mío, no lo creo. Solamente digo que es posible que sea una *muerta viva* o una *no muerta*.

—*¡Muerta viva! ¡No muerta!* ¿Qué quiere usted decir? ¿Es todo esto una pesadilla, o qué?

—Existen misterios que el hombre solamente puede adivinar y que desentraña en parte con el paso del tiempo. Créanme: nos encontramos frente a uno de ellos. Pero no he terminado. ¿Puedo cortarle la cabeza al cadáver de la señorita Lucy?

—¡Por todos los diablos, no! —gritó Arthur—. Por nada del mundo consentiré en que se mutile su cadáver. Doctor Van Helsing, está usted abusando de mi paciencia. ¿Qué le he hecho para que desee usted torturarme de este modo? ¿Qué hizo esa pobre y dulce muchacha para que desee usted causarle una deshonra tan grande en su tumba? ¿Está usted loco para decir algo semejante, o soy yo el demente al escucharlo? No se permita siquiera volver a pensar en tal profanación. No le daré mi consentimiento en absoluto. Tengo el deber de protegerla de ese ultraje. ¡Y les prometo que voy a hacerlo!

Van Helsing se levantó y dijo con firmeza:

—Lord Godalming, yo también tengo un deber: un deber hacia los demás, un deber hacia usted y hacia la muerta. ¡Y le prometo que voy a cumplir con él! Lo único que le pido ahora es que me acompañe, que observe todo atentamente y que escuche. Si cuando le haga la misma petición más adelante no está usted más deseoso que yo mismo para que se lleve a cabo, entonces... Entonces cumpliré con mi deber, pase lo que pasare. Después, me pondré a su disposición para rendirle cuentas de mi conducta... cuando quiera, donde quiera —la voz del maestro se apagó un poco—. Pero le ruego que no siga enfadado conmigo. En el transcurso de mi vida he tenido que realizar muchas cosas que me han resultado profundamente desagradables, y que a veces me han destrozado el corazón. Sin embargo, nunca había tenido que enfrentar una tarea tan ingrata, tan dura. ¿Por qué iba a tomarme tanto trabajo y padecer tantas penas? He venido aquí desde mi país a hacer lo que creo que es justo. Al principio lo hice para servir a mi amigo John; después, para ayudar a esa encantadora jovencita a quien, yo también, he llegado a querer. Le di a ella, y siento tener que decirlo, lo mismo que usted le dio: la sangre de mis venas. Se la di, a pesar de que no era, como usted, el hombre que amaba, sino su médico y su amigo. Le dediqué mis días y mis noches... antes y después de su muerte. Y si mi muerte pudiera hacerle algún bien, incluso ahora, cuando es una *muerta viva*, la pondré gustosamente a su disposición.

Sus palabras mostraban tanta dignidad y tanta dulzura, que Arthur se sintió conmovido. Tomó la mano del anciano y dijo con voz entrecortada:

—¡Oh! Es algo difícil de creer y no lo entiendo. Pero iré con usted y lo ayudaré.

Capítulo 16

Diario del doctor Seward (continuación)

Eran las doce menos cuarto de la noche cuando entramos en el cementerio de la iglesia, saltando la tapia. El profesor abrió la reja del panteón y, viendo que vacilábamos, resolvió entrar primero. Nosotros lo imitamos, y el anciano cerró la puerta. A continuación, encendió una linterna e iluminó el ataúd. Arthur dio un paso al frente, no muy decidido, y Van Helsing me dijo:

—Usted estuvo conmigo aquí el día de ayer. ¿Estaba el cuerpo de la señorita Lucy en este ataúd?

—Así es.

El profesor se volvió hacia los demás, diciendo:

—Ya lo oyen y, además, no creo que haya nadie que no lo crea.

Retiró la tapa y dio un paso hacia adelante. Todos nosotros miramos y retrocedimos.

¡El féretro estaba vacío!

—Ayer vine aquí antes del ocaso, porque al ponerse el sol pueden salir los *no muertos*. Estuve esperando durante toda la noche hasta el amanecer, pero no vi nada. Quizá se deba a que puse ajos en los huecos de todas las puertas. Además coloqué otras cosas que los *no muertos* no pueden soportar. Esta mañana quité el ajo y todo lo demás. Eso explica que hayamos encontrado este féretro vacío. Mas no se impacienten. Hasta ahora todo parece muy extraño. Pero esperen conmigo afuera, sin ser vistos ni oídos, y presenciarán cosas aún más extrañas.

Salimos todos. El profesor fue el último y, una vez fuera, cerró la puerta. Sacó de su maletín una especie de galleta delgada, cuidadosamente envuelta en una servilleta blanca. Luego extrajo un puñado de una pasta blancuzca. Desmenuzó la galleta y la mezcló con la pasta, formando una masa, que comenzó a colocar en las grietas que había entre la puerta del panteón y su marco. Le pregunté qué estaba haciendo.

—Estoy cerrando la tumba, para que la *no muerta* no pueda entrar.

—¿Va a impedirlo esa masa que ha puesto usted ahí?

—Así es.

—¿Qué está utilizando? —preguntó Arthur.

Con cierta reverencia, Van Helsing levantó el ala de su sombrero y respondió:

—Una hostia. La traje de Amsterdam.

Jamás me habían parecido las tumbas tan fantasmagóricamente blancas; jamás los cipreses[63], los tejos[64] ni los enebros[65] me habían parecido, como en aquella ocasión, la encarnación del espíritu de los funerales. Jamás los árboles y el césped me habían parecido tan amenazadores. Jamás las ramas habían crujido de manera tan misteriosa, ni el lejano ladrar de los perros envió nunca un presagio tan horrendo en medio de la oscuridad de la noche.

Se produjo un instante de profundo silencio: un vacío casi doloroso. Luego, el profesor ordenó que siguiéramos en

[63] Árbol conífero de tronco recto y ramas erguidas pegadas a él que forman un follaje apretado de color verde oscuro. Se tiene por un árbol propio de los cementerios.

[64] Árbol de hojas verdes y venenosas.

[65] Arbusto de hojas punzantes y lineales agrupadas de a tres.

silencio. Señaló con la mano y, a lo lejos, entre los tejos, vimos una figura blanca que se acercaba... Una figura blanca y diminuta que sostenía algo oscuro apretado contra su pecho. La figura se detuvo y, en ese momento, un rayo de luna mostró claramente a una mujer de cabello oscuro, vestida con la mortaja de la tumba. No alcanzamos a verle el rostro, puesto que lo tenía inclinado sobre lo que después identificamos como un niño de pelo rubio. Hubo una pausa y, a continuación, un grito agudo, como el que suelen dar los niños en sueños. La figura blanca volvió a ponerse en movimiento. Se encontraba ya lo bastante cerca para que pudiéramos verla con nitidez, y la luz de la luna daba de lleno sobre ella. Sentí que el corazón se me helaba y oí la exclamación y el sobresalto de Arthur cuando reconocimos las facciones de Lucy Westenra. Era ella. Pero, ¡cómo había cambiado! Su dulzura se había convertido en una crueldad terrible e inhumana, y su pureza en una perversidad voluptuosa. Van Helsing abandonó su escondite y, siguiendo su ejemplo, todos nosotros avanzamos. Los cuatro nos encontramos alineados frente al panteón. Van Helsing encendió la linterna: vimos que los labios de Lucy estaban rojos, por la sangre fresca que le corría por el mentón y manchaba la blancura de la mortaja.

Cuando Lucy (llamo Lucy a la cosa que teníamos delante, debido a que conservaba su forma) nos vio, retrocedió con un gruñido de rabia, como el de un gato cuando es sorprendido. Luego sus ojos se posaron en nosotros. Eran los ojos de Lucy en forma y color, pero perversos y llenos de fuego infernal, no aquellos ojos dulces y amables que habíamos conocido. En esos momentos, lo que me quedaba de amor por ella se convirtió en odio y repugnancia. Si hubiéramos tenido que matarla en aquel instante, yo mismo lo habría hecho con un deleite inimaginable. Con un movimiento brusco, insensible como un demonio, arrojó al suelo al niño que tenía en los brazos. Gruñía sobre la criatura, como un perro hambriento sobre un hueso. El niño gritó y se quedó inmóvil, gimiendo. Había en aquel acto algo tan monstruoso que Arthur no pudo contener un grito. Cuando la forma avanzó hacia él, con los brazos abiertos y una sonrisa voluptuosa, se echó hacia atrás y escondió el rostro en las manos.

Ella siguió avanzando y dijo en tono lánguido y lascivo:

—Ven a mí, Arthur. Deja a todos los demás y ven a mí. Mis brazos tienen hambre de ti. Ven, y podremos quedarnos juntos. ¡Ven, esposo mío, ven!

Había algo diabólicamente dulce en el tono de su voz... Algo que nos impresionó, aun cuando las palabras no nos habían sido dirigidas. Arthur parecía estar bajo el influjo de un hechizo: apartó las manos de su rostro y abrió los brazos. Lucy se precipitó hacia ellos, pero Van Helsing se interpuso entre ambos y sostuvo un crucifijo de oro. La forma retrocedió ante la cruz y, con el rostro descompuesto por la rabia, pasó a su lado, como para entrar en el panteón.

Cuando estaba muy cerca de la puerta, sin embargo, se detuvo, como paralizada por alguna fuerza irresistible.

Durante medio minuto, que nos pareció una eternidad, Lucy permaneció entre el crucifijo levantado y los sellos que había en la puerta de entrada. Van Helsing le preguntó a Arthur:

—Respóndame, amigo mío: ¿continúo con mi trabajo?

Arthur se dejó caer de rodillas y se cubrió el rostro con las manos:

—¡Haga lo que crea conveniente, amigo mío! ¡Haga lo que quiera! ¡No es posible que pueda existir un horror como este!

Quincey y yo lo tomamos por los brazos.

Van Helsing se acercó todavía más al panteón y comenzó a retirar la masa sagrada que había colocado en las grie-

tas. Vimos, horrorizados y confundidos, que la mujer, con un cuerpo humano tan real como el nuestro, pasaba por la grieta donde apenas la hoja de un cuchillo hubiera podido pasar. Luego el profesor volvió a colocar la masa en el mismo lugar.

A continuación levantó al niño y dijo:

—Vámonos, amigos. No podemos hacer nada más hasta mañana. Hay un funeral al mediodía, de modo que tendremos que volver aquí no mucho después de esa hora. Este niño no está mal herido y, para mañana por la noche, se encontrará perfectamente. Lo dejaremos donde la policía pueda encontrarlo y regresaremos a casa.

Van Helsing se dirigió a Arthur:

—Arthur, amigo mío, ha tenido usted que soportar una prueba muy dura. Más tarde, cuando la recuerde, comprenderá que era necesaria. Hasta entonces no voy a pedirle que me perdone.

Arthur, Quincey y yo regresamos a mi casa y tratamos de consolarnos unos a otros por el camino. Habíamos dejado al niño en lugar seguro y estábamos cansados.

29 de septiembre, por la noche

Llegamos al cementerio a la una y media. Al levantar la tapa del féretro de Lucy, vimos el cadáver... Parecía que estuviéramos viendo a Lucy en medio de una pesadilla: sus colmillos afilados y la boca manchada de sangre. Tenía un aspecto tan carnal y vulgar, que parecía una caricatura diabólica.

Van Helsing preparó un soldador y plomo. Después, una lámpara de aceite, unos bisturíes y, por fin, una estaca cilíndrica de madera, de unos seis u ocho centímetros de diámetro y unos noventa de longitud. Uno de sus extremos había sido endurecido con fuego, y la punta había sido afilada cuidadosamente. Junto a la estaca había un martillo pesado, como los que se utilizan para partir el carbón.

—Antes de hacer nada —dijo—, déjenme que les revele algo que procede de la sabiduría y la experiencia de los antiguos y de todos cuantos han estudiado los poderes de los *no muertos*. Cuando pasan a ese estado, el cambio implica la inmortalidad: no pueden morir y se ven en la obligación, siglo tras siglo, de añadir nuevas víctimas y multiplicar los males del mundo. Pues cualquiera que muera a causa de los ataques de los *no muertos* se convierte a su vez en otro *no muerto* que busca nuevas víctimas. Así, el círculo se amplía, como las ondas provocadas por una piedra al caer al agua. Amigo Arthur, si hubiera dejado que la pobre Lucy lo besara antes de morir, o anoche, cuando abrió los brazos para recibirla, con el tiempo, al morir, se convertiría usted también en un *nosferatu*[66], como los llaman en Europa oriental. Esos niños cuya sangre ha chupado no son todavía lo peor que podría ocurrir. Si ella sigue viviendo como *no muerta*, los niños perderían cada vez más sangre y, a causa de su poder sobre ellos, vendrían a buscarla cada vez más, hasta que ella les vacíe las venas. Pero, si ella muere *realmente*, todo esto cesará. De modo que, amigo mío, será una mano bendecida por ella la que le dé el golpe que la libere. Me siento dispuesto a hacerlo, pero, ¿no hay alguno de nosotros que tiene mayor derecho de hacerlo? ¿No será una alegría pensar, en el silencio de la noche, cuando el sueño no llega: "Fue mi mano la que la envió al cielo, fue la mano de quien más la quería, la mano que ella hubiera escogido entre todas, en el caso de que hubiera podido hacerlo?".

Todos miramos a Arthur. Él también comprendió, como los demás, la bondad que implicaba la sugerencia de Van Helsing. Dio un paso adelante y, aunque las manos le temblaban y su rostro estaba tan pálido como la nieve, dijo con valentía:

[66] Otra forma de llamar a los vampiros.

—Mi querido amigo, se lo agradezco desde el fondo de mi corazón destrozado. ¡Dígame qué tengo que hacer y no fallaré!

Van Helsing le puso una mano en el hombro:

—¡Gran muchacho! Un momento de valor y todo habrá concluido. Debe atravesarle el cuerpo con esta estaca. Será una prueba terrible, pero solo durará un instante, y luego la alegría que sentirá será mucho mayor que el dolor que esa acción le produzca. Pero, cuidado, no debe vacilar una vez que haya comenzado.

—Adelante —dijo Arthur con voz ronca—. Dígame qué debo hacer.

—Tome esa estaca con la mano izquierda, coloque la punta sobre el corazón de Lucy y el martillo en la mano derecha. Luego, cuando iniciemos nuestra oración por la difunta, golpee en nombre de Dios, para que la muerta que amamos descanse en paz.

Arthur tomó la estaca y el martillo y, en cuanto estuvo preparado mentalmente, las manos ya no le temblaron ni se estremecieron. Van Helsing abrió su misal y comenzó a leer. Quincey y yo repetíamos sus palabras del mejor modo posible. Arthur colocó la punta de la estaca sobre el corazón del cadáver y pude ver cómo se hundía en la carne blanca. Luego golpeó con todas sus fuerzas.

El cadáver se retorció y de sus labios rojos brotó un chillido espeluznante. El cuerpo se sacudió con movimientos salvajes. Los agudos dientes blancos se cerraron hasta que los labios se abrieron y la boca se llenó de espuma carmesí. Pero Arthur no había titubeado, como consciente de haber cumplido un deber sagrado.

La terrible misión había terminado.

Arthur dejó caer el martillo. Giró sobre sus talones y se habría caído al suelo si no lo hubiéramos sostenido. Durante unos minutos estuvimos tan ocupados con él que ni siquiera miramos el féretro. Cuando lo hicimos, un murmullo

de asombro salió de nuestras bocas. Arthur se incorporó y se acercó también. Entonces, la alegría apareció en su rostro. En el ataúd ya no reposaba aquella criatura espantosa que tanto habíamos temido, sino Lucy, tal como la habíamos conocido en vida, con su dulzura y pureza. Sentimos que la paz de su rostro era el símbolo terrenal de la paz que reinaría durante la eternidad.

Van Helsing puso su mano sobre el hombro de Arthur:

—Y ahora, Arthur, mi querido amigo, ¿no me ha perdonado?

Arthur tomó entre las suyas la mano del anciano, la levantó hasta sus labios y la besó. Luego, abrazando a Van Helsing, apoyó la cabeza en su pecho y lloró un rato en silencio, mientras nosotros mirábamos inmóviles. Cuando levantó la cabeza, el profesor dijo:

—Ahora, amigo mío, puede usted besarla.

Arthur se inclinó y la besó.

Cuando Arthur y Quincey salieron, el profesor y yo nos quedamos para finalizar el trabajo: cortamos la parte superior de la estaca y dejamos la punta dentro del cuerpo. Por último, le cercenamos la cabeza y le llenamos la boca de ajo. Soldamos la caja de plomo, colocamos en su sitio la tapa del féretro, apretando los tornillos, y abandonamos el panteón. El profesor cerró la puerta y le entregó la llave a Arthur.

Antes de separarnos, Van Helsing dijo:

—Ahora, amigos, hemos concluido una etapa de nuestro trabajo. Pero todavía nos espera una tarea bastante más difícil: encontrar al autor de todos estos sufrimientos y acabar con él. Tengo algunas pistas, pero se trata de una labor larga y difícil, llena de peligros y de dolores. ¿Puedo contar con ustedes? Ya hemos aprendido a creer. Y, siendo así, sabemos cuál es nuestro deber. ¿No es así? ¿Nos prometemos ir hasta el fin, por amargo que sea?

Le estrechamos la mano uno por uno y prometimos ayudar. Ya no podemos retroceder.

Capítulo 17

Diario del doctor Seward (continuación)

Cuando llegamos al hotel Berkeley, había un telegrama para Van Helsing:

> Llegaré por tren. Jonathan en Whitby. Noticias importantes.
>
> MINA HARKER

El profesor estaba encantado.

—¡Ah!, esa maravillosa señora Mina —dijo—. ¡Una alhaja! Va a venir, pero me es imposible esperarla. Debe llevarla a su casa, amigo John. Debe ir a recibirla a la estación. Mándele un telegrama en camino para que esté preparada.

El profesor tomó una taza de té, me habló de un diario de Jonathan Harker y me entregó una copia mecanografiada y lo que había escrito Mina Harker en Whitby.

Luego tomó sus maletas y se dirigió a Liverpool Street. Yo me encaminé a Paddington, a donde llegué un cuarto de hora antes del arribo del tren.

La multitud se fue dispersando, después del movimiento característico en los andenes de llegada. Comenzaba a intranquilizarme, temiendo no encontrar a mi invitada, cuando una joven de rostro dulce y apariencia delicada se dirigió hacia mí y, después de una rápida ojeada, me dijo:

—Es usted el doctor Seward, ¿verdad?

—¡Y usted la señora Harker!

Me tendió la mano:

—Lo he reconocido por la descripción que me hizo la pobre Lucy; pero... —de pronto guardó silencio y un fuerte rubor le cubrió las mejillas.

El rubor de mi rostro nos tranquilizó a los dos en cierto modo, puesto que era una respuesta tácita al suyo. Tomé su equipaje, que incluía una máquina de escribir, y tomamos el subte hasta Fenchurch Street, después de enviar mensaje a mi ama de llaves para que dispusiera una salita y un dormitorio para la huéspeda.

Llegamos a la hora prevista. Me dijo que, si era posible, le gustaría acompañarme a mi despacho, pues tenía mucho de que hablarme.

Como todavía no he tenido la oportunidad de leer los papeles que me confió Van Helsing, tendré que hacer que la señora se entretenga con algo para poder dedicarme a su lectura. Ella no sabe cuán precioso es el tiempo ni de qué índole es la tarea que hemos emprendido. Debo tener cuidado para no asustarla. ¡Aquí llega!

Diario de Mina Harker

29 de septiembre

Después de cenar, acompañé al doctor Seward a su estudio.

Llevó el fonógrafo, y yo, mi máquina de escribir. Me preparó el fonógrafo para que pudiera manejarlo sin levantarme. Luego tuvo la delicadeza de sentarse en una silla, de espaldas a mí, para que me sintiera con mayor libertad, y comenzó a leer. Yo me coloqué la horquilla metálica en los oídos y empecé a escuchar.

Al conocer la terrible historia de la muerte de Lucy y de todo lo que siguió, permanecí en mi asiento, como paralizada, absolutamente sin fuerzas.

Afortunadamente no soy dada a desmayarme. En cuanto el doctor Seward me vio así, se puso de pie y me dio una copita de coñac, que, en unos instantes, me reanimó. Es todo tan absurdo, misterioso y extraño que, si no hubiera conocido la experiencia de Jonathan en Transilvania, no habría podido creerlo. En realidad, no sabía qué creer y procuré salir del paso ocupándome de otra cosa. Quité la cubierta a mi máquina de escribir y dije:

—Déjeme que transcriba todo esto. Debemos estar preparados para cuando regrese el doctor Van Helsing. Le he enviado un telegrama a Jonathan para que viniera aquí en cuanto llegue a Londres, procedente de Whitby. En este caso, las fechas son importantes, y creo que, si preparamos todo el material y lo disponemos todo en orden cronológico, habremos adelantado mucho.

El doctor asintió; hizo que el fonógrafo funcionara más lentamente y comencé a escribir a máquina desde el principio del séptimo cilindro.

Recordé lo que Jonathan había escrito en su diario sobre la perturbación del profesor cuando leyó algo en un periódico de la tarde en la estación de Exeter. De modo que, al ver que el doctor Seward guardaba clasificados sus periódicos, tomé prestadas las colecciones de *The Westminster Gazette* y *The Pall Mall Magazine*. Recordaba lo mucho que nos habían ayudado los periódicos *The Dailygraph* y *The Whitby Gazette*, de los que había guardado recortes, para comprender los terribles sucesos de Whitby cuando llegó el conde Drácula. Tengo el propósito de examinar los periódicos de la tarde, y quizá pueda encontrar algún indicio. No tengo sueño, y el trabajo servirá para tranquilizarme.

Diario del doctor Seward

30 de septiembre

El señor Harker llegó a las nueve en punto. Había recibido el telegrama de su esposa poco antes de ponerse en camino. Después del almuerzo, ambos regresaron a sus habitaciones, y, al pasar junto a su puerta, oí el ruido que producía su máquina de escribir. Trabajan mucho. La señora Harker me dijo que estaban poniendo en orden cronológico todas las pruebas que poseían.

Más tarde

¡Es extraño que no se me ocurriera pensar que la casa vecina pudiera ser el escondite del conde! El comportamiento de Renfield nos ha proporcionado pruebas suficientes. Harker ha regresado a sus habitaciones y está otra vez poniendo en orden el material que posee. Dice que para la hora de la cena estarán en condiciones de presentar una narración que exponga una relación absoluta entre todos los hechos. Piensa que, mientras tanto, debo ir a ver a Renfield, puesto que hasta estos momentos ha sido una especie de guía sobre las entradas y salidas del conde. Me es difícil verlo todavía. Pero, cuando examine las fechas, supongo que veré claramente la relación existente. ¡Fue una excelente idea que la señora Harker pasara a máquina la grabación de los cilindros! De no ser así, nunca habríamos podido comprobar las fechas...

Encontré a Renfield sentado plácidamente en su habitación y sonriendo como un bendito. En ese momento parecía tan cuerdo como cualquier otra persona. Me habló de regresar a su casa, un tema que nunca había tocado durante su estancia en el hospicio. Tal como están las cosas, sospecho de todo. Todos sus ataques estaban ligados de alguna manera con la proximidad del conde. ¿Qué significa entonces que ahora se muestre tan contento? ¿Acaso está convencido, instintivamente, de que el vampiro acabará por triunfar? Antes de irme, le he dado órdenes al guardián a fin de que lo vigile estrechamente y tenga listo un chaleco de fuerza para caso de necesidad.

Diario de Jonathan Harker

29 de septiembre, en el tren hacia Londres

Cuando recibí el amable mensaje del señor Billington, en el que me decía que estaba dispuesto a facilitarme todos los informes que obraban en su poder, creí conveniente ir directamente a Whitby y llevar a cabo, en el lugar mismo, todas las investigaciones que deseaba.

30 de septiembre

Ahora estoy convencido: todos los cajones que llegaron a Whitby de Varna, en el Deméter, fueron depositados en la capilla de Carfax. Debería haber cincuenta, a menos que hubieran retirado alguno..., como me temo, después de leer el diario del doctor Seward.

Trataré de localizar al transportista que se llevó los cajones de Carfax, cuando Renfield los atacó. Siguiendo esa pista, es posible que lleguemos a saber muchas cosas importantes.

Capítulo 18

Diario de Mina Harker

30 de septiembre

Nos reunimos en el estudio del doctor Seward. El profesor Van Helsing se instaló en la cabecera y me hizo sentar a su derecha para que actuara como secretaria. Jonathan se sentó a mi lado y frente a nosotros se encontraban lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris.

—Creo —dijo el profesor— que todos estamos al corriente de los hechos que figuran en esos documentos.

Todos asentimos.

—Considero conveniente decirles algo sobre el tipo de enemigo al que vamos a enfrentarnos. Voy a revelarles parte de la historia de ese hombre, que yo mismo he podido averiguar. Así podremos discutir nuestros planes y las medidas a tomar.

Hizo una pausa y continuó:

—Existen seres llamados vampiros; todos nosotros tenemos pruebas de su existencia. Incluso en el caso de que no dispusiéramos de nuestras desafortunadas experiencias, las enseñanzas y los registros de la antigüedad proporcionan pruebas suficientes. El *nosferatu* no es como la abeja, que muere cuando clava su aguijón. Al contrario, se hace más fuerte y, debido a ello, tiene mucho más poder para hacer el mal. Ese vampiro que se encuentra entre nosotros posee la

fuerza de veinte hombres y es más astuto que cualquier mortal, pues su astucia ha ido creciendo a través de los tiempos. Utiliza la necromancia que es, como lo implica su etimología[67], la adivinación mediante la invocación de los muertos, y todos los muertos que fallecieron por su causa están a sus órdenes. Es una bestia o, peor aún, un demonio cruel que no tiene corazón. Aunque con restricciones, puede aparecer y desaparecer a voluntad, cuando y donde quiera y en cualquiera de las formas que le son propias. Dentro de su radio de acción tiene poder sobre los elementos: las tormentas, la niebla, los truenos. Puede dar órdenes a las criaturas más despreciables: las ratas, los búhos, los murciélagos, las polillas, los zorros, los lobos... Puede crecer y disminuir de tamaño y, a veces, hacerse invisible. Así, pues, ¿por dónde empezaremos nuestra lucha? ¿Cómo descubriremos dónde está? Y, una vez descubierto, ¿cómo podremos destruirlo? Amigos, mucho nos queda por hacer. Vamos a emprender una tarea terrible y puede que sus consecuencias hagan que hasta los más valientes se estremezcan. Fracasar en esta lucha no significa solamente vida o muerte. Implicaría que nos volveríamos como él; que en adelante seríamos criaturas de la noche... Seres sin corazón ni conciencia, que se dedican a la rapiña de los cuerpos y las almas. Las puertas del cielo se nos cerrarían para siempre. Pero en estos momentos tenemos un deber que cumplir. ¿Acaso podemos retroceder? En lo que a mí respecta, digo que no. Pero yo soy viejo y la vida, con su brillo, sus lugares agradables, el canto de los pájaros, su música y su amor, ha quedado muy atrás. Ustedes son jóvenes. Algunos han conocido el dolor, pero les esperan todavía días muy dichosos. ¿Qué dicen entonces?

[67] Estudio del origen de las palabras.

Mi esposo y yo nos miramos a los ojos. No necesitábamos hablar para comprendemos.

—Yo respondo por Mina y por mí —dijo Jonathan.

—Cuente conmigo, profesor —dijo Quincey Morris.

—Estoy con ustedes —dijo lord Godalming—, aunque solo fuera por el amor de Lucy.

El doctor Seward se limitó a asentir con la cabeza. El profesor dejó su crucifijo de oro sobre la mesa y extendió las manos a ambos lados. Yo tomé su mano derecha y lord Godalming la izquierda; Jonathan me tomó la mano derecha con su izquierda y tendió su derecha al señor Morris. Así sellamos nuestro pacto solemne.

—Bueno, ya saben a qué tendremos que enfrentarnos —dijo el profesor—. Pero nosotros no carecemos de fuerza. Tenemos el poder de luchar juntos... Ahora, veamos hasta dónde están limitados los poderes que vamos a enfrentar y cómo podemos aprovecharnos de ello. En efecto, examinemos las limitaciones de los vampiros en general y de este en particular.

Y Van Helsing dio la siguiente explicación:

—Nuestros puntos de referencia son las tradiciones y las supersticiones. Aceptemos entonces que el vampiro y la creencia en sus limitaciones y en el remedio contra él reposan por el momento sobre la misma base. Porque ha sido conocido en todos los lugares habitados por los hombres. En la antigua Grecia, en la antigua Roma; existió en Alemania, en Francia, en la India, en China... Ha seguido los pasos de los islandeses, de los hunos[68], de los eslavos, de los sajones, de los magiares. El vampiro sigue viviendo y no puede morir por el mero paso del tiempo. Puede fortalecerse cuando se alimenta de la sangre de los seres vivos. Todavía más: hemos visto que puede rejuvenecerse y que sus facultades vitales se hacen más poderosas y lozanas cuando tiene suficiente provisión de sangre humana. Pero no puede prosperar sin ese régimen, no come como los demás hombres. Ni siquiera el amigo Jonathan, que vivió con él durante varias semanas, lo vio comer nunca. No proyecta sombra, ni se refleja en los espejos, como observó también Jonathan. Tiene mucha fuerza en las manos, testimonio también de Jonathan. Puede transformarse en lobo, como lo sabemos por su llegada a Whitby. Puede aparecer en medio de una niebla que él mismo produce, como lo atestigua el capitán del barco. Pero el alcance de esa niebla es limitado, solo lo suficiente para rodearlo. Es capaz de aparecer en los rayos de la luna, en forma de polvo cósmico... Como nuevamente Jonathan vio a esas hermanas en el castillo de Drácula. Puede hacerse tan pequeño como para pasar a través de una rendija... como nosotros mismos pudimos ver que hizo la señorita Lucy, antes de que recuperara la paz. Además, puede ver en la oscuridad..., facultad nada despreciable en un mundo cuya mitad está siempre a oscuras. Aunque pueda hacer todas estas cosas, sin embargo, no es libre. Está más preso que un esclavo en galeras[69] o que un loco en su celda. No puede ir a donde quiera porque debe obedecer ciertas leyes. No puede entrar en ningún sitio, a menos que alguien, desde adentro, lo invite a pasar, aunque después pueda entrar cuándo y cómo quiera. Sus poderes cesan, como los de todas las cosas malignas, al llegar el día. Solamente en algunas ocasiones puede gozar de cierto margen de li-

[68] Pueblo nómade asiático, probablemente de origen turco o tártaro, que partió de las estepas situadas al norte del mar Caspio para realizar repetidas incursiones en el Imperio Romano durante los siglos IV y V. Atila fue un rey huno que amplió los dominios de este pueblo hasta la Galia, donde fue derrotado en el 451. Tras la muerte de Atila, en el año 453, el poder de los hunos decayó. Muchos hunos se alistaron en los ejércitos romanos, mientras que otros se unieron a nuevas hordas de invasores.

[69] Barco antiguo. En este caso se refiere al antiguo castigo que se les imponía a los presos y que consistía en remar en los barcos reales.

bertad. Si no se encuentra exactamente en el lugar debido, únicamente puede cambiarse al mediodía o en el preciso momento del ocaso o del amanecer. Son cosas que hemos sabido y que se deducen fácilmente en nuestros registros. Sabemos que solo puede descansar en tierra traída de su país natal y que para trasladarse debe llevar con él cajones con esa tierra. Además, hay cosas que lo afectan de tal forma que pierde su poder, como los ajos, que ya conocemos, y los símbolos sagrados, como este crucifijo, que siempre nos acompaña, incluso ahora mientras tomamos esta decisión. Frente a estas cosas nada puede hacer.

"Existen también otras cosas. Una rama de rosal silvestre sobre su ataúd le impide abandonarlo. Una bala consagrada disparada contra su féretro lo mata. Atravesarlo con una estaca de madera o cortarle la cabeza lo hace reposar para siempre. Lo hemos visto con nuestros propios ojos.

"Así, cuando encontremos el lugar en que habita ese hombre del pasado, podemos hacer que permanezca en su féretro y destruirlo. Le pedí a mi amigo Arminius, de la Universidad de Budapest, que me diera informes para establecer su historia. Debe tratarse, sin duda, del Vaivoda de Drácula que se hizo famoso luchando contra los turcos, al otro lado del gran río en la frontera con Turquía. Los Drácula, dice Arminius, fueron una estirpe ilustre y noble, aunque de vez en cuando hubo vástagos de los que se cree que tuvieron trato con el Maligno. En los informes aparecen palabras como *stregoica* (bruja), *ordog* (Satán) y *pokol* (infierno). Y en un manuscrito se habla de este mismo Drácula como de un *wampyr*, cuyo significado todos comprendemos perfectamente.

"Ahora debemos decidir qué vamos a hacer. Tenemos a nuestra disposición muchos datos y debemos hacer los planes necesarios. Sabemos que enviaron del castillo cincuenta cajones de tierra, procedentes del castillo de Drácula, que llegaron a Whitby y fueron entregados en Carfax. Sabemos también que unos cuantos de esos cajones han sido trasladados a otro sitio. Me parece que nuestro primer paso debe ser comprobar si los demás cajones permanecen todavía en la casa que está al otro lado del muro que vemos desde aquí, o si han trasladado alguno más. De ser así, debemos seguirle la pista...

"Tendremos que localizar esos cajones. Y, cuando estemos preparados, debemos capturar o liquidar a ese monstruo en su madriguera, o esterilizar la tierra de su ataúd, para que ya no pueda refugiarse en ella. Así, al fin, podremos sorprenderlo en su forma humana entre el mediodía y el ocaso para atacarlo cuando más débil se encuentre.

"En cuanto a usted, señora Mina, esta noche termina su colaboración. La apreciamos demasiado para permitir que corra semejante riesgo. Después de separarnos, usted no deberá formularnos preguntas. Se lo explicaremos todo a su

debido tiempo. Usted debe ser nuestra estrella y esperanza. Actuaremos con mayor libertad si no se encuentra usted en peligro, como nosotros."

Todos los hombres, incluso Jonathan, parecieron sentir alivio con esta propuesta de Van Helsing. Sin embargo, no me parecía justo que tuvieran que enfrentarse a semejante peligro, solo por tener que cuidarme. Estaban decididos y, aunque era una píldora difícil de tragar para mí, no podía decir nada. Me limité a aceptar aquel cuidado quijotesco[70] de mi persona.

Ahora se han ido todos a Carfax, con la intención de entrar en la casa.

Como hombres que son, me han dicho que me acueste y que duerma. ¡Como si una mujer pudiera dormir cuando las personas a quienes ama se encuentran en peligro!

Me echaré en la cama y fingiré dormir para que, cuando llegue Jonathan, no se inquiete más por mí.

70 Don Quijote de la Mancha es un personaje creado por el escritor español Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), en 1605. El adjetivo "quijotesco" se aplica a una persona atrevida y valerosa, que está siempre dispuesta a intervenir en asuntos que no le atañen, en defensa de la justicia.

Capítulo 19

Diario de Jonathan Harker

1ª de octubre

Hoy fuimos a registrar la casa. Estábamos preparados para algo desagradable, puesto que, al abrir la puerta, un aire tenue y maloliente brotó de entre las rendijas. Ninguno de mis acompañantes había estado cerca del conde y yo únicamente lo había visto en sus habitaciones durante su ayuno, o bien saciado de sangre fresca en un edificio en ruinas, a cielo abierto, donde penetraba el aire libre. Pero este lugar era reducido y cerrado, y por eso el aire estaba viciado.

Había un hedor de tierra tan terrible que no solo se componía de todos los males de los mortales y del olor agrio y penetrante de la sangre, sino que daba la impresión de que la corrupción misma se había podrido.

Examinamos cuidadosamente el lugar, y el profesor dijo:

—Ante todo, hay que ver cuántos cajones quedan todavía. Luego deberemos revisar todos los rincones, para ver si encontramos alguna indicación respecto a qué ha sucedido con los otros.

Una mirada fue suficiente para comprobar cuántos quedaban: ¡solamente veintinueve, de los cincuenta!

En ese momento, vi que Morris retrocedía repentinamente. Vimos una masa fosforescente que parpadeaba como las estrellas: todo el recinto se estaba llenando de ratas.

Durante un momento permanecimos inmóviles, excepto lord Godalming que, aparentemente, estaba preparado para una contingencia similar. Abrió de golpe la puerta. Luego, sacó del bolsillo un silbato de plata y lo hizo sonar lenta y agudamente. Tras la casa del doctor Seward le respondieron varios ladridos y, un minuto después, tres *terriers*[71] aparecieron por una de las esquinas. En solo un minuto, el número de ratas había aumentado mucho. La luz de las lámparas, reflejada en sus cuerpos oscuros y en movimiento y en sus malignos ojos, hacía que toda la habitación pareciera estar llena de luciérnagas. Lord Godalming levantó a uno de los perros y, llevándolo al interior de la habitación, lo colocó en el suelo. Apenas sus patas tocaron el piso, se precipitó sobre sus enemigos naturales. Las ratas huyeron con tanta rapidez que no fue necesario utilizar los otros perros.

El día empezaba a clarear cuando salimos. El doctor Van Helsing había encontrado, en un manojo de llaves, la de la puerta de entrada. Cerró cuidadosamente, se metió la llave en el bolsillo y se dirigió a nosotros.

—Hasta ahora —dijo—, la noche ha sido un éxito. No hemos sufrido ningún daño, como hubiéramos podido temer, y, además, hemos podido cerciorarnos de cuántos cajones faltan. Ahora nos esperan otras cuestiones, otros peligros, otros temores. Y es posible que esta no sea la última vez que el monstruo utilice sus poderes sobre el mundo animal. Volvamos a casa. El amanecer está cerca y tenemos razones para sentirnos contentos con el trabajo de nuestra primera noche.

La casa estaba sumida en profundo silencio, excepto por los gritos de alguna desdichada criatura que estaba en una de las alas más alejadas y un sonido bajo y lastimero que salía de la habitación de Renfield. Indudablemente, el pobre hombre se estaba torturando con pensamientos dolorosos.

[71] Perros de origen británico, pertenecientes a varias razas, que se utilizan para la caza de animales de madriguera.

Entré en mi habitación de puntillas y encontré a Mina dormida, respirando tan débilmente que tuve que inclinarme para poder oírla. Parecía más pálida que de costumbre. Esperaba que la reunión de aquella noche no la hubiera impresionado demasiado. Me siento verdaderamente agradecido de que permanezca fuera de nuestro trabajo futuro e incluso de nuestras deliberaciones. A partir de este momento, tendremos que ser para ella como libros cerrados, por lo menos hasta el momento en que podamos anunciarle que todo ha concluido y que la tierra ha sido liberada de aquel monstruo de las tinieblas. Supongo que será difícil guardar silencio, debido a la confianza que reina entre nosotros. Pero debo mantenerme firme y silenciar completamente todo lo relativo a nuestros actos durante esta noche. Me acostaré en el sofá para no molestarla.

1º de octubre, más tarde

Supongo que es natural que hayamos dormido todos hasta una hora avanzada, ya que tuvimos una larga y atareada jornada. Incluso Mina debe haberse sentido agotada, puesto que, aunque dormí hasta que el sol estaba muy alto, desperté antes que ella. En realidad, estaba tan profundamente dormida, que durante unos segundos no me reconoció siquiera y me miró con un profundo terror, como si hubiera sido despertada en medio de una pesadilla. Se quejó un poco de estar cansada y la dejé reposar hasta más tarde. Sabemos ahora que veintiún cajones han sido retirados, y, si se los han llevado en alguna mudanza, quizá podamos seguirles la pista. Ello simplificaría considerablemente nuestro trabajo y, cuanto antes resolvamos ese asunto, mejor será para todos. Hoy iré a visitar a Thomas Snelling, uno de los hombres que descargó los cajones en Carfax.

Diario de Mina Harker

1º de octubre

Hoy me siento extrañamente triste y deprimida. Supongo que es la reacción a tantas emociones.

Anoche me acosté cuando se fueron los hombres, sencillamente porque me dijeron que me acostara. No tenía sueño y sentía una ansiedad enorme. Estuve pensando en lo sucedido desde que Jonathan fue a verme a Londres y ello parecía una horrible tragedia, como si el destino impulsara todo hacia un fin siniestro.

No consigo recordar con exactitud cómo me quedé dormida. Recuerdo haber oído el ladrido de los perros y un estruendo de sonidos extraños, como si alguien rezase atropelladamente Los sonidos salían de la habitación de Renfield, que está más o menos debajo de la mía. Después todo quedó en silencio, un silencio tan profundo que me sobresaltó, y me impulsó a mirar por la ventana. Estaba oscuro y silencioso. Las sombras proyectadas por la luna parecían estar llenas de misterio. Nada parecía moverse, y todo parecía lúgubre y tétrico; una ligera neblina blanca, que avanzaba con lentitud hacia la casa por encima del césped, parecía tener vida propia. Estos pensamientos, al hacerme olvidar los anteriores, me hicieron bien, puesto que al volver a acostarme sentí un letargo[72] que me embargaba suavemente. Permanecí acostada un rato, pero no lograba conciliar el sueño, de modo que volví a levantarme y a mirar por la ventana. La niebla se estaba extendiendo y se encontraba muy cerca de la casa, de manera que pude verla espesarse sobre las paredes, como si estuviera trepando. Estaba tan asustada que me cubrí la cabeza con las sábanas y me tapé los oídos con los

72 Estado de somnolencia prolongada.

dedos. No tenía sueño en absoluto o, por lo menos, así lo creía. Pero debo haberme quedado dormida, puesto que, con excepción de los sueños, no recuerdo ninguna otra cosa hasta la llegada de la mañana, cuando Jonathan me despertó. El sueño que tuve fue muy raro, y bastante característico de la forma en que los pensamientos de la vigilia se mezclan, o se prolongan, en los sueños:

Creí que estaba dormida, esperando que regresara Jonathan. Me sentía muy ansiosa por él pero no podía hacer nada. Las piernas, los brazos y el cuerpo me pesaban tanto que nada me funcionaba con normalidad. De modo que tuve un sueño bastante agitado y no dejé de pensar. Luego comencé a sentir que el aire era pesado, húmedo y frío. Retiré las sábanas de mi rostro y, con gran sorpresa, vi que todo estaba oscuro. La lamparita de gas que había dejado encendida para Jonathan parecía una chispita roja y diminuta a través de la niebla, que, evidentemente, se había hecho más densa y había entrado en la habitación. Entonces recordé que había cerrado la ventana antes de acostarme. Deseaba levantarme para asegurarme de ello, pero un letargo de plomo parecía retener mis miembros y mi voluntad. La niebla se hacía cada vez más espesa y ya podía ver cómo entraba en la habitación por debajo de la puerta, como si fuera humo..., o como el vapor blanco del agua en ebullición... Todo comenzó a dar vueltas en mi cabeza, igual que la columna de niebla que entraba en la habitación. Repentinamente, recordé horrorizada que era así como Jonathan había visto materializarse aquellas horribles mujeres de la niebla que giraba bajo el resplandor de la luna. En mi sueño debo haberme desmayado, puesto que me encontré en medio de la más profunda oscuridad.

El último esfuerzo consciente de mi imaginación fue hacerme ver un rostro pálido que se inclinaba sobre mí, saliendo de entre la niebla. Debo tener cuidado con esos sueños,

ya que, si se presentan con demasiada frecuencia, pueden hacer vacilar la razón de una persona. Voy a ver al doctor Van Helsing o al doctor Seward para que me receten algo que me haga dormir. Lo único malo es que temo alarmarlos.

2 de octubre, por la noche

Por la tarde el señor Renfield pidió verme. El pobre estuvo muy amable conmigo y cuando me iba me besó la mano, rogando a Dios que me bendijera. Eso me conmovió mucho. Cada vez que pienso en él me dan ganas de llorar. Jonathan y los demás estuvieron afuera hasta la hora de cenar y volvieron agotados. Hice lo que pude para animarlos. Cuando terminamos de comer, me pidieron que me acostara y se quedaron fumando y hablando.

No estoy durmiendo como debería. Tengo sueños extraños y me siento ansiosa. Le pedí al doctor Seward que me diera alguna pastilla para dormir. Me preparó un somnífero y me dijo que no me causaría ningún daño porque era muy suave... Lo he tomado y estoy esperando el sueño, que aún parece lejano. Espero no haber hecho mal, ya que, cuando el sueño comienza a apoderarse de mí, me asalta un nuevo temor. Espero no haber cometido una tontería al privarme de la posibilidad de despertar. Es posible que lo necesite. Ya tengo sueño. ¡Buenas noches!

Capítulo 20

Diario de Jonathan Harker

1º de octubre, por la noche

Encontré a Thomas Snelling en su casa, en Bethnal Green[73]. Desafortunadamente, no estaba en condiciones de recordar nada. Había tomado mucha cerveza mientras me esperaba. Sin embargo, supe, gracias a su esposa, que era solamente el ayudante de Smollet, que fue en realidad el responsable del traslado. De modo que me dirigí hacia Walworth y encontré al señor Joseph Smollet en su casa, en mangas de camisa, tomando una taza de té tardía. Me informó que había seis cajones que había recogido en Carfax y los había depositado en el número 197 de Chicksand Street, en Mile End New Town[74], y otros seis que había depositado en Jamaica Lane, Bermondsey[75].

En el caso de que el conde deseara distribuir sus fantasmales refugios por todo Londres, esos lugares habrían sido escogidos solamente como punto de partida. Estaba situado ya en la parte este de la ribera norte, al este de la costa sur y

[73] Barrio londinense al este de Hampstead.

[74] Barrio al este de la ciudad de Londres. En el tiempo en que se desarrolla la novela estaba habitado principalmente por artesanos.

[75] Distrito comercial al sur de Mile End New Town, famoso por sus fábricas y almacenes.

al sur de la ciudad. Era seguro que no pensaba dejar fuera de sus planes diabólicos el norte y el oeste..., por no hablar de la City misma, y el corazón mismo del Londres elegante, al sudoeste y al oeste.

Le pregunté a Smollet si recordaba haber sacado algún otro cajón de Carfax.

Entonces respondió:

—Bueno, señor, se ha portado usted muy bien conmigo —le había dado medio soberano[76]— y voy a decirle todo lo que sé. Hace cuatro noches oí a un hombre llamado Bloxam, en una taberna de Pincher's Alley[77], que él y su compañero habían tenido un trabajo sucio y raro en una vieja casa de Purfleet. No son frecuentes aquí los trabajos de esa índole y creo que Sam Bloxam podrá decirle algo más al respecto.

Le dije que, si le era posible conseguirme la dirección, tendría mucho gusto en entregarle otro medio soberano.

De modo que tomó de un trago el resto de su té e inmediatamente fue a buscarla.

2 de octubre, por la noche

Hoy fue un día demasiado largo. Finalmente logré encontrar a Bloxam en Poplar[78], en un depósito donde estaba trabajando. Resultó un tipo bastante inteligente, aunque de toscos modales y rudo en su forma de hablar.

Cuando le prometí pagarle por sus informes y le di un adelanto, me dijo que había hecho dos viajes entre Carfax y una casa de Piccadilly y que había llevado, de la primera dirección a la última, nueve grandes cajones, "muy pesados", con un carro y un caballo que había alquilado para el trabajo. Le pregunté si podría indicarme el número de la casa de Piccadilly.

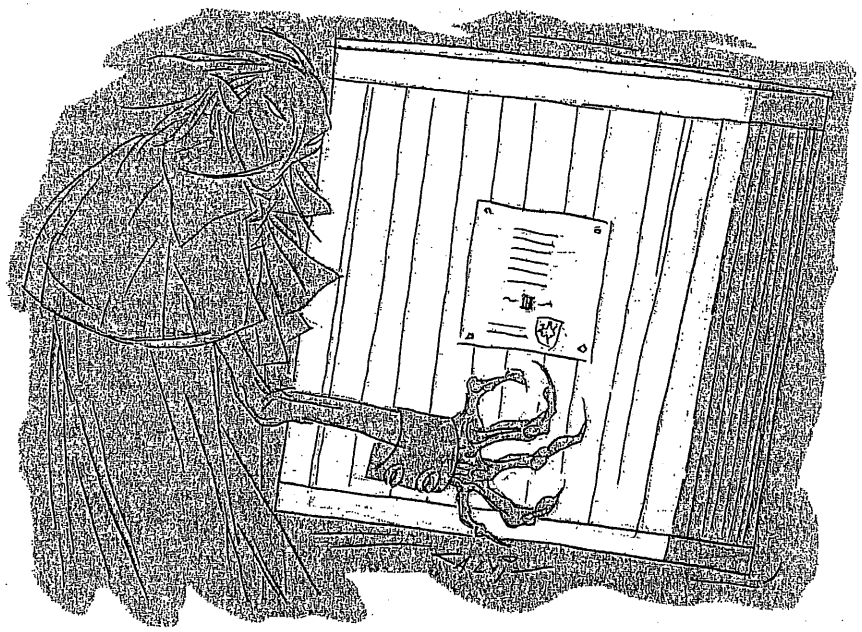
—Bueno, señor —respondió—, me he olvidado del número, pero estaba a unas cuantas puertas de una gran iglesia blanca, o algo semejante, que no hace mucho que ha sido construida. Era una vieja casona cubierta de polvo, aunque no tan llena de polvo como la casa de la que saqué las cajas.

—¿Cómo logró usted entrar, si estaban desocupadas las dos casas?

—Me estaba esperando el viejo que me contrató en la casa de Purfleet. Me ayudó a levantar los cajones y a colocarlos en el carro. Era el tipo más fuerte que he visto: un anciano, con unos bigotes blancos, tan delgado que parecía que no era capaz ni de echar sombra.

¡Esa frase me hizo sobresaltar!

Pensé que podría encontrar la casa, de modo que me dirigí hacia Piccadilly. Bajé del coche en Piccadilly Circus y me dirigí caminando hacia el oeste. Después de pasar el Junior



76 Una libra, moneda de oro.

77 Una calle de Londres.

78 Distrito industrial y comercial al este de Mile End New Town.

Constitutional[79], llegué ante la casa descripta y me satisfizo la idea de que se trataba del siguiente refugio escogido por Drácula. Recordaba mi investigación sobre la compra de la casa de Carfax, y pensaba que, si podía encontrar al antiguo propietario, era posible que descubriera algún medio para entrar en ella.

A unos mozos encargados de las caballerizas les pedí información sobre esa casa desocupada. Uno de ellos había oído decir que alguien la había comprado hacía poco, pero no sabía quién era el nuevo propietario. Otro, sin embargo, me dijo que había habido un anuncio que decía SE VENDE y que tal vez me facilitaran más detalles en Mitchell, Sons & Candy, la empresa de mudanzas, que figuraba en el cartel. Busqué la dirección de Mitchell, Sons & Candy en la guía de teléfonos y me dirigí inmediatamente a sus oficinas, en Sackville Street.

El caballero que me recibió era muy amable, pero también muy reservado. Al principio no quiso darme ninguna información sobre el comprador de la casa. Pensé que lo mejor sería atacarlo en su propio terreno y le dije:

—Sus clientes, señor, tienen suerte de tratar con alguien tan cuidadoso de sus confidencias. También yo soy profesional —y le tendí mi tarjeta—. No estoy interesado en este asunto por curiosidad: actúo en nombre de lord Godalming, que desea saber algo sobre la propiedad que creía que, hasta hace poco, se encontraba en venta.

Esas palabras hicieron que las cosas tomaran un nuevo rumbo.

—Me encantará complacer a usted y a su cliente, señor Harker. En cierta ocasión cumplimos unas transacciones para él cuando era el honorable Arthur Holmwood. Si puede usted darme su dirección, tendré mucho gusto en consultar

79 Club conservador situado en el número 101 de Piccadilly Street.

sobre el tema y, en todo caso, me comunicaría con él por medio del correo de esta misma noche. Será un placer facilitarle esos informes a lord Godalming, si es que podemos apartarnos en este caso de las reglas de esta casa.

Le di las gracias, le entregué la dirección de la casa del doctor Seward y me fui. Era ya de noche y me sentía cansado y hambriento. Tomé una taza de té en la Aerated Bread Company y regresé a Purfleet en tren.

Encontré a todos los otros en la casa. Mina estaba pálida y cansada, pero se esforzó para mostrarse amable y animosa: me dolía pensar que, por ocultarle algo, la había inquietado.

No podía contarles a los demás mis descubrimientos del día hasta que no estuviéramos solos; después de cenar conduje a Mina a su habitación para que se acostara. Se mostró más cariñosa que nunca y me abrazó como si deseara retenerme, pero había mucho de que hablar y tuve que dejarla sola. Gracias a Dios, haber evitado contarnos todas estas cosas no ha cambiado nada entre nosotros.

Cuando bajé encontré en el estudio a todos, reunidos en torno del fuego.

Durante el viaje en tren había anotado en mi diario mis descubrimientos del día; por eso me limité a leerles lo que había escrito.

Durante un buen rato, analizamos todas las facetas del asunto, visto desde diferentes ángulos. Aproveché la oportunidad para poner al día mi diario...

Solo una línea más. Mina duerme profundamente y su respiración es regular. Tiene la frente surcada por pequeñas arrugas, como si incluso dormida estuviera preocupada. Está todavía bastante pálida, pero no tan macilenta[80] como antes. Espero que mañana podamos poner fin a todo esto; se irá a nuestra casa de Exeter. ¡Oh! ¡Qué sueño tengo!

80 Demacrada, pálida.

Carta de Mitchell, Sons & Candy a lord Godalming

1º de octubre

Su Señoría:

Siempre será agradable complacerlo en sus deseos, expresados por el señor Harker de parte de usted. Estamos en condiciones de darle los informes requeridos sobre el número 347 de Piccadilly. Los vendedores originales son los herederos del difunto señor Archibald Winter Suffield. El comprador es un noble extranjero, el conde de Ville, que efectuó personalmente la compra, pagando al contado el precio estipulado. Aparte de esto, no conocemos absolutamente nada más respecto al mencionado conde.

Somos, señor, los más humildes servidores de Su Señoría,

MITCHELL, SONS & CANDY

Diario del doctor Seward

2 de octubre

Hoy Harker salió a seguir su pista, y Art y Quincey han ido a buscar caballos. Godalming piensa que sería conveniente tener los caballos siempre preparados, ya que, cuando dispongamos de los informes que buscamos, quizá no haya tiempo que perder. Debemos esterilizar toda la tierra importada entre el amanecer y la puesta del sol. Así podremos tomar al conde por su punto más débil y sin un lugar en el que pueda refugiarse. Van Helsing ha ido al Museo Británico para consultar a determinadas autoridades de medicina antigua. Los médicos del pasado tomaron en cuenta ciertas cosas que sus seguidores no aceptaron.

A veces pienso que debemos estar todos completamente locos y que vamos a recuperar la razón cuando estemos con chalecos de fuerza.

Más tarde

Nos hemos reunido nuevamente. Parece que estamos sobre la pista y que el trabajo de mañana puede muy bien ser el principio del fin. Me pregunto si la calma de Renfield tiene algo que ver con eso. Sus cambios de humor se han ajustado tanto a los movimientos del conde, que tal vez sospeche la destrucción inminente del monstruo. Hace ya un rato que parece estar tranquilo... Pero, ¿lo está realmente? Ese grito horrible parece venir de su celda...

El ayudante entró corriendo y me dijo que Renfield había sufrido un accidente. Lo encontró en el suelo, boca abajo y todo cubierto de sangre.

Debo ir a verlo inmediatamente...

Capítulo 21

Diario del doctor Seward

3 de octubre

Encontré a Renfield tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre. Advertí que había recibido varias heridas terribles. Su rostro estaba horriblemente magullado, como si se lo hubieran golpeado contra el suelo, y en realidad fueron las heridas del rostro las que habían formado el charco de sangre. Entonces le dije al guardián:

—Vaya a buscar al doctor Van Helsing y dígale que tenga la bondad de venir aquí cuanto antes. Lo necesito sin demoras.

El hombre se fue corriendo y a los pocos minutos apareció el profesor, en piyama y pantuflas. Observó con atención a Renfield y se volvió hacia mí. Creo que leyó mi pensamiento.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta. Eran Quincey y Arthur que estaban en el pasillo, también en piyama y pantuflas. Habían oído ruidos y se acercaron para averiguar.

—No hay tiempo que perder. Sus palabras pueden contribuir a salvar muchas vidas. ¡Tal vez alguien corra un peligro muy grande! Debemos operar a Renfield inmediatamente encima del oído.

Sin añadir una palabra comenzó la operación. Durante unos minutos más la respiración del herido continuó siendo estertorosa. Luego aspiró el aire de manera tan prolongada

que parecía que se le iba a rasgar el pecho. De pronto abrió los ojos y me lanzó una mirada salvaje e impotente. Después, su mirada se suavizó y de sus labios surgió un suspiro de alivio.

—Estaré tranquilo, doctor —dijo—. Dígales que me quiten el chaleco de fuerza. He tenido un terrible sueño y me hallo tan débil que ni siquiera puedo moverme. ¿Qué me sucede en la cara? La siento inflamada y me duele muchísimo.

Van Helsing le dijo en tono grave:

—Cuéntenos su sueño, señor Renfield.

Cuando oyó la voz del profesor, se le iluminó el rostro y dijo:

—Usted es el doctor Van Helsing. ¡Me alegro mucho de que esté aquí! Deme un trago de agua, tengo los labios secos. Luego contaré todo. He soñado...

Hizo una pausa, y pareció desmayarse.

Me dirigí a Quincey.

—¡El coñac! Está en mi estudio..., ¡dese prisa!

Regresó con un vaso, la botella de coñac y una jarra de agua. Le humedecimos al herido los labios magullados y recobró el sentido rápidamente.

Cerró los ojos por un instante, como si estuviera reuniendo todas sus fuerzas. Al abrirlos, dijo con gran energía:

—¡Rápido, doctor, rápido! ¡Me estoy muriendo! Siento que me quedan solamente unos minutos y después caeré muerto... ¡o peor aún! Tengo que decirle algo antes de morir, o antes de que mi cerebro destrozado muera. Cuando la señora Harker vino a verme esta tarde, noté que ya no era la misma: era como el té aguado.

En ese momento, todos nos movimos, pero ninguno pronunció una palabra; Renfield prosiguió:

—No supe que estaba aquí hasta que me habló, y no parecía la misma. No me interesan las personas pálidas. Me agradan cuando tienen mucha sangre y ella parecía haber perdido toda. No pensé en ello en ese momento, pero, cuan-

do salió de aquí, comencé a reflexionar en ello y me enfurecí enormemente al comprender que él le estaba robando la vida. No quiero que la señora Mina caiga en las garras del conde, ella es un alma pura, no podría soportarlo....

Todos nos estremecimos.

—Así —continuó—, cuando vino esta noche, yo lo estaba esperando. Vi la niebla que penetraba por la ventana y lo agarré con fuerza. He oído decir que los locos tienen una fuerza sobrenatural, y, como yo estoy loco (por lo menos a veces), resolví utilizar mi fuerza. Lo sujeté estrechamente y pensé que iba a vencerlo, porque no quería que continuara robándole la vida a ella. Entonces vi sus ojos. Su mirada me traspasó y mis fuerzas me abandonaron. Se soltó y, cuando trataba otra vez de aferrarlo, me levantó en el aire y me dejó caer. Había una nube roja frente a mí y oí un ruido como un trueno. La niebla pareció escaparse por debajo de la puerta.

Su voz se tornaba más débil, y su respiración, más jadeante.

Van Helsing se puso de pie.

—Ahora sabemos lo peor —dijo—. Está aquí. Tal vez no sea demasiado tarde. Tenemos que armarnos, igual que la otra noche. No perdamos tiempo. No podemos desperdiciar ni un instante.

Nos apresuramos a tomar en nuestras habitaciones las mismas cosas que teníamos cuando entramos en la casa del conde.

Nos detuvimos ante la puerta de los Harker. Art y Quincey vacilaron. Van Helsing se les adelantó e hizo girar el picaporte..., pero la puerta no cedió. Nos lanzamos todos contra ella y, con un ruido seco, se abrió de par en par.

Lo que vi me horrorizó. Tuve la sensación de que se me ponían los pelos de punta y mi corazón pareció detenerse.

La luz de la luna era tan fuerte que, a través de la gruesa persiana amarilla, la habitación podía verse con claridad. Sobre la cama, al lado de la ventana, estaba tendido Jonathan Harker, con el rostro sonrojado y respirando pesadamente. Arrodillada junto al borde del lecho, se distinguía la figura blanca de su esposa. A su lado estaba un hombre alto y delgado, vestido de negro. En cuanto lo vimos, todos reconocimos al conde... Con la mano izquierda sujetaba las dos manos de la señora Harker, manteniendo sus brazos extendidos; con la derecha le sujetaba la nuca, obligándola a inclinar la cabeza hacia su pecho. Su camisón blanco estaba manchado de sangre y un ligero hilo corría por el pecho desnudo del hombre.

Cuando entramos precipitadamente en la habitación, el conde volvió la cabeza y en su rostro apareció la expresión infernal que tantas veces había oído describir. Sus ojos rojos brillaron con una pasión demoníaca, las grandes ventanas de su nariz blanca y aguileña se abrieron y temblaron. Los afilados dientes blancos, que asomaban por los gruesos labios ensangrentados, estaban apretados como los de un animal salvaje. Giró bruscamente, arrojando a su víctima sobre la cama, y se lanzó contra nosotros. Pero el profesor se interpuso y colocó frente a él el crucifijo. El conde se detuvo, del mismo modo en que Lucy lo había hecho en el cementerio, y retrocedió. Retrocedió al tiempo que nosotros, con los crucifijos en alto, avanzábamos hacia él. La luz de la luna desapareció de pronto. Una gran nube negra cubrió el cielo y, cuando Quincey logró encender la lámpara de gas, no vimos más que un ligero vapor que desaparecía bajo la puerta.

En ese momento, oí la exclamación de Harker al recuperar en parte el sentido. En su rostro había una expresión de total desconcierto. Durante unos segundos pareció aturdido, pero luego recobró el conocimiento totalmente y se levantó de golpe. Este rápido movimiento despertó a su esposa, que se volvió hacia él con los brazos extendidos, como si fuera a

abrazarlo. Sin embargo, los retiró inmediatamente y, juntando los codos, se cubrió el rostro con las manos y se estremeció de tal modo que la cama tembló.

Van Helsing y yo tratamos de calmarlos. Luego, mientras les contábamos lo que había ocurrido, observé el horror en sus rostros.

Después nos quedamos en silencio durante algunos minutos. Casi podíamos oír el ruido de los latidos de nuestros corazones.

Van Helsing, colocando cariñosamente su mano sobre la cabeza de la señora Harker, le dijo:

—Ahora, querida señora Harker, díganos qué ha sucedido con exactitud. No quiero causarle ninguna pena, pero es preciso que lo sepamos todo, ya que ahora, más que nunca, tenemos que llevar a cabo el trabajo con rapidez, con eficacia y con una urgencia mortal. Se acerca el día en que debe terminarse todo.

La señora se estremeció violentamente, se abrazó todavía más a su marido y ocultó la cabeza en su pecho. Al cabo de una pausa, comenzó:

—Tomé el somnífero que usted me entregó. Pero durante bastante tiempo no me produjo ningún efecto. Al contrario, me pareció estar cada vez más despierta, e infinidad de fantasías comenzaron a poblar mi imaginación... Todas ellas relativas a la muerte y a los vampiros, a la sangre, al dolor y a la desgracia.

Jonathan gimió involuntariamente; ella se volvió hacia él y le dijo amorosamente:

—No te atormentes, cariño. Tienes que ser valiente y fuerte para ayudarme en esta horrible tarea. Si supieras qué esfuerzo tan grande me cuesta hablar de este asunto espantoso, comprenderías lo mucho que necesito tu ayuda. Bueno, traté de ayudar a la medicina para que hiciera efecto, y me esforcé en dormir. Estoy segura de que debí dormirme,

pues no recuerdo nada más. Jonathan, al entrar, no me despertó...; mi recuerdo siguiente es que estaba a mi lado. Había en la habitación la misma niebla ligera que había visto antes. Sentí el mismo terror vago de la otra vez y tuve el mismo sentimiento de que había alguien en la habitación. Quise despertar a Jonathan, pero dormía tan profundamente, que más bien parecía que él, y no yo, había tomado el somnífero. Me esforcé al máximo, pero no logré que despertara. Me asusté mucho y miré en torno mío, aterrorizada. Entonces el corazón me dio un vuelco: al lado de la cama, como si hubiera surgido de la niebla o, mejor dicho, como si la niebla se hubiera transformado en él, había un hombre alto y delgado, vestido de negro. Recordé inmediatamente la descripción y todo coincidía. El rostro blanco; la nariz larga y aguileña; los labios entreabiertos, donde asomaban los dientes blancos y agudos; los ojos rojos... El monstruo me miró fijamente y, con un susurro seco y cortante, mostrando con el dedo a Jonathan, me dijo:

"—¡Silencio! Si haces un solo ruido, lo agarraré y le aplastaré la cabeza.

"Yo estaba aterrorizada como para poder hacer o decir algo. Con una sonrisa burlona, me puso una mano en el hombro y, manteniéndome bien sujeta, me desnudó la garganta con la otra, diciendo al mismo tiempo:

"—Ante todo, un pequeño refresco, como pago por mis esfuerzos. Será mejor que no te muevas: no es la primera vez que las venas me han calmado la sed.

"Estaba atolondrada y, aunque parezca extraño, no quería impedírselo. Supongo que es parte de su terrible poder, cuando está tocando a una de sus víctimas. Entonces fue cuando..., ¡oh, Dios mío, oh, Dios mío, ten piedad de mí!, ¡apoyó sus asquerosos labios en mi garganta!"

Su marido volvió a gemir. Ella le apretó la mano y prosiguió:

—Sentí que mis fuerzas me abandonaban y estuve a punto de desmayarme. No sé cuánto tiempo duró esa terrible escena, pero pasó un buen rato antes de que retirara su boca asquerosa, maloliente y sucia. ¡Vi que estaba llena de sangre fresca!

El recuerdo pareció superar a sus fuerzas y se hubiera desplomado a no ser por el brazo de su esposo que la sostenía. Con un enorme esfuerzo, se controló, y siguió:

—Luego, me habló burlonamente: "¡Así que tú también, como los demás, quieres enfrentarme y frustrar mis planes! Ahora ya sabes, y ellos también lo saben en parte (aunque pronto lo sabrán completamente), qué significa cruzarse en mi camino. Deberían reservar sus energías para usarlas en casa. Mientras hacían planes para enfrentarse a mí... (a mí, que he gobernado esas energías cientos de años antes de que ellos nacieran), no advertían que yo los estaba saboteando. Y tú, su ser más querido, eres ahora carne de mi carne, sangre de mi sangre[81], vástago de mi propio linaje, mi generoso vino durante cierto tiempo y, más adelante, mi compañera y ayudante. Te vengarás de todos ellos, pues ni uno solo podrá negarte nada de lo que exijas. Pero ahora debo castigarte por lo que has hecho. De ahora en adelante acudirás a mi llamado. Cuando mi mente te diga '¡Ven!', cruzarás tierras y mares para cumplir mi orden y hacer mi voluntad. Pero antes... ¡terminemos con esto!".

Se desabotonó la camisa y con las uñas se abrió una vena en el pecho. Cuando la sangre comenzó a brotar, tomó mis manos en una de las suyas, me las apretó con firmeza y, con su mano libre, me agarró por el cuello y me obligó a apoyar mi boca contra su herida, de tal modo que o bien me ahogaba o estaba obligada a tragar... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

81 Drácula cita irónicamente un pasaje de la Biblia, *Génesis* (2, 23).

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho para merecer un destino semejante, yo, que he intentado permanecer en el camino recto durante todos los días de mi vida? ¡Ten piedad de mí, Dios mío! ¡Baja tu mirada sobre mi pobre alma que está sujeta a un peligro más que mortal! ¡Compadécete de mí!

Entonces se frotó los labios, como para purificarse de la profanación.

Mientras narraba su historia, el cielo comenzó a iluminarse y todos los detalles de la habitación fueron apareciendo con mayor claridad. Harker permanecía inmóvil y en silencio. Pero en su rostro, a medida que el relato avanzaba, apareció una expresión grisácea que fue profundizándose a medida que crecía la luz del día. Cuando el resplandor del amanecer se intensificó, su piel contrastaba con sus cabellos, que se le iban poniendo blancos.

Hemos decidido que uno de nosotros siempre esté cerca de la desdichada pareja hasta que podamos reunirnos y dispongamos todo lo necesario para entrar en acción.

De una cosa estoy seguro: hoy no alumbrará el sol ninguna casa más desgraciada que esta.

Capítulo 22

Diario de Jonathan Harker

3 de octubre

Cuando el doctor Van Helsing y el doctor Seward regresaron de su visita a Renfield, discutimos lo que era preciso hacer. Seward nos dijo que, cuando ambos descendieron a la habitación del piso inferior, habían encontrado a Renfield tendido en el suelo. Tenía el rostro magullado y aplastado, y los huesos de la nariz rotos.

Seward le preguntó al guardián si había oído algo. El hombre le dijo que oyó fuertes voces en la habitación del paciente y a Renfield que gritaba con fuerza varias veces: "¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!". Después oyó el ruido de una caída y, al entrar en la habitación, lo encontró tendido en el suelo, tal como el doctor lo había visto. Seward nos dijo, cuando estuvimos solos, que con las declaraciones del guardián podría extender un certificado de defunción por accidente, debido a una caída de su cama.

Cuando comenzamos a decidir nuestro siguiente paso, resolvimos que Mina debía estar al corriente de todo y que no había que ocultarle nada, por horrible o doloroso que fuera. Ella misma aprobó la propuesta. Daba lástima verla tan valerosa y, al mismo tiempo, tan dolorida y desesperada.

—No deben ocultarme nada —dijo—. Desafortunadamente ya me han ocultado demasiadas cosas. Además, no hay nada que pueda causarme un dolor mayor que el que he soportado...

Van Helsing, que la había estado mirando mientras hablaba, le dijo con suavidad:

—Pero, querida señora Mina, ¿no tiene usted miedo, no ya por usted, sino por los demás, después de... lo que pasó?

El rostro de Mina se endureció, pero sus ojos brillaron:

—¡No! ¡Porque ya he tomado una decisión!

—¿Cuál? —preguntó el profesor.

Cada uno de nosotros, a su manera, tenía una ligera idea de lo que diría.

Respondió con sencillez y seguridad:

—Porque si encuentro en mí (y voy a vigilarme con todo cuidado) algún signo de que pueda causar daños a alguien que amo, ¡me mataré!

Van Helsing le puso suavemente una mano sobre la cabeza. Pareció sufrir un choque emocional y reprimió un sollozo. Tragó saliva y dijo:

—Hay aquí varias personas que se colocarían entre usted y la muerte. No debe usted morir de ninguna manera y menos todavía por su propia mano. En tanto el que ha intoxicado la dulzura de su vida no haya muerto, no debe usted tampoco morir. Porque, mientras él exista, la muerte de usted la convertiría exactamente en lo mismo que es él. ¡No! ¡Debe usted vivir! Debe luchar y esforzarse para vivir, ya que la muerte sería un horror indecible. Debe usted luchar contra la muerte, tanto si le llega a usted en medio de la tristeza o de la alegría, de día o de noche, a salvo o en peligro. ¡Por la salvación de su alma le ruego que no muera y que ni siquiera piense en la muerte, hasta que ese monstruo no haya dejado de existir!

Me puse de pie. No pude contenerme al pensar que el tiempo y la vida de mi amada se nos estaban escapando. Pero Van Helsing me detuvo.

—No, amigo Jonathan —dijo—. En este caso, el camino más rápido es el más largo. Tendremos que actuar todos, con rapidez frenética, cuando llegue el momento. Creo que

la clave se encuentra en esa casa de Piccadilly. Iremos allá y la registraremos. Cuando sepamos lo que contiene, haremos lo que nuestro amigo Arthur diría, refiriéndose a la caza: "Taponar las madrigueras para acorralar al zorro". ¿Les parece bien?

—¡Entonces, vamos inmediatamente! —grité—. ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!

El profesor se limitó a decir:

—¿Y cómo vamos a entrar?

—¡De cualquier modo! —exclamé—. Forzaremos la puerta, si es necesario.

—¿Y qué pasará con la policía? —contestó el profesor.

Estaba desesperado. Traté de calmarme y le dije:

—No espere más de lo necesario. Ya sabe usted el infierno que estoy padeciendo...

—¡Ay, hijo mío! Por supuesto que lo sé. Y no tengo ningún deseo de añadir más sufrimiento al que ya está soportando. He estado reflexionado mucho y me parece que el método más simple es el mejor. Veamos: deseamos entrar en la casa, pero no tenemos llave. ¿No es así?

Asentí.

—Supongamos que usted fuera el dueño de la casa y que hubiera perdido la llave... ¿Qué haría?

—Buscaría a un cerrajero y lo pondría a trabajar.

—Pero la policía intervendría, ¿no es así?

—Tal vez.

—¡No! No intervendría, porque el cerrajero está trabajando para el dueño de la casa. No, no, amigo Jonathan, puede usted abrir las cerraduras de cien casas vacías en Londres, y, si lo hace de modo que parezca correcto, nadie intervendrá en absoluto.

Tuve que reconocer que tenía razón.

—Una vez dentro de la casa —prosiguió Van Helsing—, podemos encontrar más indicios. De todos modos, alguno

de nosotros puede quedarse allá, mientras los demás visitan los otros lugares en que se encuentran los cajones de tierra: en Bermondsey y en Mile End.

Finalmente, nos pusimos de acuerdo en que, antes de ir a Piccadilly, teníamos que destruir el refugio más cercano del conde. El profesor sugirió que primero deberíamos visitar Carfax y luego entrar todos en la casa de Piccadilly. Los dos médicos y yo deberíamos permanecer allí, mientras Quincey y lord Godalming iban a buscar los refugios de Walworth y Mile End para destruirlos.

Más tarde

Tuvimos un desayuno bastante extraño. Tratamos de mostrarnos contentos y de animarnos unos a otros, y Mina fue la más alegre. Cuando concluimos, Van Helsing dijo:

—Ahora, amigos míos, vamos a ponernos en marcha para emprender nuestra tarea. ¿Estamos armados todos, como el día en que fuimos por primera vez a visitar el refugio de Carfax? ¿Estamos armados contra cualquier tipo de ataque, tanto espiritual como físico?

Todos asentimos.

—Muy bien. Ahora, señora Mina, está usted aquí completamente a salvo hasta la puesta del sol y, para entonces, ya habremos regresado. Sí... ¡Volveremos todos! Pero quiero que esté usted armada contra los ataques personales. Yo mismo he preparado su habitación: coloqué cosas que le impiden al monstruo la entrada. Ahora, déjeme protegerla a usted misma. En su frente le pongo este fragmento de la Sagrada Hostia, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del...

Mina lanzó un grito de terror que heló la sangre en nuestras venas. La Hostia le había cauterizado[82] la frente y

82 La cauterización consiste en quemar una herida o destruir un tejido enfermo con una sustancia cáustica, un objeto candente o aplicando corriente eléctrica.

le había quemado la carne como si se tratara de un metal al rojo vivo. Cayó de rodillas al suelo, humillándose. Se echó el cabello sobre el rostro, como para cubrirse la herida, y exclamó:

—¡Sucia! ¡Sucia! ¡Incluso el Todopoderoso castiga mi carne corrompida! ¡Tendré que llevar esa marca de vergüenza en la frente hasta el Día del Juicio Final!

Todos guardaron silencio. Yo me había arrojado a su lado, y, rodeándola con mis brazos, la mantuve fuertemente abrazada a mí.

Van Helsing le dijo gravemente:

—Es posible que tenga usted que llevar esa marca hasta que Dios mismo lo disponga o para que la vea durante el Juicio Final.

Era hora de partir. Me despedí de Mina, de una manera que no podremos olvidar. Ya estaba preparado para algo: si finalmente Mina resultaba un vampiro, entonces no debería ir sola a aquella tierra terrible y desconocida.

Entramos en Carfax sin dificultad y encontramos todo exactamente igual que antes. No encontramos papeles ni señal alguna de que la casa se utilizara. Los grandes cajones parecían estar tal como los habíamos visto la última vez.

Van Helsing sacó del bolsillo un destornillador y una llave y levantó la tapa de uno de los cajones. La tierra tenía el olor desagradable del encierro. El profesor colocó reverentemente un pedazo de la Hostia Sagrada sobre la tierra, volvió a colocar la tapa y le puso otra vez los tornillos. Nosotros lo ayudamos en su trabajo.

Repetimos la operación con todos los cajones: ahora, en cada uno de ellos había un pedazo de Hostia.

Yendo hacia la estación para tomar el tren, pasamos frente al hospicio de dementes. Miré ansiosamente y vi a Mina en la ventana de nuestra habitación. La saludé con la mano y le dirigí un gesto positivo para darle a entender que nuestro trabajo había concluido satisfactoriamente. Ella me hizo la seña de que había comprendido. Lo último que vi de ella fue que agitaba la mano en señal de despedida.

El tren estaba por salir. Subimos en seguida y nos pusimos en marcha. He escrito todo esto en el tren.

Piccadilly, las doce y media en punto

Poco antes de llegar a Fenchurch Street, lord Godalming me dijo:

—Quincey y yo iremos a buscar un cerrajero. Será mejor que usted no venga con nosotros. Llamaremos menos la atención si no somos demasiados. Mi título me ayudará mucho para contratar al cerrajero y para entendérmelas con cualquier policía. Será mejor que usted vaya con Jack y el profesor, y que se queden en Green Park, en algún lugar desde el que puedan ver la casa. Cuando vean la puerta abierta y que el cerrajero se ha ido, vengan con nosotros. Los estaremos esperando.

Nos sentamos en un banco, con la casa a la vista, y comenzamos a fumar unos cigarros. Mientras esperábamos, los minutos nos parecieron eternos.

Por fin, vimos un carruaje que se detenía cerca. Lord Godalming y Morris salieron sin prisa de su interior. También descendió un hombre vestido con ropas de trabajo, que llevaba consigo una caja de herramientas.

Ascendieron juntos los escalones. El cerrajero se quitó el saco, lo colocó sobre la baranda del porche y le dijo algo a un agente de policía que pasaba por allí. El policía asintió. El hombre se arrodilló y colocó en el suelo la caja de herramientas; sacó algunas y las ordenó a su lado.

Luego se puso de pie, miró por el ojo de la cerradura, sopló y, volviéndose hacia nuestros amigos, les hizo algunas observaciones. Lord Godalming sonrió y el hombre levantó un manojo de llaves; escogió una de ellas, la metió en la ce-

rradura y la probó, como si estuviera encontrando a ciegas el camino. Después probó una segunda y una tercera. Por fin la puerta se abrió y los tres entraron en el vestíbulo.

Esperamos hasta que vimos salir al cerrajero. Este mantuvo la puerta entreabierta, sujetándola con las rodillas, mientras adaptaba una llave a la cerradura. Finalmente, le tendió la llave a lord G◊dalming, que sacó su cartera y le entregó algo. El hombre se tocó el ala del sombrero, recogió sus herramientas, se puso nuevamente el saco y se fue. Nadie observó el desarrollo de aquella maniobra.

Cuando el hombre se perdió de vista, nosotros tres cruzamos la calle y llamamos a la puerta. Quincey Morris abrió de inmediato; a su lado se encontraba lord Godalming, encendiendo un cigarro.

Nos pusimos en marcha para explorar la casa. Permanecimos todos juntos, en previsión de algún ataque, ya que sabíamos que nos enfrentábamos a un enemigo fuerte, cruel y despiadado, y todavía no sabíamos si el conde estaba o no en la casa. En el comedor encontramos ocho cajones de tierra.

¡Ocho de los nueve que estábamos buscando! Nuestro trabajo no estaría terminado en tanto no encontráramos el cajón que faltaba.

Examinamos los cajones sin perder tiempo. Los abrimos uno a uno e hicimos exactamente lo mismo que habíamos hecho con los que estaban en la vieja capilla. Registramos todo el edificio buscando alguno de los efectos personales del conde. En el centro de la gran mesa del comedor había títulos de propiedad de la casa de Piccadilly, facturas de la compra de las casas de Mile End y Bermondsey, papel para escribir, sobres, plumas y tinta. Todo estaba envuelto en papel fino, para preservarlo del polvo. Había también un llavero con llaves de muchos tamaños y formas, probablemente las que pertenecían a las otras casas. Lord Godalming y Quincey Morris anotaron las direcciones de las casas del este y del sur, tomaron las llaves y se pusieron en camino para destruir los cajones en aquellos lugares. Los demás quedamos aquí, con toda la paciencia posible, esperando su regreso..., o la llegada del conde.

Casa donde pasa el conde : cajones

- Mina dice que antes de matar a un ser querido, se matará ella antes
- Una hostia cauterizaba su herida, grita con horror

Capítulo 23

Diario del doctor Seward

3 de octubre

Mientras esperábamos a lord Godalming y a Quincey Morris nos sobresaltaron unos golpes en la puerta de entrada. Era el cartero, con un telegrama.

El profesor lo leyó en voz alta:

> Cuidado con D. Acaba de salir apresuradamente de Carfax, a las 12:45, y se dirige hacia el sur. Tal vez desee verlos a ustedes.
>
> MINA

—¡Vaya, gracias a Dios —exclamó Harker—, pronto nos veremos las caras!

Van Helsing le dijo:

—Dios actuará en el momento en que lo estime conveniente. No tema ni se alegre todavía, pues lo que deseamos en este momento puede significar nuestra destrucción.

—Ahora no me preocupa nada —contestó Harker—, excepto borrar a esa bestia de la faz de la tierra. ¡Sería capaz de vender mi alma por lograrlo!

—¡No diga usted eso, amigo mío! —dijo Van Helsing—. Dios, en su sabiduría, no compra almas, y el diablo, aunque puede comprarlas, no cumple su palabra. No temamos. Todos estamos dedicados a esta causa y el día de hoy verá su feliz término. Ha llegado el momento de entrar en acción. Ese vampiro se encuentra limitado con los poderes humanos y, hasta la puesta del sol, no puede cambiar. Tardará cierto tiempo en llegar... Es la una y veinte..., y deberá pasar un buen rato antes de que llegue. Lo que debemos esperar ahora es que lord Arthur y Quincey vuelvan antes que él.

Una media hora después de recibir el telegrama de la señora Harker, oímos un golpe fuerte en la puerta principal. Nos miramos y juntos nos dirigimos hacia el vestíbulo. Estábamos preparados para usar todas las armas de que disponíamos: las espirituales en la mano izquierda y las materiales en la derecha. Van Helsing hizo girar el picaporte y, manteniendo la puerta entornada, dio un paso hacia atrás, con las dos manos dispuestas para entrar en acción. Con alegría vimos a lord Godalming y a Quincey Morris. Entraron rápidamente y Morris dijo:

—Todo arreglado. Hemos encontrado las dos casas. ¡Había seis cajones en cada una, y los hemos destruido todos!

Guardamos silencio unos instantes.

—Solo nos queda esperar aquí —agregó Quincey—. Sin embargo, si no llega antes de las cinco de la tarde tendremos que irnos, puesto que no podemos dejar sola a la señora Harker después de la puesta del sol.

Van Helsing levantó una mano en señal de advertencia. Oímos claramente que una llave se introducía en la cerradura.

Esperamos en tal estado de tensión que nos pareció que los segundos transcurrían con una lentitud de pesadilla. Los pasos cautelosos atravesaron el vestíbulo... El conde, evidentemente, estaba preparado para una sorpresa o, al menos, la temía.

De pronto, con un salto enorme, penetró en la habitación, pasando entre nosotros antes de que ninguno pudiera siquiera levantar una mano para tratar de detenerlo. Ha-

bía algo tan felino en el movimiento, algo tan inhumano, que pareció despertarnos a todos del estupor que nos había producido su llegada. El primero en entrar en acción fue Harker, que, con un rápido movimiento, se colocó ante la puerta que conducía a la habitación del frente de la casa. Cuando el conde nos vio, un siniestro gesto burlón apareció en su rostro, descubriendo sus largos y puntiagudos colmillos. Pero la maligna sonrisa se desvaneció rápidamente, y fue reemplazada por una expresión de profundo desdén. Esta expresión volvió a cambiar cuando, todos juntos, avanzamos hacia él. Era una lástima que no hubiéramos preparado algún plan de ataque, pues en ese mismo momento me pregunté qué íbamos a hacer. No estaba convencido en absoluto de que nuestras armas nos protegerían. Evidentemente, Harker estaba dispuesto a probar, ya que con su gran cuchillo kukri[83] le lanzó al conde una puñalada terrible. Pero la velocidad diabólica de este le permitió esquivarla. Un segundo más y la hoja le hubiera atravesado el corazón. En realidad, la punta apenas cortó la tela de su saco, abriendo un agujero por el que cayeron billetes de banco y monedas de oro.

La expresión del conde era tan infernal que temí por Harker, aunque él estaba dispuesto a lanzar otra cuchillada. Avancé instintivamente hacia el conde sosteniendo el crucifijo y la Sagrada Hostia en la mano izquierda. Sentí que un gran poder corría por mi brazo y no me sorprendí al ver al monstruo que retrocedía ante el movimiento similar que habían hecho todos y cada uno de mis amigos. Sería imposible describir la expresión de odio y terrible maldad, de ira y rabia infernal, que apareció en el rostro del conde. Su piel pálida se hizo verdeamarillenta, en contraste con los ojos rojos y ardientes. Un instante después, con un movimiento sinuoso, pasó bajo el brazo armado de Harker y, antes de que este pudiera descargar su golpe, recogió del suelo un puñado de dinero, atravesó la habitación y se lanzó contra una de las ventanas. Entre el estrépito de los cristales rotos, cayó sobre el piso del patio.

Nos precipitamos hacia la ventana y lo vimos levantarse totalmente ileso.

Ascendió los escalones a toda velocidad, cruzó el patio y abrió la puerta de las caballerizas. Una vez allí, se volvió y nos habló:

—Pensaron que iban a detenerme. ¡Pero lo lamentarán! Creen haberme dejado sin lugar para reposar, pero tengo otros. ¡Mi venganza acaba de empezar! La prolongaré durante siglos: el tiempo me favorece. Las mujeres que ustedes aman son mías ya, y, por medio de ellas, ustedes y muchos otros me pertenecerán también... Serán mis criaturas, para hacer lo que yo les ordene y para ser mis chacales cuando desee alimentarme. ¡Bah!

Con sonrisa burlona y despectiva, cruzó la puerta rápidamente y se fue.

Diario de Jonathan Harker

4 de octubre, por la mañana

Mina me despertó otra vez de noche y me dijo:

—Ve a buscar al profesor. Quiero verlo en seguida.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Tengo una idea. Supongo que se me ha ocurrido durante la noche y que ha madurado sin darme cuenta. Debe hipnotizarme antes del amanecer y entonces podré hablar. Date prisa, querido, no queda mucho tiempo.

[83] Espada corta, curvada, de un solo filo. Era el arma utilizada por los gurkas de Nepal, una famosa tropa de asalto que durante la dominación británica en la India se distinguieron por su fidelidad a la Corona y por su ferocidad en la lucha.

Seward descansaba en un sillón a la puerta de mi habitación.

—¿Sucede algo malo? —me preguntó.

—No —le respondí—, pero Mina desea ver al doctor Van Helsing inmediatamente.

—Iré a buscarlo —dijo.

Dos o tres minutos después, Van Helsing entraba en la habitación. El señor Morris. lord Godalming y el doctor Seward estaban en la puerta, intentando averiguar qué sucedía. Cuando el profesor vio a Mina, una sonrisa, una verdadera sonrisa borró la ansiedad de su rostro. Se frotó las manos y dijo:

—¡Mi querida señora Mina! ¡Vaya cambio! ¡Mire, amigo Jonathan, hemos recuperado a nuestra querida señora Mina!

Se volvió hacia ella y le dijo amablemente:

—¿Y qué puedo hacer por usted? Supongo que no me habrá llamado a esta hora por nada.

—¡Quiero que me hipnotice! —dijo Mina—. Tiene que ser antes del amanecer, pues presiento que ahora puedo hablar con libertad. ¡De prisa, no nos queda mucho tiempo!

El profesor le indicó que tomara asiento en la cama.

La miró fijamente y comenzó a hacer pases magnéticos[84] frente a ella, desde la parte superior de la cabeza hacia abajo, con ambas manos, repitiendo los movimientos varias veces. Poco a poco, los ojos de Mina se fueron cerrando y quedó absolutamente inmóvil. Solamente podía notarse que estaba viva por el lento subir y bajar de su pecho. El profesor hizo unos cuantos pases más y se detuvo. Vi que tenía la frente empapada en sudor. Mina abrió los ojos, pero no parecía la misma mujer. Había en sus ojos una expresión de vacío, como si su mirada estuviera perdida a lo lejos. Levantando la mano para imponerme silencio, el profesor me indicó que hiciera pasar a los demás. Entraron todos en puntas de pie y se pusieron alrededor de la cama, mirando atentamente. Mina no pareció verlos.

[84] Se refiere a los movimientos realizados para hipnotizar a la paciente.

Van Helsing habló en un tono muy bajo, para no interrumpir el curso de los pensamientos de mi esposa:

—¿Dónde se encuentra usted?

La respuesta llegó con una voz neutra:

—No lo sé. El sueño no tiene ningún lugar que pueda considerar real.

Durante varios minutos reinó el silencio. Mina continuaba rígida y el profesor la miraba fijamente; los demás apenas nos atrevíamos a respirar.

Cada vez entraba más luz en la habitación. Sin apartar los ojos del rostro de Mina, el profesor me indicó con un gesto que corriera las cortinas. Así lo hice y el día nos envolvió a todos.

—¿Qué ve usted ahora? —preguntó el profesor.

—No veo nada, está todo oscuro.

—¿Qué oye usted?

Percibí la tensión en la voz del profesor.

—El ruido del agua. Se oye un ruido de resaca[85] y de olas que chocan. Puedo oírlas afuera.

—Entonces, ¿está usted en un barco?

Nos miramos unos a otros, tratando de comprender algo. Teníamos miedo de pensar.

La respuesta llegó en seguida:

—¡Oh, sí! Es un velero.

—¿Qué otra cosa oye?

—Ruido de pasos de hombres que corren de un lado para otro. Oigo también el ruido de una cadena y un fuerte tintineo.

[85] Retroceso de las olas después de llegar a la orilla.

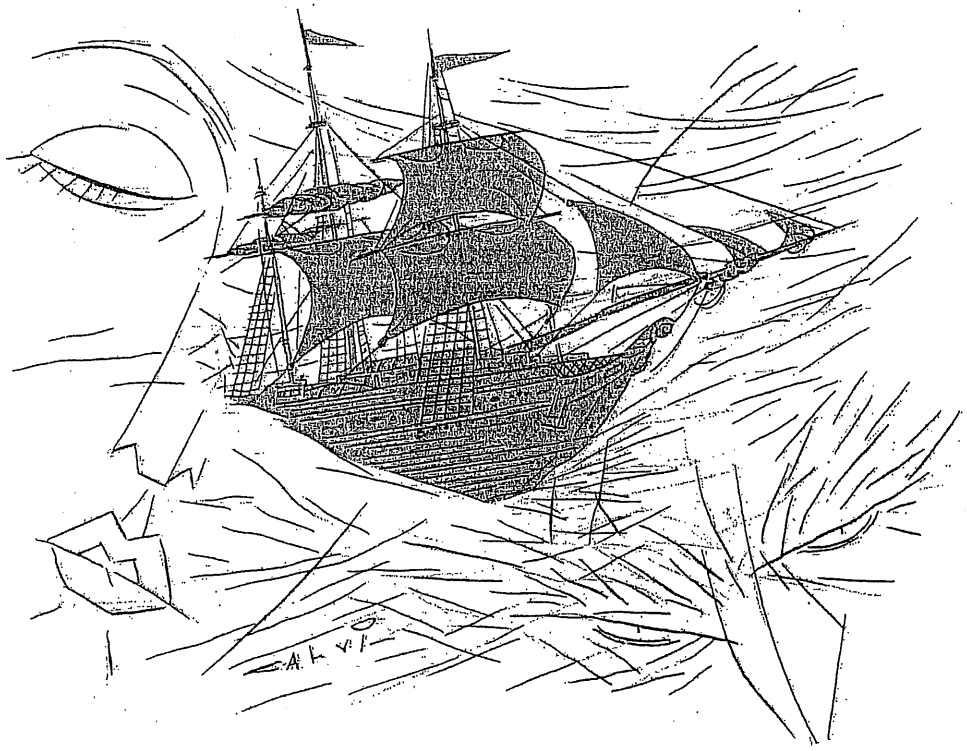
Hipnosis de Mina, ve que Drácula piensa escapar de Londres

—¿Qué está usted haciendo?

—Estoy inmóvil, absolutamente inmóvil. ¡Es como la muerte!

La voz se apagó y se convirtió en un profundo suspiro, como de alguien que duerme. Sus ojos se volvieron a cerrar.

El sol se había elevado y nos encontramos en plena luz del día. Van Helsing colocó sus manos sobre los hombros de Mina e hizo que su cabeza reposara en las almohadas. Ella permaneció durante unos momentos como una niña dormida. Luego, con un largo suspiro, despertó y nos miró con asombro.



—¿He hablado en sueños? —preguntó.

Entonces el profesor le contó la conversación que habían tenido y dijo:

—Hemos estado en cierto modo ciegos, de una manera muy humana, puesto que, al mirar atrás, vemos lo que hubiéramos podido ver al mirar hacia adelante, si hubiéramos sido capaces de ver lo que era posible ver. ¡Vaya! ¡Esa frase es un rompecabezas!, ¿no es así? Veamos. Ahora sabemos en qué pensaba el conde cuando recogió ese dinero. Quería escapar. ¿Han oído?: ¡ESCAPAR! Comprendió que con un solo cajón de tierra que le quedaba y un grupo de hombres persiguiéndolo como los perros a un zorro, Londres no era un lugar muy seguro para él. Ha debido embarcar su último cajón en una nave para marcharse de este país. Piensa escapar, pero... ¡NO! Nosotros lo seguiremos y le daremos caza....

Entonces Mina le preguntó:

—Pero, ¿por qué necesitan seguir buscándolo, si se ha alejado de nosotros?

—No me pregunte nada todavía —respondió el profesor—. Después del desayuno le contestaré.

No dijo nada más y nos separamos todos para vestirnos.

Después del desayuno, Mina repitió su pregunta. El profesor la miró gravemente y respondió en tono muy triste:

—Porque, mi querida señora Mina, ahora más que nunca debemos encontrarlo, ¡aunque tengamos que seguirlo hasta los mismos infiernos!

Mina, palideciendo, preguntó:

—Pero... ¿por qué?

—Porque —respondió Van Helsing— él puede vivir durante varios siglos, y en cambio usted no es más que una simple mortal. A partir de ahora, el tiempo es nuestro peor enemigo... desde que el conde le dejó esa marca en el cuello.

Apenas tuve tiempo de recogerla en mis brazos mientras caía desmayada.

Capítulo 24

Diario fonográfico del doctor Seward, narrado por Van Helsing

Esto es para Jonathan Harker.

Debe usted quedarse con su querida señora Mina. Nosotros debemos ir a ocuparnos de nuestra investigación. Quédese tranquilo y cuídela durante el día de hoy. Ese será su mejor y más sagrado servicio. De todos modos, el monstruo no podrá presentarse hoy. Déjeme ponerlo al corriente de lo que nosotros cuatro ya sabemos. El monstruo ha regresado a su castillo de Transilvania. Por eso tomó el dinero y se apresuró tanto, para evitar que lo atrapáramos antes de la puesta del sol. Comprendió que aquí había perdido la partida y decidió regresar a su casa. Encontró el barco que deseaba y se fue en él. Trataremos de averiguar qué barco es y, en cuanto lo sepamos, regresaremos para comunicárselo. Entonces le daremos nuevas esperanzas a usted y a la pobre señora Mina. Nuestro enemigo tardó cientos de años en llegar a Londres y, sin embargo, en un solo día, en cuanto tuvimos conocimiento de sus andanzas, lo hicimos huir de aquí. Tiene limitaciones, aunque todavía posee el poder de hacer mucho daño y no padece tanto como nosotros. Pero también nosotros somos fuertes, cada cual a nuestro modo; y somos todavía más fuertes, cuando estamos todos unidos. Anímese usted, querido amigo. Esta batalla apenas comienza y, al final, venceremos...

Drácula ha escapado a Transilvania

Estoy tan seguro de ello como de que en las alturas se encuentra Dios. Por consiguiente, permanezca con ánimo y consuele a su esposa hasta nuestro regreso.

VAN HELSING

Diario de Mina Harker

5 de octubre, a las cinco de la tarde

Reunión para escuchar informes. Presentes: el profesor Van Helsing, lord Godalming, el doctor Seward, el señor Quincey Morris, Jonathan Harker y Mina Harker.

El doctor Van Helsing expuso qué habían hecho para averiguar en qué barco y con qué rumbo había huido el conde Drácula.

—Sabíamos que deseaba regresar a Transilvania. Estaba seguro de que remontaría la desembocadura del Danubio o iría por alguna ruta del mar Negro, puesto que vino siguiendo ese rumbo. Sabemos que va en un velero, pues la señora Mina lo mencionó en su visión. Esos barcos no son tan importantes como para figurar en la lista que aparece en el *Times*. Por consiguiente, aceptamos una sugerencia de lord Godalming y fuimos a Lloyd's, donde están anotados todos los barcos que llegan o parten, por pequeños que sean. Allí descubrimos que solo un barco había salido con destino al mar Negro. Es el Zarina Catalina y va de Doolittle hacia Varna, y desde allí a otros puertos remontando el río Danubio.

Cuando el doctor Van Helsing concluyó, le pregunté si tenía la certeza de que el conde permanecía todavía a bordo de ese barco. El profesor respondió:

—Tenemos la mejor prueba posible: sus propias declaraciones, cuando estaba usted en trance hipnótico.

Volví a preguntarle si era necesario que persiguieran al

conde, pues temía que Jonathan me dejara sola y sabía que se iría también si los demás lo hacían.

—Sí, es necesario... ¡Necesario! ¡Necesario! Por su bien en primer lugar y por el bien de toda la humanidad. Ese monstruo ha hecho ya demasiado daño. Todo eso se lo he explicado a los demás. Vemos, por lo menos, que la ha infectado a usted. Perdóneme que le diga eso, señora, pero lo hago por su bien. La contaminó de una forma tan inteligente, que, si se diera el caso de que no volviera a hacerlo, podría usted vivir según su dulce modo antiguo. Sin embargo, con el tiempo, la muerte la convertirá a usted en una mujer semejante a él. ¡Eso no debe suceder! Hemos jurado que no lo permitiremos. Así, somos ministros de la voluntad de Dios: que el mundo y los hombres no sean entregados a monstruos cuya existencia misma es una blasfemia.

—Pero —dije—, ¿no aceptará el conde su derrota? Puesto que ha sido expulsado de Inglaterra, ¿no evitará este país, como evita un tigre la aldea de la que ha sido expulsado?

—¡Ajá! Su imagen del tigre es muy buena y voy a adoptarla. El devorador de hombres, como llaman los habitantes de la India al tigre que ha probado la sangre humana, se desentiende de todas las otras presas y acecha al hombre hasta que pueda atacarlo. El monstruo que hemos expulsado es un tigre, un devorador de hombres, que nunca dejará de acechar a sus presas. Es así por naturaleza, no se retira ni permanece alejado. Observe su constancia y su resistencia. En su cerebro había concebido desde hace mucho tiempo la idea de ir a una gran ciudad. Entonces se preparó para la tarea. Desarrolló su fuerza y sus poderes. Estudió otras lenguas. Aprendió nuevas formas de vida social, nuevas costumbres, política, leyes, finanzas, ciencias... La mirada que echó sobre el mundo aumentó su apetito y aguzó su deseo. Lo había hecho solo, absolutamente solo, saliendo de una

tumba en ruinas, situada en una tierra olvidada. ¿Qué no podrá hacer cuando tenga acceso al mundo del pensamiento? Puede reírse de la muerte, puede fortalecerse en medio de epidemias y plagas que matan... Nos hemos comprometido a librar al mundo de él. Nuestro trabajo debe hacerse en silencio, y nuestros esfuerzos, en secreto.

Después de una discusión general, se llegó al acuerdo de que no debíamos hacer nada esa noche, que deberíamos dormir y pensar en las conclusiones apropiadas. Mañana, a la hora del desayuno, volveremos a reunirnos y decidir la acción...

Esta noche siento una maravillosa paz. Como si una presencia espectral se alejara de mí. Quizá...

No terminé la oración, porque vi en el espejo la cicatriz roja que tengo en la frente y comprendí que todavía soy impura.

Diario del doctor Seward

5 de octubre. Por la tarde

Cuando llegó el profesor, cambiamos impresiones. Noté que quería comunicarme alguna idea, pero temía entrar en el tema. Tras algunos rodeos, dijo:

—Amigo John, hay algo que usted y yo debemos discutir a solas, al menos por el momento. Más tarde tendremos que confiárselo a los demás.

Hizo una pausa.

—La señora Mina —continuó— está cambiando.

Sentí un escalofrío.

—Tras la triste experiencia de la señorita Lucy, debemos estar prevenidos esta vez, antes de que las cosas vayan demasiado lejos. Nuestra tarea es, ahora, más difícil que nunca; cada hora que pasa es de la mayor importancia. Veo aparecer en su rostro las características del vampiro. Es todavía

algo muy tenue, pero puede verse. Los dientes están más afilados y, a veces, su mirada es más dura. Además, sus silencios son ahora más frecuentes, como los de la señorita Lucy. Mi temor es el siguiente: puesto que ella pudo, durante el trance hipnótico, decir qué veía y oía el conde, no es menos cierto que él, que la hipnotizó antes, que bebió su sangre y le hizo beber de la suya propia, puede, si lo desea, hacer que la mente de la señora Mina le revele lo que conoce. ¿No parece justa esa suposición?

Asentí, y el maestro siguió diciendo:

—Entonces, debemos evitar eso. Tenemos que ocultarle nuestras intenciones para que no pueda revelar lo que no conoce. ¡Es algo muy doloroso! Lamento enormemente tener que hacerlo, pero es necesario.

Más tarde

Al empezar la reunión, Van Helsing y yo experimentamos un gran alivio. La señora Harker mandó decir, por medio de su esposo, que no iba a reunirse con nosotros, pues pensaba que era mejor que nos sintiéramos libres para discutir sobre nuestros movimientos.

Pasamos inmediatamente a nuestro plan. Van Helsing sintetizó los hechos:

—El Zarina Catalina salió del Támesis ayer por la mañana. Necesitará por lo menos tres semanas para llegar a Varna. Pero nosotros podemos llegar por tierra al mismo lugar en tres días. Ahora bien, si concedemos dos días menos de viaje al barco, debido a la influencia que el conde tiene sobre el clima, y si concedemos un día y una noche como seguridad para cualquier circunstancia que pueda retrasarnos..., entonces, nos queda todavía un margen de casi dos semanas. Por consiguiente, para estar completamente seguros, debemos salir de aquí el día 17, como fecha límite. Estaremos en Varna por lo menos un día antes de la llegada

del Zarina Catalina. Podemos prepararnos entre hoy y mañana. Entonces, si todo va bien, nos pondremos en camino nosotros cuatro.

—¿Los cuatro? —preguntó Harker.

—¡Naturalmente! —dijo el profesor—. ¡Usted debe quedarse para cuidar a su esposa!

Harker guardó silencio un momento, y luego dijo:

—Será mejor que hablemos de esto mañana. Voy a consultar con Mina.

Pensé que ése era el momento oportuno para que Van Helsing le advirtiera que no debería revelar nuestros planes a su esposa. Lo miré significativamente y tosí. A modo de respuesta, se puso un dedo en los labios y miró hacia otro lado.

Diario de Jonathan Harker

5 de octubre, por la tarde

¡Qué extraño es todo! Me senté al lado de Mina para observar su sueño y me sentí yo mismo feliz un momento, como nunca hubiera creído que fuera posible otra vez. De repente, Mina abrió los ojos y, mirándome con ternura, me dijo:

—Jonathan, deseo que me prometas algo, dándome tu palabra de honor. Será una promesa que me harás a mí, teniendo a Dios como testigo, y que no deberás romper, aunque me arrodille ante ti y te implore con lágrimas en los ojos. Prométeme que no me dirás nada sobre los planes que tramen en contra del conde. Ni una sola palabra, ni un indicio, mientras no desaparezca esto.

Y señaló la cicatriz de su frente. Hablaba muy en serio y le dije con la misma solemnidad:

—¡Te lo prometo!

Y comprendí que acababa de cerrarse una puerta entre nosotros.

6 de octubre, por la mañana

Otra sorpresa. Mina me despertó temprano, casi a la misma hora que el día anterior, y me pidió que llamara al doctor Van Helsing. Pensé que se trataba de otra sesión de hipnotismo y fui en busca del profesor. Al entrar, le preguntó a Mina si deseaba que los demás estuvieran presentes.

—No —dijo—, no será necesario. Puede usted decírselo más tarde. Tengo que acompañarlos en su viaje.

Van Helsing estaba tan asombrado como yo. Al cabo de un silencio, preguntó:

—Pero, ¿por qué?

—Deben llevarme. Yo estoy más segura con ustedes, y ustedes estarán más seguros conmigo.

—Pero, ¿por qué, querida señora Mina? Ya sabe usted que su seguridad es el más importante de nuestros deberes. Vamos a acercarnos a un peligro, al que usted está, o puede estar, más expuesta que nadie, por las circunstancias y las cosas que han sucedido.

Mina levantó una mano y se señaló la frente.

—Ya lo sé. Por eso debo ir. Puedo decírselo a ustedes ahora, cuando el sol va a salir; es posible que no pueda hacerlo más tarde. Sé que, cuando el conde me quiera a su lado, tendré que ir. Si me dice que vaya en secreto, tendré que ser astuta y no me detendrá ningún obstáculo... Ni siquiera Jonathan. Además, puedo serles útil, ya que puede usted hipnotizarme y hacer que le diga lo que ni siquiera yo sé.

—Señora Mina, es usted, como siempre, muy sabia. Debe acompañarnos y juntos realizaremos lo que sea necesario.

El largo silencio que guardó Mina me hizo mirarla. Había caído de espaldas sobre las almohadas, dormida. No despertó siquiera cuando abrí las persianas y dejé que el sol iluminara plenamente la habitación.

Van Helsing me hizo una seña para que lo acompañara. Fuimos a su habitación y, al cabo de un minuto, lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris estuvieron también a nuestro lado. Les explicó lo que había dicho Mina y continuó:

—Por la mañana debemos salir hacia Varna. Contamos ahora con un nuevo factor: la señora Mina. Pero su alma es pura. Fue para ella una verdadera lucha decirnos lo que nos ha dicho, pero es muy acertado y nos ha advertido a tiempo. No desaprovechemos ninguna oportunidad. En Varna debemos estar dispuestos a actuar en cuanto llegue ese barco.

Más tarde

Ya está todo arreglado. Acabo de redactar mi testamento. Mina, si sobrevive, es mi única heredera. De no ser así, entonces, nuestros amigos, que tan buenos han sido con nosotros, serán los que recibirán lo que deje.

Se acerca el momento de la puesta del sol. El desasosiego de Mina me lo indica. Estoy seguro de que en su mente hay algo que despierta cuando el sol se pone. Esos momentos se están convirtiendo en motivo de angustia para nosotros, ya que cada vez que representan la posibilidad de un nuevo peligro... Escribo todas estas cosas en mi diario, debido a que mi adorada esposa no debe tener conocimiento de ellas por ahora. Si llegara el día en que pudiera conocerlas, aquí están, listas para ser leídas.

Me está llamando.

Capítulo 25

Diario de Jonathan Harker

15 de octubre, en Varna

Salimos de Charing Cross por la mañana del día 12, llegamos a París durante la misma noche y ocupamos las plazas que habíamos reservado en el Expreso de Oriente[86]. Viajamos día y noche y llegamos aquí aproximadamente a las cinco. Lord Godalming fue al consulado, para ver si le había llegado algún telegrama, mientras los demás vinimos a este hotel, el Odessus.

Gracias a Dios, Mina está bien y parece recuperar sus fuerzas. Durante el día, duerme casi todo el tiempo. Sin embargo, antes de la salida y de la puesta del sol se encuentra muy despierta y alerta. Se ha convertido en una costumbre para Van Helsing hipnotizarla en esos momentos. Al principio, eran necesarios cierto esfuerzo y muchos pases. Pero ahora responde en seguida, como por costumbre. Siempre le pregunta qué puede ver y oír. A la primera pregunta, Mina responde:

—Nada, todo está oscuro.

Y a la segunda:

86 Tren de lujo que, desde 1883, realizó el viaje entre París y Estambul, con paradas en distintas capitales europeas. Después de algunos cambios en el trayecto y de dos interrupciones a causa de las Guerras Mundiales, entre 1914 y 1921 y entre 1939 y 1945, finalizó su servicio regular en 1977, debido a la competencia del avión.

—Oigo las olas que se estrellan contra los costados del navío y el ruido del agua. Las velas y las cuerdas se tensan y los mástiles crujen. El viento es fuerte... La espuma que levanta la proa cae sobre el puente.

Es evidente que el Zarina Catalina se encuentra en alta mar, navegando a toda máquina rumbo a Varna.

Mañana iremos a ver al vicecónsul, para llegar a un acuerdo, si es posible, con el fin de subir a bordo del barco en cuanto llegue al muelle. Van Helsing dice que nuestra mejor oportunidad consiste en llegar al barco entre el amanecer y la puesta del sol. El conde, aunque tome la forma de murciélago, no puede cruzar el agua por su propia voluntad y, por consiguiente, no puede abandonar el barco. Como no puede adoptar forma humana sin levantar sospechas, permanecerá encerrado en el cajón. Si podemos subir a bordo después de la salida del sol, estará completamente a nuestra merced, pues podremos abrir el cajón y apropiarnos de él, como hicimos con la pobre Lucy. Únicamente tenemos que asegurarnos de que el barco no ingrese en el puerto entre el ocaso y el amanecer sin que nos avisen; entonces, estaremos a salvo.

¡Me figuro que este caso lo resolverá Don Dinero!

16 de octubre

El informe de Mina sigue siendo el mismo: choques de las olas y ruidos del agua, oscuridad y vientos favorables. Evidentemente, estamos a tiempo. Para cuando llegue el Zarina Catalina, estaremos preparados. Como debe pasar por el estrecho de los Dardanelos[87], estamos seguros de recibir entonces algún informe.

87 Estrecho ubicado al noroeste de Turquía. Tiene 65 km de largo y 1,6 a 6,4 km de ancho. Comunica los mares Egeo y de Mármara, que conectan los mares Mediterráneo y Negro. Este estrecho constituye parte del enlace entre Europa y Asia.

17 de octubre

Todo está dispuesto, supongo, para recibir al conde al regreso de su viaje. Godalming les dijo a los fletadores que creía que el cajón embarcado contenía probablemente algo que le habían robado a un amigo suyo y obtuvo el consentimiento para abrirlo, bajo su propia responsabilidad. El armador le entregó un papel en que indicaba al capitán que le diera todas las facilidades para hacer lo que quisiera a bordo del navío y, asimismo, una autorización similar, destinada a su agente en Varna. Hemos visitado al agente, que quedó muy impresionado con los modales de lord Godalming hacia él: estamos seguros de que hará todo lo que pueda para satisfacer nuestros deseos. Hemos acordado con los oficiales de aduana que, apenas sea avistado el Zarina Catalina, seremos informados de inmediato.

24 de octubre

Llevamos una semana esperando. Lord Godalming recibe diariamente telegramas, pero siempre dicen lo mismo: "Sin novedades". La respuesta de Mina por las mañanas y las tardes, siempre en trance hipnótico, no ha cambiado: choque de olas, ruidos del agua y crujidos de los mástiles.

Telegrama de Rufus Smith, de Lloyd's (Londres), a lord Godalming

24 de octubre

Zarina Catalina avistado esta mañana en los Dardanelos.

Diario del doctor Seward

27 de octubre, al mediodía

Es muy extraño que no hayamos recibido noticias del barco que estamos esperando. La señora Harker dio su informe anoche y esta mañana como siempre: "Choque de olas y ruidos del agua", aunque añadió que las olas "eran muy suaves". Los telegramas de Londres habían sido exactamente los mismos de siempre: "Sin novedades".

Van Helsing está terriblemente ansioso y me dijo que teme que el conde esté huyendo de nosotros. Y añadió:

—No me gusta ese letargo de la señora Mina. Las almas y las memorias pueden hacer cosas muy extrañas durante los trances.

Me disponía a preguntarle algo más, pero Harker entró en ese momento y el profesor levantó una mano para advertirme. Debemos intentar esta tarde, a la puesta del sol, hacerla hablar un poco más, cuando esté en estado hipnótico.

Telegrama de Rufus Smith (Londres), a lord Godalming

28 de octubre

Señalan que el Zarina Catalina ha sido avistado hoy, a la una, en Galati[88].

Diario del doctor Seward

28 de octubre

Cuando llegó el telegrama anunciando el arribo del barco a Galati, no nos produjo la emoción que era dado esperar en aquellas circunstancias. Es cierto que no sabíamos dónde, cómo y cuándo surgiría la dificultad, pero creo que todos esperábamos que ocurriera algo extraño. La demora en llegar a Varna nos convenció de que las cosas no iban a suceder como habíamos imaginado. Solamente esperábamos saber dónde ocurriría el cambio.

Van Helsing dijo:

—Debemos reflexionar y organizarnos. Usted, amigo Arthur, vaya a la estación, compre pasajes para Galati y tome todas las disposiciones para que podamos ponernos en camino mañana. Usted, amigo Jonathan, vaya a ver al agente del armador y consiga que le dé una carta de presentación para el agente en Galati por la que nos autorice a registrar el barco, como hubiésemos hecho aquí. Quincey Morris, usted vaya a ver al vicecónsul y obtenga su ayuda para entrar en relación con su colega en Galati y que haga todo lo posible para allanarnos el camino, de modo que no perdamos

88 Capital del distrito del mismo nombre, a orillas del Danubio. Es una de las ciudades más habitadas de Rumania.

tiempo cuando crucemos el Danubio. John deberá permanecer con la señora Mina y conmigo para deliberar.

—Y yo —dijo la señora Harker, con una expresión más parecida a la antigua de sus días felices, que la que le habíamos visto últimamente— voy a tratar de serles útil de todas las formas posibles: pensaré y escribiré como solía hacer antes. Algo está cambiando en mí de una manera muy extraña, ¡y me siento más libre que durante los últimos tiempos!

Los tres hombres más jóvenes parecieron alegrarse al oírla. Pero Van Helsing y yo nos miramos con preocupación. Sin embargo, no dijimos nada.

Cuando todos salieron a cumplir los encargos, Van Helsing le pidió a la señora Harker que le trajera la parte del diario de Harker relativa al castillo. En cuanto la puerta se cerró tras ella, el profesor me dijo:

—¡Pensamos lo mismo! ¡Hable!

—Se ha producido un cambio. Es una esperanza que me preocupa, porque podemos sufrir una decepción.

—Quiero decirle algo y, verdaderamente, amigo John, estoy corriendo un riesgo terrible, pero creo que debo hacerlo. En el momento en que la señora Mina dijo esas palabras que nos sorprendieron tanto a ambos, tuve una inspiración. Durante el trance de hace tres días, el conde le envió su espíritu para que leyera el pensamiento; o, mejor dicho, mientras el barco navegaba en alta mar, hizo que ella fuera a verlo al cajón. Por eso se liberaba poco antes de la salida y de la puesta del sol. Así se enteró de que estábamos aquí; porque ella, que puede ir y venir, y tiene ojos para ver y oídos para escuchar, puede contar más cosas que él, metido en su ataúd. Su única preocupación es escapar de nosotros. Ahora no la necesita. Está convencido de que acudirá a su llamado, pero ha interrumpido su comunicación con ella: la ha liberado de su influjo para que no acuda a él. Aquí llega Mina. ¡Ni una palabra sobre su trance! Ella no lo sabe y podría

abrumarla y desesperarla justamente cuando necesitamos toda su esperanza, todo su valor.

La señora Harker le entregó a Van Helsing unas cuantas hojas mecanografiadas. El profesor se puso a leerlas y su rostro se fue iluminando. Luego dijo:

—Escuchen, voy a leerles lo que escribió Jonathan: "... legó su ardor patriótico a otro de sus descendientes, el cual, en época posterior, cruzó el Gran Río con sus tropas para invadir Turquía, volviendo una y otra vez pese a ser rechazado, porque sabía que, aunque regresara solo del ensangrentado campo de batalla donde habían sucumbido los suyos, al fin triunfaría". ¿Qué nos dice todo esto? ¿Poca cosa? ¡No! La mente infantil del conde no comprende nada y por eso piensa tan ligeramente. Me explicaré. ¿Han estudiado ustedes la filosofía del crimen? Sí y no. Usted, John, sí, porque es un estudioso de la locura. Usted, señora Mina, no; porque el crimen nunca la ha afectado..., excepto una vez. Existe una peculiaridad en los criminales. Y es tan constante, en todos los países y en todas las épocas, que incluso la policía, que no sabe gran cosa de filosofía, llega a conocerla empíricamente[89]. El verdadero criminal, el que está predestinado al crimen y que no se interesa por ninguna otra cosa, siempre ejecuta el mismo tipo de crimen. Ese criminal no tiene un cerebro enteramente adulto. Es inteligente, astuto e ingenioso; pero su cerebro no alcanza el nivel de un adulto. En muchos aspectos es un cerebro infantil. Ahora bien, nuestro criminal tiene también un cerebro infantil, y es propio de un niño hacer lo que ha hecho. Los pajaritos, los peces, los animales pequeños aprenden únicamente por la experiencia y, cuando aprenden cómo hacer algo, ese conocimiento les sirve de base para hacer algo

89 De manera empírica, es decir, según el método científico fundado en la observación y la experiencia.

más. "¡Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo!", dijo Arquímedes[90]. Hacer una cosa una vez es el punto de apoyo a partir del cual el cerebro infantil se desarrolla hasta ser un cerebro de hombre y, en tanto no tenga el deseo de hacer más, continuará haciendo lo mismo repetidamente, ¡exactamente como lo ha hecho antes! Oh, mi querida señora, veo que sus ojos se abren y que, para usted, la luz del relámpago ilumina todas las cosas.

La señora Harker se retorcía las manos y sus ojos lanzaban chispas. El profesor continuó:

—Ahora debe hablar. Cuente a estos dos hombres de ciencia lo que ve con esos ojos tan brillantes.

—El conde es un criminal —dijo ella—, exactamente como lo clasificaría Lombroso[91]. Y, como criminal, posee una mente imperfecta. Por lo tanto, cuando se encuentra en dificultades, debe refugiarse en los hábitos. La clave está en su pasado, y la única página de él que conocemos (de sus propios labios) cuenta que, en una ocasión anterior, cuando se encontraba en un aprieto, abandonó la tierra que había intentado invadir y regresó a su país. Desde allí, sin renunciar a su propósito, se preparó para un nuevo intento. Volvió otra vez, mejor equipado, y venció. Ahora ha venido a Londres para invadir otro país. Y, al ser vencido y haber perdido toda esperanza de triunfo, poniendo en peligro su propia existencia, ha huido por mar para regresar a su patria:

90 Arquímedes (287-212 a.C.) fue un notable matemático e inventor griego. Escribió importantes obras sobre geometría plana y del espacio, aritmética y mecánica.

91 Cesare Lombroso (1835-1909) fue un criminólogo y antropólogo italiano. Según sus teorías, las características mentales de los individuos dependen de causas fisiológicas. Postuló la existencia de un "tipo criminal", que sería el resultado de factores hereditarios y degenerativos más que de las condiciones sociales. El tipo criminal de Lombroso presenta las siguientes características: baja capacidad craneal, frente despejada, cráneo braquicéfalo, pelo crespo y copetudo, y largas orejas. Stoker parece haber basado su descripción de Drácula en estas ideas de Lombroso. En la actualidad, los conceptos de la criminología lombrosiana se encuentran totalmente superados.

exactamente igual que en tiempos pasados había huido cruzando el Danubio para regresar a Turquía.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Es usted una mujer extraordinariamente inteligente! —exclamó Van Helsing—. ¡Continúe! ¡Adelante! Puede usted decirnos más si lo desea; John y yo lo sabemos. En cualquier caso, yo sí lo sé y le diré si está usted o no en lo cierto. ¡Hable sin miedo!

—Pues bien —prosiguió ella—, como buen criminal, es egoísta. Y, como su inteligencia es escasa y sus actos se basan en el egoísmo, se limita a un solo propósito. Ese propósito es inexorable. Lo mismo que huyó cruzando el Danubio, dejando que sus tropas fueran destrozadas, así ahora intenta ponerse a salvo, sin que le importe todo lo demás. De modo que su propio egoísmo ha liberado mi alma del terrible poder que ejercía sobre mí desde aquella terrible noche. Me he dado cuenta, sí. ¡Gracias a Dios! Mi alma está más libre que nunca desde aquella hora terrible, y lo único que me queda es el temor de que, en alguno de mis trances o sueños, haya podido utilizar mis conocimientos para sus fines.

El profesor se levantó y dijo:

—Ha utilizado su mente: por eso nos ha dejado aquí en Varna, mientras el barco que lo transportaba huía a toda prisa hacia Galati, donde, sin duda, tenía todo dispuesto para escapar. Pero el cazador cae en su propia trampa. Porque ahora piensa que se ha librado de nosotros y que en su huida nos lleva muchas horas de ventaja: entonces su cerebro infantil le sugerirá que debe dormir. También cree que, puesto que ha cortado la comunicación con su mente, usted no puede saber nada de él... ¡Ahí se equivoca! Ese bautismo de sangre que le administró la ha dejado a usted libre para acudir ante él en espíritu, como hizo hasta ahora en sus momentos de libertad, cuando el sol sale y se pone. En tales ocasiones, usted acude por mi voluntad, no por la de él. Esta facultad, que usted ha ganado con tanto sufrimiento, es ahora mucho más valiosa ya que él no sabe que usted la tiene. Amigo John, estos momentos han sido de gran importancia, y nos han hecho avanzar mucho en nuestro caso. Ahora debe usted tomar nota de todo esto, para que cuando lleguen los demás puedan leerlo y saber lo que nosotros sabemos.

Por consiguiente, he estado escribiendo mientras esperamos el regreso de nuestros amigos. La señora Harker, como siempre, se encargó de mecanografiar el manuscrito.

Capítulo 26

Diario de Jonathan Harker

30 de octubre

A las nueve de la mañana, el doctor Van Helsing, el doctor Seward y yo visitamos a los señores Mackenzie y Steinkoff, los agentes de la firma londinense de Hapgood. Habían recibido un telegrama de Londres, en respuesta a la petición telegráfica de lord Godalming, rogándoles que nos ayudaran tanto como pudieran. Fueron muy amables y nos llevaron inmediatamente a bordo del Zarina Catalina. El capitán, de nombre Donelson, nos habló de su viaje. Nos dijo que jamás había tenido un viento tan favorable.

—¡Vaya! —dijo—. Pero nos dio miedo porque suponíamos que lo pagaríamos con alguna racha de mala suerte. No es frecuente navegar desde Londres hasta el mar Negro con un viento en popa que parecía que el diablo mismo estaba soplando sobre las velas. Y, al mismo tiempo, no alcanzamos a ver nada. En cuanto nos acercábamos a un barco o a tierra, una espesa niebla nos caía encima y viajaba con nosotros: no lográbamos ver nada. Pasamos por Gibraltar[92] sin poder señalar nuestro paso y no pudimos comunicarnos hasta que nos encontramos en los Dardanelos. Cuando llegamos al

[92] Paso angosto que conecta el mar Mediterráneo, al este, y el océano Atlántico, al oeste.

Bósforo[93], los hombres comenzaron a quejarse. Algunos de ellos, los rumanos, me pidieron que lanzara por la borda un gran cajón que había sido embarcado por un anciano de mal aspecto, poco antes de salir de Londres. Los había visto espiar al sujeto ese y levantar sus dos dedos índices cuando lo veían, para evitar el mal de ojo. ¡Vaya! ¡Las supersticiones de esos extranjeros son ridículas! Los mandé a que se ocuparan de sus propios asuntos. Tuvimos aguas profundas y buena travesía durante todo el tiempo. Y hace dos días, cuando el sol de la mañana pasó entre la niebla, descubrimos que estábamos en el río, justamente frente a Galati. Los rumanos estaban furiosos y deseaban que, con mi consentimiento o sin él, se arrojara ese cajón por la borda. Tuve que discutir un poco con ellos, con una barra en la mano, y cuando el último abandonó el puente había logrado convencerlos de que, con mal de ojo o no, las propiedades de mis clientes se encontraban mejor a bordo de mi barco que en el fondo del Danubio. Ya habían subido el cajón a la cubierta. Y, como iba consignado a Galati vía Varna, pensé que lo mejor sería dejarlo allí, hasta descargarlo en el puerto y librarnos definitivamente de él. No trabajamos mucho ese día. A la mañana siguiente, una hora antes de la salida del sol, un hombre llegó a bordo con una orden escrita en inglés, enviada desde Londres, para recibir un cajón que iba destinado para cierto conde Drácula. Naturalmente, todo estaba listo para que se lo llevara. Tenía los papeles en regla y me alegré de deshacerme de ese maldito cajón, ya que comenzaba a sentirme inquieto por su culpa. Si el diablo tenía algún equipaje a bordo, estaba convencido de que sería aquel cajón.

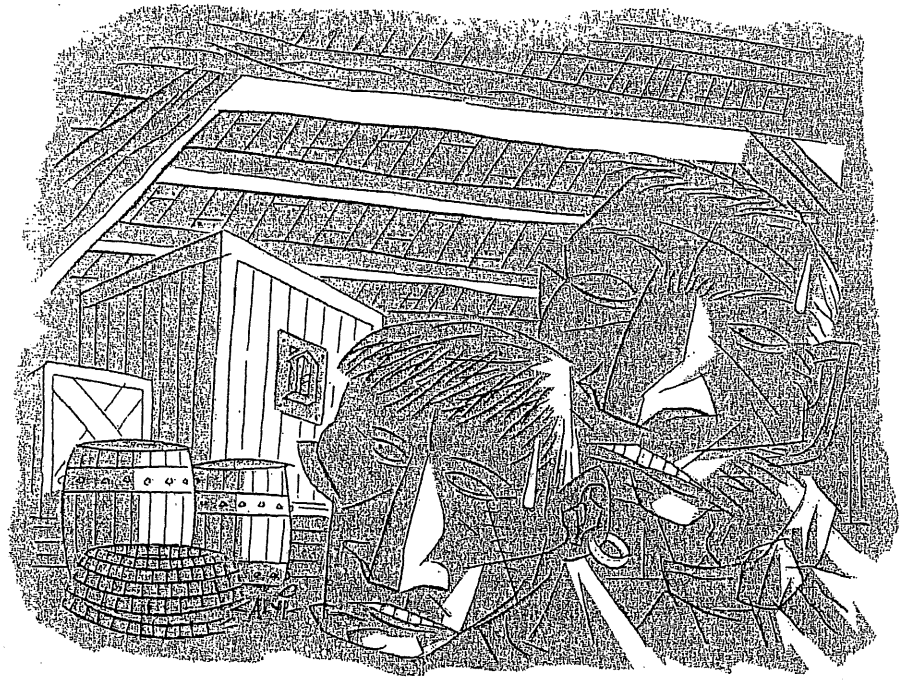
—¿Cómo se llamaba el hombre que se lo llevó? —preguntó Van Helsing.

[93] Estrecho situado al sudeste de Europa y sudoeste de Asia, que conecta el mar Negro y el mar de Mármara, y separa la Turquía asiática de la Turquía europea.

Nos mostró un recibo firmado por un tal Immanuel Hildesheim. Su dirección era Burgenstrasse 16.

Eso era todo lo que sabía el capitán, de modo que le dimos las gracias y nos fuimos.

Encontramos a Hildesheim en sus oficinas y, al cabo de ciertos reparos, terminó diciéndonos todo lo que sabía. Aunque era poco, resultó muy importante. Le había llegado una carta del señor de Ville, de Londres, diciéndole que recibiera, de ser posible antes del amanecer para evitar el paso por las aduanas, un cajón que llegaría a Galati en el Zarina Catalina. Tendría que entregárselo a un tal Petrof Skinsky, que trataba con los eslovacos que comercian río abajo.



Entonces buscamos a Skinsky, pero nos fue imposible encontrarlo. Uno de sus vecinos, que no parecía tenerle ninguna simpatía, dijo que se había ido hacía dos días y que nadie sabía a dónde. Eso fue corroborado por su casero, que había recibido por medio de un mensajero la llave de la casa, junto con el importe del alquiler que le debía. Esto había sucedido entre las diez y las once de la noche anterior. Estábamos nuevamente en un callejón sin salida.

Mientras hablábmaos, un hombre se acercó corriendo y, casi sin aliento, dijo que habían encontrado el cuerpo de Skinsky en el cementerio de San Pedro y que tenía la garganta destrozada, como si lo hubiera matado algún animal salvaje. Los hombres salieron corriendo a ver aquello, mientras unas mujeres gritaban:

—¡Eso es obra de un eslovaco!

Nos alejamos de allí en seguida para no vernos envueltos en el asunto y así evitar que nos interrogaran.

Diario de Mina Harker

30 de octubre, por la noche

Le he pedido al doctor Van Helsing que me consiguiera todos los papeles que no he visto aún... Mientras los demás descansan, voy a examinar todos los documentos. Acaso llegue a alguna conclusión. Trataré de seguir el ejemplo del profesor y pensar sin prejuicios en los hechos que tengo ante mí...

Creo que, con la ayuda de Dios, he hecho un descubrimiento. Tengo que conseguir un mapa para verificarlo...

Estoy más segura que nunca de que tengo razón. Mi nueva conclusión está preparada, de modo que debo reunir a nuestros amigos para leérsela. Ellos podrán juzgarla. Hay que ser precisos, cada minuto cuenta.

Nota de Mina Harker
(incluida en su diario)

Base para la investigación. El problema del conde Drácula consiste en regresar a su hogar.

A) Debe ser llevado hasta allá por alguien. Esto es evidente, puesto que, si tuviera poder para desplazarse como quisiera, lo haría en forma de hombre, de lobo, de murciélago o de cualquier animal. Sin duda, teme que lo descubran o que le pongan obstáculos, en el estado de desamparo en que debe encontrarse..., confinado como está, entre el alba y la puesta del sol, en su cajón de madera.

B) *¿Cómo puede ser transportado?* En este caso, el razonamiento por eliminación puede sernos útil. ¿Por tren, por carretera, por agua?

1. *Por carretera.* Hay demasiadas dificultades, especialmente para salir de la ciudad.

a) Hay gente y la gente es curiosa. Una idea, una duda o una suposición respecto a lo que hay en el cajón puede significar su destrucción.

b) Hay, o puede haber, aduanas o puestos de control por donde haya que pasar.

c) Sus enemigos pueden seguirlo. Ese es su mayor temor y, con el fin de no ser traicionado, ha apartado incluso a su víctima... ¡A mí!

2. *Por tren.* No hay nadie que se encargue del cajón. Tendría que correr el riesgo de retrasarse y un retraso sería fatal para él, puesto que sus enemigos lo persiguen. Es cierto que podría huir de noche, pero, ¿qué sería de él al encontrarse en un lugar extraño, sin un refugio donde esconderse? No es esa su intención, no quiere arriesgarse.

3. *Por agua.* Este es el camino más seguro en cierto modo, pero el que mayor peligro encierra en otros aspectos. Sobre el agua carece de poder, salvo por la noche; entonces solamente puede atraer la niebla, la tormenta, la nieve y a sus lobos. Pero, en caso de accidente, el agua se lo tragaría y estaría realmente perdido. Podría hacer que su barca llegara a la orilla, pero si se encontraba en tierras enemigas, donde no tuviera libertad para desplazarse, su situación seguiría siendo desesperada.

Sabemos por mi último informe bajo hipnosis que estaba embarcado. Así, pues, nos queda averiguar por qué aguas navega. Primero hay que precisar lo que ha hecho hasta ahora; entonces tendremos una idea sobre lo que piensa hacer después.

En primer lugar, debemos diferenciar entre lo que hizo en Londres, como parte de su plan general, y lo que hizo cuando, obligado por las circunstancias, tuvo que arreglárselas como pudo.

En segundo lugar, debemos averiguar lo que ha hecho aquí.

En cuanto al primer punto, evidentemente pensaba llegar a Galati y, por eso, envió el cajón a Varna, para engañarnos si averiguábamos su forma de huir de Inglaterra. Entonces, su propósito inmediato y único era escapar. Como prueba, tenemos la carta enviada a Immanuel Hildesheim, con instrucciones de que debía recoger el cajón y desembarcarlo antes de la salida del sol. También está la orden dada a Petrof Skinsky. En este caso, solamente podemos adivinar. Pero debe haber habido alguna carta o mensaje, puesto que Skinsky fue a ver a Hildesheim.

Así, hasta ahora sabemos que sus planes han tenido éxito. El Zarina Catalina hizo un viaje extraordinariamente rápido... A tal punto, que llamó la atención del capitán Donelson. Las disposiciones del conde han sido cumplidas. Hildesheim recibió el cajón, lo sacó del barco y se lo entregó a Skinsky. Este lo recibió... y aquí se pierde la pista. Solamente sabemos que el cajón se encuentra en algún lugar, sobre el agua, desplazándose. Se ha eludido la aduana.

Ahora llegamos a lo que el conde debió hacer después de su llegada a tierra, en Galati.

El cajón le fue entregado a Skinsky antes del amanecer. Y cabe preguntarse: ¿por qué fue escogido Skinsky para que llevara a cabo esa tarea? En el diario de mi esposo está identificado el tal Skinsky como un individuo que traficaba con los eslovacos que comerciaban por el río, hasta el puerto. El grito de esas mujeres, de que el crimen había sido cometido por eslovacos, mostraba el sentimiento en contra de los de esta nación. El conde deseaba aislamiento.

Supongo que, en Londres, el conde decidió regresar a su castillo por agua, pues este era el camino más seguro y secreto. A él lo llevaron desde el castillo los cíngaros, y probablemente entregaron su carga a los eslovacos, que la llevaron a Varna, y desde allí fue embarcada con destino a Londres. Así, el conde conocía a las personas que podían efectuar ese servicio. Cuando el cajón estaba en tierra, antes de la salida del sol o después de su puesta, salió de su encierro, se reunió con Skinsky y le dio instrucciones sobre lo que tenía que hacer para encontrar alguien que pudiera transportar el cajón por el río. Cuando Skinsky lo hizo, y el conde supo que todo estaba en orden, se dedicó a borrar las pistas... asesinando a su ayudante.

He examinado los mapas y he descubierto que los ríos más apropiados para que los eslovacos hayan ascendido por él son el Prut o el Seret[94]. Desde luego, es posible que no sea ni el Seret ni el Prut. Pero, tal vez podamos investigar algo más. El Prut es el más fácil para la navegación, pero el Seret, en Fundu, recibe al Bistrita[95], que asciende hasta el Paso de Borgo. La curva que describe el mapa se encuentra tan cerca del castillo de Drácula que se puede llegar hasta allí por vía fluvial[96].

94 Afluentes del Danubio, que desembocan cerca de Galati.

95 Se refiere al río Bistrita Auria, que desemboca en el Seret y se interna en los Cárpatos, cerca del paso de Borgo. Existe otro río llamado Bistrita, que atraviesa la ciudad del mismo nombre, pero no es afluente del Seret, ni pasa cerca del supuesto castillo de Drácula.

Diario de Mina Harker (continuación)

Cuando concluí la lectura, Jonathan me abrazó. Los demás me estrecharon las manos y Van Helsing dijo:

—Nuestra querida señora Mina, una vez más, nos da una lección. Sus ojos han visto donde los nuestros permanecían ciegos. Estamos nuevamente sobre su pista y, esta vez, podemos triunfar. Nuestro enemigo se encuentra en su punto más débil y, si podemos alcanzarlo de día, sobre el agua, nuestra tarea habrá concluido. Ahora tiene cierta ventaja pero le es imposible apresurarse, ya que no puede abandonar su cajón para no despertar sospechas entre quienes lo transportan. Si ellos sospecharan algo, su primera reacción sería la de arrojarlo por la borda. Él sabe eso y no puede exponerse. Amigos, formemos nuestro consejo de guerra: tenemos que planear ahora mismo qué debe hacer cada uno de nosotros.

—Yo alquilaré una lancha de vapor para seguirlo —dijo lord Godalming.

—Y yo, caballos para perseguirlo por tierra, en el caso de que desee desembarcar —dijo Morris.

—¡Bien! —dijo el profesor—. Ambos tienen razón, pero ninguno deberá ir solo. Para vencer la fuerza se necesita fuerza. Los eslovacos son fuertes, y van bien armados.

Los hombres sonrieron, ya que entre todos llevaban un pequeño arsenal.

96 Navegando por un río.

—He traído varios Winchester[97] —dijo Morris—. Pueden usarse muy bien en medio de una multitud y, además, hay lobos.

—Creo que lo mejor será que yo vaya con Quincey —dijo Seward—. Estamos acostumbrados a cazar juntos y los dos, bien armados, podemos enfrentarnos a cualquier cosa que se nos presente. Usted tampoco debe ir solo, Art. Puede ser necesario luchar contra los eslovacos.

Mientras hablaba miró a Jonathan, y mi esposo me miró a mí. Me di cuenta en seguida de que el pobre se atormentaba pensando. Naturalmente, deseaba estar conmigo; pero, en todo caso, el grupo que partiría en la lancha era el que más probabilidades tendría de destruir al..., al... vampiro (¿por qué dudo en escribir la palabra?). Guardó silencio un momento. Pero Van Helsing aprovechó su silencio para decir:

—Amigo Jonathan, esta misión le corresponde a usted por dos razones. En primer lugar, porque es joven, valeroso y puede pelear. Todas las fuerzas pueden ser necesarias en el momento final. Además, tiene el derecho de destruirlo, puesto que él fue quien causó tanto dolor y sufrimiento a usted y a los suyos. No tema por la señora Mina: yo la cuidaré, si me lo permite. Soy viejo y mis piernas no me dejan correr como antes, y no estoy acostumbrado a cabalgar tanto, ni a luchar con armas mortales. Sin embargo, puedo morir, si es necesario, tan bien como los hombres más jóvenes. Déjenme decirles qué es lo que deseo: mientras usted, lord Godalming y nuestro amigo Jonathan avanzan con tanta rapidez en la lancha de vapor, y mientras John y Quincey guardan la ribera, donde quizás haya desembarcado Drácula, voy a llevar a la señora Mina exactamente al territorio del enemigo. En tanto se encuentra encerrado en su cajón, flotando en medio del río, sin poder escapar a tierra, nosotros seguiremos el mismo itinerario recorrido por Jonathan: desde Bistrita hasta el paso de Borgo, para encontrar el camino hacia el castillo de Drácula.

Jonathan exclamó:

—¿Quiere usted decir, profesor, que va a conducir a Mina, en su triste estado y estigmatizada con esa enfermedad diabólica, a la guarida del lobo para que caiga en una trampa mortal? ¡De ninguna manera! ¡Por nada del mundo!

Tras una pausa, agregó:

—¿Sabe usted cómo es ese lugar? ¿Ha visto ese terrible antro de infernales infamias..., donde la misma luz de la luna está viva y adopta toda clase de formas, y donde toda partícula de polvo es un embrión del monstruo? ¿Ha sentido usted los labios del vampiro sobre su cuello? ¡Dios mío!, ¿qué hemos hecho para que hayas enviado este horror sobre nosotros?

Y, destrozado, se desplomó sobre el diván.

La voz del profesor, con su tono dulce y claro, nos calmó a todos.

—Amigo mío, porque quiero salvar a la señora Mina de ese horror, quiero llevarla allá. Dios no permita que la introduzca en ese lugar. Allí dentro hay que hacer un trabajo terrible que los ojos de ella no deben ver. Si el conde se nos escapa otra vez (y no hay que olvidar que es fuerte, inteligente y hábil), podría decidir dormir durante un siglo. Entonces, con el tiempo, nuestra querida dama acudiría a él a hacerle compañía y sería como aquellas otras que vio usted, Jonathan. Usted se estremece, pero es algo que puede suceder. Perdone que le cause tanto dolor, pero es necesario. Amigo mío, ¿acaso no daría yo mi vida para salvarla? Si alguien tiene que ir a ese lugar para quedarse en él y hacerles compañía, tendré que ser yo.

—Haga lo que quiera —dijo Jonathan, con un sollozo—. ¡Estamos en las manos de Dios!

[97] Rifle de repetición lanzado al mercado en 1866 por el empresario Oliver F. Winchester.

Más tarde

Tuve que armarme de valor para despedirme de mi amado. Tal vez no volvamos a vernos nunca más. ¡Valor, Mina! El profesor te está mirando fijamente y esa mirada es una advertencia. Ahora no es momento para lágrimas..., a menos que Dios permita que sean de alegría.

Capítulo 27

Diario de Mina Harker

2 de noviembre, por la noche

Hemos estado viajando todo el día. El campo se hace más salvaje a medida que avanzamos y las grandes elevaciones de los Cárpatos parecen rodearnos y elevarse frente a nosotros. Estamos los dos de buen humor. Nos esforzamos en animarnos uno al otro. Por la mañana llegaremos al paso de Borgo. Las casas son ahora muy escasas y Van Helsing dice que el último caballo que obtuvimos tendrá que continuar con nosotros, ya que es muy posible que no podamos volver a cambiarlo. Tenemos dos, además de los otros dos que cambiamos, de manera que ahora poseemos un buen tiro de cuatro.

Los caballos son pacientes y buenos, y no nos causan ningún problema. Como no hay otros viajeros en el camino, hasta yo puedo conducir. Llegaremos a Borgo de día y no queremos llegar antes. Así que vamos con calma y ambos tomamos un largo descanso por turnos. ¿Qué nos traerá el día de mañana? Vamos hacia el lugar donde mi esposo sufrió tanto. Que Dios se digne cuidar a mi esposo y a quienes nos son queridos, que se encuentran en tanto peligro. En cuanto a mí, no soy digna de Él. ¡Ay! ¡No estoy limpia ante sus ojos y así permaneceré hasta que Él me permita estar ante Su presencia!

Nota de Abraham Van Helsing

4 de noviembre

Esto es para mi antiguo amigo, el doctor John Seward, de Purefleet, Londres, en caso de que no lo vuelva a ver. Quizá sirva de explicación. Es de mañana y escribo junto al fuego que nos ha mantenido vivos durante la noche.

La señora Mina me ha ayudado. Hace mucho frío. El cielo gris está tan lleno de nieve que, cuando caiga, permanecerá todo el invierno, ya que la tierra se está endureciendo para recibirla. Parece que eso ha afectado a la señora Mina. Ha tenido la cabeza tan pesada durante el día, que no parece ser la misma. ¡Duerme, duerme y sigue durmiendo! Ella, siempre tan vivaz, no ha hecho casi absolutamente nada en todo el día; hasta ha perdido el apetito. No hizo ninguna anotación en su diario. Algo me dice que no todo marcha bien. Sin embargo, esta noche está más activa. Su largo sueño del día la ha reanimado. Ahora parece tan dulce y despierta como siempre. Traté de hipnotizarla al amanecer, pero sin obtener ningún resultado. Mis poderes han ido disminuyendo continuamente, y esta noche me fallaron por completo. Como la señora Mina no escribió en su diario, debo ser yo quien lo haga para que ningún día quede sin registro.

Llegamos al paso del Borgo ayer, un poco antes del amanecer. En cuanto vi que se asomaba el día, me preparé para hipnotizarla. Detuvimos la calesa y descendimos. Como siempre, su respuesta fue: "Oscuridad y aguas agitadas". Luego despertó, animada y radiante, y continuamos nuestro camino, para llegar pronto a Borgo. En aquel momento, ella se llenó de un nuevo poder que la guiaba, ya que señaló un camino y dijo:

—Este es el camino.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Acaso no viajó por él mi querido Jonathan y escribió todo lo relativo a su viaje?

Al principio me pareció extraño, pero pronto me di cuenta de que era el único camino de atajo que había. Es muy poco utilizado y sumamente diferente del camino real que conduce de Bucovina a Bistrita, que es más ancho y firme, y más frecuentado.

5 de noviembre, por la mañana

Viajamos todo el día de ayer, acercándonos cada vez más a las montañas y recorriendo un terreno agreste y desierto. Hay precipicios gigantescos y amenazadores, muchas cascadas. La señora Mina sigue durmiendo y no logré despertarla ni siquiera para comer. Comencé a temer que el hechizo fatal del lugar se estuviera apoderando de ella.

En un momento dado incliné mi cabeza y dormí. Cuando desperté, con sensación de culpa y del paso del tiempo, la señora Mina continuaba dormida y el sol estaba muy bajo. Todo el paisaje había cambiado. Las amenazadoras montañas parecían más lejanas y nos encontrábamos cerca de una colina de pendiente muy pronunciada, en cuya cumbre se encontraba el castillo, tal como Jonathan indicaba en su diario. Inmediatamente me sentí intranquilo... Ahora, para bien o para mal, el fin estaba cerca. Desperté a la señora Mina y traté nuevamente de hipnotizarla, pero no obtuve resultado.

Antes de que oscureciera, llevé los caballos a un refugio y les di de comer. Luego encendí una hoguera y a su lado senté confortablemente entre pieles a la señora Mina, que ahora estaba más despierta y encantadora que nunca. Preparé la cena, pero ella no quiso comer. No insistí, porque sabía que era inútil. Yo sí comí, pues necesitaba estar fuerte por todo lo que vendría. Luego, con un poco de miedo, tracé un círculo grande en torno de Mina y sobre él coloqué parte de la Sagrada Hostia, que desmenucé en trozos diminutos para que todo estuviera protegido. Ella permaneció

sentada todo el tiempo..., tan tranquila como si estuviera muerta, y empezó a ponerse cada vez más pálida, hasta igualar la blancura de la nieve. No dijo ni una palabra. Pero se abrazó a mí y se estremecía de la cabeza a los pies, con un temblor terrible.

—¿No quiere usted —le dije— acercarse al fuego?

Deseaba saber si le era posible hacerlo.

Se levantó obediente, pero, en cuanto dio un paso, se detuvo y quedó inmóvil, como petrificada.

—¿Por qué no continúa? —le pregunté.

Ella meneó la cabeza y, retrocediendo, volvió a sentarse en su lugar.

Luego, mirándome con los ojos muy abiertos, como los de una persona que acaba de despertar de un sueño, me dijo:

—¡No puedo! —y guardó silencio.

Me alegré, porque sabía que lo que ella no pudiera hacer, tampoco lo haría ninguno de quienes tanto temíamos. ¡Aunque quizás hubiera peligros para su cuerpo, al menos su alma estaba a salvo!

En ese momento los caballos comenzaron a inquietarse y a tirar de sus riendas, hasta que me acerqué a ellos y los calmé. Tuve que hacer lo mismo varias veces en la noche.

Cuando el fuego comenzó a extinguirse, me levanté para echarle más leña. Noté que se acercaba una neblina ligera y muy fría. A pesar de lo oscuro había una cierta claridad, como ocurre cuando nieva, y me pareció que los copos de nieve y los flecos de niebla tomaban forma de mujeres, vestidas con ropas que se arrastraban por el suelo. Todo parecía muerto y en profundo silencio, que solamente interrumpía la agitación de los caballos. Pensé que todo era producto de mi imaginación, a causa del resplandor, de la intranquilidad, de la fatiga y de la terrible ansiedad. Los caballos se encorvaban cada vez más y se quejaban aterrorizados, como hacen los hombres en medio del dolor.

Aquellas misteriosas figuras comenzaron a dar vueltas alrededor de Mina. Sentí temor por ella, pero permaneció sentada tranquila y me sonreía. Cuando quise acercarme al fuego para reavivarlo, me tomó de una mano y susurró, tan bajo como esas voces que se oyen en los sueños:

—¡No! ¡No! No salga. ¡Aquí está seguro!

—Pero, ¿y usted? ¡Es por usted por quien temo!

Se echó a reír... con una risa débil e irreal:

—¿Teme por mí? —dijo—. ¿Por qué teme por mí? Nadie en el mundo está mejor protegida que yo.

Mientras me preguntaba por el significado de sus palabras, una ráfaga de viento hizo que la llama se elevara y vi la cicatriz roja en su frente. Entonces, ¡ay de mí!, lo comprendí todo. Y, si no lo hubiera comprendido entonces, pronto lo habría hecho, gracias a las figuras de niebla y nieve que giraban y que se acercaban, aunque manteniéndose lejos del círculo sagrado. Comenzaron a materializarse, hasta que estuvieron ante mí, en carne y hueso, las mismas tres mujeres que Jonathan había visto en la habitación del castillo.

Al resonar sus risas en el silencio de la noche, agitaban los brazos y señalaban a Mina, hablando con voces dulces:

—¡Ven, hermana! ¡Ven con nosotras! ¡Ven! ¡Ven! —le decían.

Lleno de temor, me volví hacia Mina y mi corazón se elevó como una llama, lleno de gozo, porque, ¡oh!, el terror que se reflejaba en sus ojos, y la repulsión y el horror, hacían comprender a mi corazón que aún había esperanzas. Gracias a Dios, todavía no era una de ellas. Agarré uno de los leños de la fogata y, sosteniendo parte de la Hostia, avancé hacia ellas. Se alejaron de mí, riéndose a carcajadas roncas, de manera horrible.

Permanecimos así hasta que el color del amanecer comenzó a vislumbrarse entre la nieve sombría. Me sentía desolado y temeroso, lleno de presentimientos y terrores. Pe-

ro, cuando el sol comenzó a ascender, la vida volvió a mí. Al aparecer el alba, las horrorosas se disolvieron entre torbellinos de niebla y nieve. La bruma transparente se dirigió hacia el castillo, hasta perderse en la lejanía.

Diario de Jonathan Harker

4 de noviembre, por la noche

Un accidente con la lancha nos ha puesto en un terrible contratiempo. Si no fuera por eso, habríamos alcanzado la embarcación del conde hace mucho tiempo, y mi querida Mina estaría ya libre. Me da miedo pensar en ella, lejos del mundo, atravesando los bosques para llegar a aquel horrible lugar. Hemos conseguido caballos y nos disponemos a seguir las pistas del conde. Escribo esto mientras Godalming se prepara. Vamos bien armados. Los cíngaros tendrán que tener cuidado si desean pelear. ¡Si Morris y Seward estuvieran con nosotros! ¡Solo nos queda esperar! ¡Si no vuelvo a escribir, adiós, Mina! ¡Que Dios te bendiga y te guarde!

Diario del doctor Seward

5 de noviembre

Al amanecer vimos la tribu de cíngaros delante de nosotros, alejándose del río en sus carretas. Se reúnen en torno de ellas y se desplazan con rapidez, como si estuvieran acosados. La nieve cae lentamente y hay una enorme tensión en la atmósfera. Es posible que se trate solamente de nuestros sentimientos, pero la impresión es extraña. A lo lejos, oigo el aullido de los lobos; la nieve los hace bajar de las montañas. Pueden ser un peligro y desde cualquier flanco.

Los caballos están casi preparados y pronto nos iremos. Cabalgamos al encuentro de la muerte. Solamente Dios sabe de quién y dónde, cuándo o cómo puede suceder...

Nota del doctor Van Helsing

5 de noviembre, por la tarde

Por lo menos, estoy cuerdo. Gracias a Dios por su misericordia en medio de tantos sucesos, aunque hayan resultado una prueba terrible.

Tras dejar a la señora Mina dormida en el interior del círculo sagrado, me encaminé hacia el castillo. Todas las puertas estaban abiertas. Pero las quité de sus goznes oxidados para evitar que pudieran cerrarse de tal modo que, una vez dentro, me impidieran salir. Las amargas experiencias de Jonathan me sirven.

Recordando su diario, encontré el camino hacia la vieja capilla, ya que era allí donde tenía que trabajar. La atmósfera era sofocante. O bien oía un rugido, o me llegaban distorsionados los aullidos de los lobos. Entonces, me acordé de Mina y me encontré en un dilema.

No me he atrevido a traerla conmigo a este horrendo lugar, sino que la he dejado a salvo de los vampiros en el círculo sagrado. Sin embargo, ¡había lobos que la ponían en peligro! Resolví que tenía que hacer el principal trabajo en el castillo y, en cuanto a los lobos..., deberíamos someternos a la voluntad de Dios. De todos modos, eso significaría solo la muerte y, después, la libertad. Así es que me decidí por eso.

Sabía que había al menos tres tumbas habitadas que encontrar. Busqué sin descanso, y encontré una de ellas. Allí yacía una de las mujeres durmiendo su sueño de vampiro, tan llena de vida y de voluptuosa belleza que me estremeció.

Sin duda debe existir cierta fascinación, ya que la sola

presencia de semejante ser me conmovió, incluso tendida en una tumba deteriorada por los años y llena del polvo de varios siglos. Sí; me sentí conmovido... Yo, Van Helsing..., tan conmovido que me vino un deseo irresistible de demorar mi plan; ese deseo parecía paralizar mis facultades y entorpecer mi alma. Lo cierto es que me estaba invadiendo esa especie de sueño con los ojos abiertos en que uno se entrega a un dulce hechizo, cuando llegó a través del aire silencioso y lleno de nieve un gemido muy prolongado, tan lleno de aflicción y de pesar, que me despertó como si fuese un toque de clarín. Era la voz de mi querida señora Mina.

Eso me estimuló a proseguir con mi horrible tarea y descubrí, levantando las losas de las tumbas, a otra de las hermanas, también morena. No me detuve a mirarla, como lo había hecho con su hermana, por miedo de quedar fascinado otra vez; seguí buscando hasta que descubrí, en una gran tumba que debió ser construida para una mujer muy amada, a la tercera hermana, a la que, como mi amigo Jonathan, había visto materializarse de la niebla. Era tan rubia, tan radiante y tan exquisitamente voluptuosa, que mi mismo instinto de hombre hizo que mi cabeza girara con una nueva emoción. Pero, gracias a Dios, aquel lamento prolongado de Mina no había cesado todavía en mis oídos y, antes de que el hechizo pudiera afectarme otra vez, ya me había decidido a llevar a cabo mi terrible trabajo. Había registrado todas las tumbas de la capilla y supuse que no había más *no muertos*.

Sin embargo, vi una gran tumba, más señorial que todas, enorme y de nobles proporciones. Sobre ella había escrita una sola palabra: DRÁCULA.

Así que ese era el lugar donde reposaba como el Rey de los Vampiros. El hecho de que estuviese vacía confirmaba elocuentemente lo que ya sabía. Antes de comenzar a devolver a aquellas mujeres a su calidad de muertas verdaderas, dejé una parte de la Sagrada Hostia en la tumba de Drácula,

desterrándolo así de ella para siempre y obligándolo a que permaneciera eternamente como *no muerto*.

Entonces comencé mi tarea, y tuve horror de ella. De no haber sido más que una, hubiera sido relativamente fácil. Pero ¡eran tres! ¡Tener que hacer eso después de haber llegado al colmo del espanto! Puesto que, si fue terrible con la dulce Lucy, ¿cómo no iba a serlo con aquellas desconocidas, que habían sobrevivido durante varios siglos y que habían sido fortalecidas por el paso de los años? Si pudieran, ¿lucharían por sus horrendas vidas...?

¡Ay, amigo John, eso fue una carnicería! Si no me hubiera dado ánimos el pensar en otros muertos y en los vivos sobre los que pesaba un error semejante, no habría podido hacerlo. Todavía estoy temblando, aunque hace tiempo ya que el trabajo ha concluido.

Ahora puedo compadecerme de esas pobres criaturas y derramar lágrimas por ellas al recordar la placidez de sus muertes, poco antes de desaparecer. Porque, amigo John, apenas había cortado con mi cuchillo la cabeza de todas ellas, cuando los cuerpos comenzaron a desintegrarse hasta convertirse en el polvo natural..., como si la muerte detenida durante varios siglos hubiera hecho, por fin, valer sus derechos, diciendo de una vez por todas: "¡Aquí estoy!".

Al salir del castillo, cerré las puertas para que el conde no pudiera entrar nunca más como *no muerto*.

Cuando entré en el círculo sagrado, en cuyo interior dormía la señora Mina, esta se despertó y, al verme, me dijo llorando que yo había soportado ya demasiado.

—¡Vámonos! —dijo—. ¡Alejémonos de este horrible lugar! Vamos al encuentro de mi esposo, que ya está en camino hacia nosotros..., lo sé.

Así, con confianza y esperanza, aunque llenos de temor, nos dirigimos hacia el este, para reunirnos con nuestros amigos... y con *él*... pues me dice la señora Mina que *sabe* que viene hacia aquí.

Diario de Mina Harker

6 de noviembre

Estaba bastante avanzada la tarde cuando el profesor y yo nos pusimos en marcha hacia el este, por donde sabía que se estaba acercando Jonathan. Cuando habíamos recorrido aproximadamente un kilómetro y medio, me sentí cansada y me senté un momento a descansar. Miramos atrás y vimos la nítida silueta del castillo de Drácula recortándose contra el cielo, en toda su grandeza, casi pendiente sobre un precipicio enorme. Parecía haber gran distancia entre la cima y las otras montañas cercanas.

Comprendí que el profesor Van Helsing estaba buscando un punto estratégico donde estuviésemos menos expuestos en caso de un ataque. Al rato me hizo señas para que me reuniera con él. Había encontrado un lugar excelente: una especie de hueco natural en una roca, con una entrada semejante a una puerta entre dos peñascos. Me tomó de la mano y me hizo entrar.

—Aquí estará usted a salvo —me dijo— y, si los lobos se acercan, podré recibirlos uno por uno.

Luego, sacó los prismáticos de su estuche y permaneció en la parte más alta de la roca, examinando cuidadosamente el horizonte. De pronto, gritó:

—¡Mire, señora Mina! ¡Mire! ¡Mire!

Me puse de pie de un salto y ascendí a la roca, deteniéndome a su lado. Me tendió los prismáticos y señaló con el dedo en una dirección. Justamente frente a nosotros y tan cerca, que me sorprendió no haberlos visto antes, se acercaba a toda prisa un grupo de hombres montados a caballo. En medio de ellos iba un carro que se bamboleaba al pasar sobre alguna irregularidad del terreno.

Sobre el carro había un gran cajón cuadrado. Al verlo, mi corazón comenzó a latir fuertemente...: el fin estaba cerca. El profesor ya no estaba a mi lado. Un instante después lo vi debajo de mí. Alrededor de la roca había trazado un círculo, semejante al que había servido la noche anterior para protegernos. Luego exclamó:

—¡Al menos aquí estará usted a salvo de *él*!

Tras una pausa añadió:

—¡Mire! ¡Mire! Dos jinetes siguen al carro, y vienen des-

de el sur. Deben ser Quincey y John. Tome los prismáticos. ¡Mire antes de que la nieve lo oculte todo!

Los tomé y miré. Los dos hombres podían ser Morris y Seward. En todo caso, estuve segura de que ninguno de ellos era Jonathan. Al mismo tiempo, sabía que Jonathan no se encontraba lejos. Miré en todas direcciones y divisé, al norte del grupo que se acercaba, a otros dos hombres que galopaban a toda velocidad. Reconocí que uno de ellos era Jonathan y supuse que el otro debía ser, naturalmente, lord Godalming. También ellos estaban persiguiendo al grupo del carro.

Cuando se lo dije al profesor, saltó de alegría, como un chico, y, después de mirar atentamente, apoyó su Winchester sobre una roca, listo para utilizarlo.

—Todos convergen —dijo—. Cuando llegue el momento, rodearemos a los gitanos.

Saqué mi revólver y lo mantuve a punto de disparar, ya que el aullido de los lobos sonaba mucho más cerca. La nieve se calmó un poco y volvimos a mirar. Era extraño ver la nieve que caía con tanta fuerza donde nosotros nos encontrábamos y, un poco más allá, ver brillar el sol, cada vez con mayor intensidad, acercándose cada vez más a la línea de montañas. En torno nuestro pude ver manchas que se desplazaban sobre la nieve, solas, en parejas o en gran número...: los lobos se estaban reuniendo para atacar.

Un instante parecía una eternidad. Dentro de poco se pondría el sol.

Cada vez estaban más cerca... El profesor y yo nos agazapamos detrás de una roca y mantuvimos nuestras armas preparadas para disparar. Comprendí que estaba determinado a no dejar que pasaran. Ninguno de ellos se había dado cuenta de nuestra presencia.

Repentinamente, dos voces gritaron con fuerza:

—¡Alto!

Una de ellas era la de mi Jonathan, que se elevaba en un tono más alto del que yo conocía; la otra, potente y resuelta, era la de Morris. Tal vez los gitanos no comprendieran la lengua, pero el modo en que fue pronunciada esa palabra no dejaba lugar a dudas. Instintivamente se detuvieron. Godalming y Jonathan se precipitaron hacia uno de los lados y Morris y Seward por el otro.

El jefe de los gitanos, un jinete magnífico, les hizo señas para que retrocedieran y, con voz furiosa, les impartió a sus compañeros la orden de entrar en acción. Espolearon a los caballos, que se lanzaron hacia adelante, pero los cuatro jinetes levantaron sus Winchester y les ordenaron detenerse. En ese mismo instante, el doctor Van Helsing y yo nos pusimos de pie detrás de las rocas y apuntamos a los gitanos con nuestras armas. Viendo que estaban rodeados, los hombres tiraron de las riendas y se detuvieron. Su jefe les dio una orden. Al oírla, los gitanos sacaron las armas que tenían, cuchillos o pistolas, listos para atacar. El resultado no se hizo esperar.

Nada parecía poder detener a nuestros hombres: ni las armas que les apuntaban, ni los cuchillos de los gitanos que estaban formados frente a ellos, ni siquiera los aullidos de los lobos a sus espaldas distraían su atención.

El ímpetu de Jonathan pareció superar a los hombres que se encontraban frente a él, puesto que, instintivamente, retrocedieron y lo dejaron pasar. Un instante después, subió al carro y, con una fuerza increíble, levantó el cajón y lo lanzó al suelo. Mientras tanto, Morris se había abierto paso entre el cerco de gitanos.

Sin dejar de observar a Jonathan, con el aliento contenido, vi a Quincey que avanzaba, luchando desesperadamente entre los cuchillos de los gitanos que brillaban al sol y se introducían en sus carnes. Se había defendido con su puñal y, finalmente, creí que había logrado pasar sin ser herido. Pe-

ro, cuando se plantó de un salto al lado de Jonathan, que se había bajado ya del carro, pude ver que con la mano izquierda se sostenía el costado y que la sangre brotaba entre sus dedos. Sin embargo, no se acobardó. Jonathan, con energía desesperada, estaba intentando abrir el cajón con su gran cuchillo kukri. Quincey lo ayudó con su puñal. La tapa comenzó a ceder y los clavos salieron con un chirrido seco. Finalmente, la tapa cayó a un lado.

Para entonces, los gitanos, viéndose apuntados por los Winchesters y a merced de lord Godalming y del doctor Seward, ya no presentaban ninguna resistencia. El sol casi estaba oculto entre las cimas de las montañas y las sombras de todos se proyectaban sobre la tierra. El conde yacía en el cajón, sobre la tierra, parte de la cual había sido derramada sobre su cuerpo por la violenta caída. Estaba mortalmente pálido, como una imagen de cera, y sus ojos rojos brillaban con la mirada vengadora y horrible que yo conocía muy bien.

Entonces, vio el sol que se hundía en el horizonte y su mirada de odio se convirtió en triunfo.

Pero, en ese preciso segundo, surcó el aire el cuchillo de Jonathan. Grité al ver que cortaba la garganta del vampiro, mientras el puñal de Morris se clavaba en su corazón.

Fue como un milagro: ante nuestros propios ojos y en un instante, todo el cuerpo se convirtió en polvo y desapareció.

Una cosa me consolará mientras viva: en el momento mismo de la disolución final, apareció en su rostro una expresión de paz, como nunca hubiera imaginado que pudiera ocurrir.

El castillo de Drácula se recortaba ahora sobre el cielo rojizo y la luz del sol poniente destacaba cada piedra de sus agrietadas murallas.

Los gitanos, considerándonos culpables de la desaparición del cadáver, volvieron a sus caballos y se alejaron a toda velocidad, como si temieran por sus vidas. Los lobos, que

se habían retirado a una distancia prudente, los siguieron y nos dejaron solos.

Morris se había desplomado en el suelo con la mano apretada sobre su costado y la sangre le brotaba entre los dedos. Corrí hasta él, el círculo sagrado ya no me impedía el paso. Lo mismo hicieron los dos médicos. Jonathan se arrodilló a su lado y el herido apoyó la cabeza sobre su hombro. Haciendo un esfuerzo me tomó una mano. Debía estar viendo la angustia reflejada en mi rostro, ya que me sonrió y exclamó:

—¡Estoy feliz de haber sido útil! ¡Oh, Dios!

Se esforzó para sentarse y me señaló:

—¿Vale la pena morir por eso? ¡Miren! ¡Miren!

El sol estaba sobre los picos de las montañas y los rayos rojizos caían sobre el lugar, bañándolo en un resplandor rosado. Movidos por el mismo impulso, los hombres cayeron de rodillas y un profundo y sincero "Amén" surgió de sus labios, mientras seguían con la mirada lo que señalaba su amigo moribundo.

—¡Gracias, Dios mío! —dijo Quincey—. ¡Porque todo esto no ha sido en vano! ¡Vean! ¡Su frente está tan limpia como la nieve! ¡La maldición ha desaparecido!

Y, ante nuestro profundo dolor, con una sonrisa y en silencio, murió un extraordinario caballero.

Nota

Hace siete años, todos nosotros atravesamos las llamas; y la felicidad que desde entonces gozamos algunos de nosotros bien vale, creemos, el dolor que tuvimos que soportar. Tanto para Mina como para mí es una alegría adicional que el cumpleaños de nuestro hijo coincida con el aniversario de la muerte de Quincey Morris. Sé que su madre está convencida de que algo del espíritu de nuestro bravo amigo ha pasado a él. Su nombre evoca los de todos los hombres de nuestro grupo..., aunque lo bautizamos Quincey.

El verano pasado hicimos un viaje a Transilvania y recorrimos el terreno que para nosotros estaba, y está, tan lleno de terribles recuerdos. Nos resultó casi imposible creer que las cosas que habíamos visto con nuestros propios ojos y escuchado con nuestros oídos hubieran podido existir verdaderamente. Han desaparecido por completo los rastros de lo sucedido. Pero el castillo sigue en pie, sobre un paisaje lleno de desolación.

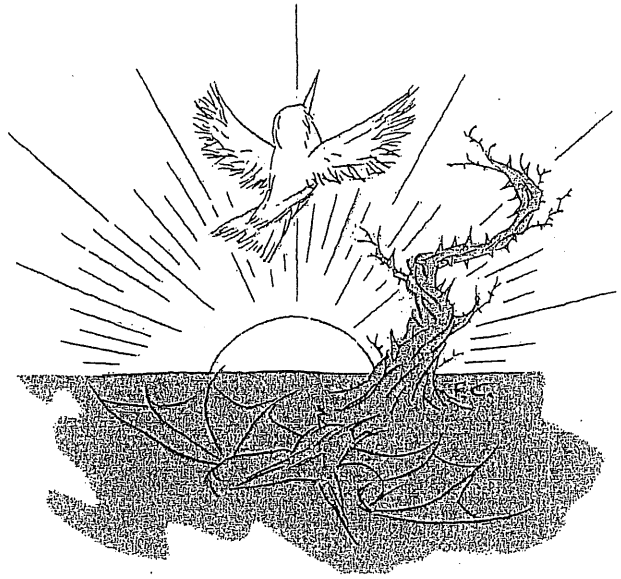
Cuando regresamos a casa, hablamos de los viejos tiempos..., que ahora podemos recordar sin desesperación. Godalming y Seward son felices en sus respectivos matrimonios. Saqué los documentos de la caja fuerte en que se guardaron desde nuestro regreso, hace tanto tiempo.

Aunque quisiéramos, no podríamos pedirle a nadie que

aceptase este montón de papeles como prueba de una historia tan terrible. Van Helsing lo resumió todo cuando dijo, teniendo a nuestro hijito sobre sus rodillas:

—No necesitamos pruebas. ¡No le pedimos a nadie que nos crea! Este niño sabrá alguna vez lo valerosa y extraordinaria que es su madre. Por ahora, conoce su dulzura y su cariño... Más adelante, comprenderá cómo la amaban algunos hombres, que tanto se arriesgaron por su bien.

JONATHAN HARKER



Fin

Actividades

Actividades de comprensión de lectura

1. En enciclopedias y en libros de literatura, busquen la definición de *novela*. Conversen entre ustedes y escriban una breve fundamentación en la que dejen establecido que *Drácula* es una novela.
Pueden usar algunas de estas nociones:

- narrador
- ficción
- extensión
- descripciones
- historias secundarias
- episodios
- personajes

2. Caractericen al narrador de la novela teniendo en cuenta estas palabras, con las que introduce el desarrollo de los hechos.

> *"El modo en que han sido ordenados estos papeles es algo que quedará en claro al leerlos. Se eliminó todo lo superfluo, con el fin de presentar esta historia – casi en desacuerdo con las posibilidades de las creencias de nuestros días – como simple verdad. No hay aquí ninguna referencia a cosas pasadas en las que la memoria podría equivocarse, dado que todas las anotaciones reunidas son rigurosamente contemporáneas de los hechos, y reflejan el punto de vista de quienes los consignaron, tal como ellos los conocieron."* (página 16)

Elijan la alternativa que consideren más adecuada y fundamenten la elección.

a) El narrador anuncia que presentará su propia versión de los hechos.
b) El narrador anuncia que se limitará a seleccionar y ordenar los documentos escritos por otros.
c) El narrador anuncia que contará los hechos tal como otros se los han relatado.

3. ¿Qué tipos de documentos utiliza el narrador para contar la historia? ¿Qué efectos provoca en el lector esta forma de presentar las acciones? Elijan la alternativa que consideren más adecuada y fundamenten la elección (pueden proponer otras alternativas).

a) Le da más agilidad a la novela.
b) Genera más suspenso.
c) Hace que el avance de la acción sea más lento.
d) Permite leer la historia más fácilmente.
e) Ofrece diferentes puntos de vista sobre los hechos.
f) Resume lo ocurrido.

4. ¿En cuántos capítulos está dividida la novela?
• Propongan un título informativo para cada uno de los capítulos (por ejemplo, *Capítulo 1: El viaje al castillo*).
• Elijan cinco capítulos y escriban un nuevo título para ellos. En este caso, el título será metafórico, es decir, debe sugerir antes que informar (por ejemplo. *Capítulo 1: Un viaje hacia el peligro*).

5. Respondan a las siguientes preguntas, referidas a la presentación de la historia.
• ¿Cuál es el trabajo de Jonathan Harker?
• ¿Con qué intención viaja al castillo de Drácula?
• ¿Qué indicios permiten suponer, en los primeros capítulos, que Jonathan se encamina hacia un peligro inminente?
• ¿Cómo se acentúan esas sospechas una vez que se instala en el castillo? Marquen esos episodios en la novela.
• ¿En qué momento Jonathan confirma sus sospechas?

6. En la novela se mencionan personas y hechos que tuvieron existencia histórica: por ejemplo, el neurólogo francés Jean-Martin Charcot (1825-1892). Estas menciones contribuyen a reforzar el efecto de verosimilitud y, además, permiten ubicar la acción en un momento histórico concreto.
• ¿Existe alguna indicación concreta de la fecha (año) en que transcurre la novela?
• Intenten deducir ese dato a partir de las menciones de personajes y hechos históricos.

7. Ubiquen en la novela las descripciones que se hacen de Drácula y de Van Helsing.
• ¿Qué diferencia a Van Helsing de otros científicos?
• ¿Qué métodos utiliza para sus investigaciones?
• ¿En qué creencias se basan sus teorías?
• Confeccionen un cuadro de dos columnas. En la primera, anoten los poderes que tiene Drácula. En la otra, enumeren los instrumentos con que cuenta el profesor para neutralizar cada uno de esos poderes. Pueden consultar el capítulo 18 (diario de Mina).
• Discutan: ¿cuál les parece que es el verdadero héroe de la novela? ¿Por qué?

8. Relean las descripciones que se hacen del castillo y de la abadía de Carfax a lo largo de la novela. Luego, repasen la información que aparece en la página 11 y respondan a las siguientes preguntas.
• ¿Qué características del relato gótico se manifiestan en esos espacios?
• ¿Aparece el motivo del claustro gótico en el texto?
• ¿Cómo influyen los ambientes y la iluminación en las acciones y en los estados de ánimo de los personajes?
• ¿Qué otros elementos del gótico pueden señalar en la novela?

9. Mientras Jonathan Harker se encuentra como huésped en el castillo, intenta explicar racionalmente los acontecimientos sobrenaturales que suceden a su alrededor. Marquen en el texto las explicaciones que propone Jonathan.

10 También el doctor Seward y Mina intentan hallar explicaciones racionales cuando comienzan a vivir de cerca las consecuencias del poder de Drácula. Señalen esos episodios en la novela.

11 El doctor Van Helsing es el primero que sospecha el motivo real de la enfermedad de Lucy.

- ¿Por qué les parece que no da a conocer sus reflexiones en el preciso momento en que comienzan sus sospechas?
- Marquen en la novela el momento en que Van Helsing les informa a sus compañeros lo que ocurre realmente.
- ¿De qué forma expone sus conclusiones? Elijan la posibilidad que consideren más adecuada y fundamenten su elección.

a) Explicando lo que ocurre.
b) Argumentando y tratando de persuadir a su interlocutor.
c) Dando toda la información de una vez.
d) Dando la información gradualmente.

12 En la novela, el conde Drácula aparece pocas veces en escena. Ubiquen los episodios en los que eso sucede. ¿Por qué les parece que el personaje de Drácula aparece en segundo plano (sobre todo, a partir del momento en que se descubren sus intenciones y el alcance de sus poderes)? Elijan la idea que consideren más adecuada y fundamenten su elección.

a) Porque es una técnica para mantener el suspenso.
b) Porque lo que no se ve causa más terror.
c) Porque se espera hasta el final para enfrentar a los personajes con este monstruo.
d) Porque la maldad suele estar oculta.

13 Busquen en la novela los fragmentos en los que se describe a Mina y a Lucy. Discutan: ¿por qué creen que Lucy es más vulnerable que Mina ante los poderes de Drácula? Tengan en cuenta los datos sobre la época victoriana que aparecen en la página 10.

14 Lean la descripción de los criminales que hacen Van Helsing y Mina en el capítulo 25.

- ¿Están de acuerdo con sus afirmaciones?
- Busquen, en una enciclopedia, datos acerca de Cesare Lombroso (1835-1909) y de sus teorías sobre la criminalidad. ¿En qué se asemejan los postulados de Lombroso y la visión que tienen Van Helsing y Mina sobre el crimen?

15 ¿Cuánto tiempo abarcan los hechos contados en la novela?

a) ¿Cómo son narrados estos hechos? ¿Existen repeticiones o saltos en el tiempo? ¿Se esconde información que luego es presentada? ¿Hay un solo narrador? Ejemplifiquen con el texto.

b) Además de cartas y diarios, ¿qué otros tipos de textos se introducen en la novela?

16 En muchos textos fantásticos de la época victoriana suelen aparecer un espejo o una lente que deforman o no permiten ver claramente la realidad. Busquen, en la novela, el episodio en que el conde se enfrenta al espejo. Discutan entre ustedes por qué creen que el vampiro no puede reflejarse en el espejo. Pueden utilizar alguna de estas opciones:

a) Porque los vampiros no tienen alma.
b) Porque los vampiros no existen.
c) Porque los espejos no muestran lo que somos realmente y solamente reflejan lo superficial.

17 Observen los siguientes fotogramas, tomados de diferentes versiones cinematográficas de la novela de Bram Stoker y respondan a las siguientes preguntas:

a) ¿A qué episodios de la novela les parece que corresponden las imágenes?
b) ¿Qué características del vampiro se acentúan en cada versión?
c) ¿Cuál de las caracterizaciones se aproxima más a la que ustedes imaginaron? ¿Por qué?

Nosferatu
(dirigida por Friedrich W. Murnau, 1922).

Drácula
(dirigida por Tod Browning, 1931).

Drácula de Bram Stoker
(dirigida por Francis Ford Coppola, 1992).

Actividades de producción de escritura

1. Escriban el retrato de uno de estos personajes.
   Van Helsing (aparece nombrado por primera vez en el capítulo 13)
   • Drácula (pueden consultar el capítulo 18)
   • Mina Harker
   Lucy Westerna

2. Redacten una serie de instrucciones para reconocer a un vampiro y otras que expliquen cómo combatirlo. Tengan en cuenta la descripción de los poderes y las debilidades del vampiro que realiza Van Helsing en el capítulo 18. La finalidad es que dichas instrucciones sean útiles para aquellas personas que no saben nada sobre los vampiros. Por eso, deben ser claros y precisos.

3. En esta obra, las cartas y los diarios son fundamentales para el avance de la acción. Elijan uno de los siguientes temas para desarrollar un trabajo de escritura.
   • Unas páginas del diario de Reinfeld en las que se explique por qué elige a Drácula como su amo y cuente cómo vive sus días en el manicomio.
   Una carta de despedida que Quincey Morris deja a sus compañeros previendo lo que podía llegar a ocurrir.

4. Relean el diario de navegación del Deméter y vuelvan a narrar lo que ocurre en ese viaje, esta vez desde el punto de vista de Drácula. Hagan de cuenta que el conde escribe estas notas para dejar constancia de su viaje a Inglaterra.

5. Relean el relato que hace Mina de su sueño en el capítulo 19. Observarán que presenta muchos motivos característicos de los sueños: la imposibilidad de movimiento, de habla, la caída vertiginosa, la repetición de una historia, el sueño dentro del sueño, la confusión entre el sueño y la vigila, etcétera. Escriban un texto en el que relaten alguno de los sueños que ustedes han tenido. Luego compárenlos con los de sus compañeros y discutan si aparecen similitudes.

6. Elijan un episodio de la novela y creen una historieta.
   • Enumeren los hechos del episodio que van a incluir y distribúyanlos por cuadros.
   • Adapten los diálogos de la novela para colocarlos en los globos.
   • Utilicen viñetas para incluir las descripciones de las escenas. Pueden aprovechar esta técnica para referirse a los paisajes y los ambientes.

7. Elijan una de las imágenes que aparecen en la página siguiente y úsenla como punto de partida para escribir un relato con elementos de la novela gótica (repasen la información de la página 11).

La muerte y la doncella,
de Egon Schiele (1915).

Retrato de Max Hermann-Neisse,
de George Grosz (1925).

Muerte en la habitación,
de Edvard Munch (1895).

Autorretrato con máscaras,
de James Ensor (1889).

Los ojos cerrados,
de Odilon Redon (1890).

Actividades de relación con otras disciplinas

Historia

) En grupos de no más de cuatro integrantes elijan una de los siguientes temas pa- profundizar el estudio.
- El Imperio Otomano y Austrohúngaro.
- La época victoriana.

a) Respondan: ¿En cuál de estos dos períodos se desarrolla la acción de la novela? ¿En qué momento de la trama se menciona el otro? ¿Con qué intención?

b) Busquen información sobre el tema que eligieron y escriban un breve informe. Hagan copias de sus trabajos y entreguen una copia a cada uno de los otros grupos.

Geografía

Marquen en la novela los pasajes en que Jonathan Harker escribe sobre Transilvania. Utilicen esos datos para buscar más información.
- ¿En qué región actual se ubican los antiguos territorios de Transilvania, Valaquia y Moldavia?
- ¿Qué ocurrió con la zona de Valaquia?
- ¿Qué características presenta esta región?
- ¿Qué ocurrió con las fronteras en esta zona geográfica?
- ¿Qué son los Balcanes y los Cárpatos?
- ¿Qué importancia histórica tiene el río Danubio para esa región?

Confeccionen una lista de las ciudades, los ríos y los mares que se mencionan en la novela. Busquen su ubicación geográfica en una enciclopedia y luego localícenlos en un mapa de Europa.

Ciencias Naturales

En la novela aparece la transfusión de sangre como un método novedoso en la medicina. Lean el siguiente texto como punto de partida, y luego resuelvan las consignas.

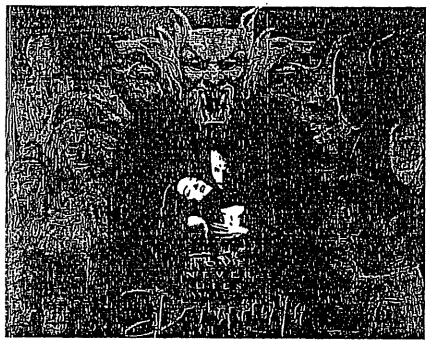
> *"En 1628 el médico italiano Giovanni Colle realizó los primeros intentos de transfusión sanguínea entre dos personas. Sin embargo, esta práctica pronto fue desestimada, ya que en general resultaba inoperante. El verdadero problema radicaba en el hecho de que aún se desconocían las incompatibilidades entre los diferentes grupos sanguíneos. Según parece, los incas también practicaron transfusiones con bastante éxito, debido sin duda a la generalización del grupo sanguíneo 0-Rh positivo en esa población. Hasta fines del siglo XIX, cualquier transfusión era una aventura de resultado incierto. El descubrimiento de los diferentes grupos sanguíneos en 1900 permitió la aparición del primer sistema fiable."*

- ¿Cuáles son los beneficios de la transfusión de sangre?
- ¿Qué recaudos se deben tomar hoy en día antes de realizar una transfusión? ¿Por qué?
- ¿Qué es un grupo sanguíneo? ¿Qué es el factor Rh?
- ¿A qué personas se las considera "dadores universales"? ¿Por qué?
- ¿Qué otros descubrimientos fundamentales para la medicina tuvieron lugar entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX?

Relean la conversación entre Van Helsing y Seward en el capítulo 14. Debatan sobre los siguientes temas.
- ¿Qué críticas plantea Van Helsing a la postura de Seward y a la ciencia moderna?
- ¿Cuál es la finalidad de su discurso? ¿Qué significado tiene en este contexto la palabra "creer"?
- ¿Qué tipo de recursos argumentativos utiliza Van Helsing?
- ¿Qué importancia tiene para Van Helsing la religión?
- ¿Pueden convivir la ciencia y la fe? ¿En qué circunstancias pueden llegar a enfrentarse? ¿Por qué?

Cine

Vean la película *Drácula* (1992), dirigida por Francis Ford Coppola. Luego, debatan a partir de las siguientes consignas.



- ¿Por qué Drácula decide convertirse en monstruo?
- ¿Cómo se justifica la locura de Renfield? ¿En qué se diferencia la presentación de este personaje con la que se realiza en la novela?
- Elijan alguno de los episodios de la novela que se omiten en la película y consideren si esas omisiones tienen algún efecto sobre el argumento.
- ¿Qué diferencias encuentran entre el final de la película y el de la novela? ¿Con qué intención creen que se introducen estos cambios?
- ¿En qué ambientes se desarrolla la acción? ¿Qué iluminación predomina en el film? ¿Qué tipo de música se utiliza?

Teniendo en cuenta las conclusiones a las que llegaron en el debate de la actividad anterior, escriban una crítica sobre la película. El texto debe presentar una pequeña síntesis del argumento y una valoración propia del film.

¿Conocen otras películas en las que aparezca el personaje de Drácula o el tema del vampirismo? Comenten entre ustedes cómo son esas películas y qué vinculaciones se pueden establecer con la novela.

Azulejos

Títulos de la colección

. EDGAR ALLAN POE. *El escarabajo de oro*
. OSCAR WILDE. *El crimen de Lord Arthur Savile*
. ROBERT LOUIS STEVENSON. *El extraño caso del Doctor Jekyll y el Señor Hyde*
. E. T. A. HOFFMANN. *El hombre de arena*
. JOSÉ SIXTO ÁLVAREZ (FRAY MOCHO). *Un viaje al país de los matreros*
. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *Enero en Mar del Sur*
. OSCAR WILDE. *El fantasma de Canterville*
. ANTOLOGÍA. *Romances y cielitos*
. ARTHUR CONAN DOYLE. *El sabueso de los Baskerville*
. RODOLFO OTERO. *Milla Loncó*
. ARTHUR CONAN DOYLE. *Estudio en rojo*
. JOSEPH CONRAD. *La posada de las dos brujas / El copartícipe secreto*
. LES VERNE. *De la Tierra a la Luna*
. ARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *Refugio peligroso*
. NTON CHEJOV. *El oso / Pedido de mano / El aniversario*
. VILIO SALGARI. *Sandokán*
. OE, BRADBURY, CORTÁZAR Y OTROS AUTORES. *Cuentos extraños y fantásticos*
. EBASTIÁN VARGAS. *Mitos de transformación y disfraz*
. WASHINGTON IRVING. *El jinete sin cabeza*. La leyenda de Sleepy Hollow
. MAUPASSANT, RULFO, BORGES Y OTROS AUTORES. *Cuentos de guerra*. Para pensar la paz
. CARLO GOLDONI. *Servidor de dos patrones / La posadera*
. JOHANN WOLFGANG VON GOETHE. *Werther*
. GREGORIO DE LAFERRÈRE. *¡Jettatore!*
. MOLIÈRE. *El avaro*
. HOMERO. *Odisea* (selección de pasajes)
. OMERO. *Ilíada* (selección de pasajes)

27. RODOLFO OTERO. *El verano del potro*
28. RODOLFO OTERO. *Los paleolocos*
29. ARLT, WALSH, PIGLIA Y OTROS AUTORES. *Cuentos policiales argentinos*
30. POE, BIERCE, LOVECRAFT Y OTROS AUTORES. *Cuentos de terror*
31. WILDE, QUIROGA, CHEJOV Y OTROS AUTORES. *Cuentos* (I)
32. *Lazarillo de Tormes*. Y otros textos del Siglo de Oro Español
33. JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ. *La casa de Atreo*. Los grandes relatos de la mitología griega (I)
34. BORGES, CORTÁZAR, GARCÍA MÁRQUEZ Y OTROS AUTORES. *Cuentos argentinos y latinoamericanos*
35. JEAN RACINE. *Fedra*
36. ASIMOV, DICK, FONTANARROSA Y OTROS AUTORES. *Cuentos de ciencia ficción*
37. ESQUILO. *Agamenón*. Y otros textos relacionados con el mito
38. *Teatro argentino contemporáneo*
39. MAUPASSANT, BUZZATI, MANSFIELD Y OTROS AUTORES. *Cuentos* (II)
40. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *Cuatro primos en la playa*
41. SÓFOCLES. *Edipo rey*. SHAKESPEARE. *Hamlet*
42. ARIEL PUYELLI. *La maldición del chenque*
43. MARIO MÉNDEZ. *La aventura de La Juanita*
44. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *Secretísima Virtual*. Veinte mensajes y una carta desesperada
45. FRANCO VACCARINI. *Algo más que un tesoro*
46. RODOLFO OTERO. *El signo del Sol I*. La princesa dormida
47. BRAM STOKER. *Drácula* (selección de pasajes)

Consultá el catálogo completo de la colección Azulejos en www.estrada.com.ar